

5  
CIÓ

OL

EL

ADEN

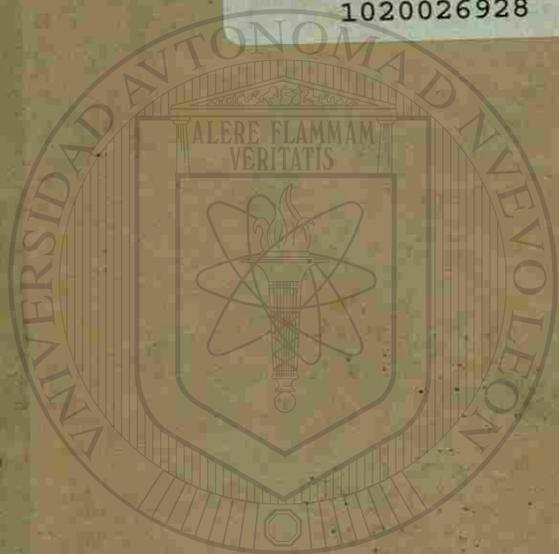
PQ2515

R48

ALL



1020026928



U A L



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSO XIII





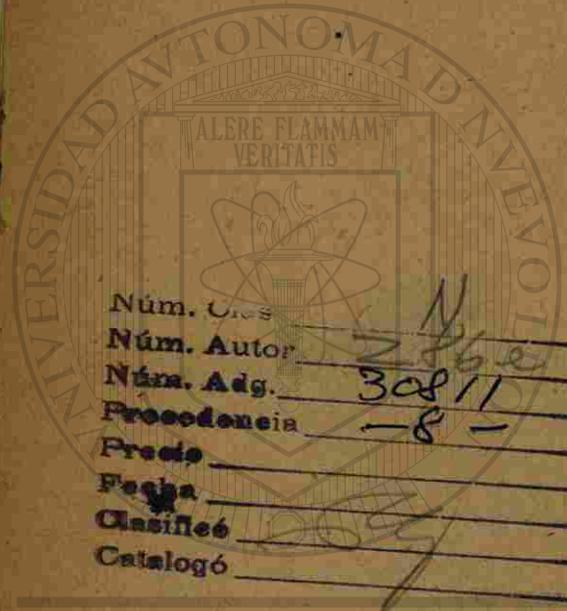
FONDO  
RICARDO CORRALBA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

“EL ENSUEÑO”





Núm. Cies \_\_\_\_\_  
 Núm. Autor 2862  
 Núm. Adg. 30811  
 Procedencia -8-  
 Precio \_\_\_\_\_  
 Fecha \_\_\_\_\_  
 Clasificó \_\_\_\_\_  
 Catalogó \_\_\_\_\_

EMILIO ZOLA,

“El Ensueño”

(LE REVE)

TRADUCCION ESPAÑOLA



FONDO  
 RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NAYITO LEON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1625 MONTERREY, MEXICO

101180

BUENOS AIRES

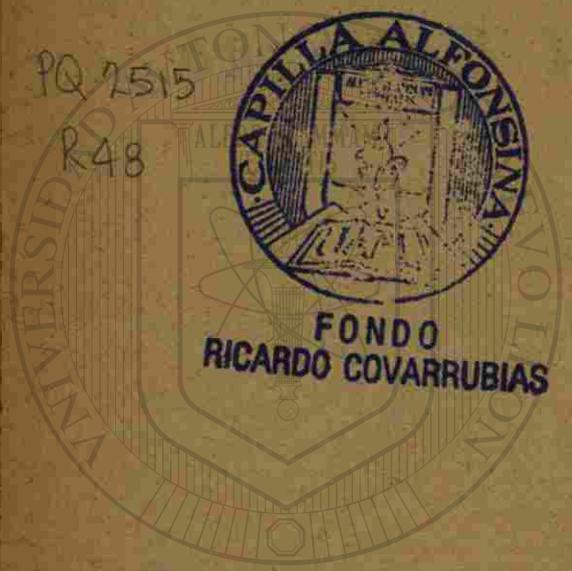
LIBRERÍA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA AUTÓNOMA DE N. L.  
 1900  
 30811

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

833  
Z.

PQ 7515  
R48



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSIANA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

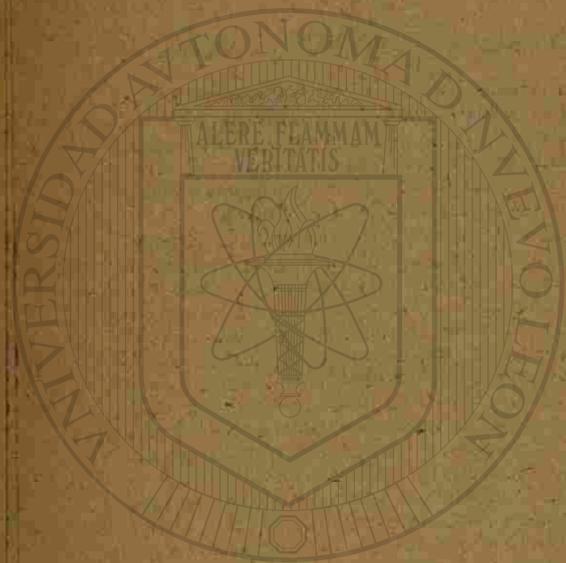
## EL EDITOR

Los Editores franceses de esta obra han publicado la siguiente nota:

«EL ENSUEÑO es una historia, completamente casta, que pueden leer todas las mujeres, incluso las doncellas. Es la novela de una niña pobre, apasionada y pura, cuyos deseos se realizan á través de conmovedores sufrimientos de su corazón. Esta vez, el novelista ha querido lanzarse en pleno ideal, echarse á volar en alas de lo más sensible.»

A esta advertencia, que da idea exacta del carácter de la nueva obra de Zola, el Editor Argentino nada tiene que añadir: réstale tan sólo sincerarse del título que ha puesto á la traducción. *Rêver* vale tanto como *soñar*; pero *rece* no significa *sueño*, antes bien, ensueño, algo como soñar despierto ó dormido (para la Academia Española sólo hay ensueño, durmiendo); se acerca más á *rêverie* que ha *sommeil*, que es la traducción exacta de la voz castellana «sueño». *Sueños de oro* pudiera ser el título más apropiado, si la frase no tuviese en español precedentes de índole muy distinta. *Sueños*, simplemente, daría quizá idea más exacta, si la sequedad de la palabra no le hiciera impropia del título de una novela. Valga, pues, *El Ensueño* como traducción aproximada de lo que Zola ha llamado *Le Rêve*, título definitivo y universal de la obra del gran autor francés que publicamos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

## EL ENSUEÑO

(LE REVE)

I

Fué tan duro el invierno de 1860, que en las llanuras de la Normandía Baja cayeron grandes nevadas y se heló el Oise. Hubo, en particular, un nevasco Noroeste el día de Navidad, que casi enterró á la ciudad de Beaumont. Empezó á nevar por la mañana, arreció la nevada por la tarde, y por la noche la nieve siguió amontonándose en las calles. En la de los Plateros, que está en la parte alta de la población, y en la que parece empotrarse la fachada Norte de la catedral, la del Crucero, la nieve, impelida por el viento, se precipitaba en grandes remolinos sobre la puerta de Santa Inés, antigua puerta de estilo románico con tendencia al gótico, adornada con muchas esculturas, bajo el frontón desnudo. De madrugada había allí cerca de una vara de nieve.

Aletargada por el cansancio de la fiesta del día anterior, la calle dormía todavía al dar las seis. En las tinieblas, que tomaban un tinte azuládo por la caída lenta y persistente de los copos de nieve, no se agitaba más forma viva que una chiquilla de nueve años que, amparada por la puerta y arrebujándose lo mejor que supo, había pasado la noche allí, aterida de frío. Vestía un delgado vestido de lana, lleno de agujeros, cubría su cabeza un andrajo que

había sido pañuelo, y grandes zapatos de hombre mal tababan sus pies desnudos.

Había parado allí, indudablemente, después de haber andado por toda la ciudad, porque el cansancio la hizo caer en tierra apenas llegó a la puerta.

El fin del mundo, el abandono de todos: hambre que roe, frío que mata, ausencia total de cosas y de hombres: esto era aquella puerta para aquel misero ser; la debilidad y el peso abrumador de su corazón, movíanla a cesar de luchar, y cuando una ráfaga levantaba un torbellino de nieve no sentía ánimo para otra cosa que para el retroceso físico, el instinto de cambiar de sitio, de incrustarse en las viejas piedras de la iglesia.

Deslizábanse las horas. Primero estuvo largo rato entre las dos hojas de la puerta de los dos arcos gemelos, pegada al pilar central que sostiene una estatua de Santa Inés, la mártir de trece años, niña, como ella, con la palma en la mano y un cordero en los pies. En el tímpano, encima del dintel, se desarrollaba la leyenda toda de la niña virgen, la prometida de Jesús, en alto relieve lleno de fe ingenua: sus cabellos, que crecieron y la sirvieron de vestido cuando el gobernador, a cuyo hijo había despreciado, la envió desnuda a una casa de mal vivir, y las llamas de la hoguera, que apartáronse de su cuerpo y quemaron a los verdugos en cuanto éstos encendieron la pira; y los milagros de sus huesos: Constancia, la hija del Emperador, curada de lepra; y los milagros de una de sus imágenes pintadas: el sacerdote Paulino, atormentado por el deseo de tomar mujer y ofreciendo, por consejo del Papa, su anillo con una esmeralda a la imagen, que tendió el dedo y luego lo encogió, conservando la joya que todavía se ve, lo cual salvó a Paulino. Y en la cúspide del tímpano, entre nubes de gloria, Inés, recibida por fin en el cielo, donde su prometido Jesús se casa con ella, tan pequeña y jovencita, y le da el beso de las delicias eternas.

Pero cuando el viento entró de lleno en la calle, y

los copos azotaron de frente, y los blancos montones de nieve pareció que iban a llenar el dintel de la puerta, la muchacha buscó refugio en los lados, junto a las vírgenes colocadas encima del pedestal de la conjunción de los arcos: las amigas de Inés, las Santas que forman su acompañamiento; a la derecha, tres: Santa Dorothea, alimentada en la cárcel con pan milagroso; Santa Bárbara, que vivió en una torre, y Santa Genoveva, cuya virginidad salvó a París; y otras tres a la izquierda: Santa Agueda, con los pechos arrancados de cuajo; Santa Cristina, atormentada por su mismo padre, y Santa Cecilia, a quien amó un ángel; y encima de ellas otras vírgenes, tres filas de doncellas que suben con los arcos hasta las claves, adornan las tres bóvedas en un florecimiento de carnes triunfantes y castas; abajo, martirizadas, destrozadas por los tormentos; arriba, acogidas por coros de querubines, maravilladas y arrobadas en medio de toda la corte celestial.

Pero no le bastaba ampararse en los intercolumnios, y ya hacia un buen rato que nada la resguardaba, cuando dieron las ocho y empezó a hacerse de día. Si no hubiese apartado la nieve, esta hubiera llegado hasta sus hombros. La antigua puerta, detrás de ella, estaba como tapizada y cuajada de armiño, blanca como un altar de procesión; en cambio la fachada gris estaba desnuda y lisa hasta el punto de que ni un copo había cuajado en ella. Donde había más nieve era sobre las Santas, que aparecían vestidas con ella desde sus pies blancos hasta sus cabellos blancos, deslumbrantes de candor. Mas arriba, las escenas del tímpano, las Santas de los arcos destacábanse en vivas aristas, dibujadas con un rayo de claridad sobre el fondo oscuro, hasta el rapto final, la boda de Santa Inés, que parecía que celebraban los arcángeles con una lluvia de blancas rosas. Encima del pilar, con su paloma blanca y su cordero blanco, la estatua de la virgen niña tenía la blanca pureza, el cuerpo de imaculada nieve, en medio de la tiesura inmó-

vil del frío, que alrededor de ella helaba el místico vuelo de la virginidad triunfante. Y á sus pies, la otra, la infeliz niña, también blanca de nieve, blanca y rígida hasta parecer que se había petrificado, apenas si se distinguía de las grandes vírgenes de piedra.

A todo esto, un postigo que á lo largo de las fachadas dormidas se abrió, produciendo leve chasquido, la hizo levantar los ojos: era á la derecha del primer piso de la casa adosada á la Catedral: una mujer muy hermosa, de color moreno pronunciado, de cuarenta años poco más ó menos, y en las facciones la serena corrección del mármol, se asomó, y á pesar de la helada terrible, al ver moverse á la niña, dejó fuera su brazo desnudo durante un minuto. Asombro compasivo se dibujó en su reposado semblante, y luego un estremecimiento de frío la hizo cerrar la ventana, llevándose la visión rápida de una muehacha rubia, con el pañuelo hecho jirones, ojos de color de violeta, la cara larga, el cuello también prolongado, con la elegancia de un lirio que surgiese entre los hombros... pero transida de frío, las manecitas y los piecitos casi inmóviles, y no dando más señal de vida que el vapor de su ligero aliento.

La niña maquinalmente conservó la vista fija en la casa, estrecha, de un piso y viejísima, construída á fines del siglo XV, empotrada en la misma catedral entre dos contrafuertes, como una verruga que hubiese brotado entre dos dedos del pie de un coloso. Así apoyada, se había conservado admirablemente con el basamento de piedra, piso de tablas de madera, adornadas con ladrillos figurados, alero cuya armadura se adelantaba lo menos un metro sobre el frontón, la torrecilla saliente para la escalera en el ángulo izquierdo, y la estrecha ventana que conservaba todavía la vidriera con plomos, de la época.

Como el tiempo había exigido reparaciones, el tejado parecía datar de Luis XIV, y se reconocían perfectamente las obras hechas en aquella época: la guardilla abier-

ta en la acrotera de la torrecilla, los bastidores de listones sustituyendo á las vidrieras primitivas, los tres vanos pegados del primer piso reducidos á dos, el del medio tapiado con ladrillos, lo que daba á la fachada algo de la simetría de los demás edificios de la calle, más recientes. En el piso bajo las modificaciones eran también muy perceptibles: primero una puerta de encina labrada, en lugar de la puerta vieja de hierro, bajo la escalera, y luego la gran arcada central tapiada por abajo, por los lados y por la punta, de manera que no dejaba más que una abertura cuadrada, como una ventana ancha, en lugar del vano ojival que antes daba á la calle.

Sin conciencia de sí misma, la niña miró aquella mirada venerable de maestro artesano, conservada pulcramente á través de los siglos, y leyó un letrero amarillo, clavado á la izquierda de la puerta, con la inscripción: *Hubert, casullero*, en letras viejas y negras. Pero otra vez el golpear de un postigo que se abría, llamó su atención. Ahora era el postigo de la ventana cuadrada del piso bajo, por la cual, á su vez, se asomó un hombre, de cara trabajada, nariz aguileña, frente saliente, coronada por cabellos espesos y ya blancos, á pesar de sus cuarenta y cinco años escasos, el cual también se paró un momento examinando á la pobre niña, contrayendo tristemente sus labios grandes y compasivos: luego le vió de pie, tras de los vidrios verdosos, volverse, hacer un gesto, y aparecer su mujer, muy hermosa. Los dos juntos, sin moverse, no cesaban de mirarla con profunda tristeza.

Hacia cuatrocientos años que la raza de los Hubert, bordadores de padres á hijos, habitaba aquella casa, que un maestro casullero había hecho construir en tiempo de Luis XI, que otro había hecho reparar en el reinado de Luis XIV, y en la que el actual Hubert bordaba casullas, como todos sus ascendientes las habían bordado. A los veinte años se había enamorado

de una joven de dieciseis, Hubertina, y con tal pasión, que ante la negativa de la madre de ésta, viuda de un magistrado, la robó y se casó con ella, mujer maravillosamente hermosa. Fué su única novela, su única alegría, y también su única desdicha. Cuando á los ocho meses, y estando en cinta, fué al lecho de muerte de su madre, esta la desheredó y la maldijo, y el niño, que nació, el mismo día, murió; y después de muerta y enterrada, la terna señora no perdonó. El matrimonio no tuvo más hijos, á pesar de su ardiente deseo, y á los veinticuatro años de esta desgracia todavía lloraban lo que habían perdido, convencidos de que la muerta no les perdonaría nunca.

Asustada ante sus miradas, la chiquilla se había cobijado junto al pilar de Santa Inés, asustada también por el ruido de la calle que despertaba. Ya se abrían las tiendas y empezaba á verse gente.

Aquella calle de los Plateros, cuyo extremo daba á la fachada lateral de la iglesia, sería un verdadero callejón sin salida, tapado del lado del ábside por la casa de los Hubert, si la calle del Sol, como un estrecho corredor, no la abriese por el otro lado, dando vuelta á la Catedral hasta la fachada grande, que da á la plaza del Claustro.

Pasaron dos beatas, que echaron una mirada de sorpresa sobre aquella mendiguilla, nueva en Beaumont. Seguía nevando lenta y obstinadamente, y parecía como que el frío, con el día blanquecino, aumentaba: no se oía más que un lejano ruido de voces en el sordo espesor del gran sudario que cubría la ciudad toda.

Avergonzada, asustada de su abandono, como si fuera un crimen, la niña retrocedió más y más, cuando de pronto vió ante sí á Hubertina, que no tenía criada y había salido ella misma por pan.

—Niña, ¿qué haces ahí? ¿Quién eres?

La niña no respondió, antes bien bajó la cabeza, pero sin darse cuenta de sí misma, como si su corazón,

transformado en pedazo de hielo, hubiese cesado de latir. Cuando la buena señora volvió la espalda, con un gesto de compasión discreta, la niña, falta de fuerzas, cayó sobre sus rodillas, resbaló como un pingajo sobre la nieve, cuyos copos silenciosamente empezaron á cubrirla. La buena mujer, que volvía con el pan caliente, viéndola así por tierra, se acercó de nuevo:

—¡Anda, pequeña! No estés junto á esta puerta...

Entonces Hubert, que también había salido y estaba de pie en el dintel de la casa, la desembarazó del pan, diciéndola:

—Tómala y tráela.

No dijo nada Hubertina: bajose y cogió con sus robustos brazos á la criatura, que ya no retrocedió, y se dejó llevar, como si fuera un fardo, con los dientes apretados, los ojos cerrados, muy fría, leve su peso cual pajarito caído del nido.

Entraron: Hubert cerró la puerta, y Hubertina, con su carga, atravesó el cuarto que daba á la calle, que servía de salón, y en el cual había algunos paños bordados de muestra ante el ventanal cuadrado, y entró en la cocina, la antigua sala común, que se conservaba casi intacta con las vigas del techo visibles, su embaldosado recompuesto aquí y allí, y su gran chimenea con campana de piedra. En sus tablas estaban los utensilios de cocina, las cazuelas, las ollas, los lebrillos, todo con dos ó tres siglos de fecha, y porcelana vieja, y viejos cazos y espumaderas; pero ocupando el hogar de la chimenea había un horno moderno, ancho, de hierro fundido, con los adornos de cobre, muy relucientes. Estaba rojo, y hervía el agua en el escalfador: á un lado había un cazo lleno de café con leche, conservando el calor.

—¡Demontre! dijo Hubert, dejando el pan sobre una mesa Luis XIII que ocupaba todo el centro de la habitación: se está mejor aquí que fuera. Pon á esa pobre muchacha cerca del horno para que se deshiele.

Hubertina había ya dejado á la muchacha, y los dos miraron cómo volvía en sí: la nieve de su traje se fundía y caía en gotas pesadas: por los agujeros de sus zapatos de hombre se veían los piezecitos amoratados, y la tenue tela de lana de su falda dibujaba la rigidez de sus miembros y de su lastimado cuerpo, lleno de dolores y miseria.

Primero se estremeció, abrió los ojos extraviados, con el sobresalto de un animal que despierta y, sorprendido, se encuentra preso en un lazo. La cara parecía que se hundía dentro del tapabocas atado á la barba. Creyéronla inútil del brazo derecho: ¡tanto lo apretaba inmóvil contra su pecho!

—Tranquilízate: no te haremos daño: ¿de dónde vienes?

¿Quién eres?

A medida que le hablaban se asustaba más, volviendo la cabeza, como si hubiese alguien detrás que quisiera pegarla. De una ojeada furtiva examinó la cocina, y las losas, y las vigas y los utensilios relucientes: su mirada, por las dos ventanas irregulares dejadas en el antiguo vaño, salió fuera, escudriñó el jardín hasta los árboles del Palacio episcopal, cuyas blancas siluetas aparecían sobre la pared del fondo, y pareció asombrarse de tropezar allí, á la izquierda, encima de los árboles, con las ventanas romanas de las capillas del ábside de la Catedral. El calor del horno, que empezaba á penetrarla, la produjo un nuevo estremecimiento, y volvió á mirar al suelo, sin menearse.

—¿Eres de Beaumont? ¿Quién es tu padre?

Ante su silencio, Hubert pensó que quizá la pena y el frío no la dejaban hablar.

—En vez de hacerla preguntas, dijo, valdrá más que le demos una buena taza de café con leche, muy caliente.

La observación era tan atinada, que Hubertina le dió en seguida su misma taza, y mientras cortaba dos grandes rajás de pan, la criatura, desconfiada, se echó atrás;

pero el tormento del hambre la venció: comió y bebió con avidez.

Para no estorbarla, los dos esposos se callaron, conmovidos, viendo sus manecitas temblar y no atinar con la boca; no sirviéndose más que de la izquierda, y apretando con obstinación la derecha á su cuerpo: al terminar estuvo á punto de romper la taza, que recogió con torpeza, como si fuera manca.

—¿Te has herido en el brazo? le preguntó Hubertina. Enséñamelo, hermosa; no tengas miedo.

Pero, al tocarla, la criatura se levantó con ira, luchó, y en la lucha separó el brazo: cayó un cuaderno que estaba escondido y pegado á su misma piel, y que resbaló por una rotura del justillo. Trató de cogerlo, y viendo que aquellos dos desconocidos lo habrían y lo leían, se retorció de cólera las manos.

Era una libreta de alumna de la Administración de Expósitos del departamento del Sena. En la primera página, debajo de un medallón de San Vicente de Paul, había las fórmulas impresas: *Apellido del alumno*; y un solo rasgo de tinta llenaba el hueco.—*Nombres*: Angélica María.—*Fechas*: Nacida el 22 de Enero de 1851, y admitida el 23 del mismo mes con el número 1,634 de matrícula. Es decir, padre y madre desconocidos, y ningún papel, ni aun el extracto de la fe de bautismo; nada más que el cuaderno, con su cubierta de tela, de color rosa pálido, todo él lleno de frialdad administrativa. Nadie en el mundo; nada más que un registro: el abandono numerado y clasificado.

—¡Ah! ¡Es una expósita! exclamó Hubertina.

Angélica entonces rompió á hablar en una crisis de loco arrebatado.

—¡Yo valgo más que los otros: sí; soy mejor, mejor y mejor! ¡Nunca he robado á los demás, y ellos me lo roban todo! ¡Dadme lo que me habéis quitado!

Y era tal el orgullo impotente y la pasión desear más fuerte que erguía aquel cuerpo de mujercita, que los Hu-

bert quedaron sorprendidos. No reconocían á la niña rubia de antes, de ojos color de violeta, y el largo cuello, gracioso como un lirio. Los ojos habíanse tornado negros; la cara, llena de maldad; el cuello, sensual, se había hinchado con la ola de sangre. Ahora que se sentía caliente, se erguía y silbaba como la culebra recogida en la nieve.

—¿Tan mala eres? le preguntó con dulzura el bordador. Si queremos saber quién eres, es para tu bien.

Y por encima de los hombros de su mujer, que ojeaba el libro, lo leyó. En la página 2, el nombre de la nodriza:

«La niña Angélica ha sido confiada el 25 de Enero de 1851 á la nodriza Francisca, mujer del señor Hamelín, de profesión labrador, habitante en el pueblo de Soulanges, distrito de Nevers, la cual ha recibido á la salida el primer mes de nodriza y la canastilla.»

Venía después un certificado del bautismo, firmado por el capellán de la casa de Expositos, y luego certificados de los médicos, á la salida y á la vuelta de la niña. El pago de la nodriza, por trimestres, llenaba las columnas de cuatro páginas, con la firma y sello del administrador de Rentas.

—¿Cómo! ¡Nevers! ¿Te has criado cerca de Nevers? preguntó Hubertina.

Angélica, roja de cólera por no poder impedir la lectura, había vuelto á su silencio fosco. Pero la cólera la hizo romper á hablar, y habló de su nodriza:

—¡Ah! Mamá Nini os pegaría, porque ella me defendía siempre, aunque á veces me sacudiese. No; no era yo tan desgraciada allá abajo con los animales....

Su voz se ahogaba en su garganta, pero prosiguió con frases entrecortadas, incoherentes, hablando de los prados *adonde* llevaba á la *Roja* y de la carretera en que jugaba y las tortas que cocía, y de un perro grande que la había mordido.

Hubert la interrumpió, leyendo en alta voz:

«En caso de enfermedad grave, ó malos tratamientos,

el subinspector queda autorizado para cambiar á la niña de nodriza.»

Debajo decía que la niña Angélica Maria había sido confiada el 20 de Junio de 1860 á Teresa, mujer de Luis Franchomme, ambos floristas y residentes en París.

—Vamos, ya entiendo, dijo Hubertina. Caerías enferma, y te llevarán á París.

Pero tampoco era esto, y los Hubert no conocieron toda la historia hasta que palabra por palabra se la sacaron á Angelica.

Luis Franchomme, que era primo de mamá Nini, había tenido que ir al pueblo á pasar un mes, convaleciente de una fiebre; y entonces su mujer Teresa, que sintió viva ternura por la criatura, había obtenido que la dejaran llevársela á París, comprometiéndose á enseñarla el oficio de florista; pero á los tres meses su marido murió y ella cayó también enferma, viéndose obligada á retirarse en casa de su hermano el curtidor Rabiér, establecido en Beaumont, donde murió en los primeros días de Diciembre, dejando á su cuñada la niña, que desde aquel día, sufriendo golpes, injurias y palos, pasó el mayor de los martirios.

—¡Los Rabiér! murmuró Hubert; ¡los Rabiér! si, si, curtidores á orillas del Ligneul, en la ciudad baja.

—Me llamaban hija del arroyo, prosigió Angélica airada, rabiosa, con la fuerza del orgullo que le ahogaba. Decían que merecía ser arrojada á la calle, y cuando me habían molido á golpes, la mujer me tiraba al suelo migajas de pan con agua, como al gato. Esto sin contar con que muchas veces me metían en cama sin comer. ¡Hubiera acabado por matarme yo misma!

Hizo un ademán de furiosa desesperación.

—Lá mañana de Navidad, ayer, bebieron, y luego se echaron encima de mí, amenazandome, en broma, con arrancarme los ojos con los dedos. Luego la cosa no anduvo bien, porque acabaron por pegarse fuertes puñetazos, quedando los dos tendidos en el suelo: creí que se

habían muerto. Hacía mucho tiempo que pensaba huir, pero quería mi libro. Mamá Nini me lo enseñaba á veces diciéndome: —¿Ves tú? esto es todo lo que posees, porque si no tuvieses esto, no tendrías nada. Yo sabía donde lo escondían desde la muerte de mamá Teresa: en el cajón más alto de la cómoda. Entonces he pasado por encima de ellos, he cogido el libro, he corrido, apretándole con el brazo en el cuerpo. Era muy grande y me parecía que todo el mundo lo veía, y que me lo iban á robar. Y he corrido, he corrido.... Cuando ha sido negra noche, he tenido mucho frío junto á esa puerta, tanto frío, que parecía que ya no vivía. Pero no importa, no lo he dejado, y éste es!

Y con un salto rápido, á tiempo que los Hubert lo cerraban para devolverse, se lo arrancó de las manos: luego se sentó, se inclinó sobre la mesa, con el libro entre los brazos, y se puso á sollozar con la mejilla puesta sobre la cubierta de tela rosada. Una espantosa humildad abatía su orgullo, su ser parecía fundirse en la amargura de aquellas pocas páginas con las márgenes gastadas, aquella pobre cosa que era su tesoro, el lazo único que la unía á la vida del mundo. No podía aliviar á su corazón de una desesperación tamaña, y sus lágrimas brotaban sin fin; y en aquel gran anonadamiento de todo su ser, reaparecía su bonita cara de muchacha rubia, un poco larga, muy pura de líneas, con los ojos de violeta que la ternura tornaba en pálidos, con el dibujo delicado del cuello que la asemejaba á una virgencita de vidriera de Iglesia. De pronto, cogió la mano de Hubertina, pegó en ella los labios sedientos de caricias, y la besó con pasión.

Los Hubert sintiéndose con el alma trastornada, balbucientos y á punto de llorar.

—¡Pobre, pobre niña!

—¿De modo que no era mala del todo? Quizás todavía podría corregirse aquella violencia que les habían asustado.

—¡Oh! os lo pido. No me lleveis á la casa de los otros, balbuceó la niña. No, no me lleveis.

Mujer y marido se miraron.

Presisamente, desde el otoño andaban pensando en tomar una aprendiz para trabajar con ellos, una muchacha que alegrara su morada entristecida de esposos estériles, y la cosa se decidió en el acto.

—¿Quieres? preguntó Hubert.

Hubertina contestó sin prisa, con su voz tranquila:

—Me parece bien.

Desde luego empezaron á ocuparse de las formalidades. El bordador se fué á contar el caso al juez de paz del distrito del Norte de Beaumont, Sr. Grandshire, pariente de su mujer, y el único al cual ella seguía visitando, el cual se encargó de todo: escribió á la Asistencia pública, donde Angélica fué fácilmente reconocida, gracias al número de matrícula, y logró que se quedase de aprendiz en casa de los Hubert, que tenían fama de muy honrados.

El subinspector del distrito, yendo á poner en orden el cuaderno, firmó el contrato con el nuevo amo, en virtud del cual éste se obligaba á tratar bien á la niña, tenerla limpia, hacerla asistir á la iglesia y á la escuela y darla una cama para ella sola. Por su parte, la Administración se comprometía á pagarle las indemnizaciones correspondientes y á entregarla un vestido, según el reglamento.

En diez días se arregló todo: Angélica ya dormía en el piso alto, junto al granero, en la buardilla que daba al jardín, y había tomado las primeras lecciones de bordadora. El domingo por la mañana, antes de llevarla á misa, Hubertina abrió delante de ella el arca antigua del taller, donde se guardaba el oro fino. Tenía en la mano el cuaderno, que metió dentro, en el fondo de un cajón, diciendo:

—Mira bien donde lo pongo. No quiero esconderlo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

para que puedas tomarlo cuando quieras. Valdrá más que lo veas y lo recuerdes.

Aquella mañana, al entrar en la iglesia Angélica, se halló de nuevo bajo la puerta de Santa Inés.

Se había producido un comienzo de deshielo durante la semana; pero el frío volvió á apretar, y con tanta fuerza, que la nieve de las esculturas, fundida á medias, se había petrificado en un florecimiento de racimos y de agujas.

Ahora todo era hielo: los vestidos transparentes y los encajes de vidrio que cubrían á las Santas. Santa Dorothea tenía una antorcha, que parecía que se la liquidaba entre las manos. Santa Cecilia llevaba una corona de plata, de la cual brotaban perlas vivas. Santa Agueda, con su pecho mordido por las tenazas, ostentaba una coraza de cristal. Y las escenas del tímpano, las virgen-citas de los arcos, parecía que estaban, siglos hacia, detrás de los cristales de una gigantesca urna. Santa Inés arrastraba un traje de cola, hilado de luz, bordado de estrellas: su cordero tenía la piel de diamantes; la palma habíase tornado de color de cielo. La puerta toda resplandecía en la pureza de aquel intenso frío.

Angélica recordó la noche que había pasado allí, al amparo de las vírgenes. Alzó la cabeza y las envió una sonrisa.

## II

Forman la ciudad de Beaumont dos ciudades totalmente distintas y separadas: Beaumont de la Iglesia, en la parte alta, con su antigua catedral del siglo XII, su Palacio episcopal del XVII y sus mil almas escasamente, amontonadas, ahogadas en sus callejuelas; y Beaumont de la Ciudad, al pie del collado, á orillas del Ligneul, un antiguo arrabal enriquecido y engrandecido, gracias á la prosperidad de sus fábricas de batistas y encajes, hasta tener cerca de diez mil habitantes, con plazas espaciosas y un bonito palacio, de gusto moderno, para la subprefectura.

Así es que los dos distritos, el del Norte y el Sur, apenas si tienen entre sí más relaciones que las administrativas. A treinta leguas de París—dos horas de ferrocarril—Beaumont de la Iglesia parece todavía encerrado en sus antiguas tapias, de las cuales, sin embargo, no se conservan más que las tres puertas; en ella vive una población especial, estacionada, con la misma vida que de quinientos años á esta parte todos llevan, de padres á hijos.

La Catedral lo explica todo: todo lo ha creado y lo conserva todo: es la madre y la reina, y junto á su enormidad, entre el montón de las casas bajas, la ciudad parece una pollada que, transida de frío, se abriga cabe sus alas de piedra. Se vive por ella y también para ella; no trabajan las industrias ni venden las tiendas para otra cosa que para alimentarla, vestirla y mantenerla, á ella y su clero; y si hay algunos que viven de sus

para que puedas tomarlo cuando quieras. Valdrá más que lo veas y lo recuerdes.

Aquella mañana, al entrar en la iglesia Angélica, se halló de nuevo bajo la puerta de Santa Inés.

Se había producido un comienzo de deshielo durante la semana; pero el frío volvió á apretar, y con tanta fuerza, que la nieve de las esculturas, fundida á medias, se había petrificado en un florecimiento de racimos y de agujas.

Ahora todo era hielo: los vestidos transparentes y los encajes de vidrio que cubrían á las Santas. Santa Dorothea tenía una antorcha, que parecía que se la liquidaba entre las manos. Santa Cecilia llevaba una corona de plata, de la cual brotaban perlas vivas. Santa Agueda, con su pecho mordido por las tenazas, ostentaba una coraza de cristal. Y las escenas del tímpano, las virgen-citas de los arcos, parecía que estaban, siglos hacia, detrás de los cristales de una gigantesca urna. Santa Inés arrastraba un traje de cola, hilado de luz, bordado de estrellas: su cordero tenía la piel de diamantes; la palma habíase tornado de color de cielo. La puerta toda resplandecía en la pureza de aquel intenso frío.

Angélica recordó la noche que había pasado allí, al amparo de las vírgenes. Alzó la cabeza y las envió una sonrisa.

## II

Forman la ciudad de Beaumont dos ciudades totalmente distintas y separadas: Beaumont de la Iglesia, en la parte alta, con su antigua catedral del siglo XII, su Palacio episcopal del XVII y sus mil almas escasamente, amontonadas, ahogadas en sus callejuelas; y Beaumont de la Ciudad, al pie del collado, á orillas del Ligneul, un antiguo arrabal enriquecido y engrandecido, gracias á la prosperidad de sus fábricas de batistas y encajes, hasta tener cerca de diez mil habitantes, con plazas espaciosas y un bonito palacio, de gusto moderno, para la subprefectura.

Así es que los dos distritos, el del Norte y el Sur, apenas si tienen entre sí más relaciones que las administrativas. A treinta leguas de París—dos horas de ferrocarril—Beaumont de la Iglesia parece todavía encerrado en sus antiguas tapias, de las cuales, sin embargo, no se conservan más que las tres puertas; en ella vive una población especial, estacionada, con la misma vida que de quinientos años á esta parte todos llevan, de padres á hijos.

La Catedral lo explica todo: todo lo ha creado y lo conserva todo: es la madre y la reina, y junto á su enormidad, entre el montón de las casas bajas, la ciudad parece una pollada que, transida de frío, se abriga cabe sus alas de piedra. Se vive por ella y también para ella; no trabajan las industrias ni venden las tiendas para otra cosa que para alimentarla, vestirla y mantenerla, á ella y su clero; y si hay algunos que viven de sus

rentas, es que son los últimos fieles de la multitud ya desaparecida. Late en el centro; cada calle es una de sus venas, y la población no tiene más vida que la suya; de aquí un alma de otros tiempos, un sopor religioso de épocas pasadas; toda una población claustral oliendo todavía á perfume antiguo de paz y de fe.

De toda la ciudad mística, la casa de los Hubert, donde Angélica en adelante iba á morar, era la que más vivía de la vida de la Catedral, como si fuese carne de su carne. El permiso de edificar entre dos de sus contrafuertes debió de otorgarlo algún Prelado de tiempos pasados, deseosos de no desprenderse del fundador de aquella dinastía de bordadores, como maestro casullero, proveedor de la sacristía.

Del lado del Mediodía la masa colosal de la iglesia limitaba el estrecho jardín; primero, por el circuito de las capillas laterales, cuyas ventanas se abrían sobre las plantabandas ó acirates; luego por el cuerpo saliente de la nave, apoyado en los estribos; más lejos, por la masa inmensa de piedra, cubierta de hojas de plomo; el sol no llegaba nunca hasta el fondo del jardín, en el que crecían vigorosamente el boj y la hiedra. Sin embargo, resultaba muy dulce aquella sombra perenne que caía de la gigantesca bóveda del ábside; sombra religiosa, sepulcral y pura, que olía bien. En aquella media luz verdosa, llena de tranquila frescura, sólo se oían los sonos de las campanas de las dos torres, y la casa entera, pegada á aquellas piedras viejas, fundida en ellas y viviendo de su sangre, como que guardaba celosa aquel grato rumor, conmoviéndose con sus ceremonias más nimias: los oficios solemnes, el murmullo del órgano, las notas del canto llano, hasta el suspiro comprimido de los fieles, zumbaban en cada habitación, la llenaban de un aliento santo, venido de lo invisible. A través del muro tibio parecía que se filtraba el humo del incienso.

Allí creció Angélica durante cinco años, lejos del mundo, como en un claustro; no salía más que el do-

mingo para la misa de las siete; Hubertina había logrado que no fuese á la escuela, cuyas malas amistades temía.

Aquella morada antigua y estrecha, con su jardín tranquilo como una tumba, fué su universo todo; en su piso alto ocupaba un cuarto encalado; bajaba por la mañana á la cocina á almorzar, y luego subía al taller del principal para trabajar. Allí vivía, subiendo y bajando la escalera de caracol de la torrecilla, rincones respetables, conservados de generación, en generación no entrando nunca en el cuarto de los Hubert; en cuanto al salón bajo, dos piezas rejuvenecidas con arreglo al gusto de la época, no hacían más que atravesarlo. Las viguetas del salón habían sido revocadas; el techo estaba adornado con una cornisa de palmas, con un rosetón central; el papel de las paredes, con grandes ramos, era del tiempo del primer Imperio, lo mismo que la chimenea, de mármol blanco, la cómoda de caoba, el velador, el sofá y cuatro sillas de terciopelo de Utrecht. Las pocas veces que entraba para mudar las cortinillas, si daba una ojeada á la calle, veía la misma cosa: la calle acabando en la puerta de Santa Inés, alguna beata abriendo la mampara, que se cerraba sin ruido, las tiendas, enfrente, del platero y el cerero, siempre vacías, con sus viriles y sus cirios. En todo Beumont de la Iglesia, en la calle Magloire, detrás del Obispado, en la calle Mayor, donde acababa la calle de los Plateros; en la plaza del Claustro, donde se elevaban las dos torres, se sentía la paz del convento en el aire dormido, cayendo lentamente sobre las calles desiertas, con la luz mortecina.

Hubertina se había encargado de completar la instrucción de Angélica: profesaba la máxima antigua de que una mujer sabe todo lo que necesita con un poco de ortografía y las cuatro reglas. Pero tuvo que luchar contra la mala voluntad de la muchacha, que se pasaba las horas muertas mirando por las ventanas que daban al jardín; diversión en realidad muy pequeña.

Angélica no se apasionó mucho por la lectura, y á pesar de los dictados, copiados de un libro de trozos escogidos, no llegó á escribir con ortografía una página entera: sin embargo, tenía un buen caracter de letra, firme, algo como la letra irregular de las grandes damas de antaño. En todo lo demás, geografía, aritmética, historia, su ignorancia continuó total y completa. ¿Y para qué el saber? ¡Cosa inútil! Más tarde, cuando llegó la primera comunión, aprendió de memoria, y palabra por palabra, el Catecismo, con fe tan ardorosa, que su memoria segura maravilló á todos.

El primer año, los Humbert, á pesar de su dulzura muchas veces desesperaron de sacar partido de la muchacha, que si bien prometía ser una bordadora muy diestra, les desconcertaba con sus bruscos retrocesos, con días de pereza inexplicable, después de otros de ejemplar aplicación. A lo mejor resultaba perezosa y golosa; robaba el azúcar, aparecía con los ojos tristes y la faz encendida: si la reñían, se volvía respondona. A veces, cuando querían domarla, llegaba á verdaderas crisis de locura orgullosa, tiesa, dando con los pies y las manos, rompiéndolo todo y mordiendo. Entonces aquella fiercecilla les daba miedo, asustados ante el diablo que en ella se agitaba.

¿Quién era? ¿De dónde venía? Es lo que tienen los niños abandonados, hijos casi siempre del vicio y del crimen. Dos veces distintas, desolados y arrepentidos de haberla recogido, habían resuelto deshacerse de ella, devolviéndola á la Administración; pero siempre aquellas desgarradoras escenas que conmovían la casa de arriba á bajo, acababan con un diluvio de lágrimas y arrepentimiento tan exaltado, que echaban en tierra á la criatura, con tal sed de castigo, que no había más remedio que perdonarla.

Popo á poco Hubertina adquirió sobre ella cierta autoridad, y en verdad que parecía hecha para aquella educación, por la bondad de su alma, su aspecto fuerte á la

par que dulce, y su discernimiento recto y perfectamente equilibrado. Así la enseñó, en oposición al orgullo y á la pasión, el deber y la obediencia. Obedecer es vivir hay que obedecer á Dios, á los padres, y á los superiores: jerarquía completa de respeto, fuera de la cual la existencia se desarregla y se pierde.

A cada rebeldía, para imponerla la humildad, la obligaba como penitencia á alguna ocupación baja, como fregar platos, ó los suelos, y no se movía de su lado, teniéndola arrodillada en tierra, al principio airada, pero al fin vencida.

No dejaba de inquietarle la pasión que aparecía en la muchacha, el fuego y la violencia de sus caricias: muchas veces la sorprendió besándose las manos, luego la vió llenarse de fiebre por estampitas de Santos y del Niño Jesús, que coleccionaba: y un día la encontró arrasada en lágrimas, desvanecida, la cabeza caída sobre la mesa y la boca pegada á las imágenes. Cuando se las quitó hubo una escena terrible, con gritos y lágrimas, como si le arrancasen la piel. Desde entonces la trató con severidad, no tolerándola ninguna distracción, rindiéndola á fuerza de trabajo, aislándola en una atmósfera de frío y de silencio, en cuanto la veían distraerse, vaga la mirada y encendidas las mejillas.

Además, Hubertina había encontrado un auxiliar en la libreta de la Casa de Beneficencia. Todos los trimestres, cuando el empleado iba á firmarla, Angélica quedaba llena de sombría trizteza hasta que llegaba la noche.

Cuando por casualidad, sacando un carrete de oro del arca, la veía, se la estrechaba al corazón.

Un día de maldad, en que nada podía vencerla y todo lo trastornaba en el cajón, se quedó de pronto como anonadada viendo el cuaderno: la ahogaron los sollozos y se arrojó á los pies de los Hubert, humillándose, balbuceando que había hecho mal en recogerla, y que no merecía ni comer el pan que la daban. Desde aquel

día, el recuerdo de la libreta contuvo muchas veces sus arrebatos.

Así llegó Angélica á los doce años, la edad de su primera comunión. Aquel medio tan tranquilo, la casita dormida á la sombra de la Catedral, embalsamada con el incienso, llena del rumor de los cánticos sagrados, favoreció la lenta mejora del retoño salvaje, arrancado no se sabía de donde y replantado en el suelo místico del estrecho jardín.

Todo esto, además de la vida regular que allí se hacía, la labor diaria y la ignorancia total del mundo, sin que la turbara un eco del barrio medio dormido. Pero principalmente la dulzura provenía del grande y profundo amor de los Hubert, que parecía aumentado por su remordimiento incurable.

Hubert pasaba los días tratando de borrar de la memoria de Hubertina el recuerdo de la injuria que le había hecho casándose con ella, contra la voluntad de su madre: al morir su niño había sentido que ella le hacía responsable del aquel castigo, y desde entonces trató de hacerse lo perdonar. Ya hacia mucho tiempo que lo había logrado; su mujer le adoraba: á veces él lo ponía en duda, y esta duda entenebrecía su vida. Para estar seguro de que la muerta, la terca y cruel madre, había cedido desde su tumba, hubiera querido otro hijo, y su único deseo era este hijo del perdón: por esto vivía á los pies de su mujer, como si fuera un culto, lleno de una pasión conyugal, casta y ardiente, como en eternos desposorios. Si delante de la muchacha no la besaba siquiera un cab. o entraba en su cuarto, después de veinte años de vida común, sin sentirse dominado por la emoción del esposo que entra en la cámara nupcial la noche de novios.

Aquel cuarto era discreto: pintado de blanco gris, empapelado con flores azules, y los muebles de nogal, tapiados de cretona. No salía de él el rumor más ligero, pero todo él sabía á ternura, y como que templaba la

✓  
casa toda. Para Angélica era como un baño de afec-  
ción en medio del cual crecía muy apasionada y muy pura.

Completó la obra un libro.

Huroneado una mañana y rebuscado en un estante del taller, dió, entre útiles desusados de bordador, con un ejemplar muy antiguo de la *Leyenda de oro*, de Jacobo de Vorágine. Era una traducción francesa de 1648, que debió ser comprada en otro tiempo por un maestro casullero, por los grabados, llenos de datos y noticias sobre los Santos.

Durante mucho tiempo solo la entretenían las imágenes, grabados viejos, llenos de fé ingenua, que la maravillaban. En cuanto la daban permiso para jugar, cogía el libro, en 4o, encuadernado con piel roja, de becerro, y le ojeaba lentamente. Primero la anteportada, en rojo y negro, con las señas del librero. *En Paris calle Nueva de Nuestra Señora, llamada de San Juan Bautista.* Luego la portada con los medallones de los cuatro Evangelistas, abajo la Adoración de los Reyes Magos, arriba el triunfo de Jesucristo, hollando esqueletos. Después las imágenes sucediéndose á las imágenes, y las letras de adorno, y grabados grandes y chicos en el texto, al volver de cada página: la Anunciación, un ángel inmenso, inundando de rayos á una virgen muy delgada; la Degollación de los inocentes, el cruel Herodes, en medio de un montón de infantiles cadáveres; el Nacimiento, Jesús entre la Virgen y San José, con un cirio; San Juan el limosnero, dando limosna á los pobres; San Matias, rompiendo un ídolo; San Nicolás, vestido de Obispo, teniendo á su derecha á unos niños dentro de un cuazo, y todas las Santas; Santa Inés con el cuello agujereado por una espada; Santa Agueda, con los pechos arrancados con tenazas; Santa Genoveva, seguida de sus ovejas; Santa Juliana, azotada; Santa Anastasia, quemada; Santa María Egipcíaca, haciendo penitencia en el desierto; Santa Magdalena, con el vaso lleno de perfumes.

Y otras y otros desfilaban, y de ellas brotaba como un gran terror y una gran piedad, algo como lo que produce una de esas historias terribles y dulces que hacen un nudo en la garganta y llenan de lágrimas los ojos.

Angélica poco á poco sintió deseos de saber á ciencia cierta lo que representaban los grabados.

Algo la asustaban las dos columnas amazotadas del texto, cuya impresión seguía siendo muy negra sobre el papel amarillento, y el aspecto bárbaro de los caracteres góticos; pero se fué acostumbrando á descifrar letras, á comprender abreviaturas y contracciones y á adivinar las frases y las palabras envejecidas, acabando por leer de corrido, encantada como si penetrase un misterio, y gozándose en destruir dificultades. Bajo aquellas laboriosas tinieblas se le reveló todo un mundo radiante, como si entrase en una aureola celestial.

Desde entonces no existieron para ella sus pocos libros clásicos, frios y secos: sólo la *Leyenda* la apasionaba y la mantenía inclinada, con la cabeza entre las manos, abstraída hasta el punto de no vivir la vida real, sin conciencia del tiempo, viendo como subía hasta ella, desde el fondo de lo desconocido, la gran dilatación del *ensueño*.

¡Dios es benigno! Vienen primero los Santos y las Santas: nacen predestinados; voces de arriba les anuncian, sus madres tienen sueños gloriosos: todos son bellos, victoriosos, fuertes: rodeánles luminosas aureolas, resplandecen su faz. Santo Domingo tiene una estrella en la frente. Leen en el pensamiento del hombre, y repiten en voz alta lo que piensa. Tienen el don de profecía, y siempre acaece lo que profetizan. Es infinito su número: hay obispos y frailes, vírgenes y locas, mendigos y señores de estirpe regia, eremitas desnudos que comen raíces, y viejos que viven en cavernas, acompañados de animales. La historia de todos ellos es igual: crecen para Jesucristo: creen en Él: si se niegan á celebrar sacrificios en honor de los falsos dioses, son atormentados y

mueren llenos de gloria. Las persecuciones cansan á los emperadores que las ordenan. San Andrés, puesto en cruz, predica durante dos días á veinte mil personas. Hay conversiones en masa: una vez son bautizados de un golpe cuarenta mil hombres. Si por acaso la multitud no se convierte ante los milagros, huye despavorida. Se acusa á los Santos de brujería, se les somete á enigmas que resuelven, se les encara con los sabios y doctores, que no saben que contestarles. Cuando se les lleva á los templos para que hagan sacrificios, son derribados los ídolos de un soplo, y se rompen en pedazos. Una virgen ata su cinturón al cuello de una Venus, que cae hecha polvo. Tiembla la tierra: húndese el templo de Diana, herido por el rayo y el trueno: los pueblos se sublevan, estallan las guerras civiles. Muchas veces los verdugos piden el bautismo, y los Reyes caen á los pies de los Santos llenos de andrajos, por que se han desposado con la pobreza. Santa Sabina huye de la casa paterna; Santa Paula abandona á sus cinco hijos, y se abstiene de los baños. Purifican los ayunos y mortificaciones. Ni trigo ni aceite. San Germano esparce ceniza en sus alimentos. San Bernardo no distingue de manjares y no reconoce más sabor que el de el agua pura. San Agatón conserva una piedra en la boca durante tres años. San Agustín se arrepiente de haber pecado por haberse distraído viendo á un perro correr. Desprecian la prosperidad y la salud: empiezan á gozar con las privaciones que matan al cuerpo. De este modo al fin triunfantes, viven en jardines cuyas flores son las estrellas, y en los que cantan las hojas de los árboles. Exterminan dragones, levantan ó apaciguan tormentas, quédanse en éxtasis á dos codos del suelo. Damas viudas proveen á sus necesidades mientras viven, y reciben el aviso para ir á amortajarles en cuanto mueren. Sucedenles casos extraordinarios y aventuras maravillosas, tan bellas como novelas. Y despues de muchos cientos de años, cuando se abren sus tumbas, despiden éstas olores suaves.

Luego enfrente de los Santos, los demonios, demonios innumerables.

«Vuelan con frecuencia á nuesero alrededor como moscas, y llenan con su número el aire. El aire está lleno de diablos y de espíritus malignos, como de átomos el rayo del sol. Son como polvo.» Y empieza la batalla eterna. Siempre vencen los santos, y siempre tienen que volver á empezar la victoria. Cuantos más demonios echan, más reaparecen. En el cuerpo de una mujer, que San Fortunato exorciza, se cuentan seis mil seiscientos sesenta y seis diablos. Agítanse, habian, gritan por la voz de los poseídos, en cuyas entrañas levantan gran tormenta. Penetran en sus víctimas por la nariz, boca y orejas, y salen con rugidos después de muchos días de espantables luchas. Al volver de un camino vése un poseído retorciéndose, y un santo que pasa librásele cruel batalla. San Basilio, para salvar á un joven, tiene que batirse cuerpo á cuerpo. Durante toda una noche, San Macario, tendido entre tumbas, se ve asaltado y se defiende. Los mismos ángeles, puestos á la cabecera de los muertos para salvar las almas, se ven obligados á enredarse á golpes con los demonios. Otras veces sólo se trata de luchar con la inteligencia y el talento; se bromea se trata de ver quién es más ingenioso. El apóstol San Pedro y Simón el Mago luchan, por ver quién hace más milagros. Satanás, que no cesa, reviste todas las formas, disfrazase de mujer, llega hasta tomar el parecido de los Santos, pero en cuanto es vencido, aparece en toda su fealdad. «Un gato negro más grande que un perro, los ojos grandes y echando llamas, larga la lengua hasta el ombligo, ancha y sangrienta, la cola retorcida hacia arriba, dando salida á una horrorosa corredera.» Es la única preocupación, y el odio grande. Se le teme, pero se le burla. Ni siquiera hay que ser honrado con él. En el fondo, á pesar del aparato feroz de sus calderas, es el eterno burlado. Todos los pactos que hace son desechos por la violen-

cia ó la astucia. Débiles mujeres dan con él en tierra. Santa Margarita le aplasta la cabeza con el pie; Santa Juliana le hunde los costados golpeándole con cadenas. De todo esto se desprende una gran serenidad, el desprecio al mal, ya que es impotente, y la certeza del bien, ya que la virtud es soberana. Basta con persignarse para que el demonio no pueda hacer nada y desaparezca entre aullidos. Cuando una virgen hace el signo de la cruz, cruje el infierno entero.

Y en ese combate de los Santos y las Santas contra Satanás, se desarrollan los espantosos suplicios de las persecuciones. Los verdugos esponen á las moscas á los mártires, untados con miel; hácenles andar con los pies desnudos sobre vidrios rotos y carbones encendidos; les arrojan á fosos llenos de reptiles; les azotan con látigos que tienen bolas de plomo; les clavan vivos en ataúdes, que arrojan al mar; cuélganles de los cables, y luego les prenden fuego; bañan sus llagas con cal viva, pez hirviendo ó plomo fundido; les coronan con cascos enrojados al fuego y les sientan en sillones de bronce ardiendo; les queman los costados con antorchas; les aplastan los muslos sobre yunque, arrancanles los ojos, cortanles la lengua, rómpenles los dedos uno á uno. Pero el sufrimiento no puede con ellos: los Santos continúan llenos de desprecio y con ansia y prisa de sufrir más todavía. Por otra parte, de continuo protégeles el milagro; cansan al verdugo; San Juan bebe veneno, y ni lo siente; San Sebastian, erizado de flechas, sonríe. A veces las flechas se quedan flotando en el aire á los lados del mártir, ó retroceden y saltan los ojos al arquero. Beben plomo derretido como si fuera agua fría. Prostérnanse delante de ellos los leones, y lamen, como corderos, sus manos. Las parrillas de San Lorenzo tienen una frescura agradable; el Santo grita: «¡Infeliz! Has asado una parte; vuelve la otra, y luego come, porque está á punto.» Santa Cecilia, puesta en un baño hirviendo, «estaba en él como en un lugar que

fuese frío, y no sintió nada de sudor.» Santa Cristina desconcierta á sus verdugos; su padre le hace azotar por doce hombres, que sucumben al cansancio; otro verdugo la ata á una rueda, pega fuego debajo y las llamas se extienden y devoran á mil quinientas personas; la arroja al mar con una piedra al cuello, pero los ángeles la sostienen. Jesús en persona baja á bautizarla y luego la confía á San Miguel para que la lleve á tierra; otro verdugo la encierra con víboras, que se enroscan á su garganta como para acariciarla, la dejan cinco días en un horno, donde canta, sin sentir mal alguno. San Vicente, que padeció más todavía, no llegó á sentir dolor: le rompen los miembros, pórtenle las costillas con peines de hierro hasta que salen las entrañas, le mechan con agujas, le echan á un brasero, que apaga con la sangre de sus llagas; se le encarcela de nuevo, clavados los pies en un poste; y despedazado, asado, abierto el vientre, sigue viviendo: sus torturas trátanse en suavidad de flores; un gran resplandor llena su calabozo, ángeles cantan con él en un lecho de rosas. «El dulce son del cántico y el suave olor de las rosas extendiéronse por los alrededores, viendo lo cual los guardias se convirtieron á la fe; y cuando Daciano supo esto, se desesperó y dijo: ¿Qué más les haremos, si estamos vencidos?» Este es el grito de los atermentadores; aquello no puede acabar más que por su conversión ó por su muerte. Hiere sus manos la parálisis. Mueren violentamente; espinas de pescado les estrangulan, rayos les matan, sus carnes se deshacen, en tanto que los calabozos de los Santos resplandecen todos. La Virgen y los Apóstoles penetran en ellos, cuando quieren, á través de los muros. Bajan de los cielos abiertos socorros continuos y apariciones: Dios, con una corona de pedrería, se deja ver. Como la muerte es dulce, la desafían, corren á su encuentro; los padres se alegran cuando sucumbe uno de sus hijos. En el monte Ararat expiran diez mil crucificados. Cerca de Colonia las once mil vírgenes son asesi-

nadas por los hunnos. Crujen los huesos en los circos dentro de las quijadas de las fieras. A la edad de tres años, San Quirico, á quien el Espíritu Santo hace hablar como un hombre, sufre el martirio. Niños de pecho insultan á los verdugos. El desdén, el asco de la carne, del andrajo humano, aguza el dolor con celeste voluptuosidad. Que la rompan, la trituren y la quemén: ¡todavía es poco! Y todos claman al hierro, á la espada que degüella y que es lo único que les mata. Santa Eulalia, en la pira, bebe las llamas para morir antes. Dios la escucha y sale de su boca una paloma blanca, que sube al cielo.

Con estas lecturas, Angélica vivía deslumbrada. Tantas abominaciones y aquella alegría triunfal, la extasiaban y la sacaban de la realidad. Pero otros rincones de la *Leyenda*, más dulces, la divertían. Por ejemplo: los animales, el arca toda que se agita. Tomaba interés por los cuervos y las águilas que se encargaban de alimentar á los ermitaños. Y luego.... ¡qué hermosas historias de leones! El león solícito que abre la fosa de Santa María Egípcíaca; el león llameante que guarda las puertas de las casas de mal vivir cuando los procónsules llevan á ellas á las vírgenes, y el león de San Jerónimo, al cual se ha confiado la guarda de un asno, y que le deja volar, y que luego le recoge. Había también el lobo lleno de contrición, presentando un gorrinillo robado. San Bernardo excomulga las moscas, que caen muertas. San Remigio y Santa Blasa dán de comer en su propia mesa á los pájaros, les bendicen y les devuelven la salud. San Francisco, «lleno de una gran sencillez colombiana», las predica y las exhorta á amar á Dios. «Un pájaro que se llama cigarra estaba en una higuera, y San Francisco le tendió la mano y llamó al pájaro, el cual le obedeció y se posó en su mano. Y le dijo:—Canta, hermano mío, y alaba á nuestro señor.—Entonces cantó, y se fué en cuanto le despidieron.»

Era éste para Angélica un continuo objeto de recreo

que la sugería á lo mejor la idea de llamar á las gondolinas, con la curiosidad de ver si acudían.

Luego había otras historietas que no podía leer sin sentirse mala á fuerza de reír.

San Cristobal, el buen gigante que llevaba á Jesús, la divertía hasta llorar de risa.... Luego se destornillaba ante el chasco del gobernador con las tres camareras de Santa Anastasia, que va á la cocina á buscarlas, y que besa los pucheros y las cazuelas creyendo besarlas á ellas. «De donde salió muy negro y muy feo, y los vestidos rotos. Y cuando los servidores que fuera le esperaban le vieron en tal guisa, creyeron que se había tornado en diablo.»

Pero cuando reía más era cuando sacudían al demonio, sobre todo Santa Juliana, que, tentada por él en un calabozo, le administró una paliza extraordinaria con su misma cadena.

«Mandó entonces el preboste que Santa Juliana fuese puesta en libertad, y cuando ella salió, arrastraba al diablo, que gritaba y decía:—«¡Mi señora Juliana, no me hagáis más daño!»—Y le llevó así por todo el mercado, y después le echó en una fosa llena de suciedad.»

Otras veces repetía á los Hubert, mientras bordaba, leyendas más interesantes que cuentos de hadas.

Tantas veces las había leído, que se las sabía de memoria: la leyenda de los *Siete Durmientes*, que huyeron de la persecución y escondidos en una caverna durmieron en ella trescientos diecisiete años, y cuyo despertar llamó tanto la atención del emperador Teodoro; y la leyenda de San Clemente, aventuras inacabables de un padre, una madre y tres hijos, separados por grandes desdichas, y al fin reunidos á través de los milagros más hermosos.

Corrían sus lágrimas; lo soñaba por la noche, y no vía más que en el mundo trágico y triunfante del prodigioso país sobrenatural de todas las virtudes, premiadas con todos los goces y alegrías.

Cuando Angélica hizo la primera comunión, le pare-

ció que andaba como las Santas, á dos codos de la tierra. Era una joven cristiana, de la primitiva Iglesia, y se entregaba en manos de Dios, ya que en el libro había visto que no podía ser salva sin la gracia. Los Hubert practicaban la religión sencillamente: el domingo, la misa; una vez al año, la comunión, y esto con la fé tranquila de los humildes, y quizá también por algo de tradición y por la parroquia, ya que los casulleros de padres á hijos siempre habían cumplido fielmente con la Iglesia por Pascua.

En cuanto á Hubert, muchas veces se le olvidaba pasar la aguja, escuchando á la muchacha que leía la *Leenda*, y se estremecía al oírla, agitando sus cabellos el sepló ligero de lo invisible. Tenía su misma pasión, y cuando la vió vestida de blanco, lloró. Aquel día pasó como un sueño: los dos volvieron de la iglesia asombrados y rendidos. Hubertina debió reñirles á los dos, como mujer razonable que condenaba la exageración hasta en las cosas buenas.

Y desde aquel día tuvo que luchar contra el celo de Angélica, principalmente contra la exageración de caridad que de ella se había apoderado. San Francisco había tomado á la pobreza por su amada; San Julián, el limosnero, llamaba á los pobres sus señores; San Gervasio y San Protasio les lavaban los pies; San Martín les daba la mitad de su capa; y la niña, á imitación de Santa Lucía, quería venderlo todo para darlo; primero se deshizo de sus cosas menudas, y después empezó á saquear la casa, llegando hasta dar sin discernimiento á gentes indignas, con las manos abiertas; un día, dos después de la primera comunión, se la riñó por haber echado ropa desde la ventana á una mujer ebria, y cayó en los ataques violentos de antaño, presa de un terrible acceso, después del cual, avergonzada y enferma, tuvo que guardar cama tres días.

Entretanto, se deslizaban los días y los meses. Pasaron dos años. Angélica tenía catorce: era ya mujer. Cuan-

do cogia la *Leyenda*. zumbábanle los oídos, la sangre latía con fuerza en las venas azules de sus sienes, y sentía una ternura fraternal hacia las santas vírgenes.

La doncella es hermana de los ángeles, posesión de todos los bienes, señorío de la fe, vencimiento del demonio: dá la gracia y es la suprema perfección; basta presentarse para triunfar. El Espíritu Santo da á Santa Lucía tanto peso, que mil hombres y cinco yuntas de bueyes, á pesar de la orden del próconsul, no pueden llevarla á una casa de mal vivir. En los tormentos estalla y resplandece el candor de las vírgenes, cuyas carnes blancas, rotas por los peines de hierro, arrojan, en vez de sangre, ríos de leche. Un gobernador que quiere besar á Santa Anastasia, tórnase ciego. Diez veces aparece la virgen cristiana, que huye de su familia, disfrazada con un hábito de fraile, acusada de haber hecho mal de ojo á una muchacha vecina, y que soporta la calumnia sin disculparse, para luego triunfar por la repentina revelación de su sexo inocente. También Santa Eugenia es conducida delante del juez, que es su padre, rompe los vestidos y se descubre. Eternamente reaparece la lucha de la castidad; renacen los agujijones carnales, y por esto el miedo á la mujer es el principio de toda sabiduría en los Santos. Este mundo está sembrado de lazos para caer; los ermitaños huyen al desierto, donde no hay mujeres: allí sostienen luchas espantables: azotan su cuerpo: arrojánse desnudos en las zarzas ó en la nieve. Un solitario para ayudar á su madre á vadear un río, cúbrese las manos con un manto. Un mártir atado, que se ve tentado por una mujerzuela, arráncase la lengua con los dientes y se la arroja á la cara. San Francisco declara que su mayor enemigo es su propio cuerpo. San Bernardo dá voces de «ladrones!» para defenderse de una dama en cuya casa vive. Una mujer á quien el papa San León dá la hostia, le besa la mano, y el Papa se corta la muñeca; la Virgen María pone la mano en su sitio. Todos ensalzan la separación de los

esposos. San Alejo, que es muy rico y está casado, instruye á su mujer en la fe, y luego huye de ella. Se casa para morir. Santa Justina, atormentada de amor viéndose á Cipriano, resiste, le convierte, y va con él al suplicio. Santa Cecilia, amada por un ángel, revela este secreto el día de su boda á su marido Valeriano, que consiente en no tocarla y en recibir el bautismo para ver al ángel, «Halló en su cuarto á Cecilia hablando con el ángel, y el ángel tenía en la mano dos coronas de rosas, de las cuales dió una á Cecilia y otra á Valeriano, y les dijo: Guardad estas coronas, el corazón y el cuerpo sin mácula.» Otras muchas se unen solo para separarse: la muerte puede más que el amor. Es un verdadero reto á la vida. Hilario pide á Dios que llame á sí á su hija Apia para no verla casada; así sucede, y entonces la madre pide al padre ir al cielo al igual de su hija, lo que también sucede. La misma Virgen María quita sus novios á las mujeres: un noble, pariente del rey de Hungría, renuncia á unirse á una joveu maravillosamente bella, porque ve á la Virgen María. «Repentinamente apareció Nuestra Señora, que le dijo:—«Si soy tan bella como dices, ¿por qué dejarme por otra? Y se desposó con ella».

Entre todas estas Santas, Angélica tuvo sus favoritas y eran aquellas cuyas lecciones la herían en el corazón y llegaban á corregirla. Por ejemplo, la prudente Santa Catalina, nacida entre púrpuras y brocados, la enamoraba por la ciencia universal de sus dieciocho años, cuando disputa con los cincuenta retóricos y gramáticos que le oponen el emperador Máximo, y á los cuales confunde y hace callar. «Quedaron sorprendidos, sin saber que decir, y todos se callaron: y el Emperador les riñó por haberse dejado vencer tan feamente por una doncella.» Entonces los cincuenta declaran que quieren convertirse. «Y cuando esto oyó el tirano, fué presa de gran desesperación, y mandó que les quemaran en medio de la ciudad.» A sus ojos Catalina era la Santa invencible,

tan orgullosa y deslumbrante por su sabiduría como por su belleza. ¡La que ella hubiese querido ser para convertir á los hombres, y que le alimentara en la prisión una paloma, y luego la cortaran la cabeza! Pero quien era para Angélica perenne fuente de enseñanza, era Santa Isabel, la hija del rey de Hungría. Cuando su orgullo la dominaba y la violencia se enseñoreaba de ella, pensaba en aquel modelo de sencillez y dulzura, piadosa á los cinco años, negándose á jugar, tirándose por tierra, para prestar homenaje á Dios; más tarde esposa obediente y mortificada del Landgrave de la Turingia, presentando á su esposo la faz sonriente, que las lágrimas bañaban todas las noches; al fin viuda casta, arrojada de sus Estados, y feliz al llevar la vida de una mendiga. «Su vestidura era tan pobre, que llevaba un manto gris con remiendos de paño de otro color. Las mangas del cuerpo estaban rotas y también remendadas con otras telas.» El Rey su padre manda buscarla por un noble, «y cuando el conde la vió hilando y de tal guisa, se lamentó dolorido y maravillado, y dijo:—Hija alguna de Rey vi así vestida, ni fué vista hilando lino.» Es la misma perfecta humildad cristiana, que comparte su pan negro con los mendigos, duerme en el duro suelo, y sigue con los pies descalzos las procesiones. «A las vegadas fregaba los platos y las fuentes de la cocina, y se recataba de las criadas, para que no la quitasen, diciendo:—Si supiera de una vida más miserable, en seguida la tomara.» De este modo Angélica, que se volvía loca de cólera otras veces cuando le hacían fregar los platos, ahora se complacía en los menesteres más viles cuando se sentía atormentada por el demonio del orgullo. Más que Santa Catalina, y más que Santa Isabel y más que todas, había una Santa que le era muy querida, Santa Inés, la niña mártir: saltaba su corazón al encontrarla en la *Leyenda*, la casta virgen vestida con su cabellera, que la había protegido en la puerta de la Catedral. ¡Qué fuego de puro amor! ¡Cómo rechaza al hi-

jo del gobernador que se le acerca saliendo de la escuela! «¡Anda lejos de mí, pastor de la muerte, principio del pecado, alimento de toda felonía.» Y cómo ensalza á su amante: «Amo á Aquel cuya madre es Virgen, y cuyo padre no conoció mujer alguna, ante cuya hermosura maravillanse el sol y la luna, á cuyo suave olor resucitan los muertos.» Y luego, cuando Aspasio manda que «le metan una espada dentro de la garganta,» sube al paraíso para unirse «á su esposo, blanco y rojo.» De algunos meses á esta parte, especialmente en horas de calor, cuando la sangre golpeaba sus sienas, Angélica la evocaba y la imploraba, y de pronto pareciale hallarse bañada de sin igual frescura. Veíala continuamente á su lado, y muchas veces se desesperaba al hacer ó al pensar cosas que comprendía que no habían de gustarla.... Una tarde que se besaba las manos, cosa que á veces todavía le daba gusto, púsose de pronto muy colorada, y se volvió confundida y avergonzada, á pesar de estar sola, por haber comprendido que la Santa la había visto. Inés era la guadiana de su cuerpo.

A los quince años Angélica era una niña encantadora: no es que la vida claustral y laboriosa, ni la dulce sombra de la Catedral, ni la *Leyenda* de las bellas Santas hubieranla tornado en ángel, en criatura de absoluta perfección: muchas veces sentía arrebatos, mostrábanse al desnudo sus defectos, por escapes imprevistos, descubriendo rincones del alma que no habían sido convenientemente emparedados. ¡Pero entonces quedaba tan avergozada! ¡Hubiese querido ser tan perfecta! ¡Y era tan humana, tan viva, y en el fondo tan ignorante y tan pura! Un día, volviendo de uno de los grandes paseos que los Hubert se permitían dos veces al año, el lunes de Pentecostés y el día de la Asunción, había arrancado un rosal silvestre y lo había plantado en el estrecho jardín: lo cortaba y lo regaba. El rosal creció y dió flores silvestres grandes, muy suaves de olor. Angélica lo

miraba con su pasión habitual, pero repugnando el tocarlo, queriendo ver si un milagro haría que diera rosas. Bailaba á su alrededor, cantando con aire de alegría: «¡Yo soy! ¡Yo soy!» Y si la daban broma sobre su rosal de carretera, se reía, pero un tanto pálida y con lágrimas al borde de los párpados.

Sus ojos, de color de violeta, se habían hecho más dulces; su boca se entreabría, dejando ver los dientes menudos y blancos; en el óvalo alargado de su cara formaban como un nimbo de oro los rubios cabellos, de una ligereza de tono luminica. Había crecido, sin resultar muy delgada; el cuello y los hombros tenían una gracia un tanto orgullosa; redondo el pecho, flexible el talle, y con todo esto alegre y sana; una belleza rara, un encanto infinito, en el cual florecían la carne inocente y el alma casta.

Cada día sentían los Hubert hacia Angélica una afección más viva. Vínoles á ambos la idea de adoptarla, pero nada se dijeron, temerosos de renovar su pena eterna. Cuando una mañana, en su habitación, el marido se decidió, la mujer, sentada en una silla, estalló en sollozos. Adoptar aquella criatura, ¿no era lo mismo que renunciar á tener otra? Bien es verdad que á su edad era una locura esperarla, y dió su consentimiento, enternecida ante la idea de convertirla en hija suya. Cuando se lo dijeron á Angélica, se echó en sus brazos, ahogada por las lágrimas. Era cosa decidida: Viviría siempre con ellos, en aquella casa que ahora llenaba con su persona, rejuvenecía con su juventud y alegraba con su alegría.

Pero desde los primeros pasos un obstáculo surgió, llenándoles de consternación. El juez de paz, Sr. Grandsire, consultado, les explicó cómo era radicalmente imposible la adopción, porque la ley exige que el adoptado sea mayor de edad. Sin embargo, viendo su pena, les propuso la tutela oficiosa: Todo individuo que tenga mas de cincuenta años puede hacer suyo á un menor de quin-

ce, por título legal, haciéndose su tutor oficioso. Como las edades eran las legales, aceptaron llenos de júbilo, y luego por testamento adoptaron á su pupila, cosa permitida por la ley. El Sr. Grandsire se encargó de la solicitud del marido y de la autorización de la mujer, y se puso en relaciones con el director de la Asistencia pública, tutor de todos los expósitos, cuyo consentimiento era necesario. Hubo expediente, que instruyó en París un juez de paz, y ya no se esperaba más que el auto definido que constituye la tutela oficiosa, cuando los Hubert sintieron un escrúpulo tardío. Antes de adoptar á Angélica, ¿no debían hacer un esfuerzo para encontrar á su familia? Si la madre existía, ¿qué derecho tenían ellos para disponer de su hija, sin estar en absoluto ciertos del abandono? Además, en el fondo había aquel algo desconocido, aquel tronco podrido, del cual quizá procedía la muchacha, que antes les inquietaba, y cuyo recuerdo ahora les molestaba, de nuevo. Tanto les atormentaba, que no les dejaba dormir.

De pronto un día Hubert fué á París; fué aquello una revolución en su existencia: mintió á Angélica, le habló de la necesidad de estar él presente para el asunto de la tutela. Pensaba saberlo todo en veinticuatro horas, pero en París los días transcurrieron: surgían á cada paso nuevos obstáculos, y pasó una semana, llevado de aquí y de allá, dando vueltas por las calles, desesperado y casi llorando. En primer lugar, en las oficinas de la Asistencia pública le recibieron con sequedad. Es regla general de la Administración no dar noticias sobre el origen de los expósitos, hasta su mayor edad. Dos mañanas seguidas se le despidió; pero se empeñó, se explicó en tres oficinas, presentándose como tutor oficioso, hasta que un jefe de negociado, un señor alto y delgado, se prestó á decirle que no tenía noticias precisas. La Administración nada sabía. Una comadrona había depositado á la niña Angélica María, sin dar el nombre de la madre.

Desesperado, pensó volver á Beaumont; pero fué á las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

30811

oficinas por cuarta vez para pedir copia del acta de bautismo, en la cual debía constar el nombre de la comadrona. Fue asunto no menos complicado, pero al fin dió con el nombre de la señora Foucart, y supo también que había vivido en 1850 en la calle de Deux-Écus.

Empezaron de nuevo los pasos. El final de la calle había sido derribado, y ningún tendero de las calles vecinas recordaba á ninguna señora Foucart: miró un anuario, y no estaba el nombre.

Se resignó á andar buscando, con los ojos puestos en la ventana, rótulos de comadronas, y de ese modo halló lo que buscaba: una señora muy anciana que le dió noticias.

—¿Cómo! ¿La señora Foucart? Una señora de gran mérito que ha tenido algunas desgracias. Vive en la calle de Censier, al otro extremo de París.

Allí fué; pero ya, aleccionado por la experiencia, quiso obrar con diplomacia. La señora Foucart, una señora muy gruesa, con unas piernas muy cortas, no le dejó.... En cuanto hubo dicho el nombre de la muchacha y la fecha del depósito, se disparó y contó la historia entera, llena de odio.

—¿De modo que la pequeña vive? Pues bien; puede alabarse de tener por madre á la mayor tunanta. Sí; la señora Sidonia, como la llamaban desde que se quedó viuda, una mujer bien emparentada, que tenía un hermano ministro, según decían, lo que no era inconveniente para que se entregara á oficios muy bajos.

Y explicó como la había conocido, cuando la mujer aquella tenía en la calle de Saint-Honoré una tienda de frutas y aceites de la Provenza, recién llegados de Plasans ella y su marido para probar fortuna. Muerto y enterrado el marido, á los quince meses tuvo una niña, sin saber á ciencia cierta de dónde, porque era una mujer seca como una factura, fría como el protesto de una letra, y brutal é indiferente como un alguacil. Cabe perdonar una falta, pero no la ingratitude. Por ventura, cuando se hubo comido el almacén, no la había mantenido

hasta después que hubo parido, y se había consagrado á ella hasta desembarazarla de la niña llevándola allá abajo? Y por toda recompensa, cuando á su vez cayó en la miseria, no pudo sacarle nada del pupilaje, ni siquiera quince francos que le había prestado. Hoy la señora Sidonia habitaba en la calle Faubourg-Poissonniere, un tenducho y tres piezas en el entresuelo, donde, con el pretexto de vender encajes, vendía... lo que se ofrecía. ¡Ah, sí! ¡Madre semejante valia más no conocerla!

Una hora después de esta entrevista, Hubert estaba rondando la tienda de la señora Sidonia: vió una mujer delgada, blaucuzca, sin edad ni sexo, vestida con un traje negro, usado y manchado por toda suerte de faenas sucias. Nunca el recuerdo de su hija, nacida de una casualidad, debió hacer latir más de prisa aquel corazón de corredora ó galeota. Tomó informes con discreción, y supo cosas que no dijo á nadie, ni siquiera á su mujer. Sin embargo, dudó, todavía, y volvió á pasar nuevamente ante el estrecho local. ¿Debía abrir la puerta, darse á conocer, obtener su consentimiento? El, como hombre honrado, era quien debía juzgar si tenía el derecho de romper aquel lazo para siempre. De pronto volvió la espalda, y por la noche estaba ya en Beaumont.

Precisamente Hubertina aquella misma tarde acababa de saber por el Sr. Grandsire que el acta para la tutela oficiosa había llegado de Pasis, firmada; y cuando Angélica se arrojó á los brazos de Hubert, ésta, en la pregunta suplicante de sus ojos, vió que la niña había comprendido el verdadero motivo de su viaje, y sencillamente le dijo:

—Hija mía, tu madre ha muerto.

Angélica, llorando, les besó con pasión. Y no se volvió á hablar del asunto. Era su hija.

tones de las brechas: en uno de los madillones de piedra que sostenían las vigas estaba grabado el año de la edificación: 1463. La chimenea, también de piedra, agrietada y medio arruinada, conservaba su sencillez elegante, con los montantes ligeros; las repisas, la cornisa en forma de friso y la campana en forma de corona: en el friso se veía todavía, como borrada por el tiempo, una escultura primitiva, un San Clair, patrón de los bordadores. Era una chimenea que ya no servía: el hogar se había convertido en armario abierto, en cuyo estante se amontonaban patrones y dibujos. En su lugar había una estufa, que calentaba toda la habitación, y una gran campana de hierro fundido, cuyo tubo, junto al techo, salía por la parte alta de la chimenea. Las puertas, baldías, eran del tiempo de Luis XIV; las planchas del entarimado antiguo acababan de pudrirse entre los tarugos más recientes que se iban poniendo á medida que se abrían los agujeros. Hacía más de cien años que la pintura amarilla de las paredes resistía; en lo alto, destefada; raspada y manchada de salitre abajo. Todos los años se hablaba de repintarlos; pero se aplazaba la compostura, por miedo al cambio.

Hubertina, sentada junto al bastidor donde estaba tendida la casulla, levantó la cabeza, diciendo:

—Sabes que si la entregamos el domingo, te he prometido una cesta de pensamientos para tu jardín.

Angélica exclamó con alegría:

—¡Es verdad! Voy á ponerme á ello. Pero ¿dónde está mi dedal? Los instrumentos vuelan cuando no se trabaja.

Púsose el viejo dedal de hueso en la segunda falange de su dedo meñique, y se sentó al otro lado del bastidor, de cara á la ventana.

Desde mediados del siglo pasado el taller no había sufrido modificación alguna. Había cambiado la moda; se había transformado el arte de bordar; pero allí estaba siempre, pegado al muro, el ristol de madera en que se apoya el bastidor, sostenido por el otro extremo por un

El lunes de Pentecostés de aquel año los Hubert y Angélica fueron á pasar el día en las ruinas del castillo de Hauteceur, que domina el Ligneul, dos leguas más abajo de Beaumont.

Después de un día al aire libre, de correr y de reir, en la mañana del siguiente, el viejo reloj del taller daba las ocho cuando la muchacha todavía dormía. Hubertina tuvo que subir á llamarla.

—¡Vamos, perezosa! Nosotros ya hemos almorzado.

Angélica vistióse de prisa, bajó y almorzó sola. Después, cuando entró en el taller, donde Huberto y Hubertina ya trabajaban.

—¡Cuánto he dormido! dijo: ¡Y esa casulla que está comprometida para el domingo!....

El taller, cuyas ventanas daban al jardín, era una ancha sala, que se conservaba intacta en su estado primitivo. Las dos vigas maestras y las tres bovedillas de viuetas aparentes del techo no habían sido pintadas, á pesar de estar muy ahumadas y carcomidas por los gusanos, y dejando ver entre las grietas del yeso los li-

caballete. En los rincones dormían los instrumentos antiguos, como devanaderas con su engranaje y sus agujas para enhebrar el oro de los carretes, sin tocado; el torno de mano, especie de garrucha para torcer los hilos; clavados en la pared tambores de todas dimensiones, guardados con su tafetán y con sus aros para bordar con gancho.

Sobre una tablá había, alineada, una colección entera de soportes para las lentejuelas, y se veía también una despabiladera y el ancho candelero clásico de los antiguos bordadores. En las hebillas de un astillero hecho con una correa claveteada, había punzones, malletes, martillos, hierros para cortar el pergamino, sostenes y desbastadores de boj que sirven para modelar los hilos á medida que se les utiliza. Debajo de la mesa de encina para cortar había una gran devanadera, cuyos dos rodetes móviles de mimbre sirven para sostener la madeja. Collares de rodetes con sedas de colores vivos, enfilados en una cuerda, colgaban encima del arca. En tierra había un cesto lleno de carretes vacíos. Un par de tijeras se veía sobre una silla de paja, y en el suelo una bola de braman-te empezada.

—¡Qué tiempo más hermoso! Da gusto vivir, dijo Angélica.

Y antes de inclinarse y absorberse en el trabajo, se distrajo un momento, mirando la ventana abierta, por la cual entraba la luz radiante de una mañana de Mayo. Un rayo de sol se deslizaba desde lo alto de la Catedral, y olor fresco de lilas subía del jardín del palacio del Obispo. Sonrióse deslumbrada, bañada por la primavera; y luego, como si despertase de pronto, y sobresaltada:

—Padre, dijo. No tengo oro para pasar.

Huberto, que estaba marcando el calco de un dibujo de capa pluvial, buscó en el fondo del arca una madeja, la cortó, afilando las dos puntas del hilo, rascando el oro, cubierto por la seda, y le entregó la madeja envuelta en pergamino.

—¿Es esto?

—Sí, sí.

De una ojeada se cercioró de que nada le faltaba: las agujas enhebradas con oros diversos, rojo azul, y verde; los carretes de sedas de todos los tonos; las lentejuelas, los cañutillos, los cosidos ó rizados, en pasta, dentro de la caja redonda de cartón, las finas agujas largas, las pinzas de acero, los dedales, las tijeras, la pelota de cera; todo sobre el bastidor y sobre la tela estirada, cubierta de papel gris muy recio.

Enhebró una aguja con hilo de oro, pero empezó por romperlo, y tuvo que hacerle punta de nuevo, rascando un poco de oro, y echándole en la caja para las sobras, que también estaba sobre el bastidor.

—Vamos, dijo cuando hubo dado el primer golpe de aguja.

Reinó prolongado silencio. Hubert se puso á estirar la capa sobre el bastidor, poniendo primero los dos plegadores sobre el ristrel y el caballete, muy tirante, de modo que se pudiera clavar bien la seda carmesí de la capa que Hubertina había clavado en los banzos; luego introdujo los listones en los pliegues del cilindro, en el cual los sujetó con cuatro clavos. Después, alisándolo y estiéndolo á derecha é izquierda, acabó de tenderlo, pegando más atrás los clavos; y oyósele repiquetear en la tela, que resonaba como un tambor.

Angélica había resultado una excelente bordadora, con un gusto y una destreza que maravillaban á los Hubert. Además de lo que la habían enseñado, ponía la mu-chacha en el trabajo una pasión que daba vida á las flores, fe á los símbolos.

El oro y la seda se animaban en sus manos; un vuelo místico daba aire á los más insignificantes adornos, y era que se entregaba por entero, con su imaginación siempre despierta, y poniendo en todo lo que hacia su fé en el mundo infinito de lo invisible. Algunos de sus bordados habían causado tanta sensación en la diócesis de

Beaumont, que un cura arqueólogo, y otro, inteligente en pintura, habían ido á verla, y se habían extasiado ante sus bordados, que comparaban á las ingenuas figuras de los pintores primitivos.

Era la misma sinceridad y el mismo sentimiento de un más allá, todo ello encerrado en la perfección minuciosa de los detalles; tenía el dón del dibujo, verdadero milagro que sin haber tenido maestro, nada más que con sus estudios nocturnos de la noche, á la luz de la lámpara, le permitía muchas veces corregir los modelos, apartarse de ellos y fantasear, creando con la punta de la aguja. Los Hubert, que declaraban que la ciencia del dibujo era necesaria á toda buena bordadora, se hacían á un lado á pesar de ser más viejos en el oficio, y habían llegado á no ser más que sus auxiliares, encargándola los trabajos de lujo, cuyos detalles le preparaban.

Al cabo del año, cuántas maravillas, santas y resplandecientes pasaban por sus manos! No vivía más que en la seda, en el raso, en el terciopelo, en las telas de oro y plata. Bordaba casullas, estolas, capas pluviales, dalmáticas, mitras, pendones, velos de viril y patenas. El trabajo más frecuente era el de las casullas, con sus cinco colores: blanco, para los confesores y las vírgenes; rojo para los apóstoles y los mártires; negro, para los muertos y días de vigilia; morado, para los inocentes, y verde para todas las fiestas; y también el oro, de uso frecuente, y que puede substituir al blanco, al verde y al rojo. En el centro de la cruz, siempre los mismos símbolos, las cifras de Jesús y María, el triángulo despidiendo rayos, el cordero, el pelícano, la paloma, un viril, un corazón destilando sangre por las espadas, en tanto que alrededor y en los brazos corrían los adornos y las flores, toda la ornamentación del viejo estilo, la flora de flores anchas, las anémonas, los tulipanes, las peonías, las granadas y las hortensias.

No pasaba temporada sin que rehiciera las espigas y los racimos simbólicos, en plata sobre negro, en oro sobre

rojo. Para las casullas muy ricas matizaba cuadros y cabezas de Santos, ó un cuadro central con la Anunciación, el Nacimiento ó el Calvario. Los flecos estaban bordados sobre el fondo, unas veces; otras, unía las bandas de seda ó de raso sobre brocados de oro ó sobre terciopelo. Toda una flora de sagrados esplendores brotaba poco á poco de sus flexibles dedos.

Aquel día la casulla en que trabajaba Angélica era de raso blanco, y la cruz estaba hecha con un haz de lirios de oro, entrelazados con rosas vivas, de seda matizada. En el centro, en una corona de rosas de oro mate, aparecía radiante la M de la Virgen, en oro, rojo y verde, con gran riqueza de adornos.

Hacia una hora que estaba trabajando con la aguja en las hojas de las rositas de oro, sin que una palabra hubiera roto el silencio; pero se rompió otra vez la aguja, la enhebró á tientas, bajo el bastidor, como diestra bordadora que era; luego levantó la cabeza y pareció beber en un largo sorbo de aire la primavera, que entraba por la ventana abierta.

¡Ah! murmuró. ¡Qué hermoso día el de ayer! ¡Qué bueno es el sol!

Hubertina, encerando el hilo movió la cabeza.

—Pues yo estoy molida, y no se donde tengo los brazos. ¡Como no tengo tus dieciséis, y luego salimos tan poco! . . . .

Pero en seguida volvió al trabajo; preparaba los lirios y cosía recortes de pergamino en los sitios indicados, para dar el relieve.

—Y luego, que estos días de sol le abren á uno la cabeza, añadió Hubert, que después de haber estirado bien el bastidor se apercibía á coser la seda sobre el borde de la capa.

Angélica se quedó con la mirada errante, perdida en el rayo de sol que hería en un botarel de la Iglesia. Repuso dulcemente:

—No, pues á mí me ha refrescado y me ha descansado todo un día de andar por el campo.

Había acabado ya el follaje de oro, y empezó una de las anchas rosas, preparando tantas agujas enhebradas como matices de seda, bordando en el sentido mismo de los pétalos con puntas reentrantes y abiertas. Y á pesar de lo delicado del trabajo, los recuerdos del día anterior, que acababa de revivir en el silencio, ahora desbordaban de sus labios y brotaban con tal fuerza, que no paró de hablar.

Y habló de la ida, y de la ancha campiña, y del almuerzo en las ruinas de Hauteceur, sobre las losas de una salita cuyas paredes, hundidas, dominaban el Ligneul, que corría entre los sauces á la profundidad de cincuenta metros. Tenía todavía la cabeza llena de aquellas ruinas, especie de huesos esparcidos entre las zarzas, que atestiguaban la enormidad del coloso cuando, enhiesto, dominaba entrambos valles. Quedaba en pie la torre del Homenaje, de sesenta metros de altura, agrietada, desmoronada, pero sólida, á pesar de todo, gracias á los cimientos de quince pies de espesor. Otras dos torres habían resistido: la torre de Carlomagno y la torre de David, unidas por un bastión casi intacto. Quedaban también parte de las habitaciones: la capilla, la sala de justicia y otras salas, que daban la idea de haber sido construido todo para gigantes. Las gradas de las escaleras, las jambas de las ventanas, los poyos de las terrazas, tenían dimensiones desproporcionadas con las generaciones actuales. Era una verdadera plaza fuerte, en la cual quinientos hombres podían sostener un sitio de cinco meses sin faltarles municiones ni viveres. Pero hacía dos siglos que los rosales silvestres hendían los muros rotos, y ahora un plátano crecía en la chimenea de la sala de guardias. Sin embargo, cuando al ponerse el sol el esqueleto de la torre del Homenaje extendía su sombra sobre tres leguas de campos cultivados, parecía que el castillo se reconstruía de nuevo, colosal, en las brumas de la no-

che. Entonces se percibía bien la antigua soberanía, la fuerza ruda que había hecho de él la inexpugnable fortaleza que hacía temblar á los mismos Reyes de Francia en su trono.

—Estoy segura, prosiguió Angélica, que está habitado por almas que aparecen por la noche. Se oyen voces de todas clases: hay animales que le miran á una, y yo vi perfectamente, al volverme, cuando nos marchábamos, grandes sombras blancas flotando por encima de los muros. ¿No es verdad, madre, usted que sabe la historia del castillo?

Hubertina sonrióse con dulce calma:

—¡Ah! Lo que es aparecidos, no los he visto nunca.

Pero conocía la historia, que había leído en un libro, y tuvo que contarla de nuevo para satisfacer las preguntas insistentes de la muchacha.

El territorio pertenecía al distrito de Reims desde San Remigio, que lo tenía de Clodoveo. El arzobispo Severino, en los primeros años del siglo X, edificó en Hauteceur una fortaleza para defender la comarca de las invasiones de los normandos que subían por el Oise, donde desagua el Ligneul. En el siglo siguiente un sucesor de Severino lo dió en feudo á Norberto, segundón de la casa de Normandía, mediante un censo anual de sesenta sueldos de oro, y á condición de que quedaran libres la ciudad y la iglesia de Beaumont. Este Norberto I fué el primer marqués de Hauteceur, cuya famosa raza brilla en la Historia Heriberto IV, excomulgado dos veces por sus robos de bienes eclesiásticos, bandido de caminos reales, que una vez mató por sus propias manos á treinta vecinos, y al fin vió su torre arrasada por Luis el Gordo, al cual tuvo el atrevimiento de declarar la guerra; Raúl I, que se hizo cruzado con Felipe Augusto y pereció junto á San Juan de Acre, de una lanzada en el corazón. Pero el más ilustre fué Juan I, el Grande, que en 1225 reedificó la fortaleza, y en menos de cinco años levantó el temible castillo de Hauteceur, dentro del cual lle-

gó á soñar con el trono de Francia: el mismo que después de salvarse de la carnicería de veinte batallas, murió en su lecho, siendo cuñado del Rey de Escocia. Viéron después Feliciano III, que fué descalzo á Jerusalén, y Heriberto VIII, que reivindicó sus derechos al trono de Escocia, y otros muchos, poderosos y nobles, que atravesaron los siglos hasta llegar á Juan IV, que en tiempo de Mazarino tuvo el pesar de presenciar como dismantelaban el castillo; después de un último sitio se hizo volar con una mina las bóvedas de las torres, incluso la del Homenaje, se prendió fuego á las casas, las mismas en que Carlos VI había ido á buscar distracción á su locura, y en que, dos siglos más tarde, Enrique IV vivió ocho días con Gabriela de Estreés. Ahora todos aquellos recuerdos dormían entre malezas.

Angélica, sin dar punto de reposo á la aguja, escuchaba con ardor, como si la visión de tanta grandeza muerta surgiera del bastidor, á medida que la rosa nacía en él, llena de la vida tierna de los colores. Ignorante de la Historia, agrandaba los hechos, y como que los hacía retroceder en el fondo de una maravillosa leyenda; temblaba maravillada y creyente, y reconstruía el castillo, que subía, subía hasta las mismas puertas del cielo, y en la cual resultaban los Hauteceur primos de la Virgen.

—¿De modo, preguntó, que el nuevo obispo, monseñor de Hauteceur, es de la familia?

Hubertina contestó que Monseñor debía ser de una rama segunda, puesto que la primogénita se había extinguido hacía mucho tiempo; de todos modos, la cosa era chocante, porque durante muchos siglos los marqueses de Hauteceur habían estado en lucha con el clero de Beaumont. Por los años de 1150, un Abad emprendió la construcción de la iglesia sin más recursos que los de su Orden; el dinero acabóse prontamente, cuando el edificio no llegaba más que á las bóvedas de las capillas laterales, y el Abad tuvo que contentarse con cubrir la nave central con un techo de madera. Transcurrieron ochenta años.

Juan V acabó de construir el castillo, y dió 300.000 libras que, unidas á otros donativos, permitieron proseguir la construcción, acabándose la nave central. Las dos torres y la fachada no se acabaron hasta 1430, en pleno siglo XV. Para recompensar la longanimidad de Juan V, el clero concedióle á él y á sus descendientes el derecho de sepultura en una capilla del ábside, consagrada á San Jorge, la cual, desde entonces, se llamó la capilla de Hauteceur. Pero las buenas relaciones entre los señores y el clero no podían durar mucho, y el castillo ponía constantemente en peligro las franquicias de Beaumont, surgiendo á cada paso rivalidades sobre cuestiones de tributos y de precedencia. Había, sobre todo, el derecho de peaje, que los señores querían imponer á la navegación por el Ligneul, cuestión que eternizó los pleitos, sobre todo cuando empezó la prosperidad de la ciudad baja, gracias á las fábricas de telas finas. Desde aquella época la riqueza de la ciudad fué en crecimiento, en tanto que bajaba la de Hauteceur, hasta que, dismantelado el castillo, la iglesia triunfó. Luis XIV hizo de ella una catedral, y edificó la casa del Obispo en lo que hasta entonces había sido huerta de los monjes. Y hoy daba la casualidad de que un Hauteceur viniese como Obispo á mandar al clero, siempre en pie, que había vencido á sus antepasados después de cuatrocientos años de lucha.

—Bueno, dijo Angélica; pero Monseñor ha estado casado, y tiene un hijo de veinte años: ¿no es verdad?

Hubertina había cogido las tijeras para recortar uno de los trozos de pergamino.

—Sí, me lo ha contado el Padre Cornille. Es una historia muy triste. Monseñor, en tiempo de Carlos X, fué capitán á los veintiún años; en 1830, teniendo veinticuatro años, pidió la licencia, y se cuenta que hasta los cuarenta llevó una vida muy disipada, llena de viajes, aventuras y desafíos; pero un día, en el campo encontró á la hija del conde de Valengay, Paula, muy rica y maravillosamente hermosa, la cual no tenía más que

diecinueve años, veintidós menos que él: la amó hasta la locura, y ella le adora: hubo que concertar el matrimonio á toda prisa. Entonces fué cuando compró las ruinas de Hautecœur, por una bicoca; creo que por diez mil francos, con intención de arreglarlo é instalarse en él con su mujer. Durante nueve meses vivieron solos en lo más escondido de una antigua hacienda de Anjou, no queriendo ver á nadie, haciéndoseles cortas las horas. Paula tuvo un hijo, y murió.

Hubert, que estaba estampando el dibujo con una muñequilla empapada en blanco, levantó la cabeza, muy pálido.

—¡Desgraciado! dijo.

—Cuéntase que estuvo á punto de morir. Quince días después recibió Ordenes. De esto hace veinte años, y ahora es Obispo. Añádese que durante veinte años no ha querido ver al hijo que costó la vida á su madre. Le había puesto en casa de un tío que aquí tenía, un cura viejo, no queriendo saber de él, y haciendo por ignorar su existencia. Pero un día que le enseñaron un retrato del niño, le pareció ver á su adorada muerta: se le halló en el suelo, como si le hubieran dado con una gran maza. Después los años y la oración han debido calmar tan gran dolor, porque ayer me decía el padre Cornille que al fin Monseñor acababa de llamar á su hijo.

Angélica, que había acabado la rosa, tan fresca que parecía que despedía olor suave, miraba nuevamente por la ventana, bañada por el sol, los ojos perdidos como en un sueño. Repitió en voz baja:

—El hijo de Monseñor. . . .

Hubertina acabó la historia.

—Dicen que es un joven hermoso como un dios. Su padre quería hacerle cura, pero el sacerdote que le educó no ha querido, porque el joven no tiene vocación. Y luego es muy rico. Hablan de cincuenta millones. La madre le dejó cinco, que fueron empleados en comprar solares en París, y que hoy vienen á representar cincuenta millones. En fin, es poderoso como un rey.

—¡Poderoso como un rey, y bello como un dios! replicó Angélica, sin darse cuenta y como soñando.

Y maquinalmente cogió del bastidor una aguja con hilo de oro para bordar un lirio grande en la franja. Después de hacer un nudo junto al ojo de la aguja, fijó el extremo con un punto de seda en el borde del pergamino, que hacía un poco de relieve. Después, trabajando, dijo:

—¡Oh! ¡Lo que yo quisiera, lo que yo quisiera! . . .

Y no acabó de decirlo, perdida en la vaguedad de su deseo.

Volvió el silencio profundo, interrumpido únicamente por un canto apagado que venía de la iglesia. Hubert ordenaba el dibujo, repasando con un pincelito todas las líneas de puntos de la aguja, apareciendo así los adornos de la capa blancos sobre la seda roja. El fué el que rompió el silencio.

—¡Qué magníficos eran aquellos tiempos! Las señoras llávaban vestidos, rígidos á fuerza de bordados. En Lyon se vendía la vara de tela á seiscientas libras. Hay que leer los estatutos y ordenanzas de los maestros bordadores, en los que se dice que los bordadores del Rey tenían el derecho de requisar por la fuerza las obreras de los otros maestros. Y teníamos nuestro blasón: sobre azul, con faja matizada en oro, tres flores de lis, de lo mismo, dos tendidas y una en punta. ¡Ah! ¡Eran aquellos tiempos muy buenos!

Se calló; dió con la uña sobre el bastidor para sacudir el polvo, y repuso:

—Todavía cuentan en Beaumont una leyenda sobre los señores de Hautcœur, que mi madre me contó muchas veces cuando yo era niña. Asolaba la ciudad una peste espantosa; la mitad de los habitantes había perecido, cuando Juan V, el mismo que reconstruyó la fortaleza, advirtió que Dios le había dado el poder de combatir la plaga: entonces apareció descalzo y se fué á visitar enfermos: arrodillándose y besándolos, y cuando sus labios les habían tocado, decía. *Si Dios quiere, quiero yo;* y los enfermos sanaban. Por eso estas palabras han quedado como divisa de los señores de Hautcœur, que desde entonces

todos curan la peste. Eran unos hombres muy grandes; una verdadera dinastía. Monseñor se llama Juan XII, y el nombre de su hijo tiene también que ir seguido de un número, como el de un príncipe.

Se calló: cada palabra suya prolongaba el ensueño de Angélica, y como que la mecía. Al fin ésta dijo con la misma voz, como cantando:

—Lo que yo quisiera, lo que yo quisiera. . . .

Con la aguja en la mano, sin torcer el hilo, atravesaba el pergamino de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, clavándole á cada puntada con seda. El gran lirio de oro poco á poco surgía floreciente.

—Lo que yo quisiera, lo que yo quisiera, sería casarme con un príncipe. Un príncipe al cual nunca hubiera visto, y que un día, al caer de la tarde, me cogiera por la mano y me llevase á un palacio. Y quisiera que fuera muy hermoso y muy rico; el más hermoso y el más rico que hubiera pisado la tierra. Con caballos, que giría relinchar bajo las ventanas; pedrerías, que chorrearían por mi falda, y ore, como lluvia, un diluvio de oro, que cayera de mis manos cuando yo las abriese. Y luego lo que quisiera sería que mi príncipe me amara con frenesí, para que le amara locamente. Y siempre seríamos jóvenes, y puros, y nobles siempre, siempre.

Hubert, abandonando el bastidor, se acercaba sonriendo, mientras Hubertina amistosamente la amenazaba con el codo:

—¡Miren la vanidosa, la golosa! ¡Siempre incorregible! ¡Ya estás con tus sueños de ser reina! No es esto tan malo como robar el azúcar y responder con insolencia; pero en el fondo, sí, en el fondo hay el mismo demonio: el orgullo, la pasión, que hablan.

Alegre y cándida, Angélica la miraba:

—Pero, madre, ¿qué dice usted? ¿Tan malo es amar lo que es bello y es rico? Le amo porque es rico y es hermoso, y porque esto me da calor en el corazón y en el alma. Es una cosa bella que ilumina y ayuda á vivir,

como el mismo sol. Sabe usted que no soy interesada. ¡El dinero! Usted vería lo que hacía yo con el dinero, á tener mucho. Llovería oro sobre la ciudad, y en casa de los desgraciados correría como un río. ¡Una verdadera bendición de Dios! No más miseria. Desle luego á usted y á padre les enriquecería. Quisiera verles con trajes de brocado, como una dama y un señor de otro tiempo.

Hubertina se encogió de hombros tranquila, y le re:

—¡Loca! Pero. . . criatura, tú eres pobre; no tienes un cuarto de dote. ¿Cómo puedes soñar con un príncipe? ¿Te casarías con un hombre rico?

—¿Si me casaría con él?

Y pareció que la dejaba estupefacta la pregunta:

—¡Ya lo creo que me casaría! Si él tiene dinero, ¿para qué he de tenerlo yo? Así se lo debería todo, y le querría más.

Este modo victorioso de razonar encantaba á Hubert, cuya imaginación se llenaba de fiebre con las palabras de Angélica; con gusto volaba con ella en alas de una nube.

—¡Tiene razón! exclamó.

Su mujer le echó una severa mirada de descontento:

—Hija mía; tu verás más tarde. ¡Ya conocerás la vida!

—¡Pero si la conozco! . . .

—¿Por dónde? Eres muy niña. No conoces el mal; pero, mira, existe, y muy poderoso.

—El mal, el mal. . .

Angélica articulaba con lentitud la palabra, como para hacerse cargo de su significado. Y en sus ojos puros había la misma sorpresa inocente. El mal lo conocía bien: lo había visto en la *Leyenda*. ¿No era el diablo? ¡Pues si siempre le había visto, renaciendo; sí, pero siempre vencido! Después de la batalla quedaba en tierra aplastado y maltrecho.

—¡El mal! ¡Si usted supiera, madre, el caso que yo hago de él! Basta con que una se venza á sí misma, para vivir feliz.

Hubertina hizo un gesto de inquietud y de malestar:

—Harás que no arrepienta de haberte criado en esta casa, sola con nosotros y separada de todo el mundo. Si; temo que un día sintamos haberte dejado ignorante de la vida hasta este punto. ¿Cuál es el paraíso con que sueñas? ¿Cómo imaginas tú que es el mundo?

Un rayo de esperanza iluminó la cara de la joven, que, inclinada, movía la aguja con el mismo continuo movimiento.

—¿Tan tonta me cree usted, madre? El mundo está lleno de gente buena. Cuando se es honrado y se trabaja, siempre, siempre viene el premio. Si; ya sé que hay malos, algunos. Pero ¿qué tiene que ver? No se les ve, no se les trata, y se ven pronto castigados. Y luego, mire usted; el mundo me produce de lejos el efecto de un jardín grande; sí, un inmenso parque, lleno de flores y de sol. ¡Es tan bueno vivir y es tan dulce la vida, que no puede con ella la maldad!

Se animaba como en un riopada por el brillo de la seda y el oro que manejaba con los dedos flexibles.

La dicha es una cosa muy sencilla. Nosotros somos felices, ¿verdad? ¿Y por qué? Porque nos queremos. Ahí tiene usted: no hay más que querer mucho y que le quieran á uno mucho. Así, ya ustedes verán cuando venga el que espero. En seguida nos reconoceremos. Entrará y dirá:—Vengo por ti.—Y yo le diré:—Te esperaba; tómame.—Me tomará, y cosa hecha para siempre. Y nos iremos á un palacio á dormir en un lecho de oro con diamantes incrustados. Es muy sencillo.

—¡Estás loca! ¡Cállate! interrumpió severamente Hubertina.

Y viéndola excitada y á punto de echar á volar en alas de su ensueño:

—¡Cállate! Cuando te casemos con algún pobre diablo, caerás en tierra desde lo alto y te romperás los huesos. Para nosotros los pobres, la dicha no está más que en la humildad y en la obediencia.

Angélica siguió cosiendo con tranquila obstinación.

—Le espero, y vendrá.

—Y tiene razón! exclamó Hubert, arrastrado á su vez por la misma fiebre. ¿Por qué la riñes? Es bastante bella para que un rey nos la pida; todo sucede en la vida.

Hubertina le miró tristemente con sus hermosos ojos llenos de prudencia y serenidad:

—No la excites á obrar mal, dijo. Más que nadie sabes tú lo que cuesta ceder á lo que pide el corazón.

Hubert se puso muy pálido, y sus ojos se llenaron de gruesas lágrimas. En el acto, su mujer sintió la lección que acababa de darle; y se levantó para cojerle las manos. Pero él las apartó, repitiendo con voz balbuciente:

—No, no, hice mal. Óyelo, Angélica: hay que escuchar á tu madre. Nosotros dos estamos locos; ella es la única que está en su cabal juicio. Hice mal, hice mal.

Demasiado conmovido para volverse á sentar, y dejando la capa pluvial, se puso á pasar la goma por un pendón ya concluído que estaba sobre el bastidor; después de sacar del arca el frasco de cola de Flandes, bañó con ella el reverso de la tela para fortalecer el bordado. En sus labios había quedado algo de temblor; no añadió palabra.

Pero si Angélica, obediente también, se calló, por lo bajo prosiguió su ensueño, y subió alto, muy alto, más allá del deseo, y todo en ella lo revelaba: la boca entreabierta por el éxtasis, y los ojos en que se reflejaba el infinito azul de su visión. Y ahora aquel sueño de muchacha pobre lo bordaba con el hilo de oro, y de él salía hilo á hilo, sobre el raso blanco, en los grandes lirios, y en las rosas, y en la citra de la Virgen. El tallo del lirio

galoneado tenía el arranque de un chorro de luz, mientras que las hojas largas y delgadas, hechas con lentejuelas cosidas con una pizca de cañutillo, caían como lluvia de estrellas. En el centro, la cifra de María era como un deslumbramiento, con el relieve del oro macizo, trabajado con franjas y estampados, ardiendo como una gloria de tabernáculo en el incendio místico de sus rayos. Las rosas de sedas de tonos hermosos vivían, y la casulla toda, resplandecía, blanca, milagrosamente florida con florecimiento de oro.

Luego, después de un largo silencio, Angélica levantó la cabeza; con las mejillas encendidas por la sangre que le subía del corazón, miró a Hubertina con malicia, y moviendo la barba añadió:

—Le espero, y vendrá.

Aquella imaginación era una locura, pero una locura llena de terquedad; todo sucedería como pensaba, no la cabía duda; nada podía alterar su convicción sonriente.

—Cuando te digo, madre, que estas cosas sucederán!

Hubertina tomó la determinación de encogerse de hombros. Y luego, para burlarse de ella:

—Pues yo creía, dijo, que no querías casarte. Los Santos que han trastornado tu cabeza no se casaban. Antes que rendirse, convertían á sus prometidos, huían de casa de sus padres, y se dejaban cortar la cabeza.

La muchacha escuchaba asombrada; pero de pronto se echó á reír, y toda su salud, su amor á la vida, cantaron en aquella alegría sonora. ¡Hacia tanto tiempo que habían sucedido aquellas historias! Los tiempos habían cambiado; Dios, al fin triunfante, ya no pedía á nadie que muriese por El.

De la *Leyenda*, lo que le había cautivado era lo maravilloso, antes bien que el desprecio de la vida y el amor á la muerte. Desde luego que quería casarse, y amar, y ser amada, y vivir dichosa.

—Cuidado, proseguía Hubertina por hacerla rabiar; cuidado que harás llorar á Inés, tu guardiana. ¿No sabes que no quiso admitir al hijo del gobernador y prefirió morirse para casarse con Jesús?

La campana mayor de la torre tocó, y una bandada de gorriones huyó de una enorme hiedra, que era como el marco de una ventana de ábside.

En el taller, Hubert, siempre mudo, acababa de colgar el pendón tendido, todavía húmedo de goma, para que se secase, en uno de los grandes clavos de hierro que había en la pared.

El sol se había mudado de sitio; y ahora alegraba los viejos instrumentos y la devanadera, el rodete de mimbre y el espabiladero; poco á poco bañó á las dos mujeres, brilló el bastidor con sus plegadores y sus listones barnizados por el mucho uso, con todo lo que había sobre él, los cañutillos y las lentejuelas, las madejas de seda de variados colores, las agujas llenas de oro.....

Y en aquella irradiación tibia de primavera, Angélica miró el gran lirio simbólico, ya concluido, y abriendo tan grandes como eran sus hermosos ojos cándidos; contestó con aire de alegría y confianza:

—¡Pero si á quien yo quiero es á Jesús!

Cubierta con una antigua tela de indiana color de rosa, con ramos de brezo, tan lavada que resultaba de un color rosado desteñido que apenas se advertía, la enorme cama conservaba la majestad de sus muchos años.

Pero lo que gustaba á Angélica era el balcón, en el cual se abría la ventana. De las dos ventanas de antaño, una, la de la izquierda, había sido condenada, y el balcón, que antes se extendía á lo largo de la fachada, no servía ahora más que para la ventana de la derecha. Como las vigas eran buenas todavía, se había puesto un entarimado, y encima se había atornillado un pasamanos de hierro, en vez de la antigua balaustrada podrida, formando un rincón encantador, como un nicho, bajo la punta del frontón, cerrado con latas de las que sirven para empizarrar, renovadas á principios del siglo actual. Asomándose á la ventana, se veía toda la fachada que daba al jardín, toda ella muy vieja, con su basamento de piedras talladas, sus pies derechos adornados con ladrillos aparentes, y sus anchos vanos, ahora estrechados y reducidos. La puerta de la cocina tenía un tejadillo cubierto con zinc. Arriba, las vigas del alero que se adelantaban un metro, y se apoyaban en pies derechos que partían del piso bajo. Resultaba con todo esto el balcón como empotrado entre una vegetación de vigas; parecía el fondo de un bosque de maderas viejas en que verdeaban el girasol y la hiedra. Desde que ocupaba aquel cuarto, en él había pasado Angélica largas horas, apoyada en el pasamanos y mirando. Primero, por debajo de ella, como que se hundía el jardín que grandes bojes ensombrecían con su eterna verdura; en un ángulo, junto á la iglesia, un ramo de pobres lilas rodeaba un viejo banco de granito, y en el otro ángulo, medio oculto por una hiedra cuyo ancho manto cubría toda la pared de enfrente, había una puerta que se habría sobre el Cercado de María, gran terreno inculto que antiguamente había sido el jardín de los monjes, y que cruzaba un arroyo, el Temblón, donde las mujeres de



Angélica, á pesar de su alegría expansiva, gustaba de la soledad, y por la mañana y por la noche la complacía, como si se tratase de una verdadera diversión, estar sola en su cuarto, en el cual se distraía saboreando las fantasías de sus ensueños. Muchas veces, durante el día, se escapaba un instante para ir á su cuarto, y gozaba con ésto como si se tratase de una fuga, en plena libertad.

El cuarto, muy grande, era una verdadera guardilla ocupando la mitad del alero; la otra mitad era la guardilla trastera. Todo estaba encalado: las paredes, las vigas, los cabriales aparentes de lo aguardillado; en aquella blanca desnudez los muebles de encina parecían negros. Cuando se renovó el salón y la alcoba del principal, se subieron á la guardilla los muebles antiguos, que eran de diversas épocas: había un arca del Renacimiento, una mesa y sillas Luis XIII, una gran cama Luis XIV, y un bonito armario Luis XV. Disonaban entre aquellas vetusteces venerables, la estufa de porcelana blanca y el lavabo que era una mesita cubierta con un hule.

Las casas vecinas tenían permiso para lavar la ropa; algunas familias pobres se albergaban en las ruinas de un molino viejo, hundido, y nadie más vivía en aquel campo, que comunicaba con la calle de Guerdaches por un callejón que serpenteaba entre los altos muros del Palacio episcopal y el palacio Voincourt. En verano, los olmos seculares de los dos parques limitaban con las cimas de su follaje el estrecho horizonte, cerrado al mediodía por la gigantesca bóveda del coro de la iglesia. Rodeado por todas partes el cercado de María, dormía en la quietud de su abandono, invadido por la broza y lleno de álamos y sauces sembrados por el viento. El Temblón saltaba entre gujarros cantando con una música continua de cristal.

Nunca se cansaba Angélica de mirar aquel rincón perdido, a pesar de que durante siete años no veía más que el mismo espectáculo todos los días. Los árboles del palacio Voincourt, cuya fachada daba á la calle Mayor, eran tan frondosos, que solo en el invierno lograba ver á la hija de la condesa, Clara, una joven de su edad. En el jardín del Palacio episcopal la frondosidad era mayor todavía, y en vano había intentado ver la sotana morada de Monseñor; en cuanto á la antigua verja con persianas de hierro que daba al Cercado, debió haber sido condenada hacia mucho tiempo, porque no recordaba haberla visto entreabierta una sola vez, ni pata que pasara un jardinero; fuera de las pobres mujeres que lavaban, no se veía más que á chiquillos llenos de andrajos, tendidos entre la maleza.

La primavera de aquel año fué de una dulzura exquisita. Angélica tenía ya dieciseis años, y hasta entonces sus miradas sólo se habían recreado viendo reverdecir el Cercado de María á la luz clara del sol de Abril: la aparición de los rebrotes, la transparencia de las noches tibias, toda esa renovación bien oliente de la tierra, la divertía sencillamente. Pero aquel año, al primer botón que apareció, su corazón empezó á latir.

Surgió en su interior como una gran emoción desde que empezaron a brotar las hojas y el viento hizo llegar hasta ella el fuerte olor de los verdes árboles. Sentía angustias repentinas, sin motivo, que la ahogaban. Una tarde se arrojó en brazos de Hubertina llorando, sin motivo alguno de pena, antes bien feliz, y con una felicidad tan honda y desconocida, que todo su ser parecía fundirse en ella. Sobre todo, durante la noche tenía sueños deliciosos; veía pasar sombras y se sentía desfallecer entre éxtasis que no se atrevía á recordar al despertar, avergonzada de la felicidad que la daban los ángeles.

Otras veces, acurrucada en su enorme cama, despertaba sobresaltada, las manos cruzadas y apretadas contra el pecho, y tenía que andar con los pies desnudos por las baldosas frías del cuarto, del ahogo que le daba, y corría á abrir la ventana, y allí se quedaba arrobada, fuera de sí, en aquel baño de aire fino que la calmaba. Era como un embeleso de todos los instantes, una sorpresa siempre renaciente, al no reconocerse y sentirse como agrandada entre penas y goces que ignoraba: todo el florecimiento encantador de la mujer.

Si realmente las lilas y los citisos del jardín episcopal olían tan bien, que no podía aspirar su perfume sin que subiera á sus mejillas una ola rosada. Nunca había advertido aquellos perfumes tan tibios que ahora le bañaban con un aliento vivo. Lo mismo le pasaba con una paulonia florida, cuyo enorme ramo violado aparecía entre dos olmos del jardín de Voincourt.

Aquel año, en cuanto lo miraba, una profunda emoción humedecía sus párpados; tanto le llegaba al corazón aquella palidez violada! Tampoco recordaba haber oído al Temblón hablar tan fuerte, saltando sobre los gujarros, entre los juncos de las márgenes. Seguramente hablaba el arroyo; y le oía decir palabras vagas, siempre repetidas, que la llenaban de turbación. ¿Por ventura no era aquel el mismo campo de antes, que ahora todo le sorprendía y tomaba sentidos nuevos? ¿O es que era ella

la que cambiaba para sentir, ver y oír como en él germi-  
naba la vida?

Más la sorprendía la Catedral á la derecha, la masa enorme que ocultaba el cielo. Cada mañana le parecía verla por vez primera, maravillada con su descubrimiento y comprendiendo que aquellas piedras viejas amaban y pensaban como ella. Todo esto sin razonarlo, porque no sabía nada, sino que se abandonaba por entero al vuelo místico de la gigante mole, que había necesitado tres siglos para nacer, y en la cual se habían depositado las creencias de las generaciones, unas encima de otras. Abajo, arrodillada, aplastada por la plegaria, en las capillas romanas del contorno y en las ventanas de medio punto desnudas, sin más adorno que unas columnitas muy delgadas bajo las archivoltas. Luego, como levantada en alto, con la cara y las manos alzadas al cielo, en las ventanas ojivales de la nave, construidas ochenta años más tarde, con sus altos ventanales ligeros, divididos por montantes que sostenían arcos truncados y rosetones. Y luego, dejando la tierra, arrebatada, muy erguida con los contrafuertes y los botareles del coro, rehechos y adornados dos siglos más tarde, en pleno llameo gótico, cargado de espadañas, agujas y pináculos. Tenía gárgolas, al pie de los arbotantes ó botareles, para la bajada del agua de los tejados. Se había añadido una balaustrada con arcos trevolados que daba vuelta á la azotea sobre las capillas del ábside. El alero también estaba adornado de florones. Y todo el edificio florecía á medida que se acercaba al cielo, en un impetu continuado, libre ya del antiguo terror sacerdotal y yendo á perderse en el seno de un Dios todo amor y caridad. Y Angélica sentía la sensación física de todo esto, y le parecía que la aliviaba y la hacía más dichosa, como si cantase un cantico que subiera, subiera muy puro y delicado hasta perderse en las alturas.

Además, la Catedral vivía. Centenares de golondrinas habían edificado sus nidos bajo la cintura de los arcos

trebolados y hasta en los huecos de las espadañas y los pináculos, y de continuo, á bandadas, rozaban los botareles y los contrafuertes poblados de ellas. Luego había los gorriones de los olmos del Palacio episcopal, que se paseaban muy tiesos por el borde de las azoteas con paso menudo. A veces, casi confundido con el azul del cielo, un cuervo, que parecía del tamaño de una mosca, alisaba sus plumas en la punta de una aguja de piedra.

Luego las plantas, una flora entera, los líquenes, las gramíneas que brotaban en las grietas de las murallas y animaban todas aquellas viejas piedras con el sordo trabajo de sus raíces. Los días en que llovía mucho, el ábside entero despertaba y gruñía, en el ronquido del agua que caía sobre las hojas de plomo del alero, se vaciaba por las atarjeas de las galerías y saltaba de piso en piso con el ruido de un torrente desbordado. Hasta los vientos terribles de Octubre y de Marzo le daban un alma, una voz de cólera y de queja, cuando soplaban á través de aquel bosque de frontones y arcadas, rosetas y columnitas. Finalmente, el sol le hacía vivir con el fuego moviente de su luz, desde la mañana en que la rejuvenecía de alegre color rojo, hasta la noche en que, bajo sombras que poco á poco iban creciendo, le anegaba en lo desconocido. Y tenía su existencia interior, como el latido de sus venas: las ceremonias en que vibraba toda entera con la algazara de las campanas, la música de los órganos y el canto de los sacerdotes.

Siempre la vida latía en ella: rumores perdidos, el murmullo de una misa, el arrodillarse ligero de una mujer, un estremecimiento apenas advertido, el ardor devoto de una oración pronunciada sin palabras, con la boca cerrada.....

Ahora que los días crecían, Angélica, mañana y tarde, pasaba largas horas asomada al balcón, al lado de su buena amiga la Catedral: la quería más por la noche, cuando no veía de ella más que la masa enorme desta-

cándose en conjunto sobre el cielo estrellado. Los planos se perdían, y apenas distinguía los botareles, que parecían puentes tendidos sobre el vacío. Sentíala despierta en las tinieblas, llena de la somnolencia de siete siglos, grande con la grandeza de las multitudes que ante sus altares habían esperado y desesperado durante tantos siglos. Era como un velar continuo, que venía de lo infinito del pasado, yendo á la eternidad del porvenir; velar misterioso y terrible de una mansión donde Dios no podía dormir. Y en la masa negra, inmóvil y viva, sus miradas iban siempre á la ventana de una capilla del coro, encima de los arbustos del Cercado de Maria, única que permanecía encendida, como ojo que mirase vagamente en la noche. Detrás de un pilar ardía una lámpara del santuario. Esta capilla era precisamente la que los abades de otro tiempo habían dado á Juan V de Hauteceur y á sus descendientes, con el derecho de sepultura, en recompensa de su longanimidad. Estaba consagrada á San Jorge, y tenía una vidriera del siglo XII, en que estaba pintada la leyenda del Santo. Desde el crepúsculo la leyenda surgía luminosa de la sombra, vivida como una aparición. Por esto Angélica, los ojos soñadores y arrobados, adoraba en aquella ventana.

El fondo de la vidriera era azul; los bordes, rojos. Sobre aquel fondo lleno de sombría riqueza, los personajes cuyos vestidos flotantes indicaban apenas las líneas desnudas del cuerpo, resaltan en tintas vivas, hechas con vidrios pintados, sombreados de negro por los plomos.

Tres escenas de la leyenda, una encima de otra, llenaban el ventanal hasta la archivolta.

Abajo, la hija del Rey saliendo de la ciudad en traje real para ser devorada, y encontrando á San Jorge cerca del estanque, del cual sale la cabeza del monstruo, y en una banderola la inscripción:

«Buen caballero, no mueras por mi causa, porque no podrás libratme; antes bien, conmigo perecerás.»

«En el centro, el combate; el Santo á caballo atravesando de parte á parte al monstruo, con la siguiente inscripción:

«Jorge blandió de tal modo su lanza, que atravesó al dragón y lo derribó en tierra.»

Finalmente, en lo alto, la hija del Rey llevando á la ciudad el monstruo vencido.

«Y Jorge dijo: «Echale tu cinturón al cuello y no dudes de nada, joven bella.» Y en cuanto lo hubo hecho, el dragón la siguió como perro obediente.»

Cuando se hizo la vidriera, debió tener, en el arco de medio punto, un motivo de adorno, que más tarde, y cuando ya la capilla fué de los Hauteceur, fué sustituido por su escudo. Por esto en las noches oscuras brillaban por encima de la leyenda armas más modernas, resplandecientes. El escudo estaba en cuarteles: uno y cuatro de Jerusalén, dos y tres de Hauteceur; aquél de plata, con la cruz en forma de T de oro, cantonado con cuatro crucecitas de lo mismo; éste de azul, con fortaleza de oro y escudo de sable con el corazón plateado en el centro, todo ello acompañado de tres flores de lis, de oro, dos tendidas y una en punta. El escudo estaba sostenido á derecha é izquierda por dos quimeras de oro, y encima, en medio de un plumero de azul, tenía el casco de plata, damasquinado de oro, abierto de frente y con las once celadas, que es el casco de los duques, mariscales de Francia, señores feudales y jefes de compañías soberanas. Y por divisa: *Si Dios quiere, quiero yo.*

Poco á poco, de tanto verle atravesando al monstruo con su lanza, y á la hija del Rey levantando las manos plegadas, Angélica se había enamorado de San Jorge.

Desde aquella distancia no distinguía bien las figuras, y las veía agrandadas como en sueños; la joven delgada, rubia, con su misma cara, el Santo cándido y soberbio, bello como un arcángel. Era ella misma la que iba á li-

bertar, y, á poder, le hubiese besado las manos de gratitud.

A aquel lance que ella soñaba, confusamente; á aquel encuentro á orillas de un lago; á aquel grave peligro, del cual la sacaba un joven más hermoso que el día, mezclábase el recuerdo de su excursión al castillo de Hauteceur, la evocación entera del castillo feudal, poblado de los poderosos señores de antaño. Las armas lucían como una estrella en noche de verano, bien conocidas de ella, que las leía de corrido, con sus palabras sonoras, como acostumbraba á bordar con frecuencia blasones. Juan V andando de puerta en puerta por la ciudad, diezmada por la peste, y subiendo para besar á los moribundos en la cara y curarles, sólo con decir: *Si Dios quiere, quiero yo*. Feliciano III, sabedor de que una enfermedad impedía á Felipe el Hermoso ir á Palestina, yendo en su lugar, con los pies desnudos y un cirio en la mano, lo que le había valido el honor de ostentar en su escudo las armas de Jerusalén. Y otras historias y otras surgían, sobre todo las de las damas de Hauteceur, las Muertas bien aventuradas, como las llamaba la leyenda. En aquella familia las mujeres morían jóvenes, en la plenitud de la dicha. A veces se salvaban durante dos ó tres generaciones; pero luego reaparecía la muerte, sonfiente, y se llevaba con sus manos dulces y amorosas á la hija ó la esposa de un Hauteceur, las más viejas á los veinte años y en el instante de saborear una gran felicidad de amor. Laura, hija de Raul I, el día de sus desposorios con su primo Ricardo, que vivía en el castillo, se asoma á la ventana, ve á su amado en la suya, cree que la llama, y como un rayo de luna tendía como un puente de claridad entre los dos, échase á andar hacia él; pero ya en mitad del camino, con la prisa, un mal paso la hace desviarse del rayo de la luz, cae y se hace pedazos al pie de las torres. Y tan cierto es ésto, que desde entonces, las noches en que la luna es muy pura, Laura anda por los aires alrededor del cas-

tallo que bañía de luz, con roce silencioso, su vestidura imensa.—Balbina, mujer de Heriberto VII, cree durante seis meses que su marido ha muerto en la guerra, y luego una mañana en que de lo alto de la torre del Homenaje le ve á lo lejos, en el camino, que vuelve, baja corriendo, con tal embriaguez de alegría, que la mata en el último peldaño de la escalera; y hoy mismo, á través de las ruinas, en cuanto empieza el crepúsculo, baja todavía y se la ve correr de piso en piso, deslizarse por los corredores y las habitaciones, y pasar como una sombra por detrás de las vanijas hendidas, abiertas sobre el abismo.

Todas reaparecían: Isabel, Gudula, Ivona, Austraberta; todas las Muertas bien aventuradas, amadas por la Muerte, que las había librado de la vida, llevándoselas con un golpe de ala, muy jóvenes, en el pleno extásis de sus primeras alegrías. Había noches en que su vuelo blanco llenaba el castillo, como una vandada de palomas. La última era la madre del hijo de Monseñor, la que se había hallado tendida, sin vida, sobre la cuna de su hijo, hasta la cual se había arrastrado, enferma, para besarle, herida de muerte por la alegría de darle un beso.

Todas estas historias llenaban la imaginación de Angélica, que hablaba de ellas como de hechos ciertos, acaecidos la víspera había leído los nombres de Laura y de Balbina en viejas lápidas empotradas en las paredes de la capilla. ¿Y por qué no había de morir joven y feliz como ellas?

Las armas resplandecían, el santo salía de su vidriera, y ella se sentía arrebatada al cielo, en alas de un leve beso.

La *Leyenda* se lo había enseñado: ¿por ventura el milagro no es la regla común, la marcha ordinaria de las cosas? Existe en estado agudo y continuo. Obra con una facilidad extrema; á cada paso se multiplica, se muestra, se desborda, hasta por el gusto de negar las leyes de la naturaleza. Se vive al nivel del mismo Dios. Abagar, rey de Edesso, escribe á Jesús, y éste le contesta. Ignacio recibe

cartas de la Virgen. En diversos parajes la Madre y el Hijo aparecen, adoptan mil disfraces, hablan con el tono más bonachón y sonriente. Esteban les encuentra y les habla con gran familiaridad. Todas las vírgenes se casan con Jesús. Los mártires suben al cielo á unirse con María. En cuanto á los Santos y á los Angeles, son los habituales compañeros del hombre; van y vienen, pasan á través de los muros, se aparecen en sueños, hablan desde lo alto de las nubes, asisten al nacimiento, y á la muerte, sostienen el ánimo en los suplicios, libran de los calabozos, traen contestaciones, llevan recados. A su paso florecen inúmeros los prodigios. Silvestre ata la espantosa quijada de un dragón con un hilo. La tierra se levanta para servir de pedestal á Hilario, á quien sus compañeros quieren humillar. Cae una piedra preciosa en el cáliz de San Lupo, un árbol aplasta á los enemigos de San Martín, su perro lame á una liebre, y un incendio cesa cuando él lo manda. María Egipcíaca anda por la superficie del mar. Moscas de miel brotan de la boca de Ambrosio, cuando nace. De continuo los Santos sanan los ojos enfermos, los miembros paralizados ó secos, la lepra y la peste especialmente. No hay enfermedad que resista á la señal de la cruz. En una gran masa de gente, los enfermos y los débiles son puestos aparte para ser curados en masa como por un rayo. Es vencida la Muerte: las resurrecciones son tan frecuentes, que pasan á ser sucesos cotidianos. Hasta cuando ya los Santos han entregado su alma al Creador, no cesan los prodigios, sino que crecen y son como las siemprevivas de sus tumbas. De los pies y de la cabeza de Nicolás surgen dos fuentes de aceite, remedio soberano. El ataúd de Cecilia despidе fragancia de rosas cuando se abre. El de Dorotea está lleno de maná. Todos los huesos de las vírgenes y de los mártires hacen prodigios, confunden á los mentirosos, obligan á los ladrones á restituir lo que han robado, atienden las súplicas de las mujeres estériles, dan salud á los moribundos.

Ya nada es imposible; reina lo invisible; el capricho de lo sobrenatural es la ley única. En los templos intervienen á veces los magos, y se ven hoces que siegan solas, serpientes de bronce que se mueven; se oye reir á estatuas de bronce y cantar á lobos. Pero en seguida responden los Santos y les hacen enmudecer: hay hostias que se transforman en carne viva, imágenes de Jesucristo que brotan sangre; palos plantados en tierra, que florecen; fuentes que surgen, panes calientes que se multiplican á los pies de los indigentes. Un árbol se inclina y adora á Jesús; hay también las cabezas cortadas que hablan, y los cálices rotos que se recomponen por sí mismos; y la lluvia que se aparta de la iglesia para inundar los palacios vecinos, y los vestidos de los solitarios que no se gastan, y que al empezar cada estación se renuevan como si fueran pieles de animales.

En Armenia los perseguidores arrojan al mar los ataúdes de plomo de cinco mártires, y el que contiene los despojos del apóstol San Bartolomé se pone á la cabeza, y los restantes le acompañan en escolta de honor, y todos en orden, como santa Armada, flotan lentamente, empujados por la brisa á través de los mares, hasta llegar á las playas de Sicilia.

Angélica creía firmemente en los milagros; en su ignorancia vivía rodeada de prodigios; el salir de las estrellas, la aparición de las violetas más sencillas, parecíanle cosa maravillosa. Creía que era locura imaginar en el mundo como una máquina gobernada por leyes fijas. Tantas cosas no comprendía, que se sentía como débil y perdida entre fuerzas cuyo poder le era imposible calcular y que ni siquiera hubiese sospechado sin los grandes alientos que á veces sentía pasar por su cara y refrescarla.

Cristiana de la iglesia primitiva, nutrida con lecturas de la *Leyenda*, se entregaba inerte en manos de Dios, con la mancha del pecado original que había que borrar;

no tenía libertad alguna; solo Dios podía salvarla enviándole la gracia. Y la gracia había sido llevarla á casa de los Hubert, á la sombra de la Catedral, donde vivía una vida de fe, de pureza y de obediencia. Sentía á veces rugir en sí misma el mal hereditario; ¿quien sabe lo que hubiera sido en el país donde nació? Sin duda una mala mujer, mientras que ahora crecía llena de salud nueva, renovada en cada estación, en aquel rincón bendito. ¿No era esto la gracia, el medio aquél de los cuentos que se sabía de memoria, de la fe que había bebido, del "más allá" místico en que se bañaba; el medio de lo invisible, en el que el milagro era una cosa natural, al nivel de su existencia diaria? Aquel medio ambiente la daba armas para la lucha de la vida, al igual de la gracia que fortificaba á los mártires. Y luego, cuando lo quería, lo creaba; brotaba de su imaginación caldeada por las fábulas y por los deseos inconscientes de su pubertad, y se agrandaba con todo lo que no sabía.

Surgía de lo desconocido, que estaba en ella misma y en las cosas que la rodeaban. Todo salía de ella para volver á ella; el hombre que creaba á Dios para salvar al hombre: todo puro ensueño. A las veces se asombraba y se palpaba la cara, llena de turbación, dudando de su misma materialidad. ¿No era una apariencia que desaparecería después de haber creado una ilusión?

Una noche de Mayo, asomada á aquel balcón donde pasaba tan largas horas, rompió á llorar.

No sentía tristeza, sino una gran perturbación, algo como una espera, á pesar de que no tenía que venir nadie. La noche era muy oscura; el Cercado de María se ahondaba como un agujero de sombra, bajo el cielo acribillado de estrellas: no distinguía más que las masas tenebrosas de los viejos olmos del Palacio episcopal y del Palacio Voincourt. No brillaba más que la vidriera de la Catedral. Puesto que nadie había de venir, ¿por qué su corazón latía con tanta fuerza? Era una espera

que venía de muy lejos, del fondo de su juventud; espera que había crecido con la edad para ir á parar á aquella fiebre ansiosa de sus diecisiete años. Nada la hubiese sorprendido. Hacía algunas semanas que oía gemir voces en aquel rincón misterioso, poblado por su fantasía. La *Leyenda* había dejado en él su mundo sobrenatural de Santas y Santos; el milagro estaba ya á punto de acaecer.

Comprendía que todo se animaba, que las voces venían de las casas antes muertas; que las hojas de los árboles, y el agua del Temblón, y las piedras de la Catedral, la hablaban. Pero ¿qué anunciarían aquellos cuchicheos de lo invisible? ¿Qué querían hacer de ella las fuerzas ignoradas que le enviaban su aliento desde lo más allá, y flotaban en los aires? Se quedaba con los ojos fijos en las tinieblas, como esperando una cita que nadie la había dado; y esperaba, esperaba siempre, hasta rendirla el sueño, sintiendo que lo desconocido estaba decidiendo de su vida, fuera del alcance de su voluntad.

Cuatro días Angélica lloró así, en la noche sombría, y cuatro noches volvió, llena de esperanza.

Se sentía como envuelta por algo, y esto continuaba y aumentaba cada noche, como si el horizonte se estrechara y la oprimiera. Las cosas pesaban sobre su corazón; las voces ahora zumbaban dentro de su cráneo, y ya no las oía distintamente. Era una toma de posesión lenta: toda la naturaleza, la tierra con el vasto cielo, que penetraba en su ser. Al menor ruido, sus manos ardían, sus ojos trataban de atravesar las tinieblas. Era al fin, el milagro esperado? No; todavía nada: nada más, sin duda, que el batir de alas de algún ave nocturna. Y tendía de nuevo el oído, y percibía el lejano murmullo de las hojas, distinguiendo el de los olmos del de los sauces. Veinte veces un estremecimiento la conmovió de arriba abajo; era una piedra que caía en el arroyo, ó un animal errante que saltaba una pared. Se inclinaba desfallecida. Nada; todavía nada.

Al fin, una noche en que una oscuridad más tibia se desprendía del cielo sin luna, hubo un comienzo de algo. Temió engafiarse, porque era algo muy ligero, casi insensible, un ruido pequeño, pero nuevo y distinto de los que ya conocía. Tardó en reproducirse; contuvo el aliento. Al fin se dejó oír más fuerte, pero siempre confuso: hubiera dicho que era el rumor lejano, apenas adivinado, de unos pasos: el temblor del aire que, sin sentirlo la vista ni el oído, delata la aproximación de algo. Lo que esperaba venía de lo invisible, y salía lentamente de todo lo que á su alrededor se estremecía. Poco á poco brotaba de su ensueño como una realización de los vagos deseos de su pubertad. ¿Era el San Jorge de la vidriera, que con sus pies silenciosos de imagen pintada pisaba las altas malezas para acercarse á ella? Precisamente la ventana palidecía, y no veía claramente al Santo, que parecía una nubecita purpurina, confundida, borrosa. Aquella noche no pudo saber más.

Pero al día siguiente, á la misma hora y en medio de la misma oscuridad, el ruido aumentó, se acercó un tanto.

No cabía duda: era un rumor de pasos, pasos de visión rozando el suelo. Se detenían, volvían á empezar, por aquí y por allá, sin que le fuera posible precisar el sitio donde sonaban. Quizá provenían del jardín de Voincourt; algún paseante nocturno, retrasado bajo los olmos. Quizá, y mejor parecía ésto, salían de los espesos macizos del Palacio episcopal, de las grandes lilas, cuyo violento olor anegaba su corazón. En vano escudriñaba las tinieblas; sólo el oído la advertía la proximidad del prodigio esperado, y también el olfato, con el perfume de las flores, que parecía que se le hubiese mezclado una respiración humana.

Durante muchas noches, fué estrechándose el círculo de los pasos bajo el balcón; y los sintió adelantarse hasta la pared, á sus pies. Allí se detenían, y se hacía un gran silencio; y se sentía entonces del todo envuelta en

el abrazo lento y creciente de lo ignorado, que la hacía desfallecer.

Las noches siguientes vió aparecer entre las estrellas el delgado creciente de la luna; pero declinaba con el día que acaba y se escondía detrás del ábside de la Catedral, semejante á un ojo de claridad viva que el párpado oculta.

La seguía con la vista, mirando como se ensanchaba á cada crepúsculo, impaciente por verla como colosal antorcha que al fin iba á iluminar lo invisible.

Poco á poco, con efecto, el Cercado de María salió de la oscuridad con las ruinas del viejo molino, las ramas de árboles, el rápido arroyo. Y entonces, en plena luz, surgió la creación: lo que venía de un ensueño acabó por tomar la sombra de un cuerpo. Primero no advirtió más que una sombra borrosa, moviéndose bajo la luna. ¿Que era? ¿La sombra de una rama balanceada por el viento? Algunas veces todo se desvanecía, el campo dormía en una inmovilidad de muerte, y se figuraba que era pura alucinación.

Pero luego ya no cabía duda: una mancha de sombra había cruzado un espacio iluminado, deslizándose de un sáuce á otro. La perdía y la volvía á encontrar, sin poder nunca precisarla. Una noche pareció ver la huida rápida de unas espaldas, y en seguida miró á la vidriera: estaba gris, como vacía, apagada por la luna que la iluminaba de lleno. Desde entonces notó que la sombra viva se alargaba, se acercaba á su ventana, avanzando siempre, de uno en otro agujero negro, entre la maleza, junto á la iglesia.

A medida que la sentía más cercana, una emoción creciente invadía su ser; era la sensación nerviosa que se experimenta al ser mirado por ojos misteriosos que uno no ve. A buen seguro que abajo, entre las hojas, había alguien que la miraba. Sentía en la mano y en la cara la impresión física de sus miradas, largas, dulces y también tímidas. No se recataba de ellas, porque sentía que eran

puras, puesto que venían del país encantado de la *Leyenda* y su ansiedad primitiva se tornaba en turbación deliciosa, con la certeza de la dicha. Una noche, repentinamente, sobre la tierra blanca y bañada por la luna, la sombra se destacó con líneas francas y acentuadas; la sombra de un hombre que no podía ver, escondido tras de los sauces. El hombre no se movía, y Angélica contempló durante buen espacio de tiempo la sombra inmóvil.

Desde aquel día Angélica tuvo un secreto, y su cuarto, desnudo y encantado, muy blanco, estaba como lleno de él. Pasaba en él horas y horas, metida en la cama en que se hallaba perdida y pequeña con los ojos cerrados, pero sin dormir, viendo siempre aquella sombra inmóvil sobre la tierra radiante. Al amanecer, cuando abría los ojos, sus miradas iban al armario enorme, al viejo cofre, á la estufa de porcelana, á la mesita de lavarse, sorprendida de no hallar la silueta misteriosa que de memoria hubiese dibujado de un solo rasgo. Durmiendo la volvía á ver deslizándose entre los apagados ramos pintados de las cortinas. Despierta, lo mismo que soñando, la veía. Era una sombra compañera de la suya; tenía dos sombras á pesar de ser ella sola, con su ensueño.

A nadie confió su secreto, ni siquiera á Hubertina, á la cual hasta entonces nada había ocultado; y, cuando la hacía preguntas, asombrada ante aquella inexplicable alegría, se ponía muy encendida, y contestaba que la primavera, que se había adelantado, era la que la ponía alegre.

Desde la mañana hasta la noche zumbaba como una mosca embriagada con los primeros soles. Las casullas que bordaba nunca habían resplandecido con tanto brillo de seda y oro. Los Hubert, sonrientes, creían simplemente que era la salud y la primavera lo que la ponía así. Su alegría crecía á medida que se acercaba la noche, y, cuando aparecía la luna, cantaba: al llegar la hora se asomaba al balcón y veía la sombra. Durante todo el

cuarto de luna la halló exacta á la cita, erguida y muda, sin saber nada más, ignorando quién era. ¿No sería más que una sombra, nada más que una apariencia, quizá el Santo que había desaparecido de la vidriera ó, bien el ángel que antaño había amado á Cecilia y que venía á amarla á ella?

Esta idea la ponía orgullosa y le era muy agradable, como si fuese una caricia que viniese de lo invisible. Pero luego sintió impaciencia por saber más y volvió á empezar la espera.

La luna, ya llena, alumbraba todo el Cercado de María; al llegar al cenit, los árboles, con la luz blanca que caía verticalmente, no tenían sombra, parecidos á fuentes de las que brotaban mudas claridades. Todo el campo se bañaba de luz; una ola luminosa, límpida como el cristal, lo invadía, y su brillo era tan penetrante que hasta se distinguía el fino recorte de sombra que en el suelo producían las hojas de los sauces.

El menor soplo del aire parecía que rizaba aquel lago de rayos de luna, dormido en su paz soberana, entre los grandes olmos de los jardines vecinos y la masa gigantesca de la Catedral.

Así pasaron dos noches, cuando á la tercera, al asomarse, Angélica sintió en el corazón un golpe violento. En medio de la claridad viva le vió de pié, vuelto hacia ella. Su sombra, al igual que la de los árboles, se había replegado bajo sus pies: había desaparecido.

No se le veía más que á él, muy distinto, y á aquella distancia le veía como si fuese día claro: tendría como veinte años, y era rubio, alto y delgado. Se parecía al San Jorge ó á un Jesús soberbio, con su pelo rizado, su barba naciente, su nariz recta, un poco grande, y los ojos negros, de una dulzura orgullosa.

Le reconoció perfectamente: nunca le había visto de otra manera: era él, y tal como le esperaba. Al fin se acababa el prodigio, y la lenta creación de lo invisible se resolvía en aquella aparición viva. Salía de lo desconocido,

del vago estremecimiento de las cosas, de las voces murmuradoras, de los juegos movientes de la noche, de todo lo que sentía que la rodeaba y estrechaba, hasta hacerla desfallecer. Y le parecía verle á dos pies de la tierra, sobrenatural como una aparición, rodeándole por todas partes el milagro, y flotando en el lago misterioso de la luna. Tenía por escolta el pueblo entero de la *Leyenda*, los Santos cuyos palos florecen, y las Santas por cuyas heridas brota leche. Y el vuelo blanco de las vírgenes hacía palidecer las estrellas.

Angélica le miraba, y él levantó los brazos, y se los tendió abiertos.

No por esto se asustó Angélica, y le miró sonriendo.

V

Era cosa importante la colada que cada tres meses hacía Aubertina; había que alquilar una mujer, la señora Gabet, y durante cuatro días nadie se acordaba de bordar. La misma Angélica tomaba parte en ella, divirtiéndola el enjabonar la ropa y lavarla en la clara corriente del Temblón. Después de la colada se tendía la ropa en el Cercado de María, pasando por la puertecilla de comunicación. Allí pasaban el día, al aire libre y bañadas por el sol.

—Madre, ahora voy á lavar yo. Esto me divierte mucho.

Y riéndose á carcajada tendida, remangado el vestino hasta los codos, blandía la paleta y daba con toda su alma, llena de la alegría y de la salud del rudo trabajo que la salpicaba de espuma.

—Esto me fortalece los brazos y me hace mucho bien, madre.

El Temblón cortaba el Cercado diagonalmente: por un lado, dormido y silencioso; más allá muy rápido, formando torbellinos en una pendiente pedregosa. Salía del jardín del Palacio episcopal por una especie de vano abierto al pie del muro, y desaparecía al otro extremo del Cercado, en el ángulo del hotel Voineourt, por una especie

del vago estremecimiento de las cosas, de las voces murmuradoras, de los juegos movientes de la noche, de todo lo que sentía que la rodeaba y estrechaba, hasta hacerla desfallecer. Y le parecía verle á dos pies de la tierra, sobrenatural como una aparición, rodeándole por todas partes el milagro, y flotando en el lago misterioso de la luna. Tenía por escolta el pueblo entero de la *Leyenda*, los Santos cuyos palos florecen, y las Santas por cuyas heridas brota leche. Y el vuelo blanco de las vírgenes hacía palidecer las estrellas.

Angélica le miraba, y él levantó los brazos, y se los tendió abiertos.

No por esto se asustó Angélica, y le miró sonriendo.

V

Era cosa importante la colada que cada tres meses hacía Aubertina; había que alquilar una mujer, la señora Gabet, y durante cuatro días nadie se acordaba de bordar. La misma Angélica tomaba parte en ella, divirtiéndola el enjabonar la ropa y lavarla en la clara corriente del Temblón. Después de la colada se tendía la ropa en el Cercado de María, pasando por la puertecilla de comunicación. Allí pasaban el día, al aire libre y bañadas por el sol.

—Madre, ahora voy á lavar yo. Esto me divierte mucho.

Y riéndose á carcajada tendida, remangado el vestino hasta los codos, blandía la paleta y daba con toda su alma, llena de la alegría y de la salud del rudo trabajo que la salpicaba de espuma.

—Esto me fortalece los brazos y me hace mucho bien, madre.

El Temblón cortaba el Cercado diagonalmente: por un lado, dormido y silencioso; más allá muy rápido, formando torbellinos en una pendiente pedregosa. Salía del jardín del Palacio episcopal por una especie de vano abierto al pie del muro, y desaparecía al otro extremo del Cercado, en el ángulo del hotel Voineourt, por una especie

de túnel hondo, y se perdía bajo tierra para reaparecer doscientos metros más abajo, á lo largo de la calle Baja, hasta el Ligeneul, donde desaguaba. Esto hacía que hubiese que vigilar mucho la ropa, porque, ya se sabía: pieza que caía, por más que se acudiese, era pieza perdida.

—Madre, espere; voy á poner esta piedra sobre las servilletas. Veremos si así se las lleva el ladronzuelo.

Dejaba la piedra y volvía á arrancar otra de los escombros del molino, encantada y feliz con cansarse y moverse. Cuando se daba en un dedo, lo movía y decía que no era nada. Durante el día, la familia de pobres que se albergaba en las ruinas se iba á mendigar, desbandándose por los caminos. El Cercado quedaba solo, con una soledad fresca y deleitable, con sus grupos de sauces pálidos, sus altos olmos y su maleza, sobre todo, la hierba desbordante y tan lujuriosa que llegaba hasta los hombros.

De los dos jardines vecinos, cuyos altos árboles ocultaban el horizonte, venía un silencio lleno de estremecimientos. A las tres, la sombra de la Catedral comenzaba á prolongarse en medio de un dulce recogimiento, con un perfume evaporado de incienso.

Y Angélica golpeaba la ropa con más fuerza, con toda la que podían sus brazos frescos y blancos.

—¡Madre, madre! ¡Cómo voy á comer esta noche! ¡Ah! Y recuerde usted que me ha prometido una tarta de fresa.

Para aquella colada, el día de aclarar la ropa, Angélica estuvo sola. La señora Gabet sufrió un ataque repentino de reuma, y no fué, y Hubertina estuvo todo el día ocupada con los menesteres de la casa. Arrodillada en el cajón lleno de paja para evitar la humedad, la joven cogía una por una las piezas de ropa y las sacudía un buen rato en el agua hasta que ésta adquiría su transparencia cristalina. No se daba prisa; sentía desde la mañana inquieta curiosidad, sorprendida al ver un tra-

bajador viejo, con una blusa gris, que armaba un ligero andamio junto al ventanal de la capilla de Hauteceaur. ¿Iban á recomponer la vidriera? Bien lo necesitaba: á San Jorge le faltaban algunos vidrios pintados, y otros, rotos con el transcurso de los siglos, habían sido reemplazados por vidrios sin pintar. Sin embargo, la cosa la irritaba; tan acostumbrada estaba á ver las lagunas del Santo atravesando el dragón de parte á parte y la hija del Rey arrastrando al monstruo con su cinturón, que ya les lloraba, como si fuesen á mutilarles. Era como un sacrilegio el cambiar cosas tan antiguas. De pronto, cuando volvió de almorzar, desapareció su cólera; había en el andamio otro trabajador, joven, y también con blusa gris. A éste le reconoció en seguida. Era él.

Alegremente, sin sentirse turbada, Angélica volvió á su sitio, arrodillándose en la paja del cajón. Luego, con los brazos desnudos, se puso á aclarar la ropa en la corriente cristalina. Era él: alto, delgado, rubio, de barba fina, los cabellos ensortijados de dios joven, y con la piel tan blanca como la había visto á la blanca luz de la luna.

Siendo él, la vidriera nada tendría que temer; si la tocaba, la embellecería. No sintió desilusión alguna viéndole con aquella blusa, sin duda trabajador como ella, pintor vidriero.

Al contrario, esto le hacía sonreír, llena como estaba de la absoluta certidumbre de su ensueño de fortuna real. Todo ello era apariencia. Una mañana aparecería tal vez como debía de ser. Una lluvia de oro brotaba del cimborrio de la Catedral; estallaba á lo lejos, entre el gruñir de los órganos, una marcha triunfal. Ni siquiera se preguntaba que caminos tomaba para estar allí, de día y de noche. A no ser que viviese en una de las casas vecinas, no podía pasar más que por la callejuela de Guardaches, que serpeaba por las paredes del Palacio episcopal hasta la calle Magloire.

Entonces transcurrió una hora llena de encanto. Angélica se inclinaba, sacudía la ropa casi tocando con la

cara el agua fresca; pero á cada pieza levantaba la cabeza y echaba una ojeada, en la que, á través de la turbación de su corazón, asomaba algo de malicia. En cuanto á él, en el andamio, muy ocupado al parecer en estudiar el estado de la vidriera, la miraba de lado, muy molesto en cuanto ella le sorprendía mirándola. Era cosa sorprendente verle ruborizarse en seguida, tornándose repentinamente en roja su tez blanquísima. Tenía ojos enérgicos; pero era tan tímido, que cuando notaba que le miraba se transformaba en niño, no sabía que hacer de las manos, y daba órdenes balbucientes al trabajador viejo. En cuanto á Angélica, junto al arroyo, cuyas aguas turbulentas le refrescaban los brazos, lo que la alegraba era adivinarle inocente como ella, ignorándolo todo, pero con la pasión golosa de gustar de la vida. No hacía falta que nadie se lo dijera; mensajes invisibles se lo decían, y bocas mudas lo repetían. Alzaba la cabeza, le sorprendía volviendo la suya, y se deslizaban así los minutos. Era delicioso.

De pronto le vió que bajaba del andamio, y luego andaba hacia atrás, á través de la maleza, como para tomar mayor espacio, y coger el punto de vista. Angélica estuvo á punto de echarse á reír: tan evidente era que no trataba más que de acercarse á ella! Para saltar del andamio había adoptado la decisión fosca del hombre que lo arriesga todo, y lo divertido y conmovedor era verle parado á corta distancia, dándole la espalda, no atreviéndose á volverse, con el mortal embarazo de su acción demasiado viva. Un momento creyó que volvería á la vidriera, como había venido, sin echar una ojeada hacia atrás; pero de pronto le vió tomar una resolución enérgica, volverse, y como precisamente Angélica levantaba la cabeza con su sonrisa maliciosa, sus miradas se encontraron y se cruzaron. A entrambos les produjo esto gran confusión, perdieron la serenidad, y no hubieran acabado de volver en sí, si no hubiese ocurrido un incidente dramático.....

—¡Ay, Dios mío! gritó Angélica desolada.

En su emoción, la camisa que aclaraba con mano delicada, se le había escapado, y el arroyo se la llevaba con rapidez. Un momento más, y desaparecía en el rincón de la pared de Voincourt, bajo el túnel donde se engolfaba el Temblón.

Transcurrieron unos segundos de angustia; pero el joven se había hecho cargo, y se precipitó. Ya la corriente se hinchaba sobre los guijarros, y la condenada camisa iba más de prisa que el joven, que se inclinaba, creía cogerla y no estrechaba más que un puñado de espuma. Por dos veces la erró: al fin, excitado, con el aire decidido del que se lanza á algo con peligro de la vida, saltó al agua y pescó la camisa en el instante en que iba á desaparecer.

Angélica, que hasta entonces había seguido con ansiedad todas las operaciones del salvamento, sintió retozar la risa. La aventura que tanto soñara; el encuentro á orillas de un lago; el peligro horroroso de que la libraría un joven más hermoso que el día; San Jorge, el tribuno, el guerrero, no era más que aquel pintor vidriero, con blusa gris. Cuando le vió acercarse con los pantalones empapados en agua, y en la mano la camisa, que chorreaba, con gesto torpe, comprendiendo lo ridículo de la pasión que el joven había mostrado por salvarla de la corriente, tuvo que morderse los labios para contener el estallido de la risa, que la retozaba en la garganta.

El, en cambio, se olvidaba de todo, mirándola. Era adorable, de candor infantil, con aquella risa que contenía y que vibraba en toda su juventud. Salpicada de agua, los brazos helados por la corriente, oía á pureza, á la limpidéz de las fuentes vivas que brotan entre el musgo del bosque. Era la salud y la alegría, á la clara luz del sol. La veía que era hacendosa, á la vez que reina, con su falda de trabajo, el talle esbelto, la cara larga, de hija de rey, como las que pasan en el fondo de las leyendas.

Así, se quedó parado, sin saber como devolverle la ropa; tan hermosa la hallaba, con la belleza artística que él amaba; y lo que más le desesperaba era comprender que tenía el aire muy inocente, viendo muy bien el esfuerzo que hacía ella para no reírse. Al fin se decidió, y la entregó la camisa.

Entonces Angélica comprendió que si despegaba los labios iba a soltar la risa. ¡Pobre muchacho! La impresionaba mucho, pero era una cosa irresistible; se sentía tan feliz, que sentía necesidad de reír, de reír a carcajada tendida....

Al fin creyó que podía hablar, y dijo sencillamente:

—Gracias, señor.

Pero volvió la risa, que la hizo tartamudear y la cortó la palabra. Resonó la carcajada, una verdadera lluvia de notas sonoras, que cantaban, con el acompañamiento cristalino del Temblón.

En cuanto á él, desconcertado, no supo que decir. Su cara, blanquísima, enrojeció de pronto, sus ojos, de niño tímido, llamearon como ojos de águila. Se fue y desapareció con el trabajador viejo, en tanto que ella se reía, inclinada sobre el agua clara, salpicándose con el sacudir de la ropa, en medio de la dicha deslumbrante de aquel día.

Al siguiente, muy temprano, empezó la operación de tender la ropa, que en un montón goteaba desde la visera. Precisamente se había levantado un viento fuerte que ayudaba la operación. Y para que no se llevase la ropa hubo que sujetarla con piedras en los cuatro ángulos de cada pieza. Toda la colada estaba allí extendida, blanquísima entre la verde hierba, oliendo al áspero perfume de las plantas, y parecía que el prado hubiese repentinamente florecido con grandes manchas nevadas de margaritas.

Cuando después del almuerzo Angélica fue a dar una mirada, se desesperó; la colada entera parecía que iba a

volar al impulso del viento que la sacudía fuertemente, bajo el cielo azul de una limpidez viva, como si le hubiesen barrido las grandes oleadas del aire. Ya se habían escapado unos trapos, y unas toallas se habían prendido en las ramas de un sauce. Recogió las toallas, pero detrás de ellas volaron unos pañuelos. ¡Y no había nadie! Se quedó aturrida. Quiso extender una sábana, y tuvo que luchar; pero era vencida, y la sábana la envolvió con el chasquido de una bandera que flota al viento.

En medio del ruido oyó una voz que decía:

—Señorita, ¿quiere usted que la ayude?

Era él, y en seguida Angélica gritó, no pensando más que en la ropa:

—¡Ya lo creo! Ayúdeme usted. Tome usted el otro extremo y sosténgalo firme.

La sábana, que estiraba con sus brazos sólidos, batía como una vela. Luego la pusieron sobre la hierba y colocaron en las cuatro puntas cuatro piedras grandes. La sábana al fin fue vencida, pero ellos no se movieron, arrodillados en los dos extremos, separados por la pieza de tela, deslumbrante de blancura.

Angélica acabó por sonreír, pero sin malicia, como dando gracias. El otro se atrevió.

—Yo me llamo Feliciano.

—Y yo Angélica.

—Soy pintor de vidrieras, y me han encargado recomponer aquella....

—Yo vivo ahí con mis padres, y soy bordador.

El viento se llevaba sus palabras; les azotaba con su viva pureza en el caliente sol que les bañaba. Se decían cosas que ya sabían, sólo por el gusto de decírselas.

—¿No van a sustituir por otra la vidriera?

—No, no. Ni siquiera se notará la compostura. A esta vidriera la quiero casi tanto como a usted.

—Es cierto; yo la quiero. ¡Es tan dulce de color! Yo he bordado un San Jorge, pero no era tan hermoso.

—Oh! no tanto.... Es mucho decir: Lo he visto: es el San Jorge de la casulla de terciopelo rojo que llevaba el padre Cornille el domingo último. Una maravilla.....

Angélica enrojeció de gusto, y le gritó bruscamente: —Ponga usted una piedra en ese extremo: otra á la izquierda; si no, el viento se nos la lleva otra vez.

Feliciano se apresuró á aprisionar por aquel lado la sábana, que había tenido como una gran palpitación, el batir de alas de un pájaro prisionero que trata de volar. Como ya no se movía, se levantaron, y mientras ella andaba por los estrechos senderos entre la hierba, echando una mirada aquí y allá á la ropa, él la seguía muy afanoso, con el aspecto al parecer muy preocupado por la posibilidad, de que se perdiera un delantal ó una rodilla. Parecía una cosa muy natural, y Angélica seguía hablando, contando lo que hacía y explicando sus gustos.

—Yo quiero que todas las cosas estén en su sitio. Por la mañana, el reloj de cuco del taller me despierta, siempre á las seis, y aunque esté oscuro, me lavo y visto en un verbo: las medias aquí, el jabón allí, es una verdadera manía. No es que haya nacido así, al contrario; era muy atolondrada. ¡Las veces que ha tenido que refirme mi madre! Luego, en el taller no haría cosa de provecho si mi silla no estuviese siempre en el mismo sitio, de cara á la luz. Por fortuna no soy zurda, ni tampoco me valgo sólo de la derecha, y así bordo con las dos, lo cual es una ventaja, y no lo saben hacer todas. Lo mismo me sucede con las flores, que me gustan; pero en cuanto tengo un ramo cerca, siento unas terribles jaquecas. Sólo resisto el olor de las violetas, y, lo que es más raro, su perfume me sosiega. En cuanto siento malestar, no tengo que hacer más que respirar violetas y me encuentro aliviada.

Feliciano la escuchaba arrobado, embriagado por el timbre de su voz, que tenía un profundo encanto, pro-

longado y penetrante, y sin duda era muy sensible á esta música humana, porque la inflexión cariñosa de algunas sílabas le humedecía los ojos.

—Vámos, dijo Angélica interrumpiéndose. Las camisas casi ya están secas.

Luego prosiguió sus confidencias, en la necesidad ingenua é inconsciente de darse á conocer.

—El blanco es siempre hermoso. ¿No es ésto?

Algunos días me canso del azul, y del rojo, y de todos los colores: en cambio el color blanco me da una alegría completa que no me cansa nunca. Nada en él hiere, y quisiera una perderse en él. Nosotros teníamos un gatito blanco con manchas amarillas: yo se las pinté, pero no duró la pintura, y eso que estaba muy bien. Otra cosa que no sabé madre: guardo todas las sobras de seda blanca y tengo un cajón lleno, por nada, por gusto de mirárlas y tocarlas de vez en cuando. Y luego tengo otro secreto: ¡ah! éste sí que es gordo. Cuando me despierto por las mañanas, cerca de mi cama hay alguien, sí; una blancura que desaparece en cuanto abro los ojos.

Feliciano no se sonrió, y pareció como que la creía firmemente. ¿No era, por ventura, una cosa natural? Una reina rodeada de las magnificencias de su corte no le hubiera conquistado más rápidamente. En medio de toda aquella ropa blanca y andando entre la verde hierba tenía un aspecto gracioso, alegre y soberano, que le hería en el corazón, estrechándosele más y más. Era cosa hecha: no había en el mundo más que ella, y la seguiría hasta el fin de la vida. Angélica continuaba andando con su paso corto y rápido, y él seguía, siempre detrás, atolondrado por dicha tanta, sin la esperanza de alcanzarla.

Pero sopió muy fuerte el viento, y una bandada de ropa menuda, puños y cuellos de percal, pañuelos y chambras de balista, levantóse y cayó á lo lejos, como una bandada de pájaros blancos abatidos por la tempestad.

Angélica echó á correr.

—¡Ay, Dios mío! Venga usted ayúdeme!

Los dos se precipitaron: Angélica pescó un cuello en el mismo borde del Temblón; Feliciano cogió dos chambras en medio de las altas ortigas.

En su carrera, á todo escape, por tres veces Angélica le había rozado con los pliegues de su falda, y cada vez había sentido Feliciano una sacudida en el corazón y la cara enrojecida. A su vez la rozó al saltar para coger el último pañuelo que se le escapaba, y ella quedó inmóvil; ahogándose. Turbación extraña ahogaba su risa; ya no reía, ni se burlaba del muchacho inocente y torpe. ¿Qué era aquello que sentía que la hacía perder la alegría y desfallecer en medio de angustias deliciosas? Cuando Feliciano le alargó el pañuelo, sus manos casualmente se encontraron; estremecieronse y se miraron, sin saber que decir. Angélica retrocedió con viveza y se estuvo algunos segundos parada, sin saber que hacer ante aquella catástrofe extraordinaria que le sucedía: de pronto, despavorida, echó á correr, los brazos llenos de ropa, dejando el resto.

Entonces Feliciano quiso hablar.

—Por favor... se lo pido...

El viento redoblaba y le cortaba la palabra.

Desesperado, mirábala correr, como si se la llevase el viento, corriendo, corriendo siempre entre la blancura de los trapos y las sábanas, bañada por el oro pálido del sol que caía oblicuamente. Parecía que la sombra de la Catedral la tomaba por suya, y estaba ya á punto de entrar en su casa por la puertecita del jardín, sin volver la vista atrás, cuando en el dintel volvióse vivamente, presa de un arraque de súbita bondad, no queriendo que se figurase que estaba incomodada, y le gritó:

—Gracias, gracias.

¿Era por haberla ayudado á recoger la ropa, ó era por otra cosa? Desapareció, y la puerta se cerró tras ella.

Quedó solo en medio del campo, entre las grandes ráfagas regulares que soplaban, vivificándolo todo: el cielo era purísimo; los olmos del Palacio episcopal se mecían con

un prolongado rumor de borrasca, y una voz fuerte le llamaba á través de las azoteas y los botareles de la Catedral; pero no oía más que el chasquido ligero de un gorrito atado á un ramo de lilas, como un ramo blanco, y qué era de Angélica.

Desde aquel día, siempre que Angélica abría la ventana, veía á Feliciano en el Cercado de María; como tenía el pretexto de la vidriera, allí pasaba los días enteros, sin que el trabajo adelantase nada. Durante largas horas se estaba detrás de un matorral, tendido sobre la hierba, acechando entre las hojas. Y era muy dulce poder cambiar una sonrisa mañana y tarde. Angélica, feliz, no pedía más; no había de haber colada hasta tres meses después, y la puerta del jardín permanecería cerrada hasta entonces; pero viéndose diariamente, tres meses pasarían pronto; y luego, ¿había dicha mayor que vivir así, esperando durante el día la mirada de la tarde, esperando toda la noche, la mirada de en la mañana?

En su primer encuentro, Angélica lo había dicho todo: sus costumbres, sus gustos, los secretitos de su corazón. En cambio él, silencioso, se llamaba Feliciano, y Angélica no sabía nada más. Quizá las cosas tenían que suceder así: dándose la mujer por entero, reservándose el hombre y ocultándose en lo desconocido. No es que tubiese prisa para saber: sonreía, por el contrario, ante la idea de las cosas que se habían de realizar con toda seguridad. Nada sabía de él, y, sin embargo, le conocía hasta el punto de leer sus pensamientos en su mirada. Había llegado: le había reconocido, y se amaban.

Entonces empezaron á saborear deliciosamente aquella posesión á distancia. Eran de continuo nuevos embalesos, ante los descubrimientos que realizaban. Angélica tenía las manos largas, con los dedos un poco estropeados por la aguja; y él las adoró. En cambio, Feliciano tenía los pies pequeños, y esta pequeñez la llenó de orgullo: todo lo de él la halagaba y le estaba agradecida de que fuese hermoso; sintió una alegría violenta.

ta el día en que observó que el color rubio de la barba era un poco más oscuro que el del cabello, lo cual daba á su risa una gran dulzura. El, en cambio, se marchó loco de embriaguez una mañana en que ella se había inclinado, y vio en su cuello delicado un lunarcito. De este modo su corazón se ponía al desnudo, y así hacían descubrimientos deliciosos; desde luego la manera ingenua y altanera que tenía Angélica de abrir la ventana, indicaba que, á pesar de su condición de bordadorcilla, tenía el alma de reina. Del mismo modo Angélica sintió que olía bien, viendo el paso ligero que cruzaba por la hierba. Era á su alrededor toda una irradiación de cualidades y de gracias, en aquella hora bendita de su primer encuentro. Cada entrevista tenía un encanto nuevo, y les parecía que nunca agotarían aquella felicidad de verse.

A todo esto Feliciano empezó a dar algunas muestras de impaciencia, ya no permanecía largas horas tendido al pie de un matorral, en la inmovilidad de una felicidad absoluta. En cuanto Angélica aparecía y se asomaba al balcón, empezaba á sentirse inquieto y trataba de acercarse á ella, y ésto la molestaba un tanto, temiendo que alguien le viese. Un día regañaron porque él se acercó tanto á la pared, que ella tuvo que dejar la ventana. Fué una catástrofe que le trastornó de tal modo, con la cara tan llena de sumisión y de súplica, que perdonó al día siguiente y se asomó á la hora de costumbre. Pero no le agradaba esperar, y volvió á las andadas; ahora parecía que estaba á la vez en todos los sitios del Cercado de María, que llenaba con su fiebre; saña de detrás de cada tronco de árbol: aparecía encima de cada grupo de zarzas. Como los pájaros de los grandes olmos, debía de tener su nido por aquellos alrededores, entre dos ramas. El Temblón era un pretexto para vivir allí inclinado sobre la corriente, haciendo como que seguía el vuelo de las nubes. Un día le vió entre las ruinas del molino, de pie sobre el techo de un medio hun-

dido cobertizo; feliz con haber subido un poco, y pesoso de no poder volar hasta ella. Otro día ahogó un grito viéndole á más altura que ella, entre las ventanas de la Catedral, en la azotea de la capilla del coro. ¿Cómo había podido subir á la galería, cerrada con llave, que guardaba el bedel? ¿Y cómo otras veces le hallaba en pleno cielo, entre los botareles de la nave y los pináculos de los contrafuertes? Desde aquellas alturas hundía la mirada hasta el fondo de su cuarto, como las golondrinas que revoloteaban entre las puntas de los botareles, y la veía sin que á ella se le ocurriera esconderse. Desde aquel día se ocultó, sintiendo creciente turbación al verse invadida de tal modo, siendo siempre dos. Si ella no tenía prisa alguna, ¿por qué su corazón latía con tal fuerza, como la campana mayor el día de las grandes fiestas?

Pasaron tres días sin mostrarse Angélica, cada vez más asustada de la creciente audacia de Feliciano. Juraba no volverle á ver y trataba de odiarle; pero él le había comunicado, sin duda, algo de su fiebre impaciente, porque no sabía estar en el mismo sitio, y todos los pretextos le parecían buenos para dejar la casulla que bordaba. Y sabedora de que la señora Gabet guardaba cama, en la mayor miseria, fué á visitarla todas las mañanas. Vivía en la misma calle de los Plateros, tres puertas más abajo. Le llevaba caldo y azúcar, y se llegaba á buscar las medicinas á la botica de la Calle Mayor. Pero un día, al volver con las manos llenas de frascos, se encontró con la sorpresa de hallar á Feliciano á la cabecera de la enferma; se puso muy colorada, y se escapó de cualquier modo. Al día siguiente, al marcharse Angélica, se presentó nuevamente, y tuvo que dejarle el sitio, muy descontenta. ¿Era que trataba ahora de impedir que visitase á sus pobres? Precisamente era entonces presa de una de aquellas crisis de caridad que le hacían darlo todo á los que nada tenían y en que todo su ser se llenaba de fraternidad compa-

siva ante la idea del sufrimiento. Corría á casa del tío Mascart, un ciego paralítico que vivía en la calle Baja, y al cual ella misma daba de comer el plato de sopa que le llevaba; á casa de los Choteau, marido y mujer, dos viejecitos de noventa años que vivían en el sótano de la calle Magloire, donde llevó muebles viejos que sacó de la guardilla de su casa, y á casa de otros y otros, á casa de todos los desgraciados del barrio, á los cuales llevaba escondidas cosas mil, dichosa con sorprenderles y verles llenos de alegría ante las sobras del día anterior. Y ahora en casa de todos ellos se tropezaba con Feliciano. Nunca le había visto tanto como ahora, en que, por miedo á verle, no se asomaba á la ventana. Crecía su turbación, creyendo estar muy enojada.

Lo peor de todo era que Angélica llegó á desesperar de su misma caridad; aquel muchacho le destruía la alegría de ser buena. Antes quizá él tenía algunos pobres; pero esos no, porque no les había visitado nunca; de modo que debía haberla espiado y subir tras de ella para conocerlos y quitárselos uno por uno. Ahora, siempre que llegaba á casa de los Chateau con su cestito lleno de provisiones, se encontraba con menedas de plata sobre los muebles. Un día que fué á llevar cincuenta céntimos, todos sus ahorros de una semana, al tío Mascart, que siempre se quejaba de su miseria á fin de sacar para tabaco, le encontró rico con una moneda de cuatro duros, reluciente como el sol. En fin, una noche que fué á ver á la señora Gabet, ésta le pidió que bajase á cambiarle un billete de Banco. Se sintió muy triste al ver su impotencia y su falta de dinero, mientras que él vaciaba su bolsa tan fácilmente. Desde luego se alegraba de la cosa por sus pobres, pero ya no tenía dichas que dar; se sentía triste por tener tan poco que dar, cuando había quién daba tanto. El, torpe no se enteraba, creía conquistarla, y cedía á la necesidad de dar mucho, redoblando su caridad y destruyendo el

efecto de sus limosnas. Sin contar con que Angélica tenía que sufrir los elogios que los pobres hacían de él: ¡un joven tan bueno, tan dulce y tan bien educado! No hablaban más que de él y ostentaban sus donativos como si despreciasen los de ella. A pesar de su juramento de olvidarle, les preguntaba por él: ¿qué había dejado, qué había dicho? ¿Y era guapo, verdad? ¿Y tierno, y tímido! Quizá se atrevía á hablar de ella. Seguramente, hablaba siempre. Y entonces decididamente le aborrecía, acabando por sentir que le pesaba mucho en el corazón.

Aquello no podía durar, y una tarde de Mayo, en un crepúsculo encantador y sonriente, estalló la catástrofe. Fué en casa de las Lemballeuse: un montón de mendigas que se albergaba en los escombros del molino viejo. No había más que mujeres; la tía Lemballeuse, una vieja arrugada; Tebanilla, la hija mayor, una salvaje allá como de veinticinco años, y sus dos hermanitas, Rosa y Juana, con los ojos llenos de atrevimiento al través de sus greñas rojas. Las cuatro pordioseaban por los caminos, á lo largo de las zanjas, volviendo por la noche, los pies rendidos de fatiga, con los zapatos atados con cuerdas. Precisamente aquel día la Tebanilla, que había perdido los suyos en las piedras, había vuelto herida, con los tobillos ensangrentados. Sentada delante de la puerta, en medio de la maleza del Cercado de Maria, se estaba arrancando las espinas, de la carne; á su lado la madre y las dos pequeñas exhalaban quejidos lastimeros.

Llegó Angélica en aquel momento con el pan que les llevaba todas las semanas, escondido bajo el delantal. Había entrado por la puertecita del jardín, que había dejado abierta para volver corriendo. Pero se detuvo á la vista de toda la familia llorando.

—¿Qué es esto? ¿Qué tienen ustedes?

—¡Ay, mi buena señorita! gimoteó la tía Lemballeuse. Mire usted en que estado á vuelta esta bestia! Mafia-

na no podrá andar. ¡Día perdido! Necesitará zapatos.

Con ojos relucientes bajo sus melenas, Rosa y Juana redoblaron sus sollozos, gritando con voz aguda:

—Zapatos! ¡Zapatos!

Tebanillas levantó á medias su cabeza, delgada y negra. Después, fosca, sin hablar, continuó encarnizándose en sacar una larga espina con un allíler.

Angélica, conmovida, dió su limosna.

—Aquí tiene usted el pan!

—Sí, pan, contestó la mujer. Claro que hace falta pan; pero ésa no andará con pan, á buen seguro. Y mañana es la feria en Bligny, una feria en que todos los años hace más de dos pesetas. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué nos va á pasar?

Turbada y enternecida, Angélica se quedó muda. Tenía un real en el bolsillo; con ésto se podrían comprar unos zapatos viejos. Siempre la cortaba la falta de dinero. Y precisamente lo que la acaba de poner fuera de sí fué ver, al volverse, á Feliciano de pie, á pocos pasos, en la sombra creciente. Debía haberlo oído todo: quizá estaba allí hacía mucho tiempo. Siempre se le presentaba así, sin saber nunca como ni por donde se le aparecía.

—Va á daries zapatos, penso.

Con efecto, se adelantó. En el cielo morado aparecían las primeras estrellas. Casi de lo alto, una gran quietud tibia adormecía el Cercado de María, cuyos sauces se llenaban de sombra. La Catedral no era más que una masa negra é imponente.

—Seguramente dará los zapatos.

Sintió una verdadera desesperación: lo daría todo; una vez más sería vencida. Su corazón latía como si fuese á estallar, y hubiese querido entonces ser más rica para hacerle ver que también sabía hacer felices á las gentes.

Pero las Lemballeuse habían visto al buen caballero; y mientras la madre se lanzaba hacia él, las dos pequeñas gimoteaban, tendiendo las manos, y la mayor, dejando sus tobillos ensangrentados, miraba con sus ojos oblicuos.

—Escuche usted, buena mujer, dijo Feliciano; irá usted á la calle Mayor, esquina á la calle Baja....

Angélica había comprendido: había allí una zapatería. Le interrumpió vivamente, y tan agitada estaba, que balbuceaba al hablar:

—¡Es un viaje inútil! ¿Para qué? es mucho más sencillo.....

Y no daba con lo que era más sencillo. ¿Qué hacer? ¿Qué inventar para llegar antes que su limosna? Nunca había creído odiarle tanto como en aquel instante.

—Dirá usted que va de parte mía, repuso Feliciano. Pregunte usted.....

Nuevamente Angélica le interrumpió, repitiendo con ansiedad:

—Es mucho mas sencillo..... mucho más....

De pronto, tranquilizada, sentóse en una piedra, desató sus zapatos, se los quitó, se quitó también las medias; todo con muchísima rapidez.

—Tome usted. Es más sencillo. ¿Para qué molestar-se?

—¡Ah, buena señorita, Dios se lo premie! grito la señora Lemballeuse examinando los zapatos, todavía buenos. Los sajaré por delante para que sirvan. Tebanilla, dá las gracias, grandísima tonta.

Tebanilla quitó de las manos de Rosa y Juana las medias que estas codiciaban. No desplegó los labios y lanzó una mirada negra, fija y larga.

Pero en el mismo instante Angélica advirtió que tenía los pies desnudos y que Feliciano lo veía: invadióla una honda confusión. No se atrevió á moverse por temor de que, al levantarse, los viera más. De pronto se asustó, perdió la cabeza y echo á correr. Se deslizaban sobre la

hierba sus piecitos blancos. Lo sombra se había hecho mayor; el Cereado de Maria era un lago de oscuridad entre los grandes árboles vecinos y la negra masa de la Catedral. Encima de las tinieblas del suelo no se veía más que los piecitos blancos, con la blancura satinada de las palomas.

Asustada, temerosa del agua, Angélica siguió el Temblón para llegar á la tabla que servía de puente; pero Feliciano había cortado el terreno á través de la maleza.

Tan tímido hasta entonces, viendo los pies blancos, se había puesto más encendido que ella, y una llama le impulsaba: hubiera querido proclamar á gritos la pasión que de todo su ser se había apoderado desde el primer día, en el desbordamiento de su juventud. Pero, al tropezarla, sólo supo balbucear, con voz desfallecida, la confesión por tanto tiempo retardada, y que le quemaba los labios:

—Te amo.

Angélica, fuera de sí, se detuvo; un momento, parada y erguida, le miró: la cólera, el odio que creía tenerle desaparecían y como que se fundían en un sentimiento de angustia, deleitosa.

¿Qué la había dicho para sentirse trastornada de tal suerte? La amaba; ya lo sabía; pero la palabra murmurada á su oído la llenaba de asombro y de temor.

El, más animado, con el corazón abierto y sintiéndose más cercano á ella por la caridad, que era su cómplice, repitió:

—Te amo.

Y Angélica huyó de nuevo, temiendo al amante.

No la detuvo el Temblón: penetró en él como cervatilla perseguida. Sus piecitos blancos pisaron los guijarros, bajo el estremecimiento del agua helada: cerróse la puerta del jardín y desaparecieron.

Dos días seguidos fué presa Angélica de grandes remordimientos; en cuanto se hallaba sola, sollozaba como si hubiese cometido una falta. Siempre la pregunta espantosamente oscura renacía: ¿había faltado con aquel joven? ¿Estaba perdida como las malas mujeres de la *Leyenda* que ceden al diablo? Aquella frase, pronunciada en voz baja, *te amo*, zumbaba en sus oídos con tal estrépito, que por fuerza debía provenir de alguna potencia terrible, oculta en lo más hondo de lo invisible. Pero no sabía ni podía saber nada por la ignorancia en que había crecido.

¿Había pecado con aquel joven? Esto se preguntaba de continuo, haciendo por recordar los hechos y discutiendo uno á uno los escrúpulos de su conciencia. ¿Qué era el pecado? ¿Bastaba verse y hablar, y luego mentir á los padres? No debía de ser esto el mal. Entonces, ¿por qué se desesperaba? ¿Por qué, no siendo culpable, sentíase otra mujer y como agitada por un espíritu nuevo? Quizá era el pecado lo que brotaba en el fondo de aquel sordo malestar que la hacía desfallecer.

Sentíase el corazón lleno de cosas vagas, indeterminadas, como una confusión de palabras y de actos que no habían acaecido, pero que iban á venir, y que la asustaban sin comprenderlos. Una ola de sangre enro-

jecia sus mejillas; oía estallar las palabras terribles *te amo*, y ya no raciocinaba, sino que se echaba á sollozar, dudando de todo, temiendo la falta que estaba por venir, algo que no tenía nombre ni forma todavía.

Lo que más la atormentaba era no haber abierto su pecho á Hubertina. Preguntándola, no hay duda que con una sola palabra le hubiese descubierto el misterio: además, le parecía que con sólo hablar á alguien de su mal, curaría.

Pero ya el secreto era muy grande, y ahora se moriría de vergüenza al revelarlo. Se hacía astuta, afectaba un aspecto tranquilo, cuando en el fondo de su ser sentía hervir la tormenta. Cuando la hacían preguntas sobre sus distracciones, abría sus grandes ojos como sorprendida, y contestaba que no pensaba en nada.

Sentada junto á su bastidor, pasaba la aguja maquinalmente, muy tranquila, cuando la deboraba de la mañana á la noche un pensamiento único: ¿ser amada! ¿Ser amada! Y á su vez ¿amaba? Otra pregunta que su ignorancia llenaba de oscuridad y dejaba sin respuesta.

Repetíase hasta aturdirse, hasta que las palabras perdían su sentido usual: todo iba á una especie de vértigo que la arrastraba. Hacía un esfuerzo para volver en sí, y se hallaba de nuevo con la aguja en la mano, bordando, á pesar de todo, con la aplicación de costumbre, como en un ensueño.

Quizá—pensaba—incubaba una grave enfermedad. Una noche, al meterse en cama, sintió un gran escalofrío, que la hizo temer que no se levantaría más.

Latía su corazón como si fuera á romperse: zumbábanle los oídos con gran rumor como de campanas. ¿Era que amaba, ó que se iba á morir? Y miraba sonriendo tranquilamente á Hubertina que, encerrando el hilo, á su vez la miraba inquieta.

Con todo esto, había jurado no volver á ver á Feliciano. Ya no se arriesgaba por entre las zarzas del Cer-

cado de María, ni visitaba á los pobres. Lo que la llenaba de espanto era pensar que el día en que volvieran á verse sucediera algo espantoso. En su determinación había también algo de penitencia por el pecado que no había cometido, pero que hubiera podido cometer. Las mañanas en que se sentía más rígida y severa, ni siquiera miraba á la ventana, por miedo de ver á orillas del Temblón á aquél que temía. Y si la tentación la llevaba á mirar, y no le veía, se quedaba muy triste hasta el día siguiente.

A todo esto, una mañana Hubert estaba arreglando una dalmática, cuando un campanillazo le hizo bajar; debía ser un parroquiano, algún encargo sin duda, porque Hubertina y Angélica oían el rumor de una conversación que subía por la puerta de la escalera, que había quedado abierta. A poco levantaron la cabeza, sorprendidas, oyendo pasos que subían; era el bordador, que subía con el parroquiano ¿cosa rara! Angélica se quedó parada al reconocer á Feliciano. Iba vestido con sencillez, como un artesano, pero tenía las manos blancas. Ya que ella no iba hacia él, él se acercaba á ella, después de varios días de vana espera y ansiosa incertidumbre, pasadas diciéndose que le amaba.

—Mira, hija mía, dijo Hubert. Algo para tí. Este señor quiere encargarnos un trabajo excepcional. Y para hablar de esto con más tranquilidad, he preferido recibirle aquí. Enseñe usted, señor, el dibujo á mi hija.

Ni el bordador ni su mujer concibieron la menor sospecha; se acercaron no más que por curiosidad, para ver. Pero Feliciano se sintió ahogado por la emoción, al igual que Angélica. Al desenrollar el dibujo temblábanle las manos, y se puso á hablar muy lentamente, para ocultar la turbación de su voz.

—Es una mitra para Monseñor. Algunas señoras de la ciudad, que quieren hacerle un regalo, me han dado el encargo de hacer los dibujos y vigilar la ejecución de la obra. Soy pintor en vidrio, pero me ocupo también mu-

cho de arte antiguo. Así, vean ustedes; no he hecho más que reconstituir una mitra gótica.

Angélica, inclinada sobre la hoja de papel sostenida por Feliciano, exclamó:

—¡Oh, Santa Inés!

Era, con efecto, la mártir de trece años, la virgen desnuda, cubierto no más que por su cabellera, que sólo dejaba ver sus piecitos y sus manecitas, tal como estaba sobre el pilar de la puerta de la Catedral, y sobre todo tal como la representaba dentro una estatua vieja de madera que había sido pintada, y que ahora era de un amarillo pálido y dorada por el tiempo. Llenaba la parte anterior de la mitra, de pie, arrebatada al cielo y sostenida por dos ángeles; debajo se extendía un paisaje muy lejano y muy fino. El reverso y las listas estaban enriquecidas con adornos de buen gusto, en forma de puntas de lanza.

—Esas señoras, añadió Feliciano, quieren hacer el regalo para la procesión del Milagro, y de ahí que haya elegido a Santa Inés.

—Excelente idea! dijo Hubert interrumpiéndole.

Hubertina añadió:

—¡Y gustará mucho a Monseñor!

La procesión del Milagro, que se hacía el 26 de Julio de todos los años, databa de Juan V de Huatécum, y había sido establecida en acción de gracias por el poder milagroso que Dios le había otorgado a él y a su raza de salvar a Beaumont de la peste; poder que, según la *Legenda*, debía a la intervención de Santa Inés, de la cual eran los Huatécum muy devotos. De ahí la antigua costumbre de sacar a la imagen en procesión solemne por las calles el aniversario, en la piadosa creencia de que seguía apartando todos los males.

—¡Para la procesión del Milagro! murmuró al fin Angélica, con los ojos puestos en el dibujo. ¡Pero si es dentro de veinte días! No tendremos tiempo.

Los Hubert movieron la cabeza; con efecto, trabajo tal exigía mucho cuidado. Hubertina, dirigiéndose a la joven:

—Yo podría ayudarte, dijo; me encargaría de los adornos, y no tendrías que hacer más que la figura.

Angélica seguía examinando el dibujo, llena de turbación. No, no; se negaba; se defendía contra el dulce deleite de aceptar. Sería una cosa mala ser cómplice, porque no le cabía duda, Feliciano mentía: bien veía ella que no era pobre, y que el traje de obrero era un disfraz; y toda aquella sencillez fingida y toda aquella historia inventada para llegar hasta ella la ponía en guardia, aunque en el fondo se sintiese contenta y feliz, transfigurándose y considerando que debía ser un príncipe real, en la absoluta certeza en que vivía, de la causal realización de su ensueño.

—No, repitió a media voz. No tendríamos tiempo.

Y sin alzar los ojos, prosiguió, como hablándose a sí misma.

—Para la santa no se puede emplear ni cordoncillo ni franja. Sería indigno; hace falta un bordado de oro anudado.

—Precisamente, dijo Feliciano, pensaba en este bordado. Sabía que esta señorita ha encontrado el secreto. Se conserva todavía un trozo muy bueno en la sacristía. . . .

Intervino Hubert con pasión:

—Sí, sí; es del siglo XV, y lo bordó una de mis tatarabuelas. Oro anudado . . . ¡ah! crea usted que no había labor más hermosa; pero exigía mucho tiempo y costaba mucho, porque necesitaba verdaderos artistas. Va ya para doscientos años que no se hace. Y si mi hija no quiere hacerlo, puede usted renunciar a ello, porque no hay otra capaz de entenderlo; no conozco quien tenga la seguridad de ojos y de manos necesaria, más que ella.

Hubertina, en cuanto se habló del oro anudado, había sentido un gran respeto, y añadió muy convencida:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEX.

—Con efecto; en veinte días es imposible... ¡Se necesitaría una paciencia de hada!

Pero mirando fijamente á la Santa, Angélica acababa de descubrir una cosa que llenaba de alegría su corazón. Santa Inés se le parecía.

Al dibujar la antigua imagen, Feliciano debió de pensar en ella, y el pensamiento de que siempre la tenía presente y que la veía en todas partes, debilitaba su determinación de alejarlo. Al fin alzó la cabeza y le vió temblando, y en sus ojos húmedos una súplica tan ardiente, que se sintió vencida. Sin embargo, por cierta malicia y cierta ciencia natural que hay en las muchachas, hasta cuando lo ignoran todo, no quiso que pareciese que consentía.

—Es imposible, repitió devolviendo el dibujo. No lo haría por nada del mundo.

Feliciano hizo un ademán de verdadera desesperación. Lo que Angélica le negaba, bien le parecía comprenderlo. Marchándose, le dijo á Hubert.

—Por lo que toca al dinero, todo lo que usted me hubiese pedido. Las señoras llegarían hasta dos mil francos.

El matrimonio no era interesado, no; pero la cifra les emocionó. El marido miró á la mujer. ¡Qué lástima dejar escapar un encargo tan ventajoso!

—Dos mil francos, añadió Angélica con su voz dulce; dos mil francos.

Y la muchacha, para quien el dinero no representaba nada, contuvo una sonrisa maliciosa, que apenas contrajo los labios, divirtiéndose con la idea de no aparecer como cediendo al gusto de verle y darle una idea falsa de sí misma.

—¡Oh! ¡Dos mil francos!... Consiento. No lo haría por nadie; pero desde el punto y hora en que lo pagan bien... Si hace falta, velaré...

Entonces Hubert y Hubertina, á su vez, quisieron negarse, temiendo que se cansase mucho.

—No, no; no se puede despreciar el dinero que se nos entra por las puertas. Cuente usted conmigo. La mitra estará lista la víspera de la procesión.

Feliciano dejó el dibujo y se retiró con el corazón dolorido, sin atreverse á dar nuevas explicaciones y estar así un poco más. Bien veía que no le amaba y que había afectado no reconocerle, tratándole como á un parroquiano ordinario, del cual no se quiere más que el dinero. Al principio se enfureció, acusándola de bajeza de alma. Más valía así, se había acabado; no volvería á pensar en ella. Pero luego, á fuerza de pensar en la cosa, acabó por disculparla; ¡no vivía de su trabajo y no debía ganar el pan que comía!

Pasaron dos días; se sentía muy desgraciado y empezó á rondar la casa, enfermo de no verla.

Angélica no salía, ni siquiera se asomaba á la ventana. Y llegó á decirse que si ella no le quería á él y si no quería más que el dinero, él en cambio cada día la amaba más, como se ama de amor á los veinte años, sin razón, al azar de lo que pide el corazón, nada más que por el goce y el dolor de amar. Un día la vió y ¡cosa hecha! ahora la quería á ella y no á otra alguna, de cualquier modo que fuese: buena ó mala, bonita ó fea, pobre ó rica; y si no la hacía suya, se iba á morir.

Al tercer día fué tan grande su sufrimiento, que, faltando á su juramento de olvidarla, volvió á casa de los Hubert.

Llamó, y abrió la puerta el bordador, que en vista de la oscuridad de sus explicaciones, se decidió á hacerle subir otra vez.

—Hija mía, este señor desea explicarte no sé qué cosas que no entiendo bien.

—Si esto no molesta mucho á la señorita, balbuceó Feliciano. Quisiera ver... Esas señoras me han encargado que siga personalmente el trabajo... A no ser que estorbe...

Cuando Angélica le vió entrar, sintió su corazón latir

con violencia y hacérsele en la garganta un nudo; pero se dominó haciendo un esfuerzo; ni siquiera la sangre llegó hasta sus mejillas, y con mucha calma, y el aire indiferente, respondió:

— ¡Oh! no, señor; no me molesta nada. Trabajo del mismo modo habiendo gente delante. De usted es el dibujo, y es natural que quiera usted ver la ejecución.

Perdió la serenidad Feliciano, que no se hubiera atrevido á sentarse á no ser por la acogida de Hubertina, que sonreía gravemente á un parroquiano tan importante, y que en seguida se puso á trabajar, inclinada sobre el bastidor, en el cual bordaba las franjas de los adornos góticos de la parte posterior de la mitra. Hubert, por su parte, se ocupó en descollar de la pared un pendón concluido y engomado que estaba puesto á secar hacia dos días y que había que aflojar. Nadie dijo palabra; las dos bordadoras y el bordador trabajaban como si no hubiese nadie delante.

En aquella profunda quietud el joven recobró un tanto su calma. Dieron las tres: la sombra de la Catedral crecía, y la media luz entraba por la ancha ventana abierta: era el crepúsculo que empezaba al mediodía para la casita fresca y verdeante, al pie del coloso.

Oyóse un ligero ruido de pisadas sobre las losas: un colegio de niñas que llevaban á confesar. En el taller, los instrumentos viejos y las viejas paredes, todo lo que en él había inmutable, parecía dormir en el sueño de los siglos; desprendía también frescura y quietud. Un gran cuadrado de luz blanca, igual y pura, caía sobre el bastidor, sobre el cual se inclinaban las bordadoras, destacándose sus perfiles delicados en el reflejo mate del oro.

— Quisiera indicar á usted, señorita, empezó á decir Feliciano, molesto y conociendo que debía explicar el motivo de su visita, que para los cabellos me parece preferible el oro á la seda.

Angélica alzó la cabeza: la risa de sus ojos daba á entender claramente que si no tenía más que ad-

vertirla, podía no haberse molestado. Inclínose de nuevo, contestando con su voz dulcemente burlesca.

— ¡Desde luego!

Sintióse Feliciano muy torpe, viendo entonces que precisamente estaba haciendo los cabellos. Delante de ella estaba su dibujo; pero pintado con colores de acuarela y dorado, con la dulzura de tonos de una miniatura antigua que ha perdido el color dentro de un devocionario.

Copiaba la imagen con la paciencia y la destreza del artista que pinta con un lente de aumento. Primero la había reproducido con perfiles gruesos sobre raso blanco, muy estirado, y forrado con una tela muy sólida, y luego había cubierto el raso de hilos de oro de abajo arriba, atados por los dos extremos sencillamente, libres y tocándose; luego, sirviéndose de los hilos como de una trama, los separaba con la punta de la aguja para encontrar debajo el dibujo y seguirlo, cosiendo los hilos de oro con puntadas de seda, de través, variadas según los matices del modelo. En los sitios de sombra, la seda tapaba por completo el oro; en las medias tintas, los puntos de seda se esparcían mas y más; la luz estaba hecha con el oro solo, puesto al descubierto: oro anudado que la aguja matizaba de seda, resultando un cuadro de colores fundidos, como calentados por una gloria esplendente, con un brillo místico.

— ¡Ah! dijo de pronto Hubert, que empezaba á aflojar el pendón, devanando en sus dedos el bramante que lo tenía tirante: la obra maestra de una bordadora de antaño era de oro anudado, como está escrito en los estatutos: «debe hacer una imagen sola, que sea de oro anudado, de la mitad de un fercio de altura.» A ti te hubieran aprobado, Angélica, y te hubieran recibido por maestra.

Volvió á reinar el silencio.

Para los cabellos, faltando á las reglas, Angélica había tenido la misma idea que Feliciano, no emplear la

seda y cubrir el oro con oro: así manejaba diez agujas de gancho de oro, con tonos diversos, desde el oro rojo oscuro del ascua que se apaga, hasta el oro amarillo pálido de los bosques en otoño. Así, pues, desde la garganta á los tobillos aparecía la santa vestida de un río de cabellos de oro. El chorro partía de la nuca, cubría los hombros con un manto tupido, desbordado por delante, partiéndose en dos olas que, uniéndose bajo la barba, llegaban hasta los pies: una cabellera milagrosa, fabulosa, con los rizos enormes, formando un vestido libre y vivo, como perfumado, de pura desnudez.

Aquel día Feliciano no supo hacer otra cosa que mirar á Angélica bordar los rizos, con puntadas de lado, en el sentido de su misma espiral, no cansándose de ver cómo los cabellos crecían y llameaban bajo su aguja. Su espesor, el estremecimiento que les hacía brotar de un golpe, le llenaban de dulce turbación. Hubertina, que estaba cosiendo lentejuelas, tapando el hilo que sujetaba con un poco de rizado, y se volvía de vez en cuando, la envolvía con su mirada tranquila cuando tenía que echar al cajón alguna lentejuela inútil. Hubertina, que había sacado los listones para descoser el pendón del plegador, se puso á doblarlo cuidadosamente. Y Feliciano, cuya turbación crecía con el silencio, acabó por comprender que debía tener la prudencia de marcharse, ya que no atinaba con ninguna observación de las que había pensado hacer.

Levantóse y tartamudeó:

—Volveré: he reproducido tan mal el precioso dibujo de la cabeza, que guizá necesitará usted alguna indicación mía.

Angélica puso sus ojos claros en los de Feliciano, y dijo tranquilamente:

—No, no... Pero vuelva usted si la ejecución le inspira algún cuidado.

Marchóse contento, con el permiso de volver, pero

desolado con tanta frialdad. Era cosa decidida: ni le amaba, ni le amaría nunca. ¿Para qué entonces? Y al día siguiente y los otros volvió á la fresca casa de la calle de los Plateros; las horas que pasaba fuera eran horribles, triturado con sus luchas interiores, presa de incertidumbres. Sólo hallaba calma al lado de la bordadora, casi resignado á no hablarla, consolándose de todo con tal de verla. Todas las mañanas llegaba decidido á hablarla de la obra, y se sentaba junto al bastidor, como si su presencia fuese necesaria, y le encantaba volver; hallar su fino perfil inmóvil, bañado por la rubia claridad de sus cabellos, y seguir el juego ágil de sus manitas flexibles, moviéndose entre las largas puntadas. Angélica era ahora muy sencilla para con él, tratándole como á un compañero; sin embargo, Feliciano sentía que entre los dos había cosas que ella no decía y que la angustiaban el corazón. A veces Angélica levantaba la cabeza, con su eterno aire de burla, los ojos llenos de impaciencia y de preguntas; pero viéndole asustado, volvía á su frialdad de siempre.

Pero Feliciano llegó á descubrir un modo de apasionarla, y abusaba de él. Consistía en hablarla de su arte, de antiguas obras maestras, de bordados que había visto, guardadas en los tesoros de las catedrales ó grabadas en los libros, soberbias capas pluviales, la de Carlomagno, de seda roja, con grandes águilas, con las alas desplegadas; la de Lyon, adornada con todo un mundo de figuras santas; una dalmática que dicen que es la mejor que se conoce, la dalmática imperial, en la que se celebra la gloria de Jesucristo en la tierra y en el cielo, Transfiguración, el Juicio final, cuyos infinitos personajes están bordados con sedas de distintos matices, de oro y plata, y también un árbol de Jessé, con el fleco recamado de seda sobre raso, que parece arrancado de una vidriera del siglo XV: abajo Abraham, David, Salomón, la Virgen, y arriba Jesús. Y casullas admirables: una de gran sencillez: Jesús en la

cruz sangrando, con manchas de seda roja sobre el paño de oro, teniendo á sus pies á la Virgen, sostenida por San Juan; y la casulla de Naintre en que se ve á María, sentada en su trono, los pies calzados de oro, con el Niño desnudo sobre sus rodillas. Y otras y otras maravillas desfilaban, venerables por sus muchos años, llenas de fé y de ingenuidad, en medio de riqueza, que hoy ya no existen, y conservando el olor del incienso y el místico resplandor del oro apagado del tabernáculo.

—¡Ah! decía Angélica suspirando. ¡Se acabaron aquellas cosas tan bonitas! Ni siquiera se pueden hallar los tonos.

Y con los ojos brillantes cesaba de trabajar cuando Feliciano la contaba le historia de los grandes bordadores y bordadoras de otros tiempos. Simona de Gaulia, Colin Jolie, cuyos nombres ha conservado la posteridad. Luego, moviendo de nuevo la aguja, se quedaba como embelesada, conservando en la cara la irradiación de su pasión de artista.

Nunca Feliciano la hallaba más bella, más estusiasta y más original, ardiendo como una pura llama en el brillo del oro y de la seda, llena de aplicación profunda, y resultando su trabajo lleno de precisión, en aquellos puntos menudos en que ponía su alma toda. Paraba de hablar y le contemplaba, hasta que el silencio la hacía volver en sí y sentía la fiebre que en su alma había encendido. Se quedaba confundida y como derrotada, por lo cual volvía á su tranquila indiferencia, y con la voz incomodada decía:

—Bueno; ahora se enredan las sedas. Madre, no se mueva usted.

Hubertina, que no se había movido, sonreía tranquilamente.

Al principio la había inquietado la asiduidad del joven; hablaron del asunto ella y Hubert, un día al acostarse, pero el joven no les disgustaba; parecía muy decente; ¿á qué oponerse á unas entrevistas de las que podría sa-

lir la dicha de Angélica? Así, pues, dejaba que las cosas siguieran su curso, vigilando siempre con su aire lleno de prudencia. Por otra parte, hacia algunas semanas que vivía emocionada ante el recrudecimiento de vana ternura de su marido. Era aquel el mes en que habían perdido á su hijo, y esta fecha todos los años despertaba en ellos la misma tristeza, los mismos deseos: él temblando á sus pies, ardiendo por creerse al fin perdonado; ella amante y desolada, entregándose por entero, pero desesperando de vencer al destino. No hablaban de esto ni cambiaban un beso delante de la gente; pero el recrudecimiento de su amor brotaba de su habitación; se desprendía de su ser todo, al menor gesto, al encontrarse sus miradas y olvidarse de todo un segundo, clavados los ojos; formaba aquello como un grave acompañamiento de la idílica armonia amorosa de los jóvenes.

Transcurrió una semana; el trabajo de la mitra adelantaba. Las entrevistas diarias habian adoptado el tono de una gran dulzura familiar.

—La frente muy alta, ¿no es esto? sin pestañas...

—Sí, muy alta; como en las miniaturas de la época.

—Déme usted la seda blanca.

—Espere que la enhebre.

La ayudaba, y era como un apaciguamiento aquella obra entre dós, que les volvía á la realidad de todos los días. Sin haber pronunciado una palabra de amor, sin que ni una vez sola hubiesen rozado involuntariamente sus dedos, el lazo se estrechaba á cada hora que pasaba.

—Padre, ¿qué hace usted? No se le oye.

Se volvía, y veía al bordador, las manos ocupadas en llenar de oro un gancho, la mirada vaga y fija en su mujer.

—Doy oro á tu madre.

Llevaba el gancho, dábale gracias sin hablar Hubertina, y de todo esto, de su continua diligencia hacia su mujer, se desprendía un aliento templado y acariciador

que rodeaba á Angélica y á Feliciano, nuevamente inclinados sobre el bastidor. El mismo taller, el antiguo cuarto con los viejos enseres, era su cómplice. Tan lejano de la calle parecía, como hundido en el fondo del país de las almas buenas, en que reina el prodigio, la fácil realización de todas las alegrías.

Dentro cinco días había que entregar la mitra, y Angélica, segura de acabarla y hasta de ganar veinticuatro horas, al fin respiró y se extrañó de encontrar á Feliciano tan cerca de ella, inclinado sobre el bastidor. ¿Eran compañeros? Ni siquiera luchaba con lo que sentía en él de conquistador victorioso, y ya no sonreía llena de malicia á todo lo que él ocultaba y que ella adivinaba. Entonces, ¿qué la había dormido en aquella eterna espera? Y volvía la pregunta de siempre, que todas las noches se hacía al acostarse: ¿le amaba? Durante largas horas, acurrucada en su gran cama, había vuelto del revés las palabras, buscando en ellas sentidos que se le escapaban.

De pronto, aquella noche sintió que se le partía el corazón y deshacerse en lágrimas, la cabeza hundida en la almohada para que no la oyesen. Sí, le amaba, le amaba hasta morirle. ¿Por qué? ¿Cómo? No lo sabía, ni lo sabría nunca, pero le amaba; todo su ser á voces lo proclamaba. Se había hecho la claridad, y el amor brotaba como la luz del sol. Lloró mucho, llena de confusión y dicha inefables, con el remordimiento de no haberlo confiado á Hubertina. Su secreto la ahogaba, é hizo un firme juramento: el de volverse de hielo y sufrir mil muertes antes que dejarle ver su amor. Amarle, amarle sin decirselo, era el castigo, la penitencia que haría perdonar su falta. Y esto le hacía sufrir entre mil delicias, y pensando en los mártires de la *Leiyenda*, le parecía que era algo así como su hermana, al sufrir así, y que su guardiana Inés la miraba con ojos dulces y tristes.

Al día siguiente Angélica acabó la mitra; había bor-

dado con sedas rajadas, más tenues que los hilos de la virgen, las manecitas y los piecitos, únicos trozos de blanca desnudez que salían de la real cabellera de oro. Terminó la cara, delicada como un lirio, en la cual aparecía como la sangre de las venas bajo la epidermis de las sedas. Y aquella cara de sol brillaba sobre el horizonte de la llanura azul, arrebatada por dos ángeles.

Cuando entró Feliciano, lanzó un grito de admiración

—¡Oh! ¡Cómo se le parece á usted!

Fué aquello como la confesión involuntaria de la semejanza que había puesto en el dibujo. Comprendiólo, y se puso muy encarnado.

—Es verdad, niña; tiene tus hermosos ojos, dijo Hubert acercándose.

Hubertina, que lo había advertido hacía mucho tiempo, no hizo más que sonreír, y pareció sorprenderse y hasta entristecerse cuando oyó á Angélica costestar con su voz antigua de los días malos:

—¡Mis hermosos ojos! ¡Ríase usted de mí! ¡Soy fea; ya lo sé!

Y luego, levantándose y sacudiendo el vestido, exagerando su papel de muchacha interesada y fría:

—Vamos, dijo. Ya se acabó. Ya me pesaba: ¡qué gran desahogo! Por supuesto, que por el mismo precio no lo volvería á hacer.

Feliciano la escuchaba pasmado. ¡El dinero otra vez! ¡Habíala visto tan tierna y con tanta pasión por su arte! ¿Es decir que se había engañado y volvía á hallarla sensible no más que al dinero, indiferente hasta el punto de haber concluido todo y no volverle á ver? Hacía algunos días que se desesperaba, buscando en vano un pretexto para volver. ¡Y no le amaba, ni le amaría nunca! Sintió en el corazón un dolor tan grande, que sus ojos palidieron.

—Señorita, ¿usted misma montará la mitra?

—No; lo hará mucho mejor mi madre. Estoy satisfecha de no tener que tocarla más.

—¿De modo que á usted no le gusta su trabajo?

—¿A mí? Yo no quiero nada.

Fué preciso que Hubertina la hiciese callar con severidad; y rogó á Feliciano que dispensase á aquella niña nerviosa, añadiendo que al día siguiente, á primera hora, tendría á su disposición la mitra. Era una despedida, pero Feliciano no se fué: se quedó mirando el antiguo taller, impregnado de paz y de sombra: le pareció que le arrojaban del paraíso. Allí había sentido la ilusión de horas tan dulces, y sentía que allí quedaba su corazón arrancado del pecho. Lo que más le atormentaba era el no poder explicarse y tener que llevar consigo la horrible incertidumbre. Al fin tuvo que marcharse.

Apenas cerró la puerta, Hubert preguntó:

—¿Qué tienes, muchacha? ¿Te sientes mal?

—No, no: ese chico que me fastidiaba. No quiero volverlo á ver.

Hubertina intervino:

—Bueno, no le verás más; pero esto no impide el ser atenta con las gentes.

Angélica, con un pretexto cualquiera, subió, apresuradamente á su cuarto, y allí estallaron los sollozos. ¡Qué feliz era, y cuánto sufría! Su pobre amor adorado, ¡qué triste debía haberse ido! Pero lo había jurado á las Santas. Le quería hasta la muerte, y nunca se lo diría.

En la tarde del mismo día, en cuanto acabaron de comer, Angélica dijo que no se encontraba bien, y subió á su cuarto. Las emociones de la mañana, las luchas consigo misma sostenidas, le habían rendido.

Se acostó en seguida, y se echó á llorar, tapándose la cabeza con las sábanas, presa de violenta desesperación y de deseo de anonadamiento, de no existir.

Deslizáronse las horas y llegó la noche; una ardiente noche de Julio, cuya pesada quietud entraba por la ventana, abierta de par en par. En el cielo negro relucía el hormigueo de las estrellas: debían ser las once, ó muy cerca: la luna no salía hasta media noche, y el cuarto menguante estaba muy adelantado.

El cuarto estaba lleno de oscuridad, y Angélica lloraba con un raudal inagotable de lágrimas, cuando un golpe dado en la puerta le hizo levantar la cabeza.

—¡Angélica! ... ¡Angélica! ... ¡Hija mía! ...

Reconoció la voz de Hubertina, que indudablemente, al ir á acostarse con su marido, había oído el lejano rumor de sollozos, y sobresaltada y á medio vestir, subía á ver qué era.

—¡Angélica! ¿Te encuentras mal?

Conteniendo la respiración, Angélica no contestó: no sentía más que el deseo vehemente de estar sola, como único alivio á su mal. Una caricia, una palabra de

—¿De modo que á usted no le gusta su trabajo?

—¿A mí? Yo no quiero nada.

Fué preciso que Hubertina la hiciese callar con severidad; y rogó á Feliciano que dispensase á aquella niña nerviosa, añadiendo que al día siguiente, á primera hora, tendría á su disposición la mitra. Era una despedida, pero Feliciano no se fué: se quedó mirando el antiguo taller, impregnado de paz y de sombra: le pareció que le arrojaban del paraíso. Allí había sentido la ilusión de horas tan dulces, y sentía que allí quedaba su corazón arrancado del pecho. Lo que más le atormentaba era el no poder explicarse y tener que llevar consigo la horrible incertidumbre. Al fin tuvo que marcharse.

Apenas cerró la puerta, Hubert preguntó:

—¿Qué tienes, muchacha? ¿Te sientes mal?

—No, no: ese chico que me fastidiaba. No quiero volverlo á ver.

Hubertina intervino:

—Bueno, no le verás más; pero esto no impide el ser atenta con las gentes.

Angélica, con un pretexto cualquiera, subió, apresuradamente á su cuarto, y allí estallaron los sollozos. ¡Qué feliz era, y cuánto sufría! Su pobre amor adorado, ¡qué triste debía haberse ido! Pero lo había jurado á las Santas. Le quería hasta la muerte, y nunca se lo diría.

En la tarde del mismo día, en cuanto acabaron de comer, Angélica dijo que no se encontraba bien, y subió á su cuarto. Las emociones de la mañana, las luchas consigo misma sostenidas, le habían rendido.

Se acostó en seguida, y se echó á llorar, tapándose la cabeza con las sábanas, presa de violenta desesperación y de deseo de anonadamiento, de no existir.

Deslizáronse las horas y llegó la noche; una ardiente noche de Julio, cuya pesada quietud entraba por la ventana, abierta de par en par. En el cielo negro relucía el hormigueo de las estrellas: debían ser las once, ó muy cerca: la luna no salía hasta media noche, y el cuarto menguante estaba muy adelantado.

El cuarto estaba lleno de oscuridad, y Angélica lloraba con un raudal inagotable de lágrimas, cuando un golpe dado en la puerta le hizo levantar la cabeza.

—¡Angélica! ... ¡Angélica! ... ¡Hija mía! ...

Reconoció la voz de Hubertina, que indudablemente, al ir á acostarse con su marido, había oído el lejano rumor de sollozos, y sobresaltada y á medio vestir, subía á ver qué era.

—¡Angélica! ¿Te encuentras mal?

Conteniendo la respiración, Angélica no contestó: no sentía más que el deseo vehemente de estar sola, como único alivio á su mal. Una caricia, una palabra de

consuelo, aun de su misma madre, la hubieran hecho daño: imaginóse la detrás de la puerta, y adivinó que estaba descalza, por el tenue roce que producía en el suelo. Pasaron dos minutos, y allí seguía Hubertina inclinada, con la oreja pegada á la puerta, sosteniendo con sus hermosos brazos las ropas que se le caían. Al fin, no oyendo nada, ni el rumor leve de un suspiro, no se atrevió á llamar otra vez. Estaba segura de haberla oído gemir; pero si al fin dormía, ¿por qué despertarla? Esperó un minuto más, llena de turbación ante aquella pena que su hija le ocultaba, adivinando confusamente algo, y presa de una grande y tierna emoción. Se decidió á bajar como había subido, guiándose por las manos en las vueltas y revueltas de la escalera y los pasillos, sin dejar tras de sí, en la casa llena de oscuridad, más ruido que el del roce de sus pies descalzos.

Entonces Angélica, sentada en su cama, á su vez escuchó: el silencio era tan absoluto, que oía la presión ligera de los pies de Hubertina en cada peldaño. Luego oyó que se habría la puerta del cuarto de abajo y que se volvía á cerrar, y percibió un murmullo que apenas se notaba, cuchicheos tristes y afectuosos, lo que sus padres indudablemente se decían hablando de ella, de sus temores y sus deseos; y esto no cesaba, á pesar de que ya debían de haberse acostado, después de apagar la luz.

Nunca habían sabido tan claros hasta ella los rumores nocturnos de aquella vieja casa: habitualmente se dormía con un profundo sueño juvenil, sin oír siquiera crujir los muebles, mientras que ahora, en el insomnio de su pasión contrariada, le parecía que toda la casa amaba y se lamentaba. ¿Serían los Hubert, que también ocultaban sus lágrimas y toda la ternura desesperada y desolada de su propia esterilidad? No lo sabía; pero tenía la sensación, en aquella tibia noche y en el piso de abajo, de la casta vela de los dos esposos, de un grande y puro amor, y también de una profunda

pena, del largo y casto abrazo de eternas bodas, siempre renacientes.

Y en tanto que así estaba, sentada, escuchando cómo la casa toda se estremecía y suspiraba, Angélica no pudo contenerse, y rompió de nuevo á llorar; pero ahora con lágrimas tibias, mudas y vivas, que parecían sangre de sus propias venas. Una duda, desde la mañana, daba vueltas en su cerebro, y la hería en todo su ser: ¿había tenido razón en hacer desesperar á Feliciano y en despedirle, dejándole ir con la idea de que no le quería, clavada en su corazón como un puñal? Lé amaba, y sin embargo le había causado aquel sufrimiento, del cual á su vez sufría. ¿Por qué tanto dolor y pena tanta? ¿Pedían lágrimas sus Santos? ¿Por ventura Santa Inés se enojaria si la viera dichosa? Y ahora una duda la destrozaba. Antes, cuando esperaba al que debía venir, en su imaginación arreglaba las cosas mucha mejor... Vendría, se reconocerían y se irían los dos juntos para siempre. Sin embargo, había venido, y así estaban, uno y otro sollozando, separados para siempre. ¿Para qué? ¿Qué había sucedido? ¿Quién le había arrancado el juramento de amarle sin decirselo?

Sobre todo, lo que la llenaba de desolación era la idea de haber sido ella la culpable de todo y haber sido mala. Quizá era la muchacha malvada de otras veces la que le había rechazado. Recordaba, llena de asombro, su juego indiferente, la manera burlona que tenía de recibir á Feliciano, el placer malicioso que sentía dándole una idea falsa de sí misma. Redoblaban sus sollozos y su corazón se llenaba de compasión infinita, inmensa, ante la pena que había causado sin quererlo. Le volvía á ver marchándose, recordaba el trastorno de su semblante, los ojos llenos de lágrimas, los labios temblorosos, y le seguía con la imaginación, por las calles hasta su casa; siempre pálido, herido de muerte por ella, desangrándose gota á gota. ¿Dónde estaría á aquella hora? ¿No le tendría postrado la fiebre? Se retorcia las manos,

llena de angustia, antela idea de no saber cómo reparar el mal que había causado. ¡Hacer sufrir! Pensamiento que la indignaba. Hubiera querido ser buena; llenar de felicidad á cuanto la rodeaba.

Poco faltaba para que dieran las doce: los altos olmos del Palacio episcopal ocultaban á la luna que había asomado por el horizonte, y el cuarto seguía lleno de oscuridad. Entonces, con la cabeza puesta en la almohada, Angélica cesó de pensar y quiso dormir, pero no pudo: las lágrimas seguían brotando y salían entre sus párpados cerrados. Y volvía el pensamiento, pensaba en las violetas que hacía quince días hallaba en el balcón; todas las noches al subir para acostarse, encontraba un ramo de violetas. Sin duda Feliciano lo tiraba desde el Cercado de María, porque recordaba haberle contado que sólo el perfume de las violetas la calmaba por singular virtud, en tanto que el perfume de otras flores la producía terribles jaquecas. De modo que era él quien la proporcionaba noches tranquilas, sueño embalsamado, refrescado por ensueños agradables. Aquella noche había puesto el ramo en la almohada. De pronto se le ocurrió la idea feliz de cogerlo, se lo puso junto á la mejilla, y se tranquilizó poco á poco á fuerza de respirarlo. Las violetas secaron sus lágrimas. No dormía, pero estaba con los ojos cerrados, impregnándose de aquel perfume que provenía de él, dichosa con descansar y esperar, llena de confianza, con tal abandono de su ser.

De pronto se estremeció. Dieron las doce; abrió los ojos, y se quedó sorprendida, viendo su cuarto lleno de viva claridad. Por encima de los olmos subía lentamente la luna, apagando las estrellas una á una en el cielo blanquecino. Por la ventana se veía el ábside de la Catedral, muy blanco. Parecía que era el reflejo de aquella blancura lo que alumbraba el cuarto, con una luz de amanecida, lechosa y fresca. Las paredes blancas, las vigas blancas, toda aquella blanca

desnudez resultaba acrecentada, agrandada y como hundida en un ensueño. Angélica, sin embargo, reconoció los muebles viejos de encina oscura, el armario, el arca y las sillas con las aristas relucientes de lo tallado. Tan sólo la cama, cuadrada, de anchura regia, la conmovió, como si no la hubiese visto nunca, con su cortina de indiana vieja, de color de rosa, de tal modo bañada por ancha y profunda sábana de blancura, que le parecía hallarse en medio de una nube, en el cielo, llevado por un vuelo de alas mudas é invisibles; llegó un momento en que sintió el balanceo amplio del vuelo aéreo; pero luego sus ojos se fueron acostumbrando, vió que la cama estaba en su sitio de costumbre, y se quedó con la cabeza inmóvil, baja la mirada, en medio de aquel lago de rayos luminosos, con el ramo de violetas en los labios.

¿Qué esperaba? ¿Por qué no podía dormir? Ahora estaba segura de ello; esperaba á alguien: si había dejado de llorar, se debía á que él iba á venir. Le anunciaba aquella claridad consoladora que ahuyentaba la negrura de las pesadillas. Iba á venir: la luna mensajera había entrado antes que él para alumbrarles con aquella blancura de aurora. El cuarto estaba tapizado de blanco terciopelo, y podrían verse bien, y adorarse.

Se levantó y se vistió; no se puso más que un vestido blanco: el de muselina que llevaba el día de la excursión á las ruinas de Hautecœur. Ni siquiera ató su cabellera, que caía sobre sus hombros; tenía los pies descalzos dentro de las zapatillas. Y esperó.

Desde luego Angélica no sabía por donde llegaría. ¡Claro! No podría subir, y se contentarían con verse, ella asomaba á la ventana, él abajo, en el Cercado. Sentóse, sin embargo, como si sintiera la inutilidad de ir á la ventana. ¿Por qué no había de abrirse paso á través de los muros, como los Santos de la *Leyenda*.

Se quedó esperando; pero no era la única que esperaba, y sentía á su alrededor todas las Santas vírgenes,

bandada blanca que la rodeaba desde su infancia. Venían con el rayo de la luna, desde los grandes árboles misteriosos del Palacio episcopal, de las copas azules, de los rincones perdidos de la Catedral, cruzando su bosque de piedras. De todo el horizonte, bien conocido y amado, del Temblón, de los sauces, de las espinas venían, para que les oyera Angélica, sus deseos, sus esperanzas, todo lo que de sí misma había puesto en las cosas que la rodeaban, y que éstas le devolvían ahora. Nunca habían hablado tan alto las voces de lo invisible, y se quedaba escuchando lo que venía de un más allá, y reconocía en el fondo de la noche, cálida, sin el menor soplo de aire, el ligero rumor, que para ella era el roce del vestido de Santa Inés, cuando la guardiana de su cuerpo estaba á su lado. Reía ante la idea de que Santa Inés estaba allí con todas las demás. Y esperaba.

Transcurrió todavía algún tiempo, de cual Angélica no se dió clara idea.

Y cuando Feliciano llegó saltando el pasamanos del balcón, le pareció una cosa natural. Su alta estatura se destacaba sobre cielo blanco.

No entró; se quedó en el cuadro luminoso de la ventana.

—No tenga usted miedo; soy yo, que he venido.

Angélica no tenía miedo; encontraba simplemente que había sido puntual.

—Ha subido usted por las maderas de la pared, ¿no es verdad?

—Sí, por las maderas.

Aquel medio tan natural le causó risa, y él también se echó á reír. Con efecto; primero había subido al tejadillo de la puerta, y luego, trepando por el pie derecho, que se apoyaba en el basamento del piso bajo, había subido fácilmente hasta el balcón.

—Le esperaba á usted. Acérquese... Feliciano, que llegaba violento, decidido á las más locas determinaciones, no se movió, lleno de aturdimiento ante aquella repentina felicidad. Y ahora Angélica estaba

segura de que las Santas no la inpedían que amase, porque las oía, recibéndole con ella, con risa afectuosa, ligera como el aliento de la noche. ¿Por dónde se la podía haber ocurrido la necedad de que Santa Inés se enfadaria? Al contrario, la Santa estaba á su lado irradiando una felicidad que sentía que bajaba por sus espaldas y la abrazaba, algo como la caricia de dos grandes alas. Como todas habían muerto de amor, se mostraban compasivas ante las penas de las vírgenes, y si aparecían flotando en las noches ardientes era para velar, invisibles, sobre sus amores y sus lágrimas.

—Acérquese usted. Le esperaba.

Entonces Feliciano entró tambaleándose. Había llegado impulsado por la pasión, diciéndose que la quería y que la estrecharía entre sus brazos hasta ahogarla, aunque gritase. Y de pronto, hallándola tan dulce, al entrar en aquel cuarto tan puro y tan blanco, volvió á encontrarse más débil y más cándido que un niño.

Se adelantó tres pasos; pero temblaba, y cayó de rodillas lejos de ella.

—Si usted supiese... ¡Qué espantoso sufrimiento! Nunca había padecido tanto. No hay mayor dolor que el de no ser amado. Quiero perderlo todo, ser un desgraciado, morir de hambre ó torturado por las enfermedades, pero no quiero pasar un día más con este dolor que roe el corazón, repitiendome á mí mismo que no me quiere usted. Sea usted buena y tenga compasión de mí.

Angélica le escuchaba en silencio, trastornada y llena de compasión, pero feliz.

—¿Cómo me ha dejado usted marchar esta mañana? Yo creía que se había vuelto usted mejor y que me había comprendido, y me la he encontrado como el primer día, indiferente, tratándome como á cualquier parroquiano, recordándome con dureza las cosas bajas de la vida. En la escalera vacilaba. Al llegar á la calle he corrido, temiendo romper en lágrimas. Después, cuando he

entrado en mi casa, me parecía que si me encerraba en ella me iba á ahogar. Y he salido, me he ido al campo al azar, siguiendo primero un camino, luego otro... Vino la noche, y seguía andando; pero el dolor corría con la misma rapidez que yo, y me devoraba. Cuando se ama no se puede huir del tormento del amor. Miré usted: ¡aquí es donde clavó usted el cuchillo, y la punta penetra cada día más y más!

Y exhaló un profundo gemido, recordando sus torturas candentes.

—Me he encontrado en tierra, derribado por el dolor como un árbol tronchado. No había nada; no existía nada más que usted. Me sentía morir con sólo pensar que no era usted para mí. Mis pies se embotaban, mis manos se helaban; una locura se apoderó de mí. Por esto he vuelto. No sé por dónde he pasado, ni cómo he llegado hasta aquí. Perdóneme usted; pero hubiera derribado las paredes á puñetazos, hubiera trepado hasta su ventana en mitad del día. No me sentía dueño de mí mismo, y ahora, ¡oh! ahora le pido á usted que sea buena.

Angélica estaba en la sombra; él, arrodillado y bañado por la luna, no la veía cómo estaba pálida de ternura y arrepentimiento, tan conmovida que no podía hablar. La creyó insensible, y juntó las manos.

—Viene esto de muy lejos. De una noche en que la ví en esta ventana. No era usted más que una blanca sin forma; apenas podía adivinar su cara, y sin embargo la veía tal como es usted. Pero tenía mucho miedo, y durante muchas noches he andado sin tener el valor de salir á su encuentro de día, y luego... lo diré todo. Me gustaba usted rodeada de aquel misterio, y era feliz viéndola en sueños como una desconocida que nunca llegaría á conocer. Más tarde supe quién era usted; no es posible resistir á la necesidad de saber y de realizar lo que uno ha soñado. Y entonces comenzó esta fiebre, que ha crecido á cada nuevo encuentro.

¿Recuerda usted la mañana en que nos hablamos por vez primera, en ese campo, cuando yo miraba á la vidriera? Nunca me he sentido tan torpe, é hizo usted bien en burlarse de mí. Luego la asusté, y comprendí que seguía siendo un necio, persiguiéndola hasta en casa de sus padres. Pero ya no era dueño de mi voluntad, y hacía las cosas miedoso y asombrado de hacerlas. Cuando me presenté á hacer el encargo de la mitra, iba impulsado por no sé qué fuerza, y á la vez convencido de que había de disgustarla. ¡Si usted supiera cuán desgraciado soy! No me ame usted, pero déjeme amarla. Sea usted fría y mala; la amaré á usted, sea como quiera. Sólo le pido verla, sin esperanza, por el goce único de estar así, de rodillas ante usted.

Se calló desfallecido, acobardado ante la convicción de que no daba con nada que pudiese conmovérle. No veía que se sonreía, con una sonrisa invencible, que poco á poco había plegado sus labios. ¡Pobre y adorado muchacho! ¡Era tan ingenuo y creyente, recitando la plegaria de amor de su corazón joven y apasionado, quedando ante ella en éxtasis como ante el ensueño de su juventud! ¡Y pensar que primero había luchado para no volverle á ver y que luego se había jurado amarle sin esperar que él nunca llegase á saberlo!

Reinaba un gran silencio... Las Santas no podían prohibir que se amase, cuando se amaba así. Detrás de ella se había corrido algo alegre, un estremecimiento leve, la onda de la luna que seguía invadiendo el cuarto. Un dedo invisible, el de su Santa guardiana, sin duda, se pasó en su boca, para deshacer el juramento. Ya podía hablar. Todo lo que flotaba potente á la par que tierno á su alrededor, le dictaba palabras.

—¡Ah! sí; ya recuerdo... ya recuerdo.

Y Feliciano en seguida se sintió prisionero de la música de aquella voz, cuyo encanto era para él tan fuerte, que su amor crecía sólo con oírla.

Sí, ya recuerdo... cuando vino usted por la noche.

Era tan lejos, los primeros días, que el rumor de sus pasos me hacía dudar. Luego le reconocí y después vi su sombra, y al fin una noche se puso usted en medio de la luz blanca; era una noche parecida á la de hoy. Y recuerdo la risa que quise contener, y que estalló á mi pesar, cuando pescó usted una pieza de ropa que el Temblón se llevaba. Y mi ira cuando me robaba usted mis pobres dándoles tanto dinero, que parecía yo avarienta. Y recuerdo el miedo que sentí aquella tarde en que me hizo usted correr tanto, con los pies descalzos, por la hierba. Sí, lo recuerdo, lo recuerdo...

Y su pura voz cristalina se turbó un poco, como con el estremecimiento del último recuerdo que evocaba, y como si el *te amo* de Feliciano hubiese rozado nuevamente su puro semblante. Mientras, él la escuchaba embelesado.

—He sido muy mala, es verdad. ¡Es una tan necia cuando no sabe nada! Hace una cosas que cree necesarias, con miedo de ocurrir en falta, obedeciendo á su propio corazón. ¡Pero cuántos remordimientos tuve luego y cuánto he sufrido con el sufrimiento de usted! Aunque quisiera explicarlo, no podría. Cuando usted vino con el dibujo de Santa Inés, me alegró la idea de trabajar por usted, y estaba segura de que volvería usted todos los días. ¡Y pensar que he fingido indiferencia como si tratase de echarle de la casa! ¡Como si fuese necesario hacerle tan desgraciado! Cuando hubiese querido recibirle con los brazos abiertos, sentía en el fondo de mí otra mujer que se sublevaba, que temía y desconfiaba, que se complacía en torturarle con la incertidumbre; todo ello con la idea vaga de que había que dirimir entre los dos alguna cuestión antigua, cuya causa ya hubiese olvidado. No soy siempre buena; brotan en mí cosas que no conozco. Y lo peor es que hablé de dinero. ¡El dinero! ¡Yo que no pienso nunca en él, y quisiera tenerlo á carros sólo por el gusto de derramarlo donde yo quisiera! ¡Qué diversión y qué malicia

tan necias en gozar calumniándome así! ¿Me perdona usted?

Feliciano seguía á sus pies: había andado hacia ella de rodillas. Era aquello algo inesperado y sin límites, y desfallecía de dicha. Murmuró:

—¡Ah, vida mía! Inestimable, bella y buena, con una bondad prodigiosa que me ha curado de golpe. Ya no sé si he sufrido. Usted es quien debe perdonarme, porque tengo que confesarle una cosa... tengo que decirle quién soy.

Volvió á sentirse presa de gran turbación ante la idea de que ya no podía seguir ocultando quién era, cuando ella se abría á él con tanta confianza. Era ya algo desleal. Dudó, sin embargo, con el temor de perderla, si Angélica sentía inquietudes por el porvenir, al saber quién era.

Angélica esperaba á que hablase; otra vez, y á pesar suyo, con algo de malicia. Y en voz muy baja Feliciano añadió:

—He mentado á sus padres.

—Sí, ya lo sé, contestó Angélica sonriendo.

—No, no lo sabe usted, ni puede saberlo: es algo tan distinto... Pinto en vidrio por gusto, y sepa usted...

Pero con un gesto rápido Angélica le tapó la boca, conteniendo su revelación:

—No quiero saber nada. Le esperaba á usted, y ha venido. Basta.

Feliciano se calló: aquella manecita puesta sobre su boca, le llenaba de dicha.

—Lo sabré más adelante... cuando convenga. Y luego le aseguro que lo sé. Usted no puede ser más que el más hermoso, el más rico y el más noble, porque así lo he soñado; y espero tranquila, con la seguridad de que se realizará mi ensueño. Usted es el que yo esperaba, y soy suya...

Nuevamente hubo de callarse, entremecida con las palabras que pronunciaba y que no buscaba, sino que

llegaban hasta ella, viniendo de la noche hermosa del cielo, todo blanco, de los árboles viejos, y las piedras, también viejas, que fuera dormían, soñando en voz alta, y otras veces detrás de ella la susurraban las voces de sus amigos de la *Leyenda*, que poblaban el aire. Pero faltaba por decir una palabra; aquella en que todo iba á fundirse, la espera lejana, la lenta creación del amante, la fiebre de los primeros encuentros, acrecentada. Y la palabra pareció volar, con el vuelo de un pájaro matutino, en la virgínea blancura del cuarto:

—Te amo.

Angélica, con las manos abiertas, apoyadas en las rodillas, se entregaba. Y Feliciano recordaba el día en que corría con los pies desnudos por la hierba, tan adorable, que la había perseguido para balbucear á su oído:

—Te amo.

Y ahora veía que aquello no era otra cosa que la contestación que le daba con el mismo grito: *Te amo*, el grito eterno, al fin, exhalado por su corazón:

—Te amo. Tómame, llévame. Soy tuya.

Se entregaba toda ella, con toda su persona. Era un fuego hereditario que se había encendido en ella. Sus manos, á tientas, abrazaban el vacío; su cabeza se doblegaba sobre su cuello delicado. Si Feliciano hubiese abierto sus brazos, Angélica hubiera caído en ellos, ignorante de todo, cediendo al impulso de sus venas, no sintiendo más que la necesidad de fundirse en él, que habiendo entrado para tomarla y hacerla suya, se echó á temblar ante aquella inocencia llena de pasión.

La cogió suavemente por las muñecas y volvió á poner sobre el pecho de Angélica sus manos cruzadas. La miró un instante, sin ceder á la tentación de besar sus cabellos.

—Me amas y te amo. ¡Ah, Dios mío! Tener la sagacidad de ser amado...

Pero algo les sacó de su embeleso. ¿Qué era? Le veía

bañado de luz blanca; le parecía que la claridad de la luna se había agrandado y resplandecía como la del sol. Era el alba: una nube de púrpura enviaba su luz desde los olmos del Palacio episcopal. ¿El día ya? Se quedaron confundidos, sin comprender cómo habían pasado algunas horas, hablando, sin haber dicho nada ella, y teniendo él tantas cosas que decirle.

—Un minuto, no más que un minuto!

El alba sonriente crecía, impregnada de la tibieza de un ardoroso día de estío. Una á una se habían desvanecido las visiones errantes, las invisibles amigas, partidas en un rayo de la luna. Ahora, á la luz del día, el cuarto no tenía más blancura que la de sus paredes y su techo, resultando más vacío con los muebles antiguos de encina negra. Veíase la cama deshecha, que á medias ocultaba una cortina caída.

Un momento más, un momento...

Pero Angélica se levantó, negándose y dando prisa á Feliciano; desde que la luz del día les alumbraba, sentía una profunda turbación, que aumentaba con la vista de la cama. Creyó oír á su derecha un leve ruido, y que sus cabellos se mecían á pesar de que no había penetrado un solo soplo de aire... ¿Será Santa Inés que se iba, la última, echada por el sol?

—No, déjame: te lo ruego. Hay ahora tanta luz, que tengo miedo.

Feliciano entonces obedeció y se marchó. Ser amado era más de lo que deseaba. Desde la ventana, sin embargo, se volvió y la miró largo rato, como si quisiera llevarse algo de ella. Entrambos sonreían, bañados por el alba, en la caricia prolongada de sus ojos.

Una vez más Feliciano dijo:

—Te amo.

Y Angélica repitió:

—Te amo.

No hubo más. Bajó él rápidamente por el pie dere-

cho de la fachada, con agilidad, y ella, asomada á la ventana, le siguió con la vista.

Había cogido el ramo de violetas, y lo aspiraba para disipar la fiebre. Y cuando Feliciano atravesó el Cercado y levantó la cabeza, vióla que besaba las flores.

Apenas Feliciano había desaparecido por detrás de los sauces, Angélica se alarmó, oyendo abajo abrir la puerta de la casa. Daban las cuatro, y nadie se levantaba nunca hasta dos horas después. Aumento su sorpresa al ver á Hubertina, cuando, por lo regular, Hubert bajaba el primero.

Vióla pasear lentamente por el estrecho jardín, los brazos caídos, pálida la cara á la luz de la mañana, como si se ahogase en su habitación después de una noche ardorosa de insomnio.

Hubertina era todavía hermosa; iba vestida con un sencillo peinador; la cabellera atada de prisa; parecía á la vez muy cansada, dichosa y desesperada.

VIII

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" 1915  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente, Angélica, en cuanto despertó, corrió á la ventana: había dormido ocho horas, con uno de esos sueños dulces y profundos que reposan de las grandes felicidades. El cielo era purísimo; continuaba el calor, á pesar de una gran tempestad que el día anterior la había inquietado, y gritó alegremente á Hubert, que abría los postigos del piso bajo:

—¡Padre, padre, hace sol! ¡Qué contenta estoy! La procesión será muy hermosa...

Y de prisa y corriendo se vistió y bajó.

Era el 28 de Julio, día en que la procesión del Milagro recorría las calles de Beaumont. Todos los años, día tan señalado se festejaba en casa de los Hubert: no se tocaba ni una aguja y se pasaba el día arreglando la casa, de un modo tradicional que las madres legaban á las hijas hacia cuatrocientos años.

Angélica, tomando apresuradamente su café con leche, se ocupaba ya de las colgaduras.

—Madre: habría que repararlas para ver si estan en buen estado.

—Tenemos tiempo, contestó Hubertina con acento tranquilo. No las pondremos hasta mediodía.

Se trataba de tres paños admirables, de bordado antiguo, que los Hubert conservaban devotamente, como una reliquia de familia, y que sacaban una vez al año, el día de la procesión.

cho de la fachada, con agilidad, y ella, asomada á la ventana, le siguió con la vista.

Había cogido el ramo de violetas, y lo aspiraba para disipar la fiebre. Y cuando Feliciano atravesó el Cercado y levantó la cabeza, vióla que besaba las flores.

Apenas Feliciano había desaparecido por detrás de los sauces, Angélica se alarmó, oyendo abajo abrir la puerta de la casa. Daban las cuatro, y nadie se levantaba nunca hasta dos horas después. Aumento su sorpresa al ver á Hubertina, cuando, por lo regular, Hubert bajaba el primero.

Vióla pasear lentamente por el estrecho jardín, los brazos caídos, pálida la cara á la luz de la mañana, como si se ahogase en su habitación después de una noche ardorosa de insomnio.

Hubertina era todavía hermosa; iba vestida con un sencillo peinador; la cabellera atada de prisa; parecía á la vez muy cansada, dichosa y desesperada.

VIII

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" 1915  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente, Angélica, en cuanto despertó, corrió á la ventana: había dormido ocho horas, con uno de esos sueños dulces y profundos que reposan de las grandes felicidades. El cielo era purísimo; continuaba el calor, á pesar de una gran tempestad que el día anterior la había inquietado, y gritó alegremente á Hubert, que abría los postigos del piso bajo:

—¡Padre, padre, hace sol! ¡Qué contenta estoy! La procesión será muy hermosa...

Y de prisa y corriendo se vistió y bajó.

Era el 28 de Julio, día en que la procesión del Milagro recorría las calles de Beaumont. Todos los años, día tan señalado se festejaba en casa de los Hubert: no se tocaba ni una aguja y se pasaba el día arreglando la casa, de un modo tradicional que las madres legaban á las hijas hacia cuatrocientos años.

Angélica, tomando apresuradamente su café con leche, se ocupaba ya de las colgaduras.

—Madre: habría que repararlas para ver si estan en buen estado.

—Tenemos tiempo, contestó Hubertina con acento tranquilo. No las pondremos hasta mediodía.

Se trataba de tres paños admirables, de bordado antiguo, que los Hubert conservaban devotamente, como una reliquia de familia, y que sacaban una vez al año, el día de la procesión.

La víspera, según costumbre, el maestro de ceremonias, el buen Padre Cornille, había ido de casa en casa advirtiendo á los habitantes el camino que seguiría la imagen de Santa Inés, acompañada por Monseñor, que llevaría el Santísimo. El itinerario era el mismo hacia cinco siglos: la salida era por la puerta de Santa Inés, luego la calle de los Plateros, la calle Mayor y la calle Baja; después de atravesar la ciudad nueva volvía por la calle Magloire y la plaza del Claustro para entrar por la fachada principal. Los vecinos del curso de la procesión rivalizaban en colgar las ventanas con las telas más ricas y en sembrar los guijarros del arroyo, de rosas deshojadas.

Angélica no se calmó hasta que la permitieron sacar las tres piezas bordadas, del cajón donde dormían todo el año.

—¡No tiene nada, nada! murmuró encantada.

Cuando se les quitó con cuidado los papeles de seda que los protegían, aparecieron los tres consagrados á María: la Virgen recibiendo al Angel; la Virgen llorando al pie de la Cruz, y la Virgen subiendo al cielo. Eran del siglo XV; de seda matizada sobre fondo de oro, y se conservaban maravillosamente. Los bordadores, que no habían aceptado fuertes cantidades que por ellos les ofrecían, tenían á mucho orgullo el poseerlos.

—Madre: ¡yo los colgaré!

Era cosa grave. Hubert pasó toda la mañana limpiando la antigua fachada: con una escoba atada á un palo largo barrió el polvo de las maderas que sostenían los ladrillos, hasta las vigas del alero; después lavó, con una esponja, el basamento de piedra y la torrecilla de la escalera hasta donde pudo alcanzar. Hecho esto, las tres piezas bordadas pasaron á ocupar su sitio: Angélica las colgó por las anillas, de los clavos seculares: la Anunciación bajo la ventana de la izquierda, la Asunción en la de la derecha; la del Calvario tenía

los clavos por encima del gran ventanal del piso bajo y tuvo que subir á una escalera para colgarla. Antes había adornado con flores las ventanas, y la antigua morada parecía haber vuelto á los tiempos de su juventud, gracias á los bordados de seda y oro, radiantes á la luz de un hermoso sol de día de fiesta.

Después del almuerzo, la calle toda de los Plateros se animaba: para evitar el fuerte calor, la procesión no salía hasta las cinco, pero la calle se preparaba y se adornaba desde el mediodía.

Frente á la casa de los Hubert, el platero colgaba la suya con damascos azul celeste con una franja de plata, y el cerero de al lado exhibía las cortinas de sus ventanas, que eran de algodón rojo, y parecía á la luz del día que manaban sangre. Y en cada casa había otros y otros colores, una gran prodigalidad de telas, lo mejor que cada uno tenía, hasta las alfombrillas de la cama, y todo se movía al soplo pesado de la ardiente tarde, llenando la calle con alegría que estallaba llena de estremecimientos, semeándola á una galería engalanada á cielo abierto. Todos los vecinos andaban, empujándose, hablando en voz alta como si estuvieran en su casa; unos pasando objetos que les llenaban los brazos, los otros trepando, clavando y gritando. Sin contar el altarcito que se levantaba en la esquina de la calle Mayor, y que traía muy ocupadas á las mujeres de la vecindad, que acudían á llevar jarros y telas planchadas para el altarcito de la calle.

Angélica llevó los dos candelabros, del tiempo del Imperio, que adornaban la chimenea del salón. No había parado un momento en toda la mañana, sin cansarse, sintiéndose ligera y como sostenida por su gran alegría interior. Al volver, con el cabello al aire, deshojando rosas en un cesto, Hubert la dijo en tono de burla:

—No te cansarás tanto el día de tu boda. ¿Eres tú la que se casa?

—Sí, sí, yo soy la novia, contestó Angélica alegremente.

Hubertina a su vez se sonrió:

—Ahora que la casa está arreglada, deberíamos subir para vestirnos.

—En seguida, madre. Estoy llenando el cesto.

Acabó de deshojar las rosas que guardaba para echarselas a Monseñor. Llovían los pétalos entre sus dedos delgados, y ya el cesto estaba lleno hasta los bordes, ligero, perfumado... Angélica desapareció por la estrecha escalera de la torrecilla, diciendo entre risas:

—¡Pronto bajo! Me voy a poner más hermosa que una estrella.

La tarde adelantaba, y la fiebre activa de Beaumont de la Iglesia se había calmado. Ahora la expectación estremecía las calles, al fin preparadas y llenas de mil cuchicheos discretos. El fuerte calor había disminuido con el sol, ya oblicuo, y entre las cosas apretadas no caía del cielo pálido más que una sombra tibia y fina, llena de tierna serenidad. El recogimiento era muy hondo, como si toda la ciudad vieja se hubiese transformado en prolongación de la Catedral. No se oía otro ruido de coches que el que subía del otro Beaumont, de la ciudad nueva, á orillas del Ligneul, en la cual había muchas fábricas que seguían trabajando, como desdefiándose de festejar aquella antigua solemnidad religiosa.

Al las cuatro, la campana mayor del campanario del Norte, la misma que conmovía de arriba abajo la casa de los Hubert, empezó á sonar, y en el mismo instante aparecieron Angélica y Hubertina, ya vestidas. Esta última llevaba un traje de tela cruda, adornado con una modesta puntilla de hilo; pero el talle era tan juvenil, á pesar de su potente redondez, que parecía la hermana mayor de su hija adoptiva. Angélica se había puesto el traje de *foulard* blanco, y nada más; ni una joya en las orejas ni en las muñecas, nada más que sus manos

desnudas, y el cuello también desnudo; nada más que el raso de la piel, saliendo de la tela ligera como una flor entreabierta. Un peine invisible, puesto de prisa, sujetaba apenas los rizos de sus cabellos, medio levantados, rubios como el sol. Resultaba cándida á la par que altanera, llena de ingenua sencillez y hermosa como una estrella.

—¡Ah! dijo: ya tocan. Monseñor, que sale del Palacio episcopal.

Seguía la campana resonando gravemente en lo alto, en aquel cielo purísimo. Los Hubert se instalaron en la ventana baja, abierta de par en par: las dos mujeres apoyadas en el pasamanos, y el hombre, de pié, detrás. Eran los sitios de costumbre, donde podían verlo todo bien y ser los primeros en presenciar la salida de la procesión desde el fondo de la iglesia, sin perder ni un cirio de todo el desfile.

—¿Dónde está el cesto? preguntó Angélica.

Hubert le dió el cesto lleno de rosas deshojadas, que Angélica cogió en brazos, apretándolo contra el pecho.

—¡Ah, qué campana! murmuró. ¡Parece como que nos mece.

Y siguió la espera: en tanto la casita toda vibraba, llena del vuelo de la campana. Las calles, el barrio todo, esperaban como presas de un estremecimiento, mientras las colgaduras medio se levantaban, pero con más languidez, á impulsos del aire de la tarde. El perfume de las rosas era suavísimo.

Transcurrió una media hora. Luego, de pronto, las dos mamparas de la puerta de Santa Inés se abrieron, y aparecieron las profundidades de la iglesia, salpicadas con las llamas de los cirios encendidos. Primero salió el crucífero, un subdiácono revestido de alba, con dos acólitos que llevaban un hachón encendido. Detrás de ellos, muy apresurado, el buen Padre Cornille, que después de haberse cerciorado del buen arreglo de la calle, se detuvo en el pórtico un momento, presenciando la sal-

da para comprobar que cada uno estaba en su sitio. Abrieron la marcha las cofradías de seculares, asociaciones piadosas, escuelas y colegios, por orden de antigüedad. Había niños muy pequeños, y niñas vestidas de blanco, que parecían novias; muchachitos rizados y con la cabeza descubierta, vestidos como príncipes con la ropa de los domingos, y que en cuanto salían buscaban a sus madres con la vista. Un chico de nueve años iba en medio, vestido de San Juan Bautista, con una piel de carnero sobre sus delgados hombros desnudos. Cuatro muchachas, llenas de cintas de color de rosa, llevaban un pavés ligero, con un haz de trigo maduro. Luego venían otras jóvenes mayores, agrupadas alrededor de un pendón de la Virgen. Señoras vestidas de negro, también con un estandarte de seda carmesi con San José bordado, y otros y otros pendones, de terciopelo y de raso, que se balanceaban en lo alto de los dorados palos. Las cofradías de hombres no eran menos en número; había penitentes de todos colores, sobre todo penitentes grises, vestidos con una tela oscura y capuchón, y cuyo emblema causaba sensación: una cruz grande adornada con una rueda, de la cual colgaban, clavados, los atributos de la Pasión.

Angélica lanzó una exclamación de ternura en cuanto aparecieron los niños:

—¡Ángelitos! Miren ustedes.

Había uno que no alzaba del suelo lo que una bota de montar tendría tres años, y se adelantaba vacilando y orgulloso; tan gracioso, que Angélica metió la mano en el cesto y le echó un puñado de flores, que le taparon; tenía rosas en los hombros y entre los cabellos, y la risa llena de ternura que su paso provocaba fue extendiéndose de casa en casa, y empezaron a llover flores de todas las ventanas.

En el silencio zumbante de la calle solo se oía el sordido pisoteo de la procesión, en tanto que los puñados de flores caían al suelo con silencioso vuelo. Al poco rato estaba materialmente alfombrado de ellas.

Tranquilo en lo tocante al buen orden de los seglares, el Padre Cornille se impacientó, lleno de inquietud al ver que el cortejo religioso estaba parado hacia dos minutos, y volvió de nuevo a la cabeza de la procesión, saludando al pasar, con una sonrisa, a los Hubert.

—¿Qué tienen que no andan? dijo Angélica, que sentía ya una especie de fiebre, como si esperase su felicidad del otro extremo de la procesión.

Hubertina contestó con su voz plácida:

—¿Para qué tienen que correr?

—Algún estorbo: quizá están acabando algún altarcito, dijo Hubert.

Era que las Hijas de María se habían detenido para entonar un cántico, y sus agudas voces resonaban en el aire puro, con limpidez cristalina.

De nuevo empezó, la marcha, y el desfile volvió a seguir.

Ahora ya, después de los seglares, empezaba el clero a salir de la iglesia: primero los inferiores en dignidad. Todos con sobrepelliz: al salir del pórtico se ponían el bonete; llevaban un cirio encendido, los de la fila de la derecha con la mano derecha, los otros con la izquierda, por la parte de afuera, formando una doble línea de llamas que se movían y que resultaban casi apagadas a la luz del día. Primero el Seminario, las parroquias, las colegiatas; luego los curas y los beneficiados de la Catedral, seguidos de los Canónigos, que llevaban capas pluviales. Entre ellos, los chantres, con capas de seda roja, que habían entonado una antífona a plena voz, contestando el clero todo con un canto más ligero.

Surgió muy puro el *Pange Lingua*; se oía crujir las mangas de las sobrepellices, que tamizaban con sus estrechas de oro pálido las llamas de los cirios.

—¡Oh! ¡Santa Inés! murmuró Angélica.

Y envió una sonrisa a la santa imagen, que cuatro

sacerdotes con sobrepelliz llevaban en unas andas de terciopelo azul, con puntilla. Angélica, cada año, se sorprendía al verla fuera de la oscuridad donde velaba hacia largos siglos; parecía otra en plena luz, con su traje de largos cabellos de oro. Era vieja, y, sin embargo, muy joven, con sus manecitas y sus piecitos delgados, y su delicada cara de niña, ennegrecida por los años.

Monseñor debía ir detrás: ya se oía que venía de la iglesia el ruido de los incensarios al balancearse.

Hubo cuchicheos... Angélica dijo:

¡Monseñor, Monseñor!

Y en aquel instante, con los ojos puestos en la Santa que pasaba, recordaba las pasadas historias, los poderosos marqueses de Hautecœur librando a Beaumont de la peste, por la intervención de Santa Inés; Juan V y todos los de su raza yendo á arrodillarse delante de ella, fervientes devotos de su imagen, y les veía á todos, los señores del milagro, desfilando uno á uno como procesión de príncipes.

Quedaba un ancho espacio vacío: luego se adelantaba el capellán encargado de llevar el báculo, manteniéndolo derecho, con la parte curva hacia atrás. Luego dos turiferarios que caminaban de espaldas, balanceando incensarios con golpes contenidos, teniendo cada uno á su lado un acólito con la naveta. El palio de púrpura roja, adornado con borlas de oro, fué sacado con bastante dificultad por uno de los dos huecos de la puerta. Pero el orden se restableció rápidamente, y las autoridades previamente designadas cogieron las varas del palio. Debajo, entre sus diáconos de honor, iba Monseñor, la cabeza desnuda, y en los hombros la archa blanca, cuyos extremos rodeaban sus manos, que sostenían al Santísimo muy alto, sin tocarlo.

Los turiferarios se apartaron un poco, y los incensarios, lanzados con fuerza, cayeron cadenciosamente, dejando oír el ruido argentino de las cadenitas.

¿Dónde había conocido Angélica á alguien parecido á Monseñor? El recogimiento humillaba todas las cabezas; pero Angélica, con la cabeza medio inclinada, le miraba. Era alto, delgado, lleno de nobleza y soberbiamente joven para sus sesenta años. Sus ojos de águila relucían: la nariz, un tanto pronunciada, acentuaba la autoridad soberana de su cara, endulzada por su cabellera blanca, en rizos espesos: se fijó en lo pálido de la tez, donde le pareció ver que subía una oleada de sangre. Quizá no era más que el reflejo del sol de oro que sostenía con sus manos cubiertas, y que le hacían aparecer rodeado de mística claridad.

No había duda para Angélica: una fisonomía parecida á aquella surgía del fondo de su alma.

Desde los primeros pasos Monseñor había empezado los versículos de un salmo, que recitaba en voz baja con sus diáconos alternativamente. Y Angélica se echó á temblar cuando le vió volver los ojos hacia la ventana en que estaba, tan severo le parecía, con una frialdad altanera y como si condenara la vanidad de las pasiones humanas. Sus miradas se habían dirigido á los tres tapices bordados: María visitada por el Ángel; María al pié de la Cruz; María subiendo al cielo. Parecieron animarse: luego se bajaron y se fijaron en ella, sin que la pobre, en su turbación, pudiera adivinar si palidieceron de dulzura, pues de pronto volvieron al Santísimo, inmóviles, y se apazgaron en el reflejo del áureo sol que con sus manos sostenía. Los incensarios seguían balanceándose, cayendo con el ruido de las cadenitas, en tanto que subía por el aire una nubecilla de incienso.

El corazón de Angélica latió como si fuera á estallar; venía detrás del palio, la mitra; Santa Inés, arrebatada por dos ángeles, la obra bordada hilo á hilo por su amor, que un sacerdote llevaba devotamente, con los dedos cubiertos por un velo, como cosa santa. Y luego, allí, entre los seglares que seguían, en el montón de empleados, ofi-

ciales y magistrados, vió á Feliciano en primera fila, rubio y esbelto; de frac, con los cabellos rizados, la nariz recta, un tanto pronunciada, los ojos negros, impregnados de altiva dulzura. Le esperaba, y no se sorprendió al verle al fin transformado en príncipe, y á la mirada inquieta que él la dirigió implorando perdón por su engaño, contestó con clarísima sonrisa.

—Mira, murmuró Hubertina estupefacta: ¿no es ese el joven...?

Le había también reconocido, y se alarmó al volverse hacia Angélica y verla transfigurada.

—¿De modo que nós ha engañado?... ¿Por qué? ¿Tú lo sabes? ¿Sabes quien es?

—Sí, quizá lo sabía. Una voz ahora respondía en su interior á preguntas que recientemente se había hecho. Pero no se atrevía ni quería preguntarse nada. Cuando llegase la ocasión se sabría todo, y en un movimiento tumultuoso de pasión y de orgullo sentía que el momento se aproximaba.

—¿Qué pasa? preguntó Hubert inclinándose.

No estaba nunca en lo que sucedía; cuando su mujer le señaló al joven, ni siquiera le reconoció.

—¿Ese? Te equivocas. ¿Es posible?

Entonces Hubertina fingió haberse engañado: era lo más prudente; después se informaría.

Entretanto la procesión, que se había parado nuevamente para que Monseñor, en la esquina de la calle, incensase al Santísimo, depositado entre las flores del altarito, púsose otra vez en marcha: Angélica, cuya mano se había distraído en el fondo del cesto, teniendo cogido el último puñado de hojas de rosa, arrojó las flores, en medio de su turbación, énsimismada. Precisamente Feliciano había empezado á andar, y dos pétalos, balanceándose ligeramente, revolotearon y se posaron en sus cabellos.

Se había acabado; el palio había dado la vuelta y estaba ya en la calle Mayor; la cola del cortejo pasaba

rápidamente, dejando la calle desierta, recogida, como aletargada en su fé soñolienta, con la exhalación un tanto áspera de las rosas pisoteadas. Y á lo lejos se oía, cada vez más débil, el ruido argentino de las cadenas, que caían á cada golpe del incensario.

—¿Quieres, madre? dijo Angélica. Podríamos ir á la iglesia para verles volver.

El primer movimiento de Hubertina fué negativo; pero luego, con el deseo de cerciorarse, consintió.

—Bueno, dentro de un rato, ya que esto te gusta.

Pero había que esperar. Angélica, que había subido á ponerse el sombrero, no estaba quieta un momento. A cada minuto se asomaba á la ventana, que había quedado abierta de par en par; miraba al extremo de la calle, alzaba los ojos como para preguntar al mismo cielo, y hablaba en alta voz, siguiendo la procesión paso á paso.

—Ahora van por la calle Baja. ¡Ah! ahora desembocan en la plaza, enfrente de la suprefectura. No se acaban nunca las calles de Beaumont de la Ciudad. Y luego para el gusto que tienen aquellos mercaderes de telas en ver á Santa Inés!

Cerniase en el cielo una finísima nube rosada, formando como una áurea celosía.

En la inmovilidad del aire se adivinaba que toda vida civil estaba suspendida; que Dios había dejado su casa, donde el mundo esperaba que le llevasen de nuevo, para volver á las diarias ocupaciones.

Enfrente, los damascos azules del platero, las rojas cortinas del cerero seguían adornando las fachadas. Las calles parecían dormir, y de la una á la otra se sentía el lento desfile del clero, cuya marcha en cada uno de los puntos de la ciudad se podía seguir fácilmente.

—Madre, te aseguro que están á la entrada de la calle Magloire. Van á subir la cuesta.

Mentía, porque no eran más que las seis y media, y la procesión no estaba de vuelta nunca hasta las siete y

cuarto. De sobra sabía que el palio debía estar entonces por el muelle del Ligneul. ¡Pero tenía tanta prisa!

—Madre, vamos, vamos: si no, no tendremos sitio.

—Vamos, ver, acabó por decir Hubertina, sonriendo á su pesar.

—Yo me quedo, dijo Hubert. Voy á descolgar los tapices, y luego pondré la mesa.

La iglesia les pareció vacía, no estando en ella Dios.

Estaban abiertas de par en par las puertas, como una casa desarreglada que espera la vuelta del amo. Entraba poca gente; sólo el altar mayor, sarcófago severo de estilo romano, relucía en el fondo de la iglesia, estrellado de cirios; todo el resto de la vasta nave, las naves laterales, las capillas, se llenaban de sombras con la caída del crepúsculo.

Para hacer tiempo, Angélica y Hubertina dieron la vuelta á la iglesia. Abajo el edificio se aplastaba, y columnas panzudas sostenían los medios puntos de las laterales. Anduvieron á lo largo de las negras capillas, enterradas como criptas. Luego, cuando atravesaron la puerta principal por debajo de la galería de los órganos, se sintieron como aliviadas de un peso al levantar los ojos hacia los altos ventanales góticos de la nave que en gracioso vuelo se elevaban encima de la pesada base románica. Sigieron por la nave lateral del mediodía, y volvió de nuevo el ahogo; pero en los cuatro ángulos del crucero se elevaban cuatro enormes columnas que subían de un golpe, para sostener la bóveda; allí había todavía una tibia claridad, el adiós postrero del día en las rosetones de las fachadas laterales. Subieron los tres peldaños que conducen al coro, y dieron la vuelta por el contorno del ábside, la parte más antiguamente construida, enterrada como un sepulcro. Durante breves instantes, junto á la antigua verja, muy trabajada, que cerraba por completo el coro, detuviéronse para ver brillar el altar mayor, cuyas luces se reflejaban en la vieja encina barnizada de las

sillas del coro, muy floridas con sus esculturas. Y así volvieron al punto de partida, levantando de nuevo la cabeza, pareciéndoles que sentían el vuelo de la nave, en tanto que las tinieblas crecientes se hundían y agrandaban los muros, en los que se desvanecían restos de oro y de pintura.

—Ya sabía yo que era muy temprano! murmuró Hubertina.

Angélica, sin contestar, murmuró:

—¡Qué grande es!

Parecíala que no conocía la iglesia, y que la veía por primera vez. Erraban sus ojos por las filas inmóviles de sillas; iban al fondo de las capillas, de las que no se adivinaban más que las tumbas, y las viejas losas funerales en un redoblamiento de sombra; dieron en la capilla Hauteceur, reconocieron la vidriera ya recompuesta, con su San Jorge, vago como una visión, en la luz del crepúsculo moribundo. Y sintió una gran alegría.

En el mismo momento un sacudimiento animó la Catedral toda: la campana mayor volvía á sonar.

—Al fin, dijo Angélica: ahí están. Ya suben la calle Magloire.

Esta vez era verdad. Una ola de gente invadió las naves laterales, y á cada minuto se sentía acercarse la procesión, con el voltear de las campanas y la oleada del aire que venía de fuera, por la puerta principal abierta. Dios estaba de vuelta. Angélica, apoyada en el hombro de Hubertina, y de puntillas, miraba la puerta abierta que se recortaba en el pálido crepúsculo de la plaza del Claustro.

Primero reapareció el subdiácono con la cruz y los dos monaguillos con sus candeleros: detrás el maestro de ceremonias, el Padre Cornille, resoplando, rendido de cansancio. Cada uno que entraba destacaba en el dintel de la puerta, durante un segundo, su silueta limpia y vigorosa, que luego se anegaba en las tinieblas

interiores. Los seculares, los colegios, las asociaciones, las cofradías con sus banderas, que parecían velas, se balanceaban un momento en el aire y de pronto se les tragaba la sombra. Volvióse á ver el pálido grupo de las Hijas de María, que entraban cantando con voces agudas de serafines.

La Catedral seguía tragando, y la nave iba lentamente llenándose, situándose los hombres á la derecha, las mujeres á la izquierda.

Ya era de noche: á lo lejos, en la plaza, brillaban chispitas, centenares de lucecitas que oscilaban. Llegó su vez al clero, con los cirios encendidos por la parte de fuera de las fitas, doble cordón de llamas amarillas que cruzó la puerta. No se acababa nunca; los cirios se sucedían, se multiplicaban; el seminario, las parroquias, la Catedral, los sochantres cantando la antifona á plena voz, los Canónigos revestidos de capas pluviales blancas. Y poco á poco se fué iluminando la iglesia, poblóse de aquellas llamas, encendida, acribillada de centenares de estrellas, como una noche de verano.

Había dos sillas desocupadas, y Angélica se subió á una de ellas.

—Baja, le dijo Hubertina. Está prohibido.

—Pero Angélica no cedía.

—¿Por qué está prohibido? Quiero verlo. ¡Es tan hermoso!

Y acabó por convencer á su madre de que subiese á la otra silla.

Ahora ya toda la Catedral chispeaba. La ola de cirios que la atravesaba encendía reflejos en las bóvedas aplastadas de las naves laterales, y en el fondo de las capillas donde brillaba el cristal y el oro de los altares. Hasta en el contorno del ábside y en las criptas sepulcrales se encendían los reflejos. El coro brillaba, con su altar mayor encendido, las sillas talladas relucientes, y la verja antigua, cuyas rosas se destacaban sobre la claridad, en negro. Y la elegante altura de la nave se

acentuaba más y más: abajo con las pesadas columnas panzudas sosteniendo los arcos, arriba los haces de columnitas adelgazándose, floreciéndose entre los arcos rotos de las ojivas, todo con impulso de fé y de amor que parecía ser la irradiación misma de la luz.

Entre el ruido de pisadas y el mover de las sillas se oyeron nuevamente las claras cadenas de los incensarios. Y de golpe, los órganos empezaron en seguida una amplia frase musical, que desbordó y llenó las bóvedas con un rumor de trueno. Era Monseñor, que todavía estaba en la plaza. En el mismo momento Santa Inés, siempre conducida en andas por los sacerdotes con sobrepelliz, atravesaba el ábside, con la cara como apaciguada ante las luces de los cirios, dichosa al volver á su sueño de cuatro siglos. Al fin, precedido del báculo y seguido por la mitra, entró Monseñor con el Santísimo, sosteniéndole con las dos manos envueltas en la banda blanca. El palio, que era llevado por el centro de la nave, se detuvo junto á la verja del coro, donde hubo alguna confusión, y el Obispo tuvo que acercarse y casi confundirse con las personas del séquito.

En cuanto Feliciano apareció detrás de la mitra, Angélica no le perdió de vista, y como un momento se encontró empujado al lado derecho del palio, vió con la misma mirada la cabeza blanca de Monseñor y la cabeza rubia del joven.

Una llama pasó por sus ojos, y cruzando las manos, dijo en voz alta:

—¡Oh Monseñor y el hijo de Monseñor!

Al fin descubrió el secreto: fué aquello el grito involuntario, la luz que al fin se hacía, gracias al brusco contacto de aquella repentina semejanza. Quiza en su interior lo sabía, pero sin atreverse á decirselo, en tanto que ahora la cosa aparecía de golpe y la deslumbraba. Y de todas partes, de sí misma y de las cosas, surgían recuerdos que daban el mismo grito.

Hubertina, sorprendida, murmuró:

—¿Ese joven, el hijo de Monseñor?

Alrededor de las dos mujeres se había agrupado mucha gente; eran muy queridas, y se las admiraba: la madre, adorable, todavía con su vestido sencillo; la hija, graciosa como un ángel, con su traje de *foulard* blanco, ligero como pluma. Estaban muy hermosas, y tan á la vista subidas así en las sillas, que se levantaron hacia ellas muchas miradas distraídas.

—Si, mi buena señora, dijo la tía Lemballeuse, que estaba en el grupo; si, es el hijo de Monseñor. ¿No lo sabía usted? Pues es un joven muy guapo; y como rico, ¡oh! podría comprar la ciudad, si quisiera. ¡Millones y más millones!....

Hubertina escuchaba, muy pálida.

—¿No ha oído usted contar la historia? Su madre murió al darle á luz, y entonces fué cuando Monseñor se hizo sacerdote. Ahora se ha decidido á llamarle á su lado. Es Feliciano VII de Hautecœur, un verdadero príncipe, como quien dice.

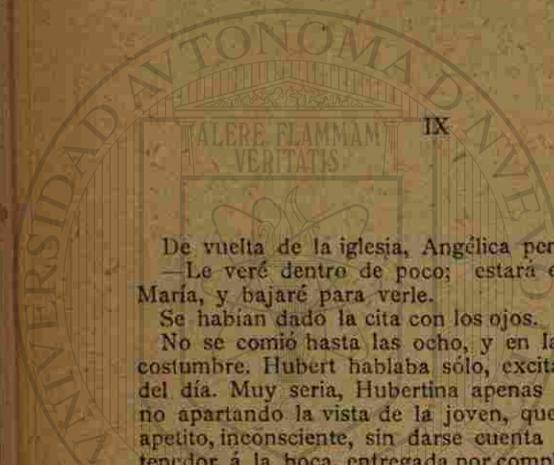
Hubertina hizo un gesto como de disgusto; Angélica estaba radiante ante su ensueño, que se realizaba. Seguía sin asombrarse en lo más mínimo, convencida como estaba de que él debía ser el más rico, el más bello y el más noble; pero ahora su alegría era inmensa, perfecta, y sin temer los obstáculos, de los que ni se formaba idea. Al fin él se dejaba conocer, y á su vez se entregaba por entero. El oro chorreaba con las llamas de los cirios, los órganos cantaban la pompa de sus bodas, y la raza de los Hautecœur desfilaba á sus ojos regiamente, desde el fondo de la *Leyenda*. Norberto I, Juan V, Feliciano III, Juan XII, y luego el último, Feliciano VII, que volvía hacia ella su rubia cabeza. Era el descendiente de los primos de la Virgen, el señor y dueño, el Jesús soberbio, revelándose en su gloria, cerca de su padre.

En aquel instante Feliciano le enviaba una sonrisa, y Angélica no notó la mirada enojada de Monseñor, que

acababa de verla subida en la silla, sobresaliendo de la multitud, encendida la cara, orgullosa y apasionada.

—¡Ay, pobre hija mía! suspiró Hubertina desalentada.

Los sacerdotes y los acólitos se habían alineado á derecha é izquierda. El primer diácono tomó el Santísimo de las manos de Monseñor y lo puso sobre el altar. Luego vino la bendición final, el *Tantum ergo*, cantado á toda vez por los sochantres, el incienso de las navetas, humeando en los incensarios, el gran silencio repentino de la oración. Y en medio de la iglesia ardiente, desbordante de clero y de pueblo, bajo las bóvedas altísimas y aéreas, Monseñor subió al altar, cogió con las dos manos el gran sol de oro, que por tres veces agitó en el aire, haciendo lentamente la señal de la cruz.



De vuelta de la iglesia, Angélica pensaba:

—Le veré dentro de poco; estará en el Cercado de María, y bajaré para verle.

Se habían dado la cita con los ojos.

No se comió hasta las ocho, y en la cocina como de costumbre. Hubert hablaba sólo, excitado por la fiesta del día. Muy seria, Hubertina apenas si le contestaba, no apartando la vista de la joven, que comía con mucho apetito, inconsciente, sin darse cuenta de que llevaba el tenedor á la boca, entregada por completo á su ensueño. Hubertina leía en su alma, veía como se engendraban y se seguían las ideas, debajo de su frente cándida, como al través del cristal del agua pura.

Sorprendióles á las nueve un campanillazo; era el Padre Cornille, que, á pesar de su cansancio, venía á decirles que Monseñor había admirado mucho los tres tapices antiguos.

—Ha hablado de ellos delante de mi. He supuesto que les agradaría á ustedes saberlo.

Angélica, al oír el nombre de Monseñor, se interesó en la conversacion; pero volvió á sus imaginaciones en en cuanto se habló de la procesión.

Luego, á los pocos momentos, se levantó.

—¿Dónde vas? le preguntó Hubertina.

La pregunta la sorprendió; como si tampoco se hubiese preguntado así misma á donde iba.

—Voy á subir á mi cuarto, madre; estoy muy cansada.

Hubertina, á través de este pretexto, adivinó el verdadero motivo, que no era otro que la necesidad de estar sola con su felicidad.

—¡Dame un beso!

Cuando la tuvo junto á si, sintióla temblar. Su beso de todas las noches se deslizó, más bien que lo dió.

Gravemente la miró á la cara, leyó en sus ojos la cita convenida, y la fiebre en que ardía de ir á ella.

—Se buena, y duerme bien, la dijo.

Y Angélica, después de un rápido «buenas noches» á Hubert y al Padre Cornille, subía á su aposento, trastornada..... ¡Hasta tal punto había sentido su secreto en la punta de la lengua! Si su madre la hubiese tenido abrazada un segundo más, se lo dice todo. Se encerró, dando dos vueltas á la llave; la luz la molestaba; y apagó la bujía. Cada día salía la luna más tarde, y la noche era muy oscura. Sin desnudarse, sentada junto á la ventana abierta sobre las tinieblas de la noche, esperó durante unas horas. Los minutos se deslizaban rápidos, llenándolos una misma idea: la de bajar para verle en cuanto diesen las doce. Y esto sucedería muy naturalmente, y se veía andando y moviéndose paso á paso, gesto tras gesto, con la misma facilidad que se tiene en sueños.

Primero había oído hablar al Padre Cornille; luego á los Hubert, que á su vez subieron al principal. Por dos veces le pareció que la puerta de su cuarto se habría que furtivamente unos pies llegaban hasta la escalera, como si alguien hubiese ido á escuchar un instante, luego la casa pareció anonadarse en un sueño profundo.

Cuando dieron las doce, Angelica se levantó.

—Vamos, ya me espera.

Abrió la puerta, que ni siquiera volvió á cerrar.

Bajando la escalera, al pasar junto al cuarto de sus

padres, escuchó, pero no oyó nada, más que el estremecimiento del silencio. Por lo demás, no tenía prisa ni susto; iba muy tranquila, no teniendo conciencia de que pudiese estar cometiendo una falta. No podía dejar de bajar; una fuerza la arrastraba, y le parecía la cosa tan sencilla, que la idea de un peligro cualquiera la hubiese hecho sonreír.

Ya en el piso bajo, salió al jardín por la cocina, des-cuidando también el entornar la puerta. Luego, con pa-so rápido, cruzó el postigo que daba al Cercado de Ma-ria, dejándolo también de par en par. Ya en el Cercado, no titubeó, sino que fué directamente á la tabla que ha-cia de puente, atravesó el Temblón, y á tientas, como en un sitio familiar, cada uno de cuyos árboles le eran muy conocidos, y torciendo por la derecha, bajo un sauce, no tuvo que hacer más que tender las manos para hallar las del que bien sabía ella que le estaba aguar-dando.

Sin saber qué palabras decir, Angélica estrechó las manos de Feliciano contra las suyas. El cielo estaba cu-bierto por una niebla de color, que la luna, que estaba saliendo, muy delgada, no iluminaba todavía, y no po-dían verse..... Y ella habló en las tinieblas, y su cora-zón latía con más fuerza á impulsos de la grande ale-gria que la inundaba.

—¡Ah, mi buen señor y dueño! ¡Cuánto te amo y cuántas gracias te doy!

Gozaba con conocerle al fin, y le daba las gracias por ser bello y rico, más de lo que esperaba. Era una alegría sonora, el grito de éxtasis y de gratitud ante el presen-te de amor que le ofrecía su ensueño realizado.

—Tú eres el rey y mi señor, y yo soy tuya, y no tengo más pena que la de ser tan poca cosa. Pero tengo el orgullo de pertenecerte, y basta que me ames para que yo sea también reina. Por más que lo supiese y lo esperase, mi corazón se ha ensanchado viéndote tan gran-

de y poderoso. ¡Ah, mi amado dueño! ¡Cuánto te amo, y cuánta gratitud te debo!

Entonces, suavemente, Feliciano pasó un brazo por su talle, y la condujo diciéndola:

—Ven á mi casa.

La hizo atravesar el fondo del Cercado de Maria, á través de las malezas, y entonces vió Angélica que to-das las noches debía de pasar por la puerta de la an-tigua verja del Palacio episcopal, que antes estaba con-denada: dejó abierto el postigo, y siempre abrazado á ella entró en el gran jardín de Monseñor. En el cielo la luna, que poco á poco se habia elevado sobre elho-rizonte, oculta detrás de un velo de vapores calientes, les enviaba su claridad blanca, de láctea transparencia. Toda la bóveda del cielo, sin una estrella, estaba llena de aquel polvo de claridad que mudó caía en la serena noche.

Lentamente siguieron hacia arriba el curso del Tem-blón, que atravesaba el parque; pero no era ya la cor-riente rápida que se precipitaba sobre un lecho de gui-jarros, sino arroyo tranquilo, lleno de remansos, que corría entre los macizos y los árboles: algo como un río eliseo, deslizándose al través de un ensueño entre los árboles flotantes, bañados por niebla luminosa.

Angélica dijo con alegría:

—¡Qué orgullosa y feliz me siento al apoyarme en tu brazo!

Feliciano estaba extasiado ante tanta sencillez y can-dor, oyéndola hablar sin turbación, sin esconder nada, diciendo en voz alta todo lo que la sugería la ingenui-dad de su corazón.

—¡Ay, vida mía! le dijo; yo soy quien tiene que estarte agradecido porque me quieres un poco, y con gentileza tanta. Dime como me amas, y dime lo que ha pasado en tí cuando al fin has sabido quién era yo.

Pero Angélica le interrumpió, haciendo un delicioso gesto de impaciencia.

—No, no, hablemos de ti, nada más que de ti. ¿Que importo yo, ni que vale lo que yo sea ó lo que piense? Ahora no existe más que tú.

Y acercándose más él, deteniendo el paso, á lo largo del arroyo encantado, le hizo preguntas mil, queriendo saberlo todo, su infancia, su juventud y los veinte años que había vivido lejos de su padre.

—Ya sé que tu madre murió al nacer tú, y que te has criado en casa de un tío, un sacerdote anciano, y que Monseñor no quería verte....

Entonces Feliciano habló en voz baja, con voz lejana, que parecía venir del pasado:

—Sí, mi madre adoraba á mi padre. Mi culpa consistió en matarla con venir al mundo. Mi tío me educó con dureza, ocultándome quién fuese mi familia, como si se tratase de un niño pobre que le hubiesen confiado. No he sabido la verdad hasta muy tarde, hace dos años. Pero no me sorprendió, porque yo sentía detrás de mí una gran fortuna. Todo trabajo regular me aburría: no me gustaba más que andar por el campo. Pero luego se declaró en mí una gran pasión por las vidrieras de nuestra iglesia.

Angélica se echó á reír, y él se rió también.

—Soy artesano como tú: había decidido ganarme la vida pintando vidrios, cuando me cayó encima todo ese dinero. Y luego mi padre estaba tan disgustado cuando mi tío le escribió que yo era un demonio y que nunca sería cura..... Su voluntad decidida era que yo fuese sacerdote, quizá con la idea de que así rescataría el pecado por mí cometido con la muerte de mi madre. Al fin se rindió y me llamó á su lado. ¡Ah! ¡La vida! ¡Qué bueno es vivir.....! ¡Vivir para amar y ser amado!

Su juventud sana y virgen vibró en aquel grito que estremeció la noche tranquila. Era la pasión, la misma pasión que había matado á su madre, la pasión que le había llevado á aquel primer amor surgido del misterio.

Era su belleza, su lealtad, su ignorancia y su deseo febril de gustar la vida....

—Era lo mismo que tú, y la noche que te vi te reconocí en seguida. Dime lo que soñabas: cuéntame lo que era de ti antes.

—No: hablemos de ti, y de nadie más que de ti. Yo quisiera que nada de tu vida fuese secreto para mí. Que seas mío y que te amo por completo.

Y no se cansaba de oírle hablar de sí mismo, llena de gozo extático al conocerle, adorándole como una Santa á los pies de Jesús. Ni uno ni otro se cansaban de repetir las mismas cosas: cómo se habían amado y cómo se amaban. Brotaban las palabras siempre parecidas, pero siempre nuevas, tomando sentidos imprevistos, insondables, creciendo su dicha al descubrirlos y al saborear su melodía en sus labios. Confesó Feliciano el encanto que en él despertaba, nada más que con su voz, que le conmovía tanto, que sólo con oírle se sentía irremediamente su esclavo. Confesó ella el temor delicioso que le causaba cuando veía su blanquísima piel enrojecerse como una ola de sangre al menor enfado.

Habían ya dejado las orillas vaporosas del Temblón, y entraron en la arbolada umbría de los grandes olmos, con los brazos alrededor del talle.

—¡El jardín! murmuró Angélica, saboreando la frescura que caía del follaje. Años hace que tenía deseos de entrar en él. Y ahora estoy en él y contigo.

No le preguntaba dónde la conducía: se abandonaba á él, en las tinieblas de aquellos árboles seculares. La tierra era suave al pisar; las bóvedas de hojas se perdían muy altas, como bóvedas de iglesia. Ni un rumor, ni un aliento, nada más que el latir de sus corazones.

De pronto, empujando la puerta de un pabellón, dijo Feliciano:

—Entra: estás en mi casa.

Allí, en un rincón apartado del parque, su padre habría creído conveniente alojarle. Abajo había un gran salón: arriba las habitaciones. Una lámpara alumbraba el gran salón del piso bajo.

—Ya ves, dijo Feliciano sonriendo, que estás en casa de un artista. Este es mi taller.

Era, en efecto, un taller, el capricho de un joven rico, aficionado al oficio de pintor en vidrio. Había hallado los antiguos procedimientos del siglo XIII y podría creerse uno de los vidrieros primitivos, que con los escasos medios de aquel tiempo producían obras maestras. Bastábale la mesa antigua con una capa de creta fundida, sobre la cual anujaba en rojo y en la que cortaba el vidrio al hierro rojo, desdefiando el uso del diamante. Precisamente el crisol que era un hornillo construido con arreglo á un dibujo antiguo, estaba cargado, acabándose en él de cocer lo necesario para la reparación de otra vidriera de la Catedral, y en diversas cajas se veían vidrieras de todos colores, que había hecho fabricar exprofeso los azules, los amarillos, los verdes y los rojos, pálidos, jaspeados, de tonos humosos, sombríos, intensos nacarados. El cuarto estaba tapizado de telas admirables, y desaparecía el taller ante el lujo asombroso del movilario. En el fondo, sobre un antiguo tabernáculo que le servía de pedestal, una virgen dorada de gran tamaño sonreía con sus labios purpurinos.

—¿De modo que trabajas, trabajas? repitió Angélica con alegría.

La divirtió mucho el horno, y obligó á Feliciano á que le explicase todo su trabajo: como se limitaba á la imitación de los antiguos maestros, con usar vidrios de un solo color cada uno, haciendo luego las sombras con negro; por qué prefería las figuras pequeñas acentuando en cambio las actitudes y los paños; sus ideas sobre el arte del vidriero que había empezado á decaer en cuanto se empezó á pintar sobre vidrio y esmaltarlo, perfeccionando el dibujo; y su opinión final de que

una vidriera no debía ser otra cosa que un mosaico transparente, disponiendo los tonos más vivos en el orden más armónico, para que resultase un ramo delicioso y brillante de colores. Por supuesto que todo esto le importaba poco á Angélica: en todas aquellas cosas no tenía más interés que el que eran suyas, y hablando de ellas se ocupaba de él, como si fuese de su propia persona. De pronto exclamó:

—¿Qué felices seremos! Tú pintarás y yo bordaré.

Feliciano la había cogido las manos. Los dos se callaron un instante; en el centro del vasto salón, cuyo exquisito lujo le parecía muy natural, estaba Angélica, como si fuese el medio ambiente en que su gracia había de florecer.

Angélica fué la que rompió el silencio.

—¿Entonces, ¿es un hecho?

—¿Qué preguntó Feliciano sonriendo.

—Nuestra boda.

Feliciano titubeó un instante. Su tez blanquísima enrojeció de pronto.

—¿Te molesta lo que te he dicho? preguntó Angélica inquieta.

Feliciano la estrechó las manos con un apretón que ella sintió en todo su ser.

—Cosa hecha, dijo. Basta que desees algo, para que se haga, á pesar de los obstáculos. No vivo más que para obedecerte.

Angélica, radiante, contestó.

—Nos casaremos, nos querremos siempre, y ya no nos separaremos nunca.

No tenía la menor duda de que todo sucedería al día siguiente con la misma facilidad que los milagros de la *Leyenda*. No se le ocurrió la idea del menor obstáculo ó el más ligero inconveniente. Amándose, ¿por qué les habían de separar? Dos que se quieren y se casan, es cosa muy sencilla, su alegría con ser grande, era tranquila.

—Ya está dicho: dame la mano, añadió en broma.

Feliciano cogió su manecita y la besó.

—Ya está dicho.

Y como Angélica se apercibía a marcharse, temiendo que la sorprendiera el alba, y con ganas también de revelar su secreto, Feliciano quiso acompañarla.

—No, no; no llegaríamos hasta ser día claro.

Ya sabré encontrar el camino. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Feliciano se quedó, contentándose con ver marchar a Angélica, que corría por debajo de los olmos sombríos, por la orilla del Temblón, ya bañado de luz; cruzó la verja del parque y se lanzó a través de de las malezas del Cercado de María.

Mientras corría pensaba que no tendría calma para esperar la salida del sol, y que lo mejor sería llamar a los Hubert, despertarles y contárselo todo. Era aquello como una expansión de dicha; la sinceridad, que al fin brotaba, dejándola incapaz de guardar cinco minutos más el secreto de tanto tiempo. Entró en el jardín y cerró la puerta.

Dentro, junto a la Catedral, vio a Hubertina, que la esperaba en la sombra, sentada en el banco de piedra que coronaba un pobre copo de lilas. La angustia la despertó, y había subido al cuarto, hallando las puertas abiertas; ansiosa, no sabiendo donde ir y temerosa de agravar las cosas, se quedó allí esperando.

En cuanto la vio Angélica, se arrojó a sus brazos, sin confusión alguna, saltando su corazón de alegría, y riéndose de gusto por que ya nada tenía que ocultar.

—¡Ay, madre! la dijo. Cosa hecha. Estoy contentísima. Me caso.

Antes de contestarla, Hubertina la miró con fijeza; pero sus temores desaparecieron ante aquella virginidad en flor, limpidos los ojos, puros los labios. No le quedó

más que una gran pena, y las lágrimas inundaron sus mejillas.

—¡Pobre niña! murmuró, como la vispera en la iglesia.

Angélica, llena de sorpresa al verla llorar, cuando su placidez era tanta que nunca lloraba, exclamó:

—¿Qué, madre! ¿Por qué te disgustas? Cierto es: he sido mala, he tenido secretos para contigo. ¡Pero si supieras cuánto me pesa! Se empieza por no averse, y luego no hay quien pueda. ¡Perdóname!

Se sentó a su lado y pasó el brazo cariñosamente por su talle. El banco viejo parecía hundirse en aquel rincón mohoso de la Catedral. Encima de sus cabezas las lilas sombreaban; al lado había el rosal silvestre que Angélica cuidaba por ver si daría rosas, sólo que, abandonado hacia algún tiempo, vegetaba y volvía al estado salvaje.

—Madre, voy a decírtelo todo al oído.

Y en voz baja empezó a contarle sus amores en una ola de palabras que no acababan nunca, gozando en resucitar los hechos más insignificantes. No callaba nada, y escudriñaba su memoria como en una confesión, sin sentir pesadumbre alguna. La sangre de la pasión enardecía sus mejillas, y una llama de orgullo encendía sus ojos, sin que por esto alzara la voz, cuchicheando y llena de pasión.

Al fin Hubertina tuvo que interrumpirla, hablando también en voz baja:

—Vamos.... ya te has lanzado. Por más que te corriges, te dejas arrastrar a cada paso como por fuerte ráfaga de viento. Orgullosa y apasionada, eres siempre la misma muchacha que no quería lavar los platos y que se besaba las manos.

Angélica no pudo menos de reírse.

—No, no rías, porque pronto no tendrás bastantes lágrimas para llorar. Jamás se hará ese matrimonio.

De pronto la alegría de Angélica estalló sonora y prolongada.

—Madre, madre, ¿qué dices? ¿Es para hacerme enfadar y castigarme? ¡Pero si es muy sencillo! Esta noche le hablaré a su padre, y mañana vendrá a arreglarlo todo con vosotros.

Pero ¿de veras se imaginaba esto? Hubertina estuvo implacable. ¡Una bordadorella, sin dinero, sin nombre, casarse con Feliciano de Hauteceur, un joven que tenía cincuenta millones, descendiente de una de las más antiguas familias de Francia!

Pero á cada obstáculo nuevo Angélica contestaba tranquilamente:

—¿Por qué no?

Sería un verdadero escándalo, un matrimonio fuera de las condiciones ordinarias de la vida y de la dicha. Surgirían mil obstáculos para impedirlo. ¿Pensaba, por ventura, luchar contra todo?

—¿Por qué no?

Dicen que Monseñor es muy orgulloso de su apellido, y que severo para todas las aventuras tiernas. ¿Pensaba doblegarle?

—¿Por qué no?

Y con su fe inquebrantable añadió:

—Pero, madre, ¿por qué crees que el mundo es tan malo? ¡Si te digo que las cosas marcharan bien! Hace dos meses me reñías y te burlabas de mí; recuérdalo, y, sin embargo, tenía yo razón, y todo lo que anunciaba se ha realizado.

—¡Desdichada! Espera á que acabe.

Hubertina se desconsolaba, torturada por el remordimiento de haber dejado á Angélica tan ignorante. Hubiera querido explicarle las duras lecciones de la realidad, contarle las crueldades, las abominaciones del mundo; pero no sabía como, no atinaba con las palabras convenientes. ¡Qué inacabable tristeza para ella si un día tenía que acusarse de haber causado la desgracia de aquella criatura, educada en reclusión y entregada de continuo á la mentira de ensueño!

—Vamos, hija mía. ¿No te casarías con ese joven contra la voluntad de todos, contra la de su padre?

Angélica se quedó muy seria; la miró de frente, y luego gravemente añadió:

—¿Por qué no? Me ama, y yo le amo.

Con los dos brazos su madre la cogió y la estrechó contra su corazón, y la miró sin hablar, temblando. La luna, medio velada por la niebla, se había ocultado detrás de la Catedral; el rosicler de las nubes se marcaba débilmente en el cielo al aproximarse el día, y las dos mujeres se bañaban en aquella pureza matutina, en medio de un gran silencio lleno de frescura, turbado tan sólo por los trinos del despertar de los pájaros.

—Hija mía, sólo la obediencia y el deber procuran la felicidad. Toda la vida se llora un momento de pasión y de orgullo. Si quieres ser feliz, sométete, renuncia, anonádate....

Pero la sentía entre sus brazos rebelde todavía; Y lo que nunca le había dicho, y lo que dudaba todavía en decir, brotó de sus labios:

Oye: tú nos crees felices á tu padre y á mí. Lo seríamos, si un dolor cruel no hubiera emponzoñado nuestra vida.

Y bajo la vez más todavía, y le contó de un sólo golpe, y temblando, su historia, el matrimonio contra la voluntad de la madre, la muerte del hijo, el inútil deseo de tener otro, en el castigo de su culpa. Y, sin embargo, se adoraban, habían vivido trabajando, sin necesidades, pero eran desgraciados, y seguramente hubieran llegado á tener riñas, ó una vida de infierno, y quizá hubiera venido una violenta separación, sin sus exfuerzos, la bondad de Hubert y su propia reflexión.

—Piénsalo bien, hija mía. No introduzcas en tu vida nada que más tarde pueda hacerte sufrir. Sé humilde, obedece, y domina la sangre de tu corazón.

Angélica, luchando, la escuchaba muy pálida, conteniendo el llanto.

—Madre, me haces sufrir. Le quiero y me quiere.

Y corrieron sus lágrimas. La confidencia la había trastornado y conmovido, y en sus ojos había como un ligero espanto; como si la hubiese herido la vista de aquel rincón de realidad entrevista. Pero no cedía. Y con gusto hubiera muerto por su amor.

Entonces Hubertina se decidió:

—No quería darte tanta pena de una vez, pero es necesario que lo sepas. Anoche, cuando subiste, pregunté al Padre Cornille, y supe por qué Monseñor, que se resistía hacia tanto tiempo, ha creído que debía llamar a su hijo a Beaumont. Uno de sus grandes pesares era el carácter arrebatado de ese joven, la prisa que mostraba de vivir fuera de toda regla. Después de haber renunciado dolorosamente á hacerle sacerdote, ni siquiera esperaba destinarle á alguna ocupación que conviniese á su rango y á su fortuna. No sería nunca más que un apasionado, un loco, un artista. Le asustaba verse revivir en él con la misma locura de la pasión que á él tanto le ha hecho sufrir. Y temiendo alguna locura de corazón, le ha hecho venir aquí, para casarle en seguida.

—¿Con quién? dijo Angélica sin comprender.

—Había en proyecto un matrimonio antes de su llegada, y todo parece hoy arreglado. El Padre Cornille me ha asegurado que por otoño se casará con la señorita Clara de Voincourt. Ya conoces el palacio, ahí, cerca del episcopal. Son muy amigos de Monseñor, y por entrambas partes no se podía desear cosa mejor, lo mismo por el nombre que por el dinero. Al Padre Cornille le parece muy bien esta unión...

Angélica no se fijaba en estas razones de conveniencia; una imagen había surgido ante sus ojos: la de Clara. Y la veía pasar como algunas veces la había visto por los senderos del jardín, en invierno, ó como en la Catedral los días de grandes fiestas. Una señorita, alta,

morena, de su misma edad, muy hermosa, con una belleza más brillante que la suya, y con un aire de regia distinción. Decían que era muy buena, á pesar de su aspecto frío.

—Esa señorita, tan hermosa y tan rica.... ¿Y se casa con ella?

Murmuró esto como si soñara. Pero luego sintió que se le partía el corazón, y gritó:

—Entonces miente.... No me lo ha dicho.

Recordó de pronto la breve duda de Feliciano, y la ola de sangre de sus mejillas, cuando le había hablado de su boda, la sacudida que sintió fué tan recia, que su cabeza, descolorida, se desplomó sobre el hombro de su madre.

—¡Niña mi! ¡Niña! ¡Es muy cruel esto, ya lo sé! Y si supieras.... Todavía es más cruel. Arranca el puñal de la herida. Cada vez que despierte la tentación, repite para tí que Monseñor, el terrible Juan XII, cuya pureza intratable todavía recuerda con espanto el mundo, nunca dara su hijo á una bordadorcilla recogida en un portal y adoptada por pobres gentes como nosotros.

Sintiéndose desfallecer, Angélica oía esto y no protestaba. ¿Qué había sentido pasar por su cara?

Un soplo frío, venido de lejos, por encima de los tejados, le helaba la sangre. ¿Era la miseria del mundo, la triste realidad, de la cual la hablaban como se habla del coco á los niños malos? Sentía como un dolor, y apenas si la había entrevisto. Y sin embargo, no acusaba á Feliciano. No había mentido; es que se había callado, sencillamente. Si su padre quería casarle con aquella joven, sin duda él no querría. No se atrevía á luchar, y pues se había callado, quizá al fin se decidiría á ello. Ante aquel primer desengaño, pálida, herida por el dedo rudo de la vida, seguía siendo creyente, y con la misma fé en su ensueño á pesar de todo.

Las cosas sucederian: sólo que su orgullo se sentía abatido y caía en la humildad de la gracia.

—Madre, es verdad; he pecado, y no pecaré más. Te prometo no oponerme á lo que el cielo quiera que sea.

Era la gracia la que hablaba. Lo que triunfaba era el medio ambiente en que había crecido, la educación que recibiera en él. ¿Por qué dudar del porvenir, ya que hasta entonces cuanto la rodeaba había sido tan generoso y tan tierno para con ella? Quería conservar la prudencia de Santa Catalina, la modestia de Santa Isabel, la castidad de Santa Inés, y confortarse con el auxilio de las Santas, que de seguro le ayudarían á vencer. ¿No sabrían defenderla su vieja amiga la Catedral, el Cercado de María, el Temblón, la fresca casita de los Hubert, éstos mismos, sin que ella tubiese que hacer nada, siendo sencillamente dócil y pura?

—Entonces, ¿me prometes no hacer nada contra nuestra voluntad y, sobre todo, contra la de Monseñor?

—Sí, madre: lo prometo.

—¿Y me prometes no volver á ver á ese joven, y no pensar mas en la locura de casarte con él?

Aquí su corazón desfalleció. A punto estuvo de estallar en ella una nueva rebelión, proclamando su amor. Pero dobló la cabeza, definitivamente domada.

—Prometo no hacer nada para volverle á verni para que se case conmigo.

Hubertina, muy conmovida y desesperada, la abrazó en señal de agradecimiento por su obediencia. ¡Qué desdicha! ¡Querer el bien de aquellos á quienes se ama y hacerles sufrir! Trastornada se levantó, sorprendida al ver el día que avanzaba. Los trinos de los pájaros habían aumentado, sin que todavía volase uno. En el cielo las nubes se desvanecían como gasas en el límpido azul del aire.

Y entonces Angélica, que había posado maquinalmente su mirada en la planta silvestre, acabó por verla con sus miserables flores. Se rió tristemente:

—Tienen razón, madre, dijo: No da rosas.

## X

Como de costumbre, á las siete, Angélica estaba ya trabajando. Los días se sucedieron, y todas las mañanas, muy tranquila, se ponía á trabajar en la casulla que había dejado la víspera, como si nada hubiese pasado; cumplía rigurosamente su palabra, se encerraba sin tratar de ver á Feliciano, y ni esto parecía entristecerla, conservando siempre su alegre fisonomía juvenil y sonriendo cuando Hubertina se quedaba parada mirándola. Pero dentro de aquel silencio forzado no pensaba más que en él todo el día: su fé continuaba invencible, convencida de que, á pesar de todo, las cosas sucederían; certidumbre á la que debía su aspecto resignado, pero convencido y orgulloso.

A veces Hubert la reñía:

—Trabajas demasiado: te encuentro algo pálida. Por lo menos, ¿duermes bien?

—Como un tronco padre. Nunca me he encontrado mejor.

Otras veces era Hubertina la que se alarmaba y hablaba de que le convendría distraerse.

—Si quieres, cerramos la puerta y los tres hacemos un viaje á Paris.

—¡Buena! ¿Y los encargos, madre? ¿Cuando le digo á usted que lo que me pone buena es trabajar mucho.

En el fondo, lo que Angélica esperaba sencillamente era un milagro, una manifestación exterior de lo invisible, que la entregase á Feliciano. Además de que ha-

bía prometido no hacer tentativa alguna para verle, para que hacer nada, cuando lo invisible, el *más allá*, continuaba trabajando por ella?

De este modo, en medio de su inercia involuntaria y aparentando indiferencia, siempre estaba atenta, escuchando las voces, lo que á su alrededor se estremecía, los débiles rumores familiares del medio en que vivía y que había de venir en su ayuda. Algo tenía que ocurrir, por fuerza.

Inclinada sobre el bastidor, con la ventana abierta, no se le escapaba el menor estremecimiento de los árboles, el rumor más ténue del Temblón. Llegaban hasta ella, aumentados por su atención, los menores suspiros de la Catedral: percibía las pisadas del sacristán que en la Catedral apagaba las velas; volvía á oír á su lado el roce de alas misteriosas; sabía que lo desconocido estaba otra vez con ella, y á veces le ocurría volverse de pronto, creyendo que una sombra le balbuceaba al oído un medio de alcanzar la victoria; pero los días pasaban, y nada.

Para no quebrantar su juramento, por la noche no se acercaba á la ventana, temiendo ver á Feliciano abajo y no poder resistir la tentación de unirse á él. Esperaba en el fondo de su cuarto. Luego, como ni siquiera las hojas dormidas se agitaban, se arriesgó, y comenzó de nuevo á interrogar á las tinieblas. ¿De dónde vendría el milagro? Seguramente del Palacio episcopal, del que saldría una mano milagrosa que le haría la señal de que fuese. Quizá de la Catedral, cuyos órganos de pronto empezarian á sonar, llamándola al altar. Nada la hubiera sorprendido: ni las palomas de la *Leyenda*, llevandola palabras de bendición; ni la intervención de los Santos, entrando á través de las paredes para anunciarla que Monseñor quería verla. No la extrañaba más que una cosa: la tardanza del prodigio en realizarse. Como los días, las noches se sucedieron sin que nada, nada ocurriese.

Después de la segunda semana, lo que más sorprendía á Angélica era no ver á Feliciano. Es verdad que se había

comprometido á no intentar nada para acercarse á él; pero, sin decirlo, contaba con que él lo intentaría todo para acercarse á ella. Y sin embargo, el Cercado de Maria seguía vacío, y ni siquiera había señales de que hubiese estado en él un momento: en quince noches ni siquiera había visto su sombra. No es que esto quebrantase su fe: si no acudía, es que se ocupaba en su dicha; pero su extrañeza crecía, mezclada con un comienzo de inquietud.

Una noche la comida en casa de los bordadores había sido muy triste. Hubert salió después, con pretexto de un recado urgente, y Hubertina se quedó sola con Angélica, en la cocina. Durante un buen rato la miró con los ojos humedecidos, conmovida ante tanto valor; hacía quince días que no se decían una palabra de lo que desbordaba de su corazón, y se sentía impresionada ante su fortaleza y lealtad en cumplir un juramento. En un raptó de repentina ternura abrió los brazos, y Angélica se arrojó en ellos; las dos se abrazaron sin decir palabra.

Quando Hubertina pudo hablar:

—Ay, pobre hija mía! dijo: he esperado estar sola contigo porque debes saber..... todo ha terminado, todo.

Loca Angélica se echó atrás, gritando:

—¡Feliciano ha muerto!

¡No, no!

—Si no viene, es que ha muerto.

Y Hubertina tuvo que contarla que al día siguiente de la proesión le había visto para exigirle también la promesa de no volver en tanto que no tuviera permiso de Monseñor, lo cual era una despedida definitiva, porque bien sabía que aquel matrimonio era imposible. Le había trastornado, haciéndole ver la maldad de su acción, la pobre muchacha confiada, ignorante, á la cual comprometía, sin que un día pudiera casarse con ella. También él se lamentó y juró morir sin verla, antes que ser desleal á la promesa que hacía.

—Vamos, añadió Hubertina; tienes tanto valor, que puedo hablar sin rodeos. ¡Ah! ¡Si tú supieses, pobrecita mía, cuánto te compadezco y te admiró, viéndote tan firme y tan valiente, callándote y mostrando alegría cuando tu corazón estalla!... Pero necesitas todavía más valor. Esta tarde he visto al Padre Cornille. Todo ha terminado. Monseñor no quiere.

Hubertina temía una crisis de lágrimas, y la sorprendió verla sentarse muy pálida, pero tranquila.

La vieja mesa de encina había sido desocupada, y una lámpara alumbraba la antigua sala común, cuya quietud no turbaba más que el hervor del agua del escalfador.

—No ha acabado nada, madre. Cuéntame. Ya que son cosas mías, tengo el derecho de saberlas, ¿no es verdad?

Y escuchó atentamente lo que Hubertina creyó deber decirle de las cosas que sabía por el Padre Cornille, saltando ciertos detalles, siguiendo así su plan de ocultar las miserias de la vida a la pobre ignorante.

Desde que había llamado a su hijo a su lado, Monseñor vivía lleno de turbación. Después de haberle alejado y haber estado veinte años sin querer conocerle, le vió en la fuerza y el brillo de la juventud, vivo retrato de aquella a quien lloraba, teniendo su misma alma, la gracia suave de su misma belleza. Aquel largo destierro, aquel rencor contra el hijo que le había quitado a la madre, habían sido un cálculo prudente, y bien lo veía ahora, sintiendo haberse vuelto atrás.

La edad, veinte años de oraciones, Dios, que había descendido a su espíritu, no habían podido destruir al hombre de antes; bastó con que aquel hijo de su misma carne, carne también de la mujer adorada, apareciese, con la risa de sus azules ojos, para que su corazón latiese hasta estallar, creyendo que la muerte resucitaba. Se daba golpes de pecho, sollozaba en medio de la penitencia ineficaz, gritando que se debía prohibir el sacerdocio a los que han gustado el fruto prohibido y a los

que conservan lazos de sangre con la mujer amada.

El buen Padre Cornille se lo había contado a Hubertina en voz baja, temblándole las manos. Corrían rumores misteriosos; se cuchicheaba que al anochecer Monseñor se encerraba, y eran aquellas largas noches, de combate, de lágrimas, de quejas, cuya violencia, ahogada por los tapices, llenaba de espanto el Palacio episcopal; había creído olvidar y domar la pasión; pero ésta reaparecía en un arrebato de tempestad, surgiendo el hombre terrible de antes, el hombre de aventuras, el descendiente de los señores feudales legendarios. Cada noche, de rodillas, la piel abierta por el cilicio, luchaba por arrojar de sí el fantasma de la mujer perdida; evocaba del ataúd el polvo vil en que debía estar ahora transformada. Lo que aparecía era su imagen viva, con su frescura deleitosa de flor, joven como la había amado, con un amor loco de hombre ya maduro. Y la herida volvía a abrirse, sangrando como al día siguiente de su muerte: la deseaba con la misma rebelión de entonces, contra Dios, que se la había quitado. Y sólo se calmaba al amanecer, rendido, despreciándose así mismo y lleno de horror a la vida. ¡Era la pasión, la bestia maligna que hubiese querido aplastar para volver al anonadamiento pacífico del amor divino!

Cuando Monseñor salía de su habitación, volvía a su actitud severa, con la cara tranquila y altanera, un tanto descolorida por un resto de palidez. Cuando Feliciano se confesó, le escuchó, sin decir una palabra, dominándose con esfuerzo tal, que ni una fibra de su cuerpo se estremeció. Miróle, sí, con el corazón traspasado al verle tan joven y tan ardiente, viéndose en él con la misma locura de amor. No era que sintiese odio hacia él: era la voluntad decidida, el rudo deber de librarle del mal que a él mismo tanto le hacía sufrir. Había de matar la pasión en su hijo, como quería matarla en sí mismo.

Y aquella historia novelesca acababa de angustiarle:

una muchacha pobre, sin nombre, una pobre bordadora vista en un rayo de luna, transfigurada en pálida virgen de la *Leyenda*, adorada de loco amor en un ensueño.... Y no dijo más que una palabra:

—Nunca!

Feliciano se arrojó á sus pies, implorándole, pidiendo por él y por Angélica, en un estremecimiento de respeto y de terror. Hasta entonces sólo se le había acercado temblando, y le suplicaba que no se opusiera á su dicha, sin atreverse á alzar los ojos hasta su cara santa. Con voz sumisa le prometió desaparecer, llevarse á su mujer tan lejos que no se les volvería á ver, y dejar toda su gran fortuna á la iglesia. No quería más que amar y ser amado, desconocido, olvidado.

Entonces un estremecimiento sacudió á Monseñor. Había dado su palabra á los Voincourt, y nunca se volvería atrás. Feliciano, agotadas sus fuerzas, y sintiendo que la ira le invadía, se fué, temiendo la ola de sangre que enrojecía sus mejillas y que le arrastraba al sacrilegio de una rebelión declarada.

—Hija mía, añadió Hubertina. Ya ves que no hay que pensar ya más en ese joven, porque creo no tratarás de hacer nada contra la voluntad de Monseñor. Todo esto lo tenía ya previsto; pero prefiero que hablen los hechos á que el obstáculo venga de mí.

Angélica había escuchado su relación con aspecto tranquilo, las manos cruzadas y puestas sobre sus rodillas. Apenas si sus párpados se cerraban de tarde en tarde, viendo, con sus ojos fijos, la escena toda, Feliciano á los pies de Monseñor, hablando de ella, en un desbordamiento de pasión. No respondió en seguida. Y continuó reflexionando, en medio de la quietud muerta de la cocina, no turbada ya por el hervor del escalfador, que se había apagado. Bajó los párpados, y miró sus manos, que á la luz de la lámpara parecían de hermoso marfil, y después, con una sonrisa de invencible confianza, dijo sencillamente:

—Si Monseñor se niega, es que espera conocerme,

Aquella noche Angélica durmió poco, con la idea fija de que el verla decidiría á Monseñor, y esto sin ninguna vanidad personal de mujer, sino con el sentimiento de que el amor todo lo puede, y de que amaba tanto á Feliciano, que esto se vería seguramente y el padre de éste no podría seguir empeñado en labrar su desventura. Veinte veces se revolvió en su cama, repitiéndose estas cosas.

Pasaba Monseñor ante sus ojos cerrados, con su traje morado. Quizá el milagro esperado se daría en él y por medio de él. Dormía fuera la noche cálida, y Angélica prestaba oído atento para percibir las voces, tratando de sorprender lo que le aconsejaban los árboles, el Temblón, la Catedral, su misma habitación, poblada de sombras amigas. Pero todo zumbaba, y no llegaba hasta ella nada preciso. Sentíase presa de impaciencia ante la realidad de las cosas, tan lenta. Al dormirse se dijo:

—Mañana hablaré á Monseñor.

Al despertarse, este paso le parecía sencillo y necesario. Era la pasión ingenua y segura, una gran pureza altanera, que la daba valor.

Sabía que todos los sábados, á las cinco de la tarde, Monseñor iba á arrodillarse en la capilla de Hauteceur, donde gustaba de rezar sólo, embebido en el pasado de su raza y de sí mismo, buscando una soledad que respetaba todo su clero. Precisamente era sábado. En seguida Angélica tomó una resolución. Quizá en el Palacio episcopal no la hubiera recibido; siempre había en él mucha gente, y se hubiera turbado. En cambio le era muy fácil esperar en la capilla y dar su nombre en cuanto Monseñor apareciese.

Aquel día bordó con la aplicación y la serenidad de costumbre; no sentía la menor fiebre, segura de su voluntad y convencida de que obraba bien. Luego, á las cuatro, dijo que se iba á ver á la señora Gabet, y salió vestida como para andar por el barrio y sin más que un sombrero de jardín, anudado ligeramente. Al salir

torció á la izquierda y empujó la mampara, rellena de crin, de la puerta de Santa Inés, que se cerró sordamente detrás de ella.

La iglesia estaba vacía; sólo junto á un confesonario de la capilla de San José había una devota, cuya falda negra se veía. Angélica, hasta entonces muy tranquila, se echó á temblar al penetrar en la soledad fría y sagrada, donde le parecía que el ruido de sus pasos resonaba terriblemente. ¿Por qué su corazón se angustiaba de tal modo? Se había creído fuerte, había pasado un día tranquilo con la idea de que tenía derecho á querer ser dichosa, y ahora no sabía, y palidecía como si fuese culpable. Se deslizó hasta la capilla de Hauteceour, y allí tuvo que apoyarse en la verja.

La capilla era una de las más enterradas y más sombrías del antiguo ábside romano. Semejante a una tumba abierta en la roca, estrecha y desnuda, sin más moldura que la de la bóveda baja, sólo recibía luz por la vidriera, la *Leyenda* de San Jorge, en la cual los vidrios rojos y los azules dejaban paso á una luz violada, crepuscular. El altar, de mármol blanco y negro, sin adorno, con el crucifijo y los dos pares de candeleros, semejaba un sepulcro. El resto de las paredes estaba revestido de piedras mortuorias, un ajustamiento de arriba abajo de piedras roídas por los años, y en las cuales todavía se leían las inscripciones en letras profundas.

Ahogándose, Angélica esperó inmóvil. Pasó un sacristán, que no la vio, pegada como estaba á la parte inferior de la verja. Seguía viendo la falda de la penitente, que salía del confesonario. Sus ojos se acostumbraban á la media luz, y maquinalmente se fijaban en las inscripciones, cuyos caracteres acabó por descifrar. Algunos nombres la llamaron la atención, despertando en su memoria las leyendas del castillo de Hauteceour, Juan V *el Grande*, Raul III, Heriberto VII. Halló otros, otros dos, los de Laura, y Balvina, que, en medio de su turbación, la conmovieron hasta derramar lágrimas.

Eran las Muertas bienaventuradas: Laura que se cae de lo alto de un rayo de luna, yendo á unirse con su prometido; Balvina, muerta de alegría por la vuelta de su marido, á quien creía muerto en la guerra; las dos que aparecen por la noche y rodean el castillo con el vuelo blanco de sus inmensas vestiduras. ¿No ¿las había visto el día de su visita á las ruinas, flotando por encima de las torres entre la palidez cenicienta del crepúsculo? ¿Con cuánto placer hubiese muerto entonces, á los dieciséis años, en la suprema dicha de su ensueño realizado!

Un ruido enorme, répercutido en las bóvedas, la hizo estremecerse. Era el sacerdote que salía del confesonario de la capilla de San José, y cerraba la puerta. La sorprendió no ver á la devota, que había ya desaparecido. Luego, cuando el sacerdote, á su vez, se fue por la sacristía, se sintió absolutamente sola en la basta soledad de la iglesia. Al oír el ruido de trueno del viejo confesonario, y rechinar sus hierros oxidados, creyó que Monseñor entraba. Hacía media hora que esperaba, sin conciencia del tiempo transcurrido: la emoción acortaba los instantes.

Otro nombre vieron sus ojos, el de Feliciano III, el que había ido á Palestina con un cirio en la mano, para cumplir un voto de Felipe *el Hermoso*. Y su corazón latió y creyó ver la juvenil cabeza de Feliciano VII, el descendiente de todos ellos, el rubio señor que adoraba y por quien era adorada. Y esto la llenaba de orgullo y de temor. ¿Era posible que fuese ella la que estaba allí, para la realización del prodigio.

Delante de ella había una losa de mármol, más reciente, del siglo pasado, en la cual leyó de corrido.

«Norberto Luis Ogiero, marqués de Hauteceour; príncipe de Miranda y de Rouvres; conde de Ferrières, de Montegu, de Saint-Marc y de Villemareuil; barón de Combeville; caballero de las cuatro órdenes del Rey; lugarteniente de sus ejércitos; gobernador de Normandía; capitán general de Venecia, y de la compañía del Jabali.»

Eran los títulos del abuelo de Feliciano.

¡Y ella había venido, tan sencilla, con su traje de artesana, con los dedos estropeados por la aguja, para que la dejaran casarse con el nieto de aquel muerto!

Se oyó un ligero ruido, un débil roce en las losas. Volvióse, y vió á Monseñor. Se quedó embargada ante aquel modo silencioso de acercarse, sin el trueno que esperaba. Entró en la capilla: alto, noble, vestido de morado, la cara pálida y la nariz un tanto pronunciada, soberbios los ojos, jóvenes todavía. Al pronto no la vió, pegada á la negra verja. Luego, al ir á inclinarse ante el altar, la vió á sus pies.

Se la habían doblado las piernas, anonadada por el respeto y el espanto, y se había caído de rodillas. El Obispo apareció á sus ojos como Dios Padre, terrible, dueño absoluto de su destino. Pero tenía el corazón animoso, y habló desde luego:

—¡Oh, Monseñor! He venido...

El Obispo se irguió; la recordaba vagamente; era la joven que había visto en la ventana el día de la procesión, y había vuelto á ver en la iglesia, subida á una silla: la bordadorcilla que traía loco á su hijo. No dijo una sola palabra, ni hizo un gesto. Esperó, alto y rígido.

—¡Oh, Monseñor! He venido para que me pueda usted ver; usted no me quiere, pero no me conoce. Y aquí estoy, míreme, antes de rechazarme nuevamente. Soy la que ama y es amada, y fuera de este amor nada, nada más que una pobre criatura, recogida en el portal de esta iglesia. Míreme á sus pies cuán pequeña soy, y cuán débil y humilde. Le será muy fácil echarme á un lado, si molesto. Con sólo levantar un dedo seré destruida. Pero ¡cuántas lágrimas! ¡Hay que saber lo que es sufrir! Y entonces se es compasivo. A mi vez, he querido, Monseñor, defender mi causa. Soy una ignorante; tan sólo sé que amo y que soy amada. ¿No basta esto: amar, amar y decirlo?

Y así prosiguió con frases entrecortadas y entre suspiros, confesándose tal cuál era, en un impetu de can-

dor y de pasión creciente. El amor que confiesa. Y se atrevía porque era casta.

Poco á poco había alzado la cabeza.

—¡Nos amamos, Monseñor! Sin duda él le ha explicado cómo esto ha podido ser... o muchas veces me lo he preguntado, sin dar con la contestación! Nos amamos: y si esto es un crimen, perdón, Monseñor: ha venido de lejos, de los árboles, y hasta de las piedras que nos rodeaban. Cuando me di cuenta de que le amaba, era ya demasiado tarde para dejar de amarle. Ahora... ¿es posible ni siquiera querer esto? Puede usted guardarle para sí ó casarle con otra; pero no puede usted hacer que no me quiera. Sin mí, morirá, como yo moriré sin él. Cuando no está ahí, á mi lado, siento que todavía está, que no nos separamos más, que uno se lleva el corazón del otro. Con sólo cerrar los ojos, le veo: está en mí. No hay una sola gota de nuestra sangre que no se haya mezclado para toda la vida. Es posible destruir esta unión? Monseñor, esto es cosa divina: no nos impida usted que nos amemos.

El Obispo la miraba tan fresca, tan sencilla, oliendo á ramo de flores con su vestidito de artesana. La escuchaba decir el cántico de su amor, murmurado en voz encantadora que le perturbaba, y que poco á poco se había ido haciendo fuerte. El sombrero de Angélica resbaló por sus hombros; sus cabellos de luz rodearon su cara como un nimbo de oro fino, apareciendo como una de esas vírgenes legendarias de los misales antiguos, con algo de primitivo, de delicado, algo de vuelo en la pasión, con puro apasionamiento.

—¡Sea usted bueno, Monseñor! Usted es el dueño: ¡haga que seamos felices!

Le imploraba, y tornaba á inclinar la frente, viéndole tan frío, sin una palabra ni un gesto.

¡Ah, pobre niña desconsolada á sus pies! ¡Ah, olor de juventud que se exhalaba de su nuca, doblada ante el Obispo! Volvía á verlos, los cabellos rubios, besados, años hacia, con locura. Aquella cuyo recuerdo le ator-

mentaba después de veinte años de penitencia, tenía la misma juventud bien oliente, el mismo cuello, con la gracia del lirio. Renacía, era ella misma que sollozaba, que le rogaba que fuese blando para con la pasión.

Habían brotado las lágrimas; pero Angélica proseguía, queriendo decirlo todo:

—Monseñor, no es á él solo á quien amo: amo también la nobleza de su nombre y el brillo de su regia fortuna. Sí; ya sé que no siendo nada, ni teniendo nada, parece como que le amo por su dinero, y es verdad; también le quiero por el dinero. Le digo esto, porque es preciso que me conozca. ¡Ah! ¡Ser rica por él y con él, vivir en la dulzura y en el esplendor del lujo, deberle mis alegrías todas, ser libres con nuestro amor, no dejar ni lágrimas ni miserias á nuestro alrededor! Desde que le amo me veo vestida de brocado, como en los tiempos antiguos, y en el cuello y en las muñecas, cascadas de piedras preciosas y perlas. Tengo caballos y carrozas, y bosques inmensos donde paseo á pié, seguida por pajes. No pienso nunca en él sin volver á comenzar este ensueño, y me digo á mí misma que esto debe ser, ya que él realiza mi deseo de ser reina. Monseñor, ¿es malo, por ventura, amarle más porque él llena todos mis sueños de niña, las maravillosas lluvias de oro de los cuentos de hadas?

Y el Obispo la veía orgullosa, erguida, con su aspecto encantador de Princesa, en medio de su sencillez. Y era la otra, sí, la misma delicadeza de flor, las mismas lágrimas tiernas, claras como sonrisas. Emanaba una embriaguez de todo su ser, cuyo tibio calofrío sentía que llegaba á su cara: el mismo calofrío del recuerdo que le arrojaba por la noche, sollozando, á su reclinatorio, despertando con sus gemidos el silencio religioso del Palacio episcopal. La víspera, hasta las tres de la mañana, había luchado; y esa aventura de amor, esa pasión removida y puesta al descubierto con tanto candor, enconaba su herida. Pero detrás de su impasibilidad nada delataba el esfuerzo de la lucha que sos-

tenía para dominar los latidos de su corazón. Si gota á gota perdía la sangre, nadie la vería correr: sólo resultaba más pálido y más mudo.

Entonces, aquel silencio obstinado desesesperó á Angélica, que redobló sus súplicas.

—¡En sus manos me entrego, Monseñor! ¡Tenga piedad de mí, y decida de mi suerte!

Y el Obispo, que no decía una palabra, la asustaba, como si hubiese crecido, á sus ojos, con temible majestad. La Catedral, desierta, con las naves laterales ya oscuras, sus bóvedas altas, donde agonizaba la luz, agrandaba más y más la angustia de la espera. En la capilla, ni siquiera se distinguían las losas mortuorias; sólo había el Obispo, con la sotana morada, que se había vuelto negra, su larga cara, blanca, que parecía conservar la luz. Veía sus ojos relucir y fijarse en ella con brillo creciente. ¿Era la cólera la que los encendía de aquel modo?

—Monseñor, si yo no hubiera venido, eternamente me hubiera acusado de haber causado la desdicha de los dos, por falta de valor. ¡Diga, yo se lo ruego, que he hecho bien, que al cabo consiente usted!

¿Para qué discutir con aquella criatura? Había expuesto á su hijo las razones de su negativa, y esto bastaba. No hablaba, porque nada tenía que decir. Comprendiólo Angélica, sin duda, porque quiso alcanzar sus manos y besárselas; pero el Obispo las echó atrás violentamente, y la muchacha se asustó, notando que su pálida cara se enrojecía con una repentina oleada de sangre.

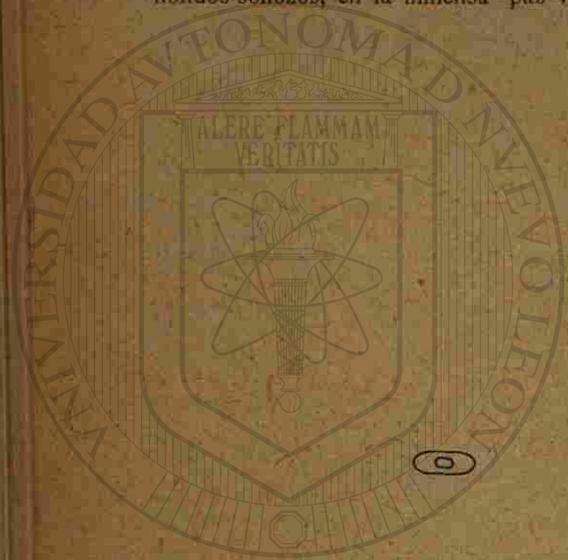
—¡Monseñor! ¡Monseñor!

Al fin el Obispo despegó los labios. No dijo más que una palabra, la misma que había lanzado á su hijo:

—¡Nunca!

Y sin rezar sus acostumbradas oraciones, salió. Sus pasos graves perdiéronse detrás de los pilares del ábside.

Angélica cayó sobre las losas, y lloró largo rato, con hondos sollozos, en la inmensa paz vacía de la iglesia.



## XI

Aquella misma noche, al levantarse de la mesa y en la cocina-comedor, Angélica confesó á los Hubert el paso que había dado cerca del Obispo, y la negativa de éste. Todo esto muy pálida, pero muy tranquila.

Hubert se quedó trastornado. ¡Su hija querida sufriendo ya, y herida también en el corazón! Llenáronse de lágrimas los ojos por aquella especie de parentesco en la pasión que con ella tenía, por la fiebre del *más allá*, que tan fácilmente á los dos les arrebataba al menor impulso!

—¡Pobre hija mía! ¿Por qué no me has consultado? Yo hubiera ido contigo, y quizá hubiera convencido á Monseñor.

Hubertina le hizo callar con una mirada.

¿Qué modo de desbarrar era aquel? ¿No era mejor aprovechar la ocasión para enterrar de una vez para siempre un matrimonio imposible?

Estrechó á Angélica entre sus brazos, y besándola con ternura la frente:

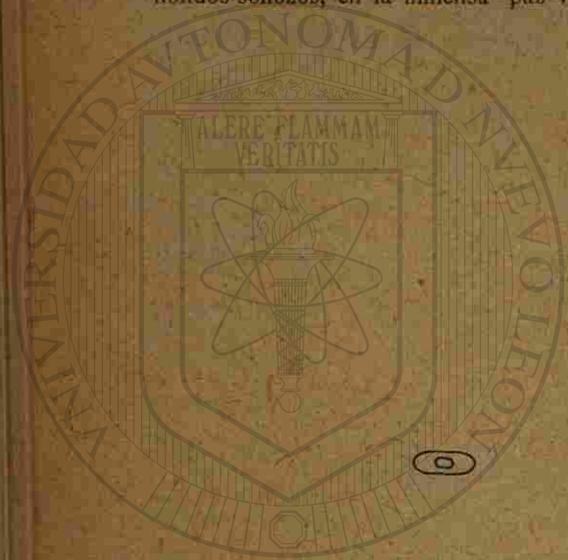
—De modo que todo ha acabado, hija mía? la dijo.

No pareció comprender al principio Angélica, pero luego las palabras como que le venían de muy lejos: miró con fijeza delante de ella, sin ver, como si interrogara al vacío, y contestó:

—Desde luego.

Con efecto, al siguiente día púsose al bastidor á bordar, con su habitual aspecto: volvió á la vida de antes, y

Angélica cayó sobre las losas, y lloró largo rato, con hondos sollozos, en la inmensa paz vacía de la iglesia.



## XI

Aquella misma noche, al levantarse de la mesa y en la cocina-comedor, Angélica confesó á los Hubert el paso que había dado cerca del Obispo, y la negativa de éste. Todo esto muy pálida, pero muy tranquila.

Hubert se quedó trastornado. ¡Su hija querida sufriendo ya, y herida también en el corazón! Llenáronse de lágrimas los ojos por aquella especie de parentesco en la pasión que con ella tenía, por la fiebre del *más allá*, que tan fácilmente á los dos les arrebataba al menor impulso!

—¡Pobre hija mía! ¿Por qué no me has consultado? Yo hubiera ido contigo, y quizá hubiera convencido á Monseñor.

Hubertina le hizo callar con una mirada.

¿Qué modo de desbarrar era aquel? ¿No era mejor aprovechar la ocasión para enterrar de una vez para siempre un matrimonio imposible?

Estrechó á Angélica entre sus brazos, y besándola con ternura la frente:

—De modo que todo ha acabado, hija mía? la dijo.

No pareció comprender al principio Angélica, pero luego las palabras como que le venían de muy lejos: miró con fijeza delante de ella, sin ver, como si interrogara al vacío, y contestó:

—Desde luego.

Con efecto, al siguiente día púsose al bastidor á bordar, con su habitual aspecto: volvió á la vida de antes, y

parecía no sufrir. Todo esto sin alusión alguna, sin una mirada á la ventana, apenas un resto de palidez. Parecía que el sacrificio se había ya consumado.

Hasta Hubert llegó á creerlo; rindióse á la prudencia de Hubertina, y trabajó por apartar á Feliciano, que no atreviéndose todavía á rebelarse contra su padre, se atrevía, sin embargo, á faltar á la promesa hecha por él, de esperar, sin tratar de ver á Angélica. La escribió, pero las cartas fueron interceptadas: una mañana se presentó, y le recibió Hubert. La explicación que tuvieron les llenó á entrambos de desesperación: tanto pareció sufrir el joven cuando el bordador le contó la tranquila convalecencia de su hija, y le suplicó que fuese leal, y desapareciera para no volverla á poner en la turbación lamentable de las últimas semanas. Comprometiéndose Feliciano á tener paciencia, pero se negó violentamente á prometer otra cosa, esperando siempre que llegaría á convencer á su padre. Esperaría y dejaría las cosas en el mismo estado para con los Voincourt, en cuya casa comía dos veces á la semana, con el fin único de evitar una rebelión abierta. Al marcharse, rogó á Hubert que explicase á Angélica por qué aceptaba el tormento de no verla; que sólo pensaba en ella y que todos sus actos no iban á otra cosa dirigidos, que ha reconquistarla.

Hubertina se puso muy seria cuando su marido le contó la entrevista. Luego, después de una pausa:

—Repetirás á la niña, dijo, lo que te ha dicho?

—Lo debiera, al menos.

La mujer le miró con fijeza, y repuso:

—Obra según tu conciencia te dicte. Pero ese joven se llena de ilusiones; acabará por ceder á la voluntad de su padre, y nuestra pobre hija será la que se muera.

Hubert, entonces, luchando y lleno de angustia, dudó, y al fin se resignó á no decir nada. Por otra parte, cada día se iba tranquilizando, á medida que su mujer le hacía notar la actitud tranquila de Angélica.

—¿Ves cómo se cierra la herida? Ya empieza á olvidar.

No, no olvidaba: era que á su vez esperaba, tranquilamente. Muerta toda esperanza humana, había vuelto á la idea de un prodigio. Si Dios la quería feliz, algo tenía que suceder. No tenía que hacer otra cosa que abandonar en sus manos, y esta nueva prueba la parecía un castigo por haber tratado de forzar la voluntad divina, importunando á Monseñor. La criatura, sin la gracia, es débil, incapaz de luchar y vencer; y la necesidad que sentía de la gracia la hacía humilde, sin más esperanza que la del auxilio invisible, no haciendo nada y dejando obrar á las fuerzas misteriosas que estaban á su alrededor.

Volvió todas las noches á leer, á la luz de la lámpara, el antiguo volumen de la *Leyenda de oro*, que la dejaba maravillada, como en el candor de su infancia, sin poner en duda ningún milagro, convencida de que el poder de lo desconocido no tiene límite cuando trata de hacer triunfar á las almas puras.

Precisamente el tapicero de la Catedral les encargó por aquellos días un bordado muy rico para la silla principal de Monseñor: debía tener un metro y medio de ancho y tres de alto, para encuadrarlo en la madera tallada del respaldo, y representar á dos ángeles, de tamaño natural, sosteniendo una corona, debajo de la cual había el escudo de Hautecœur. Todo ello bordado en relieve, que es un trabajo que requiere mucho arte y que exige mucha fuerza material. Los Hubert primero se negaron á encargarse de él, temerosos de cansar á Angélica, y sobre todo de entristecerla con el bordado de aquel escudo, en el cual retoñarían hilo á hilo sus recuerdos todos, durante largas semanas; pero Angélica llegó á enfadarse, empeñada en aceptar el encargo, y todas las mañanas se ponía á trabajar con una fuerza de voluntad extraordinaria. Parecía que se sentía feliz fatigándose, y que necesitaba rendir el cuerpo para estar tranquila.

Y la vida prosiguió en el antiguo taller, siempre igual y regular, como si aquellos corazones no hubieran latido con desacostumbrada fuerza durante algún tiempo.

Hubert se ocupaba en dibujar, en tender y en desclavar, y Hubertina ayudaba á Angélica: las dos, por la noche, tenían los dedos doloridos.

Para los ángeles y para los adornos había habido que dividir cada figura en muchos trozos, que se hacían aparte. Angélica, para marcar los grandes relieves, cosía hilos gruesos, que cubría, en sentido contrario, con hilo de Bretaña; y á medida que avanzaba empleando el revés del plegador como un cuchillo, modelaba los hilos, partía los paños de los ángeles y separaba los detalles de las franjas y adornos: era un verdadero trabajo de escultura. Luego, cuando se había sacado la forma, Hubertina y Angélica cosían los hilos de oro: resultando así un bajo relieve de una dulzura y un brillo incomparables, irradiando como un sol en medio del cuarto ahumado.

Los instrumentos antiguos se aliniaban en el orden secular; los punzones, los martillos, las pinzas; sobre el bastidor, los dediles y las agujas, y en el fondo, en rincones donde se estaban oxidando, el diligente, la rueda de manno, la devanadera con sus dos rodets, parecía que dormían en medio del gran silencio que penetraba por las ventanas abiertas.

Transcurrieron unos días. Angélica rompía agujas de la mañana á la noche; tan duro resultaba el coser el oro á través del grueso de los hilos encerados. Hubiérase dicho que le absorbía por completo aquel duro trabajo, á él entregada en cuerpo y en alma, hasta el punto de no pensar. A las nueve se caía de cansancio; se acostaba, y luego se dormía con un sueño de plomo.

Cuando el trabajo la dejaba libre un momento, se asombraba de no ver á Feliciano. Si ella no hacía nada para volverle á ver, pensaba que él, en cambio, debía atropellar por todo para acercarse á ella; y, sin embargo, aprobaba que fuese prudente; le hubiera reñido al verle luchando por precipitar los acontecimientos. Sin duda (creía), Feliciano esperaba también un milagro. Y esto era ahora su única esperanza, lo que la hacía vivir esperan-

do cada día que llegase el siguiente: hasta entonces no se había rebelado, pero á veces alzaba la cabeza. ¿Qué? ¿Nada todavía? Y hundía con fuerza la aguja, que llenaba de sangre sus dedos. A veces había que sacar del bordado una aguja rota, con las pinzas: cuando se rompía producía el ruido de un vaso que se quiebra; ni siquiera entonces daba señales de impaciencia.

Hubertina llegó á preocuparse, viéndola tan encarnizada en el tradajo; y cómo había llegado la época de la colada, la obligó á dejar el bordado para vivir cuatro días una vida más activa, en pleno sol y al aire libre. La señora Gabet, un tanto aliviada de su reuma, pudo ayudar á enjabonar y á aclarar. Fueron una verdadera fiesta en el Cercado de María aquellos últimos días de Agosto, de esplendor admirable, con un cielo ardiente y nubes muy negras, desprendiéndose una deliciosa frescura del Temblon, cuya agua helaba la sombra de los sauces. Angélica pasó el primer día alegremente, golpeando y metiendo en el agua las piezas de ropa, gozando del arroyo, de los oimos, del arruinado molino, de las hierbas, de todas aquellas cosas amigas, tan llenas de recuerdos. Allí había conocido á Feliciano; primero, misterioso, á la luz de la luna, después tan admirablemente torpe la mañana en que pescó la camisa que la corriente arrastraba. A cada pieza de ropa que aclaraba no podía menos de echar una mirada á la verja del Palacio episcopal, antaño condenada: un día la había cruzado, de su brazo... Quizá iba á abrirla repentinamente y apoderarse de ella para llevarla á los pies de su padre. Esta esperanza llenaba de encanto su ruda tarea, entre las salpicaduras de la espuma.

Al día siguiente, la señora Gabet, que estaba poniendo á secar el último montón de la colada con Angélica, paró su charla interminable para decirla, sin la menor malicia:

—A propósito, ¿sabe usted que Monseñor casa á su hijo?

Angélica, que estaba colgando un trapo, se arrodilló

en la hierba, con el corazón desfallecido ante aquella ruda sacudida.

—Sí, la gente lo dice. El hijo de Monseñor se casa con la señorita de Voinecourt. Parece que todo estaba ya arreglado hace tiempo.

Angélica continuó arrodillada: una ola de ideas confusas bullía en su cabeza. No le sorprendió la noticia, que bien veía que era cierta. Su madre se lo había advertido, y debía esperarlo. Pero en aquel primer momento, lo que la doblaba las piernas era la idea de que, por temor a su padre, Feliciano, hallándose cansado de luchar, un día se casase con la otra, sin amarla, perdiéndole así ella, que le adoraba. Nunca había pensado en aquella posible debilidad de Feliciano: creíale no más que doblegado por el deber y labrando la desdicha de los dos en nombre de la obediencia.

Y sin moverse del suelo, sus ojos se volvieron á la verja, surgiendo al fin en ella la rebeldía, sintiendo el deseo loco de ir y doblar sus hierros, abrirse paso con las uñas, correr a su lado y con su valor propio sostenerle.

Sorpredióla oírse á sí misma contestando á la señora Gabet, con el intento puramente maquinal de ocultar su turbación:

—¡Ah! ¡La señorita Clara es su novia? Es muy hermosa, y dicen que es muy buena.

Por su puesto que cuando la vieja se fuese, iría á verle. Había esperado bastante, y rompería el juramento de no volver á verle, como se rompe lo que estorba. ¿Con qué derecho se les separaba de aquel modo? Todo proclamaba á voces su amor: la Catedral, la fresca corriente y los olmos viejos, entre los que se habían amado tanto. Ya que su mutua ternura se había desarrollado allí, allí quería tomarle de nuevo y huir colgada de su cuello lejos, muy lejos, tan lejos que no diesen con ellos nunca.

—Ya está, dijo al fin la señora Gabet, que acababa de colgar de una mata las últimas servilletas. Dentro de

dos horas estará todo seco. Quede usted con Dios, señorita, puesto que ya no hago falta.

Y Angélica, de pie en medio de aquel florecimiento de ropa blanca, que resaltaba sobre la verde hierba, se quedó pensando en aquel día en que hacía mucho viento, y entre los chasquidos de las ropas y las sábanas tendidas, sus corazones se habían entregado uno al otro, llenos de candor. ¿Por qué había dejado de verla? ¿Por qué no asistía á aquella cita, en la sana alegría de la colada? Dentro de poco, cuando le tuviera entre sus brazos, se convencería de que no pertenecía más que á ella sola. Ni siquiera necesitaría echarle en cara su debilidad; bastaría dejarle ver para que Feliciano volviese á hallar el firmísimo deseo de su felicidad. Sí: se atrevería á todo; no tenía para esto más que ir á verle, al poco rato.

Pasó una hora: Angélica, á pasos lentos, andaba entre la ropa tendida, muy blanca por el cegador reflejo del sol; una voz confusa se elevaba en su ser, crecía, y la impedía ir allá abajo, á la verja. Y este comienzo de lucha la llenaba de espanto. ¿Qué! ¿No habla más que querer? Otra cosa, algo que en ella habían puesto, se oponía á su deseo, y echaba por tierra la sencillez de su pasión. ¿Correr hacia el que se ama! ¿Qué cosa más sencilla! Pero no podía; el tormento de la duda la detenía: lo había jurado, y luego que quizá sería muy malo.

Por la tarde, cuando la ropa estaba ya seca y Hubertina fué á ayudarla, todavía no se había decidido, y lo dejó, para pensarlo bien por la noche. Llenos los brazos de ropa bien oliente, que parecía nieve, echó una mirada inquieta al Cercado de María, ya anegado por el crepúsculo, como si aquel rincón amigo de la naturaleza se negara á ser su cómplice.

Al día siguiente, Angélica se despertó llena de turbación. Otras noches se deslizaron sin que tomara resolución alguna: sólo la calmaba la certidumbre de ser amada, que continuaba inquebrantable, y en ella reposaba

angelicamente. Siendo amada, podía esperar y luchar. Nuevamente hicieron presa en ella verdaderas crisis de caridad: enternecíanla los menores sufrimientos, y se la llenaban los ojos de lágrimas, que estaban siempre a punto de brotar. El tío Mascart se hacía dar tabaco, y los Choteau la sacaban confituras. Los que más se aprovechaban de la racha eran las Lembaleuses: alguien vió á Tebanilla bailar en las fiestas de las cercanías, con un vestido de la *bucua señorita*. De pronto, un día, llevó á la tía Lembaleuse unas camisas que el día anterior le había ofrecido, zó de lejos, en casa de los perdioseros, á la señora Voincourt y su hija Clara, acompañadas de Feliciano: éste debía haberlas llevado. No se dejó ver, y volvióse con el corazón helado. Dos días después vió á los tres que salían de casa Choteau, y luego, una mañana, el tío Mascart la contó que le había visitado aquel *guapo joven*, con dos señoras. Entonces abandonó á sus pobres, que no eran ya suyos, puesto que Feliciano, después de habérselos tomado, los daba á aquellas mujeres. Y no volvió á salir de casa, temerosa de encontrarles y recibir otra vez en el corazón la herida cuyo dolor cada día ahondaba más. Sentía que algo, dentro de ella, se acababa: su vida que gota á gota se extinguía.

Una noche, después de aquellos encuentros, hallándose sola en su cuarto, ahogándola la angustia, dejó escapar un grito:

—¡Ya no me ama!

Y volvió á ver á Clara de Voincourt, allá á la lejos, hermosa, con su corona de cabellos negros, y á su lado Feliciano, esbelto y altanero. ¿No estaban hechos, por ventura, el uno para el otro? ¿No eran de la misma raza, y no hacían tan buena pareja que parecía que estaban ya casados?

—¡Ya no me ama, ya no me ama!

Esto estallaba en ella con el ruido de algo que se hundiese: era su fé quebrantada, que caía en tierra, sin que tuviera calma para examinar los hechos, y anali-

zarlos con frialdad. La vispera creía, ahora ya no creía: un soplo, que había sulado, no sabía de dónde, había bastado, y de golpe había caído en la miseria mayor, que consiste en no creerse amada.

Bien lo había dicho Feliciano: esto era el único dolor, la tortura más espantosa. Hasta entonces había podido resignarse: se sentía fuerte, esperaba un milagro.

Pero su fortaleza desaparecía con la fe, y cayó en una angustia de niña. Empezó con esto la lucha dolorosa.

Primero llamó en su auxilio al orgullo. ¡Que no la amaba! Tanto mejor: era ella demasiado orgullosa para seguir amándole. Y así, se mentía á sí misma, afectando creerse ya libre, haciendo un baluarte de su indiferencia, mientras bordaba el escudo de Hauteceur.

Pero su corazón se dilataba hasta ahogarla, y sentía la vergüenza de tener que confesarse á sí misma que era bastante cobarde para seguir queriéndole, y amarle más todavía. Durante una semana, las armas heráldicas, surgiendo hilo á hilo de sus dedos, la llenaron de espantable aflicción. Partido en cuatro cuarteles, dos y tres de Hauteceur, uno y cuatro de Jerusalén; Hauteceur, que es de azul con el castillo de oro, con un escudo de sable con corazón de plata, acompañado de tres flores de lis de oro, una en punta y dos tendidas. Jerusalén, que es de plata con la cruz en forma de T, cantonado con cuatro crucecitas de lo mismo. Los esmaltes hechos con cordoncito, los metales con hilos de oro plata. ¡Qué miseria tan grande la de sentirse temblar las manos y bajar la cabeza para ocultar sus ojos, que el llamear del escudo cegaba, y de ellos hacía brotar lágrimas! No pensaba más que en él, y le adoraba en medio del esplendor de su nobleza hereditaria. Cuando bordó la divisa: *Si Dios quiere, quiero yo*, en seda negra sobre banderola de plata, comprendió que era su esclava y que jamás volvería á la libertad; el llanto que arrasaba sus ojos no la dejaba ver, mientras que maquinalmente continuaba dándole á la aguja.

Sucedió entonces una cosa tristísima: Angélica continuó amando, llena de desesperación, luchando con aquel amor sin esperanza, que no podía destruir. Siempre queriendo volver hacia Feliciano, y volver á hacerle suyo con solo arrojarle en sus brazos, y siempre empezando de nuevo la batalla. A veces creía haber vencido, hacíase en ella un gran silencio; parecía verse como hubiese visto á una extraña, tan pequeña y tan fría, arrodillada, como hija obediente, en la humildad de la resignación; ya no era ella; era la muchacha buena, que de consuno habían fabricado el medio ambiente y la educación. Pero subía una ola de sangre que la trastornaba; su hermosa salud, su juventud ardiente, galopaban desenfrenadas, y volvía, á encontrarse presa de su orgullo y su pasión, tal como era, con la violencia de su origen desconocido. ¿Por qué obedecer? No existía el deber; no había más que el libre deseo; y se apercebía á la huida, y calculaba la hora más favorable para forzar la verja del jardín del Palacio episcopal. Pero enseguida volvía la angustia, un malestar sordo, el tormento de la duda. Si se doblegaba al pecado, toda la vida sentiría el eterno remordimiento. Y horas y más horas se deslizaban abominables, en la incertidumbre del partido que tomaría, combatida por el viento tempestuoso que sin cesar la arrojaba desde la rebelión de su amor hasta el horror de la culpa. Y cada victoria que ganaba su corazón, la debilitaba más.

Una noche, en el momento de huir de la casa para ir á unirse á Feliciano, en la angustia en que se encontraba de no hallar la fuerza necesaria para hacer frente á la pasión, vinole repentinamente á la memoria su libreta de exposita. Sacóla del tondo del arca, y la hojeó, obofeteándose á cada página con la bajeza de su primer origen, con el hambre de una ardiente necesidad de humildad. Padre y madre desconocidos, ni un nombre; nada más que un número y una fecha; el abandono de la planta salvaje que brota á orilla del camino... Y los recuerdos surgían tumultuosos: las verdeantes praderas del Nièvre,

los animales que guardaba, el camino, todo llano, de Saulanges, por el cual andaba descalza, y la mamá Nini que la abofeteaba cuando robaba manzanas. Algunas páginas en particular despertaban sus recuerdos: eran las que hacían constar las visitas trimestrales del subinspector y del médico, firmas á veces seguidas de observaciones y advertencias; una enfermedad que la tuvo á las puertas de la muerte; una reclamación de su nodriza sobre unos zapatos quemados, y malas notas sobre su genio indómito. Era el Diario de su miseria. Un documento acabó de trastornarla: el acta haciendo constar la rotura del collar que había llevado hasta los seis años: recordaba el odio que instintivamente sentía hacia aquel collar, hecho con huesos de aceitunas, enfiladas en un cordoncito de seda y cerrado con una medalla de plata, en la que había la fecha de su admisión y su número, y sintiendo desde muy niña que era su collar de esclava; con las manos lo hubiese roto, á no ser por el miedo á las consecuencias. Luego, despues de algunos años, se quejó de que la estrechaba el cuello; tuvieronsele puesto un año más; pero ¡qué alegría el día en que el subinspector había cortado el cordón en presencia del alcalde del pueblo, substituyendo aquella señal de su persona por una reseña completa en la que ya se hacía constar que sus ojos eran de color de violeta y sus finos cabellos de oro!

Sin embargo, seguía sintiendo en su cuello aquel collar de animal doméstico al cual se marca para reconocerle: lo sentía pegado á la piel y ahogándola.

Y al llegar á aquella página, reapareció una grande y potente humildad, que la llevó de nuevo á su cuarto, sollozando, sintiéndose indigna de ser amada. Otras dos veces la libreta la volvió á salvar; pero á muy poco ya se sintió sin fuerzas para aquella lucha.

Ahora, cuando las crisis de tentación la torturaban, era por la noche. Antes de acostarse, para purificar su sueño, se impuso la lectura de la *Leyenda de oro*. Pero con la frente apoyada entre las manos, no entendía á

pesar de sus esfuerzos. Los milagros mismos la dejaban estupefacta; no percibía más que una fuga descolorida de fantasmas.

Luego, en la cama, después de un anonadamiento de plomo, una angustia repentina la despertaba sobresaltada, en medio de las tinieblas. Se erguía, trastornada: se arrodillaba ante las sábanas, echándolas á un lado, con las sienés empapadas en sudor, llena de estremecimientos, y juntaba las manos temblorosas:

—Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Su angustia mayor, en aquellos momentos, era la de sentirse sola en la oscuridad. Había soñado con Feliciano, y temblaba ante la idea de que pudiera vestirse de pronto y salir para unirse á él, sin que hubiera allí nadie para impedirlo. Era la gracia que huía de ella. Dios que se apartaba de su lado, el medio ambiente que la abandonaba.

Clamaba llena de desesperación á lo desconocido, y prestaba oído alerta á lo invisible. Y el aire estaba vacío: nada de voces llenas de cuchicheos; nada de roces misteriosos. Todo parecía muerto: el Cercado de María, el Temblón, y los sauces, y las hierbas, y los olmos del Palacio episcopal, y hasta la iglesia. No quedaba nada de los ensueños que en cada una de aquellas cosas había puesto: al desvanecerse la blanca bandada de vírgenes, no habían dejado otra cosa que el sepulcro. Y esto la mataba, sintiéndose impotente, inerte, criatura de la primitiva iglesia, que es vencida por el pecado original en cuanto cesa el auxilio del mundo invisible. En el tético silencio de aquel rincón protector sentía la herencia del pecado original, como renacia y ahullaba, triunfando de la educación recibida. Dos minutos más sin sentir el auxilio, por pequeño que fuese, de las cosas ocultas; dos minutos más sin que éstas la volvieran en sí y la sostuvieran, y caería en línea recta en un abismo de perdición.

—Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Y de rodillas en su enorme cama, ella tan pequeña y delicada, le parecía morirle.

Pero siempre, al llegar el instante supremo, sentía una frescura extraña que la aliviaba: la gracia, que la compadecía, que volvía á ella para darla su ilusión. Y saltaba descalza en tierra, corría á la ventana de un salto, y allí volvía á oír las voces, á sentir las alas invisibles que rozaban sus cabellos, el pueblo de la *Leyenda* que salía de los árboles y de las piedras, y la rodeaba. Volvían á ella, y la salvaban su pureza y su bondad y todo lo que ella había puesto en las cosas que la rodeaban. Y entonces ya no tenía miedo, sintiendo que la guardaba Santa Inés, que había vuelto, acompañada de las vírgenes, que vagaban dulcemente en el aire murmurador.

Era un aliento lejano, un largo murmullo, de victoria que llegaba hasta ella en alas del viento nocturno. Y durante una hora respiraba aquella dulzura que la calmaba, mortalmente triste, pero fortalecida por la firme voluntad de morir antes que faltar á su juramento. Al fin, rendida, se acostaba y se dormía; pero con el miedo de la crisis del siguiente día, y torturada por la idea de que acabaría por sucumbir al pecado si cada vez se atormentaba de aquel modo.

Con efecto: una languidez extraña la agotaba desde que no se creía amada por Feliciano. Tenía la herida en el costado y se moría, en silencio, sin una queja. Primero se tradujo en cansancio: sentía ahogos que la obligaban á dejar la aguja y á quedarse un momento con los ojos apagados, perdiéndose en el vacío. Después dejó de comer: no tomaba más que algunos sorbos de leche y escondía el pan para echarlo á las gallinas de los vecinos, á fin de no alarmar á sus padres. Estos llamaron á un médico, que no vió nada de particular, y se limitó á decir que aquella vida era demasiado recogida, y á recomendar el ejercicio. Era como un desvanecimiento de todo su ser: una lenta desaparición. Su cuerpo flotaba como si lo balancearan dos grandes alas: de su cara adelgazada, en que ardía su alma, parecía desprenderse extraño res-

plandor. Llegó á no poder bajar de su cuarto más que apoyándose, vacilando, con las manos en las paredes de la escalera. Con todo esto se hacía la valiente en cuanto la miraban, y quería, á pesar de todo, acabar el recio trabajo de bordado para la silla de Monseñor; pero sus manecitas largas ya no tenían fuerza, y cuando rompía una aguja no podía arrancarla ni con las pinzas.

Una mañana Hubert y Hubertina tuvieron que salir y la dejaron sola, trabajando; y el bordador, al volver, la halló en tierra: había resbalado de la silla, desvanecida, junto al bastidor. Sucumbía á la tarea: uno de los grandes ángulos de oro estaba sin acabar.

Hubert, trastornado, la tomó en brazos y trató de ponerla en pie, pero cayó de nuevo; no volvía en sí de aquel anonadamiento.

—¡Hija mía, hija! ¡Contéstame, por Dios!.....

Al fin abrió los ojos y le miró desolada.

—¿Por qué la quería viva? ¡Muerta era tan dichosa!

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Nos has engañado? ¿Le amas todavía, verdad?

Angélica no contestó, mirándole con inmensa tristeza. Entonces la abrazó con desesperación, la levantó en peso y la llevó á su cuarto; y cuando la hubo dejado puesta en la cama, tan débil y tan blanca, lamentó lo que había hecho para apartar de ella á aquel que amaba.

—¡Yo te lo hubiese dado, si, yo! ¿Por qué no me dijiste nada?

Pero Angélica no habló; sus párpados se cerraron, y pareció que se dormía. Hubert se había quedado en pie, con los ojos fijos en aquel delgado semblante de lirio, desbordándose el corazón de lástima. Luego sintió que respiraba con más dulzura, y bajó á tiempo que su mujer entraba en casa.

En el taller de abajo tuvieron la explicación. Hubertina acababa de quitarse el sombrero, y de golpe Hubert le dijo que había recogido á la niña en tierra allí

mismo, y que ahora dormitaba en su cama, herida de muerte.

—Nos hemos engañado. Sigue pensando en ese joven, y muere de esto.... ¡Ah! ¡Si tú supieses el golpe que he recibido y el remordimiento que me ha lacerado cuando lo he comprendido y la he llevado arriba en ese estado lastimoso! Es culpa nuestra. Los hemos separado forjando embustes. ¿La dejarás sufrir así y no harás nada por salvarla?

Hubertina, lo mismo que Angélica momentos antes, se callaba y le miraba con su aspecto de mujer razonable, pero pálida con el golpe.

Y Hubert, el apasionado á quien aquella pasión atormentada hacia salir de su habitual melancolía, no se calmaba y agitaba sus manos febriles:

—Pues bien, yo hablaré; yo le diré, que Feliciano le ama, que somos nosotros los que hemos tenido la crueldad de impedir que viniese, engañándole también. Ahora cada lágrima suya va á herirme en el corazón. Sería un asesinato, del cual yo me sentiría complice. Yo quiero que sea feliz; sí, feliz á pesar de todo y por todos los medios.

Y se acercó á su mujer, atreviéndose á proclamar á voces su ternura rebelde ante el silencio de su mujer, que le irritaba más y más.

—Puesto que se quieren, ellos son los dueños.... No hay nada más allá cuando se ama y se es amado. Si por todos los medios, la dicha es legítima.

Entonces Hubertina habló con voz lenta, de pie, inmóvil:

—¿Que nos la tome? ¿No es esto? Que se case con ella, á pesar nuestro, á pesar de su padre.... Esto es lo que les aconsejarás, creyendo que luego serán felices y que bastará el amor...

Y sin transición, con la misma voz desolada, prosiguió:

—Al volver, he pasado por el cementerio.

Una postrera ilusión me ha hecho entrar en él. Una

vez más me he arrodillado en aquel sitio, gastado por vuestras rodillas, y he rezado largo rato....

Hubert palideció: un frío mortal destruyó su fiebre. Bien la conocía, la tumba de la madre obstinada, junto á la cual tantas veces habían caído de rodillas llorando y someténdose, echándose en cara su desobediencia, para que la muerta, desde el fondo de la tierra les perdonara. Y allí se estaban largas horas, seguros de que sentirían florecer en ellos aquella gracia, caso de que les fuese concedida. Lo que pedían y lo que esperaban era un hijo, el hijo del perdón, la señal única de que al fin eran perdonados. Pero nada había venido; la madre, fría y sorda, les dejaba entregados al inexorable castigo: la muerte de su hijo, que ella les había llevado y que no quería devolverles.

—He rezado largo rato, repitió Hubertina.

He escuchado si algo se movía.

Ansioso Hubert, la interrogaba con la vista.

—Y nada! Nada ha subido de la tierra. Nada en mí se ha estremecido. ¡Ah! ¡Todo ha acabado!... ¡Es ya demasiado tarde! Nosotros quisimos nuestra desdicha.

Entonces Hubert, temblando, la preguntó:

—¿Me acusas á mí?

—Sí: tú eres el culpable, y yo también he pecado, siguiéndote. Hemos desoveducido, y esto ha estropeado nuestra vida toda.

—¿Y no eres feliz?

—No; no soy feliz. Una mujer sin hijos no es una mujer dichosa. Amar no es nada; es preciso que el amor sea bendecido.

Hubert se dejó caer en una silla, sintiéndose desfallecer, y con los ojos arrasados en lágrimas. Nunca su mujer le había echado así en cara la llaga viva de su existencia; su mujer, que cuando le hería con una alusión involuntaria tan pronto le consolaba, ahora le miraba sufrir, siempre en pie, sin un gesto, ni un paso hacia él. Lloró, y gritó entre sollozos:

—¿Pero á quien condenas es á esa pobre niña!

¿No quieres que él se case con ella, como yo contigo, y que padezca lo que tú has padecido?

Hubertina respondió con un movimiento de cabeza sencillamente, con toda la fortaleza y la rectitud de su corazón.

—Pero tú misma lo decías. ¡Esto la matará! ¿Descas su muerte?

—Sí: su muerte, antes que una vida mala.

Hubert se levantó estremeciéndose, y se echó en sus brazos: los dos sollozaron largo rato, abrazados. Hubert se sometía, y ahora era Hubertina la que tenía que apoyarse en él para tener ánimo. Se desprendieron desesperados y resueltos, encerrándose en un hondo y conmovedor silencio, detrás del cual estaba, si Dios lo quería, la muerte, por ellos consentida, de Angelica.

A partir de aquel día, Angélica tuvo que quedarse en su habitación. Su debilidad había llegado á un punto tal, que no podía bajar al taller, porque en seguida le rodaba la cabeza, y sus piernas se negaban á sostenerla. Primero anduvo hasta el balcón, apoyándose en los muebles; pero luego tuvo que contentarse con ir de la cama al sillón. Como había alguna distancia, sólo se aventuraba á franquearla una vez por la mañana y otra por la tarde, y quedaba rendida; pero trabajaba siempre. Había dejado de bordar el bajo-relieve, que era muy pesado, y bordaba flores en sedas matizadas, y las bordaba de natural, de un ramo de flores sin perfume, que no la molestaban, hortensias y malvarrosas. El ramo estaba puesto en un búcaro, y con frecuencia descansaba algunos minutos mirándolo, porque la seda, con ser tan ligera, la pesaba en los dedos. En dos días no bordó más que una rosa, fresca, que brillaba sobre el raso. Aquella era su vida toda, y había de tener en sus dedos la aguja hasta su último suspiro. Fundida por el sufrimiento, y como idealizada por el vuelo que la llevaba, no era más que una llama pura y bellísima. ¿De qué servía el luchar, puesto que Feliciano ya no la quería? Ahora se moriría con la convic-

ción de que no la amaba y de que quizá no la había amado nunca. Mientras se había sentido fuerte, había luchado contra su corazón, su salud, su juventud que la llevaba á echar á correr para juntarse á él. Pero desde que estaba allí pegada, debía resignarse: todo había concluido.

Una mañana, en ocasión en que Hubert la instalaba en el sillón, poniendo un cojín bajo sus piecitos inertes, Angélica le dijo sonriendo:

—Ahora sí que estoy bien segura de que no me he de escapar.

Hubert se apresuró á bajar, ahogándose, y temiendo que estallaran sus sollozos.

Una noche, Angélica no podía dormir; el insomnio tenía sus párpados abiertos, en medio de la gran debilidad que la tenía postrada, y como los Hubert se habían acostado, y faltaba poco para que dieran las doce, decidió levantarse, á pesar del gran trabajo que esto le costaba, sintiendo de pronto miedo á morir si continuaba en el lecho.

Se ahogaba: púsose un peinador y se arrastró hasta la ventana, que habrió de par en par. El invierno era lluvioso, impregnado de una húmeda suavidad. Luego se dejó caer en el sillón y subió la mecha de la lámpara, que se dejaba encendida toda la noche sobre la mesita, en la cual, al lado de la *Leyenda de oro*, había el ramo de malvarrosas y hortensias. Para darse cuenta de que vivía cogió el bastidor y dió algunas puntadas, temblándole las manos: entre sus dedos blancos parecía que brotaba sangre de la seda roja de una rosa, como si fuese la sangre de sus venas, que iba brotando gota á gota.

¡Cosa rara! Se había revuelto dos horas entre las sábanas ardientes sin poder conciliar el sueño, y ahora cedió á él, al poco rato de estar sentada. Su cabecita, apoyada en el respaldo, se inclinó un tanto sobre el hombro derecho: tenía sus manos inmóviles la aguja con la seda: parecía que seguía trabajando. Muy blanca y muy tranquila dormía á luz de la lámpara, que

ción de que no la amaba y de que quizá no la había amado nunca. Mientras se había sentido fuerte, había luchado contra su corazón, su salud, su juventud que la llevaba á echar á correr para juntarse á él. Pero desde que estaba allí pegada, debía resignarse: todo había concluido.

Una mañana, en ocasión en que Hubert la instalaba en el sillón, poniendo un cojín bajo sus piecitos inertes, Angélica le dijo sonriendo:

—Ahora sí que estoy bien segura de que no me he de escapar.

Hubert se apresuró á bajar, ahogándose, y temiendo que estallaran sus sollozos.

Una noche, Angélica no podía dormir; el insomnio tenía sus párpados abiertos, en medio de la gran debilidad que la tenía postrada, y como los Hubert se habían acostado, y faltaba poco para que dieran las doce, decidió levantarse, á pesar del gran trabajo que esto le costaba, sintiendo de pronto miedo á morir si continuaba en el lecho.

Se ahogaba: púsose un peinador y se arrastró hasta la ventana, que habrió de par en par. El invierno era lluvioso, impregnado de una húmeda suavidad. Luego se dejó caer en el sillón y subió la mecha de la lámpara, que se dejaba encendida toda la noche sobre la mesita, en la cual, al lado de la *Leyenda de oro*, había el ramo de malvarrosas y hortensias. Para darse cuenta de que vivía cogió el bastidor y dió algunas puntadas, temblándole las manos: entre sus dedos blancos parecía que brotaba sangre de la seda roja de una rosa, como si fuese la sangre de sus venas, que iba brotando gota á gota.

¡Cosa rara! Se había revuelto dos horas entre las sábanas ardientes sin poder conciliar el sueño, y ahora cedió á él, al poco rato de estar sentada. Su cabecita, apoyada en el respaldo, se inclinó un tanto sobre el hombro derecho: tenía sus manos inmóviles la aguja con la seda: parecía que seguía trabajando. Muy blanca y muy tranquila dormía á luz de la lámpara, que

daba al cuarto la quietud y la blancura de una tumba. Palidecía la luz en la enorme cama, con sus cortina de indiana rosada desteñida. El arca, el armario, las sillas de encina antigua, se destacaban y manchaban de luto las paredes. Deslizáronse algunos minutos. Angélica dormía muy tranquila y muy blanca.

De pronto se oyó un ruido, y en el balcón apareció Feliciano, pálido y adelgazado como ella, y temblando: el semblante trastornado. Iba á saltar, cuando la vió hundida en el sillón, á la luz de la lámpara, hermosa é inspirando ternura. Una pena infinita comprimió su corazón; se adelantó, se arrodilló y se hundió en una contemplación desolada.

¿Ya no existía? La enfermedad la había agotado hasta tal punto que parecía, que no pesaba, y que se había posado allí como una pluma que al menor soplo iba á volar. Veíase en su claro sueño su sufrimiento, y también su resignación. Era ella, con su gracia de lirio, con el vuelo de su delicado cuello entre los dos hombros, su cara larga y transfigurada de virgen que vuela al cielo. Los cabellos no eran más que luz, y su alma de nieve brillaba á través de la seda trasparente de su piel. Era hermosa con la hermosura de las santas suavidades de su cuerpo, que le deslumbraba, y le desesperaba, y le tenía embargado é inmóvil, con las manos cruzadas. No despertaba, y seguía á sus pies, mirándola.

Un ligero aliento de los labios de Feliciano debió besar la cara de Angélica, porque de pronto ésta abrió los ojos...

No se movió, y le miró á su vez, sonriendo como en un ensueño. Era él: le reconocía, á pesar de estar tan cambiado; pero creía soñar, pues la sucedía muchas veces verle así, en sueños, lo cual aumentaba su dolor al despertar.

Feliciano extendió hacia ellas las manos, y habló:

—¡Alma mía, te amo! Me han dicho que estabas ma-

la, y he venido. Aquí estoy: te adoro.

Angélica se levantó con prontitud. Temblaba y se pasaba los dedos por los párpados maquinalmente.

—No lo dudes. A tus pies estoy, y te amo siempre.

Entonces Angélica gritó:

—¡Ah! ¿Eres tú? No te esperaba... ¿Eres tú?...

Y á tientas cogió sus manos, para convencerse de que no era una visión fugaz del sueño.

—Me amas siempre, y yo te amo, ¡sí! á pesar de todo, y mucho más de lo que creía poder amar.

Fué como un aturdimiento de dicha: un primer minuto de alegría absoluta, en que todo lo olvidaron, entregados á la certidumbre de amarse todavía y decirse-lo. Los sufrimientos de la vispera, los obstáculos del día siguiente habían desaparecido. No sabían cómo estaban allí; pero allí estaban, confundiendo sus dulces lágrimas, estrechándose con un casto abrazo, é embargado por la compasión, ella tan demacrada por la pena, que Feliciano no tenía de ella entre sus brazos más que un ligero aliento. En el encanto de su sorpresa, Angélica había quedado paralizada, vacilante y feliz en el fondo de su sillón, no encontrándose, incorporándose á medias, para volver á caer en la embriaguez de su alegría.

—¡Ah, mi señor amado! Mi único deseo se ha realizado ya; te he vuelto á ver antes de morir.

Feliciano alzó la cabeza con un ademán de angustia.

—¿Morir? No, no quiero. Estoy aquí, y te amo.

Ella pobre sonreía angelicalmente.

—Ya puedo morir, puesto que me amas. Ya no me asusta; me dormiré así, sobre tus hombros. Dime una vez más que me amas.

—Te amo como te amaba ayer, como te amaré mañana, y, no lo dudes: esto es eterno.

—Sí, para una eternidad nos amamos.

Angélica, extasiada, miraba con los ojos perdidos en la blancura del cuarto... pero de pronto pareció despertar... y al fin reflexionó en medio de la inmensa felicidad que la había aturrido. Y se quedó sorprendida.

—Me amas! ¿Por qué no has venido antes?

—Tus padres me dijeron que ya no me amabas. Yo también estuve á punto de morir; pero cuando he sabido que estabas enferma, me he decidido, á venir aunque me arrojen de esta casa, cuyas puertas me cerraron.

—Sí, mi madre me decía también que ya no me amabas, y he creído á mi madre, porque cuando te vi con esa señorita, creía que obedecías á Monseñor.

—No; esperaba; pero he sido cobarde, y he temblado delante de él.

Hubo un momento de silencio; Angélica se incorporó, su cara se volvió dura, y cortó su frente una arruga de cólera.

—Entonces, nos han engañado á los dos; nos han mentido para separarnos. Nos amábamos, y nos han torturado, y casi nos han matado. Pues bien; esto es abominable, y esto destruye nuestros juramentos. Somos libres.

Un profundo desprecio la mantenía en pie: ya no sentía mal alguno, y volvíanle las fuerzas con el despertar de su pasión y de su orgullo. ¡Haber creído que su ensueño había muerto y de pronto volverlo á encontrar vivo y radiante, y decirse que no había desmerecido el uno para el otro y que otros eran los culpables! Un engrandecimiento de sí misma, la seguridad de vencer, la exaltaban y la arrojaban á una suprema rebelión.

—¡Vamos! ¡Partamos! dijo sencillamente.

Y andaba por el cuarto, con valentía, con toda su energía y voluntad. Cogió un pañolón para echárselo sobre los hombros; otro pañuelo para la cabeza bastaría.

Feliciano lanzó un grito de felicidad al verla adelan-

tándose á sus deseos, porque no pensaba más que en la fuga, sin dar con la audacia de proponérsela. ¡Partir juntos y desaparecer y cortar de un golpe todos los obstáculos! Y esto en seguida, evitando hasta la lucha de la reflexión.

Angélica abría cajones y los cerraba violentamente, sin coger nada, llena de exaltación creciente.

¿Es decir, que se atormentaba hacía muchas semanas trabajando por borrarlo de su memoria, y hasta creía haberlo logrado, y nada, habría que volver á aquella lucha? No; no podría. Ya que se amaban, era mucho más sencillo casarse; poder alguno podía ya separarlos.

—Vamos, ¿qué me llevo? ¿Qué tonta era con mis escrúpulos infantiles! ¿Cuándo pienso que hasta han llegado á mentir! Dime: ¿hay que tomar ropa blanca, vestidos? Este es de más abrigo... ¡Y me habían metido en la cabeza un montón de ideas y de horrores! Hay el bien y el mal; lo que se puede hacer y lo que no se debe hacer, cosas muy complicadas, que le vuelven á una tonta. Dicen mentira; no es verdad: en la vida no hay más que la dicha de vivir y obedecer á su propio corazón y amar al que ama. Tú eres la fortuna, y la belleza, y la juventud, mi adorado señor, y yo me entrego á tí, y mi único placer eres tú, y haz de mí lo que te plazca.

Y triunfaba en la llama de todo el fuego hereditario que creía muerto. La embriagaban músicas celestes y veía su regia partida, llevándose la aquel hijo de príncipes y haciéndola reina de un reino remoto, y ella siguiéndole, colgada de su cuello, descansando en su pecho y en un estremecimiento tal de pasión ignorante, que todo su cuerpo desfallecía de felicidad. ¡No ser más que ellos dos, y abandonarse al galope de los caballos, huir y desaparecer abrazados!

—No me llevo nada, ¿verdad? ¿Para qué?

Feliciano ardía con su misma fiebre, y estaba ya en la puerta.

—No, nada. Vamos pronto.

—Sí, vamos. Esto es...

Y ya estaba junto a él; pero se volvió para dar una última mirada a su cuarto. Ardía la lámpara con la misma dulzura pálida; continuaba floreciendo el ramo de hortensias y malvarrosas, y una rosa sin concluir; pero viva, parecía esperaba en medio del bastidor. Y más que esto; nunca el cuarto le había parecido tan blanco: las paredes blancas, blanco el lecho, el piso blanco como si estuviera lleno de un aliento blanco.

Algo vaciló dentro de ella, y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla que estaba a su lado, junto a la puerta.

—¿Qué tienes? le preguntó Feliciano, inquieto.

Angélica no contestó; respiraba con dificultad: luego sintió un estremecimiento, dobláronse las piernas, y tuvo que sentarse.

—No te apures, no es nada. Descanso un momento, y nos vamos.

Calláronse. Angélica miraba todo el cuarto, como si dejase en él algo precioso que no sabía qué era. Era como una pena, primero ligera y que luego crecía, y la ahogaba poco a poco. No recordaba. ¿Era la blancura aquella la que la retenía? Siempre había gustado del color blanco, y de niña robaba las sobras de seda blanca para darse el gusto de mirarlas a escondidas.

—Un momento, un minuto más, y nos vamos, dueño mío.

Pero no hacía el menor esfuerzo para levantarse. Feliciano, ansioso, se puso de rodillas delante de ella:

—¿Te sientes mal? ¿No puedo hacer nada por aliviarte? Sí, tienes frío, cogeré tus piecitos entre mis manos y te los calentaré hasta que estén bastante fuertes para correr.

Angélica movió la cabeza.

—No, no; no tengo frío. Podré andar. Espera un minuto; nada más que un minuto.

Feliciano comprendía que invisibles cadenas la ataban

con tal fuerza, que quizá dentro de un minuto no podría arrancarla. Y si no se la llevaba en seguida, pensaba en la inevitable lucha con su padre al día siguiente, y en aquella ruptura, cuya sola idea le acordaba hacia tantas semanas.

Y entonces insistió con ardiente súplica.

—Ven; los caminos están negros a esta hora, y un coche nos llevará en medio de las tinieblas, y nos iremos lejos, muy lejos, mecidos y dormidos uno en brazos de otro, como en un nido de pluma, sin temor al frío de la noche. Y cuando salga el día seguiremos corriendo a la luz del sol, más lejos, hasta que lleguemos al país donde reina la felicidad. Nadie nos conocerá; viviremos aislados, ocultos en el fondo de algún inmenso jardín, sin otra preocupación que la de amarnos más cada día que pase. Habrá allí flores, grandes como árboles, y frutas más dulces que la miel. Y viviremos de nada, en aquella primavera divina; viviremos de nuestros besos, alma mía!

Angélica se estremeció al contacto de aquel ardiente amor, que la quemaba la cara. Su ser desfallecía al pensar de los goces prometidos.

—Sí, en seguida. Dentro de un rato.

—Y luego, si los viajes nos cansan, volveremos aquí; levantaremos las paredes del castillo de Hauteceur, y en él acabaremos nuestros días. Es mi ensueño. Toda nuestra fortuna, si es necesario, la destinaremos a esto, con las manos abiertas. Nuevamente la torre del Homenaje mandará sobre los dos valles. Viviremos en la habitación de honor, entre la torre de David y la torre de Carlomagno. El coloso surgirá entero como en los días de su poderío, con las cortinas, los edificios, la capilla, con el lujo bárbaro de antaño. Y quiero que en él vivamos como en los tiempos antiguos, tú princesa y yo príncipe, en medio de los hombres, de armas y de pajes. Nuestros muros, de quince pies de espesor, nos aislarán del mundo; viviremos en plena leyenda. Se

ocultará el sol tras de los collados; nosotros volveremos de la caza, en grandes caballos blancos, entre el respeto de las poblaciones. Suena el cuerno: baja el puente levadizo. Por la noche, en nuestra mesa hay reyes. Luego, nuestra cama está en un estrado, y tiene un dosel como un trono. Suenan músicas lejanas, dulcissimas, y nos dormimos en brazos el uno del otro, entre púrpura y oro.

Estremecida, ahora Angélica sonreía con orgulloso placer, luchando con su dolor, que volvía, se enseñoreaba de ella, borrando la sonrisa de su boca, dolorosamente contrada. Con un gesto maquinal apartó las tentadoras visiones, y entonces Feliciano con nuevo ardor trató de cogerla, de hacerla suya, entre sus brazos locos.

—Ven, sé mía. Huyamos; olvidémoslo todo en medio de nuestra dicha.

Pero Angélica se separó de él bruscamente, con una rebelión instantánea, y de pie, dejó escapar de sus labios este grito:

—No, no; no puedo, no puedo.

Y todavía se lamentaba, atormentada por la lucha, dudando balbuciente:

—Te lo ruego; sé bueno; no me des prisa. Espera. Yo bien quisiera obedecerte para probarte que te amo y marchar colgada de tu brazo á los hermosos países lejanos y vivir regimiento y juntos en el castillo de tus ensueños. Antes esto me parecía fácil, y muchas veces he maquinado el plan para escapar. Y ahora, ¿qué he de decirte? Me parece imposible. Como si de pronto hubieran tapiado la puerta y no pudiera salir.

Feliciano quiso aturdira de nuevo; pero ella le hizo callar con un ademán.

—No, no hables. ¿Qué cosa tan singular! A medida que me dices esas cosas tan dulces y tan tiernas, que deberían, convencerme, el miedo se apodera de mí y el frío me hiela. Dios mío, ¿qué tengo? Son tus palabras

que me apartan de tí. Si prosigues, no podré verte. Espera, espera un poco.

Y echó á andar lentamente por el cuarto, ansiosa, tratando de tomar posesión de sí misma, mientras que Feliciano, inmóvil, se desesperaba.

—Había creído no amarte ya, pero de seguro no era más que por despecho, puesto que hace poco, cuando te he vuelto ha encontrar á mis pies, mi corazón ha saltado y mi primer impulso ha sido el de seguirte, como una esclava. Entonces, si te amo, ¿por qué me causas miedo? ¿Quién me priva de dejar este cuarto, como si manos invisibles me sujetasen por todo el cuerpo y por cada uno de los cabellos?

Se detuvo cerca de la cama, y volvió hacia el armario, y fué de este modo á todos los muebles, uno por uno. Seguramente había lazos secretos que los ataban á su persona. Sobre todo las paredes blancas, la gran claridad del techo aguardillado, la rodeaban de una atmósfera de candor, como si fuese un traje que sólo llorando pudiera desceñirse. Ya para siempre todo aquello formaba parte de su ser: el medio ambiente la había penetrado. Y lo sintió más todavía cuando se halló junto al bastidor que estaba al lado de la lámpara. Su corazón se fundía viendo empezada la rosa, que no acabaría nunca si salía de aquel modo como un criminal.

Despertaba en su memoria el recuerdo de los años de trabajo, aquellos años de prudencia y de dicha, aquella larga costumbre de quietud y de honestidad, que la idea de una fuga, del brazo de su amante, trastornaba. Y era que cada día la fresca casita de los bordadores, la vida activa y pura que en ella llevaba, lejos del mundo, habían poco á poco renovado la sangre de sus venas.

Pero Feliciano, sintiendo que la reconquistaban las cosas, quiso precipitar la marcha.

—Ven, las horas pasan: dentro de poco ya no podremos.

Entonces hizose la luz en Angélica.

—Ya es tarde. Ya ves que no puedo seguirte. Antes había en mí una orgullosa y una apasionada, que te hubiera abrazado, loca, para que te la llevaras. Pero me han cambiado: ni yo misma me encuentro. ¿No oyes que en este cuarto todo me dice a voces que me quede? Y ya no siento rebelión alguna: mi única alegría es ya la obediencia.

Sin hablar, ni intentar discutir con ella, Feliciano trataba de cogerla y llevársela como una niña desobediente. Pero Angélica huyó y se dirigió hacia la ventana.

—No, por favor, déjame. Hace poco te hubiera seguido, pero era la última rebelión: poco a poco, sin yo quererlo, la humildad y la resignación que han puesto en el fondo de mí ser deben haberse amontonado; por esto á cada nuevo ataque de mi pecado original, la sacudida iba siendo menos fuerte y triunfaba de mí misma con más facilidad. Y ahora ha venido la suprema sacudida y me siento vencida. ¡Ah, mi adorado señor! ¡Te amo tanto! No hagamos nada contra nuestra felicidad. Para ser dichosos hay que someterse.

Y como Feliciano diese otro paso, se encontró junto á la ventana abierta de par en par.

—No me obligarás á que me arroje por la ventana? exclamó Angélica. Escucha y comprende que conmigo está todo lo que me rodea. Las cosas me hablan hace mucho tiempo: oigo voces, y nunca las he oído tan distintas como ahora. Mira: es todo el Cercado de María que me alienta á no destruir mi existencia y la tuya, entregándome á ti contra la voluntad de tu padre. Esta voz que canta es el Temblón, y tan clara y fresca, que parece que ha puesto en mí su pureza cristalina. Esta voz de multitud, tierna y profunda, es la tierra toda, las hierbas, los árboles, toda la vida tranquila de este rincón sagrado, trabajando por la paz de mi propia vida. Y vienen voces de más lejos todavía, de los olmos del Palacio episcopal, de todo ese horizonte de ramas,

la más pequeña de las cuales se interesa por mi victoria. Y luego oye: esta gran voz soberana es de mi antigua amiga la Catedral, á cuyo lado he crecido, y que siempre vela por la noche. Cada piedra suya, las columnas de sus ventanas, las espadañas de sus contrafuertes, los botareles de su ábside, tienen murmullos que yo distingo, y hablan una lengua que entiendo. Escucha lo que dicen: que hasta en la muerte hay esperanza. Cuando uno se humilla, queda el amor, y triunfa. Y oye: hasta el mismo aire está lleno del susurro de las almas: son mis compañeras las vírgenes que llegan invisibles.

Y sonriendo levantaba la mano con un gesto de atención profunda. Todo su ser estaba como extasiado ante los mil rumores de la noche, esparcidos. Eran las vírgenes de la *Leyenda* que su imaginación evocaba como en su infancia, y cuyo vuelo místico brotaba del libro viejo de estampas primitivas, puesto sobre la mesa. Primero Santa Inés, vestida con sus cabellos y teniendo en el dedo el anillo de los desposorios del sacerdote Paulino. Y luego todas las demás, Santa Bárbara con la torre, y Santa Genoveva con sus corderos, Santa Cecilia con la viola, Santa Agueda con los pechos arrancados, Santa Isabel mendigando por los caminos, Santa Catalina venciendo á los doctores: un milagro hace á Santa Lucía tan pesada que mil hombres y cinco yuntas de bueyes no puedan arrastrarla á una casa mala. El gobernador, que quiere besar á Anastasia, se queda ciego. Todas, en la noche clara, vuelan, blanquecinas, el pecho todavía abierto por el hierro de los tormentos y brotando, en vez de sangre, ríos de leche: el aire es mas cándido, las tinieblas se iluminan como por una lluvia de estrellas. ¡Ah! Morir de amor como ellas, morir virgen, radiante de blanca, al primer beso del esposo.

Feliciano se acercó.

—Yo soy la realidad, Angélica, y me pospones á tus

ensueños

—¿Ensueños!... murmuró Angélica.

—Sí, porque si esas visiones te rodean, es porque tú las has creado. Ven: no pongas nada de ti misma en las cosas que te rodean, y verás cómo se callan.

Angélica se exaltó,

—Oh, no! ¿Que hablen, que hablen más alto! Son mi fuerza, y me dan alientos para resistir. Son la gracia, que nunca me ha marcado con tanta energía. Si todo no es más que un ensueño, el ensueño que he puesto en todo lo que me rodea, y que ahora vuelve á mí, ¿qué importa, si me salva y si me lleva sin mancha á través de apariencias fantásticas? ¡Ah! Renuncia; obedece como yo. No quiero seguirte.

Y á pesar de su debilidad se irguió resuelta, inven- cible.

—Pero te han engañado: han llegado á mentir para desunirnos!

—Las faltas de los demás no autorizan las nuestras propias.

—¡Ah! ¿Tu corazón se ha apartado de mí; ya no me amas!

—Sí, te amo, y no lucho contigo más que por nuestro amor y nuestra dicha. Logra el consentimiento de tu padre, y te seguiré.

—Tú no conoces á mi padre. Sólo Dios podría doblegarle... Entonces, dime: ¿todo ha concluido? Si mi padre me manda casarme con Clara de Voineourt, ¿debo obedecerle?

Angélica vaciló al recibir este último golpe, y no pudo comener una queja:

—¡Ah, es demasiado! Te lo ruego. ¡Vete, no seas cruel! ¿Por qué has venido? Ya me había resignado y me había hecho al dolor de que no me amases. Ahora vuelves tú, y vuelve de nuevo el martirio. ¿Cómo quieres que viva ahora?

Feliciano creyó posible una última debilidad, y repitió:

—¿Si mi padre quiere que me case?...

Luchando con su sufrimiento, Angélica pudo todavía continuar de pie, mientras se le partía el corazón, y luego, arriastrándose hacia la mesa como para abrirse paso:

—Cásate con ella. Hay que obedecer, dijo.

Feliciano se halló junto á la ventana, pronto á partir, ya que le despedía.

—¿Y si te mueres? gritó.

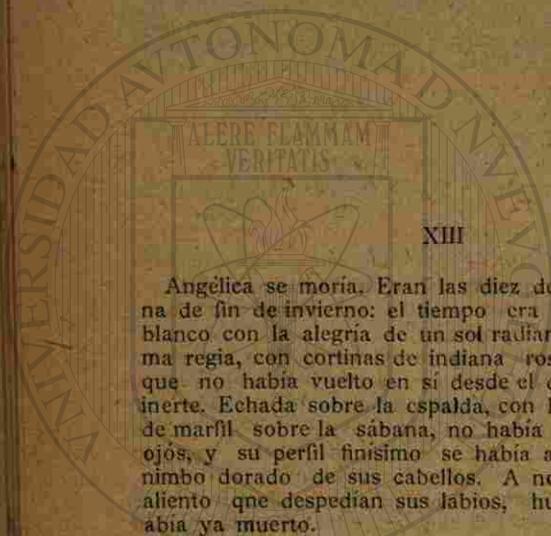
Angélica, ya más tranquila, murmuró con pálida sonrisa:

¡Oh! ¡Casi está ya hecho!

Un momento más la miró, tan blanca y tan delgada, que el menor soplo parecía que había de llevársela como una pluma; hizo un ademán de resolución airada, y desapareció en la oscuridad.

Angélica, apoyada en el respaldo del sillón, cuando hubo partido, tendió con desesperación las manos hacia las tinieblas. Hondos sollozos agitaron su cuerpo, y sudor de agonía empapó su rostro. ¡Dios mío! Se había acabado. No le vería más. Su mal se había otra vez enseñoreado de ella: su energía, rota, cedía.

Con mucha dificultad pudo alcanzar el lecho, en el cual cayó victoriosa y sin aliento. A la mañana siguiente la encontraron expirando. La lámpara se había apagado por sí misma al amanecer, en medio de la triunfal blancura de la habitación.



Angélica se moría. Eran las diez de una clara mañana de fin de invierno: el tiempo era fresco, y el cielo blanco con la alegría de un sol radiante. En la gran cama regia, con cortinas de indiana rosada, la enferma, que no había vuelto en sí desde el día anterior, yacía inerte. Echada sobre la espalda, con las dos manecitas de marfil sobre la sábana, no había vuelto a abrir los ojos, y su perfil finísimo se había adelgazado bajo el nimbo dorado de sus cabellos. A no ser por el débil aliento que despedían sus labios, hubiérase dicho que abía ya muerto.

El día anterior se encontró muy mala, y confesó y comulgó. A eso de las tres, el buen Padre Cornille le había llevado el Viático. Luego, por la tarde, sintiendo que la muerte poco a poco la iba hclando, manifestó vehementes deseos de recibir la Extremaunción, la medicina celeste instituida para la curación del alma y del cuerpo. Antes de perder el conocimiento, sus últimas palabras, que fueron un débil murmullo recogido por Hubertina, habían balbuceado el deseo de los santos Oleos, pero en seguida, para que llegaran a tiempo; la noche abanzaba, y se esperó al día: el sacerdote, que fue avisado, iba a llegar.

Todo estaba preparado: los Hubert acababan de a-

rreglar la habitación, que á la luz del alegre sol que á aquella hora temprana bañaba los cristales, tenía, con la desnudez de sus blancas paredes, una blancura de aurora. Habíase cubierto la mesa con una blanca sábana, en la cual, á derecha é izquierda de un Crucifijo, ardían dos cirios en los candelabros de plata que se habían subido del salón: había además agua bendita y un hisopo, una palangana de agua con su jarro, y una servilleta y dos platos de porcelana blanca, el uno lleno de copos de algodón, y el otro de cucuruchos de papel blanco. Se habían buscado flores por todos los invernaderos de Beaumont de la Ciudad, y no se había encontrado más que peonías inodoras, grandes peonías blancas cuyas enormes copas adornaban la mesa como si fueran blancos encajes. Y en aquella blancura, alimentada así más y más, Angélica, expirante, seguía respirando con débil aliento, cerrados los párpados.

El Dr. en la visita que hizo muy de mañana, dijo que no pasaría el día. De un momento á otro moriría sin recobrar el conocimiento. Y los Hubert esperaban resueltos y graves, presa de muda desesperación. La cosa tenía que suceder, á pesar de sus lágrimas. Si habían querido aquella muerte, prefiriendo verla muerta á verla rebelde, es que Dios lo quería como ellos, y ahora ya no estaba en poder suyo el evitarlo. No podían hacer otra cosa que someterse. No se arrepentían de nada, pero se morían de pena. Desde que estaba allí agonizando, la habían cuidado, no queriendo ayuda de nadie. Y en aquella última hora se hallaban solos, esperando.

Hubert, maquinalmente, abrió la puerta de la cocinilla, cuyo ronquido parecía una queja: reinó el silencio: una suave claridad hacía palidecer las peonías. Hacía un rato que Hubertina escuchaba los ruidos de la Catedral á través de las paredes. Un toque de campana hizo vibrar las viejas paredes: era, sin duda, que el Padre Cornille salía de la Iglesia con los Santos Oleos, y

bajó para recibirle en el dintel de la puerta. Transcurrieron dos minutos; un largo murmullo llenó la estrecha escalera de la torrecilla, y en la tibia habitación, Hubert, lleno de asombro, se echó á temblar, y un temor religioso, y quizá una postrera esperanza, le hicieron caer de rodillas.

En vez del viejo sacerdote, entró Monseñor, con roquete de encaje, la estola violada y el vaso de plata con el óleo de los enfermos, por él mismo bendecido el Jueves Santo. Sus ojos de águila seguían fijos: su bello semblante, bajo los espesos rizos blancos, conservaba cierta majestad. Detrás de él, como un simple sacristán, el Padre Cornille, con un crucifijo en una mano, y el Ritual bajo el otro brazo.

Desde el dintel, el Obispo dijo con voz profunda.

—*Pax huic domui.*

—*Et omnibus habitantibus in ea,* respondió en voz más baja el sacerdote.

Cuando entraron, Hubertina, que había subido tras de ellos, temblando también de emoción, fué á arrodillarse junto á su marido. Los dos, prosternados, rezaron con toda su alma.

Al siguiente día de su visita á Angélica, Feliciano había tenido con su padre una terrible explicación. A primera hora de la mañana, forzando puertas, se hizo recibir en el mismo oratorio, en el que rezaba todavía el Obispo después de una de aquellas noches de espantable lucha contra el pasado renaciente. En aquel hijo respetuoso, doblegado hasta entonces por el temor, surgió la rebelión, por tanto tiempo contenida, y fué rudo el choque que puso enfrente uno del otro á aquellos dos hombres, de la misma sangre, capaz de las mismas violencias. El viejo, levantándose de su reclinatorio, escuchó, las mejillas en seguida enrojecidas, de pie, callado en una obstinación altanera; el joven, también con el fuego en la cara, vació su corazón y habló con una voz que poco á poco crecía y tronaba. Contó que Angélica estaba en-

ferma, en la agonía, y la crisis de ternura y de espanto, en que él había proyectado huir con ella, y como ella había negado á seguirle, con una sumisión y una castidad de santa. ¿No era un crimen dejar morir á aquella niña obediente que no quería recibirle más que de manos de su padre? Cuando ella hubiera podido tenerle á él, y á su título y su fortuna, había gritado que no, y había luchado, venciendo al fin á su pasión. Y él la amaba, la amaba también hasta morir, y se despreciaba á sí mismo de no estar á su lado para morir juntos, en el mismo aliento. ¿Sería tan cruel que quisiera ver la muerte desdichada de los dos, cuando una palabra, una sola palabra podía dar tanta felicidad? —El orgullo del nombre, la gloria del dinero, la tenacidad de la voluntad, ¿pesaba esto nada cuando se trataba de hacer felices á dos seres? Y juntaba y retorcia sus manos temblorosas, fuera de sí, exigiendo el consentimiento, todavía suplicante, pero ya amenazador.

Y el Obispo, llena la cara de sangre, los labios hinchados y con llamas en los ojos, no dijo más que la palabra eterna de su omnipotencia:

—¡Nunca!

Entonces Feliciano, rebelde, deliró y perdió toda consideración: habló de su madre, y fustigó al padre con su recuerdo de la muerta. Era ella, que despertaba en su hijo para reclamar los derechos de la pasión. ¿De modo que su padre no le había amado y hasta se había alegrado de su muerte, cuando ahora era tan duro para los que se amaban y querían vivir? Pero no; por más que se hubiera petrificado en la resignación del culto, surgiría de nuevo para torturarle, ya que atormentaba al hijo que había tenido de ella. Allí estaba la muerta siempre, ya que el hijo vivía y quería existir en los hijos de su hijo para siempre. La mataba otra vez, negando á su hijo la desposada que había elegido, la que debía continuar la raza. Cuando se ha contraído matrimonio con la mujer, no se puede contraer con la Igle-

sia. Y ante su padre, inmóvil, engrandecido en un espantoso silencio, lanzó á su cara las palabras de perjurio y asesino. Luego, aterrado y vacilante, huyó.

Cuando Monseñor quedó solo, como si le hubieran clavado un puñal en medio del pecho, giró sobre sí mismo, y cayó en tierra, de rodillas, en el reclinatorio. Un estertor espantoso brotaba de su garganta. ¡Ah! ¡las miserias del corazón, las invencibles debilidades de la carne! Aquella mujer, aquella muerta, sin cesar resucitada, le adoraba como el primer día en que besó sus blanquitos pies, y al hijo le adoraba también, como algo de ella misma, de su propia vida que la muerte le había dejado; y aquella joven, la pobre muchachita que rechazaba, la adoraba también con la adoración que su hijo sentía hacia ella. Y ahora los tres entenebrecían sus noches. Sin que hubiese querido confesárselo, le había impresionado en la Catedral la bordadorcilla, tan sencilla, con sus cabellos de oro y su fresca nuca, oliendo á sana juventud. Y la volvía á ver y pasaba delicada, pura, en su triunfante sumisión. El remordimiento no hubiese hecho presa de él con marcha más cierta ni más conquistadora.

En vano la rechazaba en alta voz: sabía que había robado su corazón con sus débiles manos, estropeadas por la aguja. Y mientras Feliciano, lleno de violencia, suplicaba, había visto detrás de su rubia cabeza á las dos mujeres adoradas, la que lloraba y la que moría por su hijo. Las dos eran todo su amor, y no hubiese podido decir dónde encontraba ánimo para resistir: tan todo su ser se sentía atraído por ellas. Y rendido, collozando, no sabiendo donde hallar alma, pedía al cielo que le diera valor parra arrancarse el corazón, puesto que éste ya no era de Dios.

Monseñor oró hasta la noche: cuando reapareció, tenía su faz la blancura de la cera; estaba destrozado pero resuelto. Nada podía, y repitió la terrible palabra: *Nunca*. Dios sólo podía levantarle el juramento, y Dios

implorado, callaba. Había que sufrir.

Transcurrieron dos días: Feliciano vagaba por los alrededores de la casita de los bordadores, loco de dolor, siempre acechando noticias. A cada persona que salía de la casa desfallecía de temor. Por esto, la mañana en que Hubertina corrió á la iglesia á pedir los Santos Oleos, supo que Angélica no pasaría del día.

El Padre Cornille no estaba allí, y anduvo buscándole por toda la ciudad, como si en él pusiera la postrera esperanza del auxilio divino. Luego, al volver con el buen sacerdote, desvaneciése su ilusión y cayó presa de duda y de ira. ¿Qué hacer? ¿Por qué medio obligar al cielo á que interviniese? Huyó, se hizo abrir nuevamente las puertas del Palacio episcopal, y el Obispo se llenó de espanto al ver la incoherencia de sus palabras. Luego comprendió: Angélica agonizaba y esperaba la Extremaunción. Sólo Dios podía salvarla.

Feliciano no se había presentado ante él más que para decirle á voces su dolor y romper con aquel padre abominable, lanzándole en pleno rostro aquel crimen.

Pero el Obispo le escuchó sin cólera, alto y grave, los ojos repentinamente iluminados por un rayo de luz, como si una voz hubiera al fin hablado de lo alto. Y le hizo la señal de que pasara adelante, y le siguió, diciendo:

—*Si Dios quiere, quiero yo.*

Feliciano sintió un hondo estremecimiento: su padre consentía, al fin se resignaba su voluntad y se sometía al milagro. Cegáronle las lágrimas, en tanto que Monseñor en la sacristía tomaba los Santos Oleos de las manos del Padre Cornille, y les acompañó vacilante y sin atreverse á penetrar en el cuarto. Cayó de rodillas en el dintel, junto á la puerta, abierta de par en par.

—*Pax huic domui.*

—*Et omnibus habitantibus in ea.*

Monseñor dejó los Santos Oleos sobre la mesa blanca, entre los dos cirios, y trazando en el aire la señal de

la cruz con el vaso de plata. Luego tomó de las manos del sacerdote el crucifijo, y lo acercó á la enferma para que lo besara. Pero Angélica seguía sin conocimiento, con los párpados cerrados, la boca cerrada las manos tiesas, semejante á las delgadas y rígidas estatuas de piedra, tendidas sobre las tumbas. Miróla un instante, y vió por el débil aliento que no estaba todavía muerta: púsole el crucifijo en los labios.

Esperaba, y su semblante conservaba la majestad del ministro de la penitencia, sin que en él apareciera la menor emoción humana cuando vió que no se habían estremecido los cabellos de luz y el fino perfil de la moribunda. Sin embargo, vivía, y esto bastaba para el perdón de los pecados.

Monseñor tomó entonces de manos del sacerdote la pila de agua bendita y el hisopo, y echó agua bendita sobre la moribunda, leyendo las palabras latinas:

*Asperges me, Domine, hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem dealbabor.*

Las gotas caían y refrescaban la cama toda como rocío. Llovieron sobre los dedos y las mejillas; pero una á una resbalaron como por el marmol insensible.

El Obispo volvióse hacia los presentes, y á su vez les hisopeó. Hubert y Hubertina, arrodillados uno al lado del otro, impregnados de purísima fé, se inclinaron bajo el rocío de aquella bendición. Y el Obispo bendijo también el cuarto y los muebles, y las blancas paredes, toda aquella desnuda blancura. Cuando al pasar junto á la puerta vió á su hijo postrado en el dintel y sollozando con la cara entre sus manos ardientes, con un lento ademán levantó tres veces el hisopo, derramando sobre él suave lluvia.

Aquella agua bendita, extendida por todas partes, era para ahuyentar los espíritus malignos, que vuelan invisibles por millones de millones.

En aquel momento un pálido rayo del sol de invierno se deslizó hasta el lecho, y todo un vuelo de átomos, de

polvillos ágiles, parecían vivir en él innumerables, y que habían descendido de un ángulo de la ventana como para bañar con su tibia multitud las manos frías de la moribunda.

Vuelto á la mesa, Monseñor dijo la oración:

*—Exaudi nos...*

No se apresuraba: la muerte estaba allí entre las cortinas de indiana desteñida, pero sentía que no tenía prisa y esperaría. Y á pesar de que en el anonadamiento de su ser Angélica no podía oírle, hablóla y le preguntó:

*—¿No tienes nada en la memoria que te pese? Confiesa tus pecados; aliviate de su pesadumbre.*

Tendida, seguía guardando silencio; y después de dar algún tiempo para que le contestara, empezó la exhortación con la misma voz llena, sin parecer que supiese que ni una sola de sus palabras llegaba hasta ella.

*—Recógete, hija mía, y pide perdón á Dios. El Sacramento te purificará y te dará nuevas fuerzas. Y tus ojos se tornarán claros, y tus orejas castas y tu nariz fresca, y tu boca santa, y tus manos inocentes...*

Dijo hasta el fin todo lo que tenía que decir, y Angélica apenas respiraba, y ni una pestaña de sus párpados cerrados se movía.

Luego mandó.

*—Reza el Credo.*

Y después de un rato de esperar, lo rezó él.

*—Credo in unum Deum.*

*—Amén.* respondió el Padre Cornille.

Se veía siempre en el dintel á Feliciano, llorando entre hondos sollozos en el enervamiento de la esperanza. Hubert y Hubertina lloraban con el mismo ademán temeroso, como si sintieran caer sobre ellos todas las potencias desconocidas. Hubo un momento de descanso, el balbuceo de una oración, pero luego empezaron las Letanias del ritual, la invocación á los Santos y á las Santas, todos los *Kyrie eleison*, llamando al cielo, todo en auxilio de la miserable humanidad.

Luego se callaron todos, y reinó un profundo silencio. Monseñor se lavó los dedos con algunas gotas de agua que el sacerdote le echó del jarro. Y luego, cogiendo el vaso de los Santos Oleos, levanto la tapa y se colocó enfrente de la cama.

Era la solemne aproximación del Sacramento, del último Sacramento, que borra todos los pecados mortales ó veniales no perdonados, que quedan en el alma después de haber recibido los otros Sacramentos: antiguos restos de pecados olvidados, pecados cometidos sin saberlo, pecados de indolencia que impiden restituirse firmemente en la gracia de Dios. ¿Y de dónde vienen? De fuera, de aquel rayo de sol, del polvo flotante que parecía llevar gérmenes de vida hasta aquel blanco y fresco lecho de muerte de una virgen.

Monseñor se recogió, mirando á Angélica y cerciorándose de que no había cesado de respirar. Al verla tan demacrada, bella como un ángel y casi inmortal, luchaba todavía contra toda emoción humana. Su dedo pulgar no tembló al mojarlo en los Santos Oleos y empezar las unciones en las cinco partes del cuerpo en que residen los sentidos, las cinco ventanas por las cuales el mal penetraba en el alma.

Primero en los ojos, sobre los párpados cerrados; primero el derecho, y luego el izquierdo: el dedo hizo en ellos ligeramente la señal de la cruz:

*—Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus, quicquid per visum deliquisti.*

Y fueron perdonados todos los pecados de la vista: las miradas lascivas, las curiosidades deshonestas, las vanidades de los espectáculos, las malas lecturas, las lágrimas por disgustos pecaminosos. Y Angélica no conocía otro libro que la *Leyenda*, ni más horizonte que el ábside de la Catedral, que le cerraba el resto del mundo! Y no había llorado más que en la lucha de la obediencia contra la pasión!

El Padre Cornille tomó un copo de lana, enjugó los párpados, y luego lo metió en uno de los cucuruchos de papel blanco.

Luego Monseñor ungió las orejas, de lóbulos transparentes como nácar; primero el derecho y luego el izquierdo, mojóndolos levemente con la señal de la cruz:

*—Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus, quicquid per auditum deliquisti.*

Y toda la abominación del oído fué perdonado; todas las palabras y músicas que corrompen, y las maldicciones, y las calumnias, y las blasfemias, y las frases licenciosas oídas con complacencia, y las mentiras de amor, que sirven para que el deber sea vencido, y los cantos profanos, que exaltan la carne y los violines de las orquestas llorando voluptuosidad bajo las arañas de los salones. ¡Y en su aislamiento claustral, Angélica no había oído ni los chismes maldicientes de las vecinas, ni los juramentos del carretero que pega á sus caballos! ¡Y no tenían en sus oídos más música que los santos cantares y el mugir de los órganos, y el susurro de las oraciones que hacían vibrar la casita fresca adosada á la iglesia!

El sacerdote, después de enjugar las orejas con un copo de lana, lo metió en uno de los cucuruchos de papel blanco.

Luego Monseñor pasó á la nariz, la ventana derecha y la izquierda, que parecían dos pétalos de rosa blanca, que su dedo pulgar purificaba con la señal de la cruz:

*—Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus, quicquid per odoratum deliquisti.*

Y el olfato volvió á su primitiva inocencia, limpio de toda mancha, no sólo de la vergüenza carnal de los perfumes y de la seducción de las flores con perfumes demasiado suaves y los olores que flotan en el aire y que adormecen el alma, sino también de las faltas del

olfato interno, el mal ejemplo dado á otros, la fiesta contagiosa del escándalo. ¡Y Angélica, recta y pura, había acabado por ser un lirio entre los lirios, un lirio grande cuyo perfume fortalecía á los humildes y regocijaba á los fuertes! ¡Y precisamente era cándida y delicada, hasta el punto de que no podía resistir los claveles ardientes, las lilas almizcladas, los jacintos que dan fiebre, y sólo estaba á gusto entre las flores tranquilas, las malvarrosas y las margaritas!

El sacerdote enjugó la nariz y metió el copo de lana en otro cucurucho.

Luego monseñor, bajando á la boca, que apenas entreabría un débil aliento, hizo en el labio inferior la señal de la cruz.

—*Per istam sanctam unctionem et suam püssiman misericordiam, indulgeat tibi Dominus, quidquid per gustum deliquisti.*

Y su boca ya no era otra cosa que un cáliz de inocencia, porque ahora lo que se perdonaban eran las bajas satisfacciones del gusto, la gula, la sensualidad del vino y de la miel, y, sobre todo, el perdón de los crímenes de la lengua, la universal culpable, la provocadora, la envenenadora, la que hace las riñas y las guerras, y los errores, las palabras falsas que hasta el mismo cielo ennegrecen. ¡Y la gula no había sido nunca vicio suyo y había llegado, como Santa Isabel, á nutrirse sin distinguir los alimentos: ¡Y si vivía en el error, era su ensueño que la había inducido, la fe en un más allá, el consuelo de lo invisible, todo el mundo encantado por su ignorancia creado y que había hecho de ella una santa!

El sacerdote, después de enjugar la boca, metió el copo de lana en el cuarto cucurucho.

Finalmente, Monseñor, á derecha é izquierda, ungió las palmas de las dos manecitas de marfil, abiertas sobre la sábana, y borró sus pecados con la señal de la cruz.

—*Per istam sanctam unctionem et suam püssiman misericordiam, indulgeat tibi Dominus, quidquid per tactum deliquisti.*

Y el cuerpo era ya blanco, limpio de sus últimas manchas, las del tacto, las que manchan más, los hurtos, las pendencias, los homicidios, sin contar los pecados de las otras partes omitidas; el pecho, los costados, los pies, también perdonados por la unción, toda lo que arde y ruge en la carne: la cólera, el deseo, nuestras pasiones desenfrenadas, los muladares adonde corremos, los goces prohibidos por los que suspiran las partes todas del cuerpo. ¡Y desde que allí estaba muriendo de vencerse, había abatido su violencia, su orgullo y su pasión, como si no hubiera llevado consigo el pecado original más que para tener la gloria de triunfar de él. ¡Y ni siquiera sabía que había tenido deseos, que su carne había gemido de amor, que el hondo estremecerse de sus noches podía ser pecaminoso! ¡Tan blindada estaba por su ignorancia con el alma blanca, blanca toda ella!

El sacerdote enjugó las manos, hizo desaparecer el copo de lana en el último cucurucho de papel blanco, y quemó los cinco cucuruchos, arrojándolos al fuego de la estufa.

La ceremonia había terminado, y Monseñor se lavó los dedos antes de decir la oración final. Sólo le restaba exhortar á la moribunda, poniendo en su mano el cirio simbólico para ahuyentar á los demonios y demostrar que acababa de recobrar la inocencia del bautismo. Pero Angélica seguía rígida, los ojos cerrados, la boca cerrada, como muerta. Los Santos Oleos habían purificado su cuerpo; las señales de la cruz habían dejado huellas en las cinco ventanas del alma, sin que hicieran subir á sus mejillas una ola de vida. Implorado, esperado, el milagro no se producía. Hubert y Hubertina continuaban arrodillados, uno al lado del otro, sin rezar, mirando con los ojos fijos, tan ardentemente que se hu-

biera dicho que estaban petrificados para siempre, como esas estatuas de donantes piadosos que aguardan la resurrección en el ángulo de un viejo ventanal. Feliciano, arrastrándose sobre sus rodillas y ya en la misma puerta, había cesado de sollozar, con la cabeza levantada, irritado ante la sordera de Dios.

Por última vez, Monseñor se acercó á la cama, seguido del Padre Cornille que tenía encendido en la mano el cirio que había que poner en la mano de la enferma.

Y el Obispo, empeñado en ir hasta el fin del rito para dejar á Dios tiempo para obrar, pronunció la fórmula:

*—Accipe lampadem ardentem, custodi unctiorem tuam, ut cum Dominus ad iudicandum veniet, possis occurrere ei cum omnibus sanctis, et vivas in sacula saeculorum.*

*—Amén,* respondió el sacerdote.

Pero cuando trataron de abrir la mano de Angélica y de apretarla contra el cirio, la mano inerte cayó sobre el pecho.

Y entonces Monseñor fué presa de un gran temblor. Era la emoción, tanto tiempo contenida, que desbordaba en él, arrastrando las últimas rigideces del sacerdocio.

Había amado á aquella pobre niña desde el día en que fué á sollozar, á suspirar, pura, oliendo á la frescura de la juventud.

Y ahora le daba tanta lástima con la palidez del sepulcro y con una belleza tan dolorosa, que no podía dirigir sus ojos á la cara sin que su corazón se anegara silenciosamente de dolor. Y ya cesó de contenerse; dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. No debía morir así; al fin se sentía vencido por el encanto de su muerte.

Y Monseñor, recordando los milagros de su raza y el poder que el cielo le había concedido de curar, pensó que sin duda Dios esperaba su consentimiento de padre. Invocó á Santa Inés, ante la cual todos los suyos habían siempre rezado, y como Juan V de Hautecocur,

yendo a la cabecera de los moribundos á besarles, oró y besó á Angélica en la boca.

*—Si Dios quiere, yo quiero.*

Repentinamente, Angélica abrió los ojos y le miró sin sorpresa, al despertar de su largo desvanecimiento, y sus labios tibios, con el calor del beso, sonrieron. Eran aquellas las cosas que debían realizarse, y quizá acababa de soñar con ellas una vez más, encontrando muy natural que Monseñor estuviese allí para desposarla con Feliciano, ya que la hora había llegado.

Y por sí misma se sentó en medio de la gran cama regia.

El Obispo, radiante y conservando en sus ojos el resplandor del prodigio, repitió la fórmula.

*—Accipe lampadem ardentem...*

*—Amén,* contestó el sacerdote.

Angélica, tomó el cirio encendido, y lo sostuvo recto, con mano firme. Había vuelto la vida, y la llama ardía claramente, ahuyentando los espíritus de la noche.

Un grito atravesó la habitación. Feliciano se puso de pie, como levantado por la ráfaga del milagro, mientras que los Hubert, como si el mismo aliento les hubiera derribado, seguían de rodillas, los ojos abiertos de admiración, la cara extrañada ante lo que acababan de ver. Se les había aparecido el lecho envuelto en viva, luz, y todavía cosas blancas flotaban en el rayo del sol, como plumas blancas; y las paredes blancas, y todo el cuarto blanco, conservaban resplandores de nieve.

En medio, como un lirio refrescado y erguido sobre su tallo, Angélica despedía toda aquella claridad. Sus cabellos de oro le daban un nimbo ó una aureola; sus ojos, de color de violeta, lucían angelicalmente, todo un resplandor de vida irradiaba de su puro semblante. Y Feliciano, viéndole salvada, trastornado ante aquella gracia que el cielo les enviaba, se acercó y se arrojó junto á la cama:

*—¡Ah, alma mía adorada! ¡Míranos: vives! Soy tuyo:*

mi padre lo quiere, puesto que Dios lo ha querido.

Angélica inclinó la cabeza, y sonrió gozosamente.

— ¡Oh! ya lo sabía y esperaba. Todo lo que he visto tiene que ser.

Monseñor, que había vuelto á su serenidad grave, puso de nuevo en sus labios el Crucifijo, que ahora Angélica besó cual sierva sumisa.

Luego, el Obispo con un gran gesto, por todo el cuarto y por encima de todas las cabezas, dió las últimas bendiciones, en tanto que los Hubert y el Padre Cornille lloraban.

Feliciano cogió una mano de Angélica, y en la otra manecita ardía, puesto en alto, el cirio de inocencia.

## XIV

Se fijó la boda para los primeros días de Marzo.

Angélica continuaba muy delicada, á pesar de la alegría que irradiaba de todo su ser. Al principio, en la primera semana de convalecencia, quiso bajar al taller, empeñándose en dar fin al bordado en bajo relieve para la silla episcopal de Monseñor: decía alegremente que era su última obra de artesana, y que no se podía dejar un encargo en lo mejor. Pero fatigó aquel esfuerzo, y de nuevo tuvo que refugiarse en su cuarto, en el cual vivía tranquila y sonriente, sin la salud de antes, siempre blanca é inmaterial, como el día de la Unción, yendo y viniendo, con pasos menudós de fantasma, y descansando, pensativa, horas enteras de algún viaje largo, como, por ejemplo, ir de la mesa á la ventana.

Hubo que aplazar el matrimonio, acordando esperar su completo restablecimiento, que, gracias á los continuos cuidados, no podía tardar.

Todas las tardes subía Feliciano: con ellos estaban Hubert y Hubertina, y juntos se pasaban horas deliciosas, haciendo siempre los mismos proyectos. Angélica, sentada, se mostraba alegre y vivaracha, y era siempre la primera en hablar de los próximos días, tan ocupados, de los viajes, de la restauración del castillo

mi padre lo quiere, puesto que Dios lo ha querido.

Angélica inclinó la cabeza, y sonrió gozosamente.

— ¡Oh! ya lo sabía y esperaba. Todo lo que he visto tiene que ser.

Monseñor, que había vuelto á su serenidad grave, puso de nuevo en sus labios el Crucifijo, que ahora Angélica besó cual sierva sumisa.

Luego, el Obispo con un gran gesto, por todo el cuarto y por encima de todas las cabezas, dió las últimas bendiciones, en tanto que los Hubert y el Padre Cornille lloraban.

Feliciano cogió una mano de Angélica, y en la otra manecita ardía, puesto en alto, el cirio de inocencia.

## XIV

Se fijó la boda para los primeros días de Marzo.

Angélica continuaba muy delicada, á pesar de la alegría que irradiaba de todo su ser. Al principio, en la primera semana de convalecencia, quiso bajar al taller, empeñándose en dar fin al bordado en bajo relieve para la silla episcopal de Monseñor: decía alegremente que era su última obra de artesana, y que no se podía dejar un encargo en lo mejor. Pero fatigó aquel esfuerzo, y de nuevo tuvo que refugiarse en su cuarto, en el cual vivía tranquila y sonriente, sin la salud de antes, siempre blanca é inmaterial, como el día de la Unción, yendo y viniendo, con pasos menudós de fantasma, y descansando, pensativa, horas enteras de algún viaje largo, como, por ejemplo, ir de la mesa á la ventana.

Hubo que aplazar el matrimonio, acordando esperar su completo restablecimiento, que, gracias á los continuos cuidados, no podía tardar.

Todas las tardes subía Feliciano: con ellos estaban Hubert y Hubertina, y juntos se pasaban horas deliciosas, haciendo siempre los mismos proyectos. Angélica, sentada, se mostraba alegre y vivaracha, y era siempre la primera en hablar de los próximos días, tan ocupados, de los viajes, de la restauración del castillo

de las dichas que les aguardaban. Hubiérase dicho en tonces que estaba salvada, cobrando fuerzas, gracias á la primavera, que se había adelantado, y que por la ventana abierta penetraba más tibia á cada día que pasaba. Pero recaía en los extremos de sus ensueños cuando estaba sola y no temía que la viesén. Por la noche, las voces habíanla rozado, y luego á su alrededor sentía que la tierra llamaba, y se hacía la luz en su alma, y comprendía que el milagro continuaba no más que para que se realizase su ensueño.

Quizá estaba ya muerta, y no revestía las apariencias de la vida más que por una prórroga que le concedían las cosas. Y esta ilusión, en sus horas de soledad, la mecía con dulzura infinita, sin que la asustara la idea de ser arrebatada en medio de su dicha, segura como estaba de que antes había de apurar su felicidad. El mal esperaba. No había más sino que su inmenso gozo se había vuelto un tanto grave. Se abandonaba á muerte, sin sentir el peso de su cuerpo, volando en alas del vapor deliquio, y era necesario que oyese á los Hubert abrir la puerta, ó que Feliciano entrase, para que se argüiera y fingiera estar ya buena, y hablase entre risas de los años de la vida común, allá, muy lejos, en el paraíso soñado.

A fines de Marzo parecía más viva que nunca. Sólo dos veces había sufrido desvanecimientos. Una mañana cayó á los pies de la cama, precisamente al entrar Hubert con una taza de leche, y para engañarle hizo como que buscaba una aguja que había perdido. Y al día siguiente apareció muy alegre y habló de adelantar la boda para mediados de Abril. Todos se negaron: estaba muy débil. Se podría esperar. No había prisa. Pero Angélica se empeñó: quería que fuese en seguida, en seguida. Hubertina, sorprendida, concibió sospechas ante prisa tanta, y la miró un instante, palideciendo al ver el frío soplo que le hería. Pero en seguida la adorada enferma se calmó, con el tierno des-

seo de engañarles, sintiéndose, como se sentía, condenada á muerte. Hubert y Feliciano, en continua adoración ante ella, no habían visto nada, ni nada habían sentido. Angélica, poniéndose en pie por un supremo esfuerzo de voluntad, yendo y viniendo con su paso ligero de otras veces, como otras veces encantadora, dijo que sería tan feliz, que seguramente la ceremonia acabaría de curarla. En último caso que decidiera Monseñor. Y aquella misma noche, estando el Obispo, Angélica le manifestó su deseo, con los ojos fijos en los suyos, y sin apartar la vista, y con una voz tan dulce que por debajo de las palabras había la ardiente súplica de lo que no decía. Monseñor lo sabía, y comprendió. Fijó la boda para el 15 de Abril.

Desde entonces se vivió entre el tumulto de los preparativos. Hubert, á pesar de su tutela oficial, tuvo que pedir el consentimiento del director de beneficencia, que venía á representar el consejo de familia, ya que Angélica no era mayor de edad, y el juez de paz, señor Grandsire, se encargó de los detalles, á fin de evitar este lado penoso á Feliciano y á la joven; pero ésta, viendo que se escondían de ella, hizo un día que la llevasen su libreta de expósita, queriendo entregársela personalmente á su prometido. Estaba ya en estado de perfecta humildad, y quería que Feliciano supiese la bajeza de donde la sacaba, para elevarla hasta la gloria de su nombre legendario y de su inmensa fortuna. Sus pergaminos eran aquellos documentos administrativos, aquel registro talonario en que no había más que una fecha, seguida de un número. Lo hojeó una vez más, y luego se lo entregó sin sentir confusión alguna, feliz con la idea de que no era nada y de que él la hacía todo. Feliciano, hondamente conmovido, se arrodilló y la besó las manos llorando, al ver, aquel único regalo que ella le hacía, regio regalo de su corazón.

Durante dos semanas, los preparativos llenaron todo Beaumont, trastornando de arriba abajo la Ciudad Baja

y la Ciudad Alta. Decíase que veinte mujeres trabajaban noche y día en preparar el equipo. Sólo el traje de boda ocupaba á tres; el canastillo costada un millón, era un mar de encajes, terciopelos, rasos y sedas, un río de piedras preciosas y diamantes de reina.

Sobre todo, lo que más agitaba á la gente eran las limosnas, que fueron de importancia, pues la novia quiso dar á los pobres tanto como se le daba á ella: otro millón, que cayó sobre la comarca como lluvia de oro. Al fin realizaba su antigua sed de caridad en medio de las prodigalidades del ensueño, abiertas las manos y haciendo caer sobre los desgraciados un río de riqueza, un desbordamiento de bienestar. En el cuartito blanco y desnudo, y desde el sillón viejo en que estaba clavada, se reía embelesada cuando el Padre Cornille la presentaba las listas de reparto. ¡Más, mas! No se daba bastante todavía: hubiese deseado que el viejo Mascart se diese festines de príncipe, y que los Choteau vivieran en el lujo de un gran palacio; que la señora Gabet curase y rejuveneciese á fuerza de dinero, y á las Lemballeuse, la madre y las tres hijas, las hubiera llenado de trajes y joyas. Un pedrisco de monedas de oro caía sobre la ciudad, como en los cuentos de hadas, hasta más allá de las necesidades diarias; sólo por la belleza y la alegría y la gloria triunfal del oro, derramándose sobre las calles y reluciendo á los rayos del inmenso sol de la caridad.

Finalmente, la víspera del gran día todo estuvo dispuesto. Feliciano había comprado detrás del Palacio episcopal, en la calle Magloire, un palacio, antiguo, que se estaba acabando de instalar lujosamente. Tenía espaciosas habitaciones, adornadas con admirables telas, y llenas de muebles, los más preciosos; había un salón con tapices antiguos; un tocador azul, de una dulzura de cielo matutino; y, sobre todo, un cuarto para dormir, que era un nido, de seda blanca y de encajes blancos, nada más que blanco, ligero, tenue, algo como

un estremecimiento de la misma luz.

Pero Angélica, á pesar de tener un coche aguardándola á la puerta, se había negado siempre á ver aquellas maravillas. Escuchaba su descripción con sonrisa embelesada, pero no daba orden alguna, ni quería ocuparse en el arreglo. No, no: aquello sucedía muy lejos, en lo desconocido del mundo, que seguía siendo para ella ignorado. Y ya que los que la amaban la preparaban toda aquella felicidad, deseaba entrar en ella como una princesa viniendo de países fantásticos y abordando el reino real en que había de reinar. Del mismo modo se negó á ver el canastillo que estaba abajo, el equipo de tela fina, bordado con sus iniciales y su escudo de marquesa; los vestidos de gala, cargados de bordados; las joyas antiguas, un pesado tesoro de catedral; las joyas modernas, verdaderos prodigios de montura delicada; lluvia de brillantes que no dejaba ver más que sus puras aguas. A la victoria de su ensueño bastaba con que aquella fortuna la esperase en su casa, irradiando en la ya próxima realidad de la vida. Únicamente le llevaron el vestido de novia la mañana del día de la boda.

Aquella mañana, al despertar en su enorme cama, Angélica, que todavía estaba sola, sintióse desfallecer un momento, desesperada, temiendo no poder tenerse en pie. Probaba, pero se le doblaban las piernas; y desmintiendo la valerosa serenidad que mostraba hacia semanas, una espantosa angustia, la última, se apoderó de todo su ser. Pero luego, cuando vio entrar á Hubertina radiante, la sorprendió verse andando, porque aquello no se debía seguramente á sus propias fuerzas, sino á un auxilio que viniese de lo invisible, á manos amigas que la sostenían. La vistieron; no pesaba nada, hasta el punto de que, en broma, su madre, asombrada, la dijo que no se moviese más, si no quería echar á volar.

Y en tanto vestían á Angélica, la fresca casita de los

Humbert, adosada al costado de la Catedral, se estremecía al soplo enorme del gigante, de todo lo que en él zumbaba con la ceremonia, la actividad febril del clero, y, sobre todo, el volar de las campanas, cántico continuo de alegría que hacía vibrar todas las viejas piedras.

En la Ciudad Alta hacía una hora que las campanas sonaban, como en las grandes fiestas, entre repiques triunfales.

El sol se había levantado radiante, y en la límpida mañana de Abril, olas de rayos primaverales la hacían vivir entre los alegres sonos que habían despertado á la población toda.

Beaumont entero estaba de fiesta para la boda de la bordadorcilla, que todos los corazones celebraban, llenos del ensueño de su real fortuna. El sol hermoso que caía sobre las calles era como la lluvia de oro, las limosnas de los cuentos de hadas que brotaban de aquellas manecitas delicadas. Y bajo aquella alegría de la luz, la multitud se transportaba en masa hacia la Catedral, llenando las naves laterales, desbordándose por la plaza del Claustro, en la cual se levantaba la fachada principal, como un ramo de piedra muy florido, del gótico más florido, que contrastaba con la severa base románica de abajo. En los campanarios, las campanas seguían sonando, y la fachada parecía ser la gloria misma de aquella boda, el vuelo místico de la niña pobre á través del milagro, todo lo que elevaba y flameaba en los calados y en el florecimiento de lirio de las columnitas, las balaustradas, las arcadas, los nichos de Santos con su dosel encima, las pifiones partidos en tréboles, adornados con florones y cruces, rosas inmensas, abriendo paso á la mística irradiación de sus fulgores.

A las diez los órganos sonaron. Llegaban Angélica y Feliciano andando, con pasos cortos, hacia el altar mayor, entre las filas apretadas de la multitud. Un so-

pló de admiración y enternecimiento hizo ondular todas las cabezas.

Feliciano, muy conmovido, pero grave y orgulloso con su belleza de joven dios, parecía más delgado por la severidad del frac. Pero la que robaba los corazones era Angélica, adorable y divina, llena de un encanto misterioso de aparición. Su traje era de moaré blanco, sencillamente cubierto con bellos encajes de Bruselas, entre los cuales había perlas, cordones de perlas finas, que señalaban los adornos del corpiño y los volantes de la falda. Rodeábala y llegaba hasta el suelo un velo de punto de Inglaterra, antiguo, sujeto á la cabeza por una triple corona de perlas. Y nada más: ni una flor, ni una alhaja, nada más que aquella ola ligera ó nube tenue que parecía encuadrar, entre el batir de unas alas, su carita dulce de virgen de vidriera, los ojos de violeta, de oro el cabello.

Dos sillones de terciopelo carmesí estaban dispuestos enfrente del altar para los novios, detrás de los cuales Hubert y Hubertina arrodilláronse en los reclinatorios destinados á la familia, en tanto que los órganos entonaban su frase de bienvenida. La víspera habían tenido una alegría inmensa que les había trastornado, no hallando bastantes acciones de gracias por su dicha propia, que se añadió á la de su hija. Hubertina había ido al cementerio una vez más con la triste idea de su soledad, de la casita vacía, ahora que su hija no iba á estar en ella; había rezado á su madre largo rato, y de pronto, algo, un choque que sintió en ella misma, la hizo levantarse, temblando, viéndose al fin atendida su ardiente súplica. Desde bajo tierra, después de treinta años, la muerta obstinada perdonaba, y les enviaba aquel hijo del perdón, tan ardentemente deseado y esperado. ¿Era en recompensa por su caridad hacia aquella pobre criatura de miseria, recogida un día de nieve á la puerta de la Catedral, y hoy casada con un príncipe, en medio de la pompa de todas las grandes ce-

remomas? Los dos allí estaban de rodillas, sin orar, sin formular palabras, extasiados de gratitud, exhalándose de todo su ser una acción de gracias infinitas. Al otro lado de la nave, Monseñor, también de la familia, lleno de la majestad del Dios que en la tierra representaba, resplandecía en la gloria de sus sagradas vestiduras, mostrando en la cara serena altivez, libre de las pasiones de este mundo; en tanto que los dos ángeles del bordado en bajo-relieve sostenían, por encima de su cabeza, las armas brillantes de los Hauteceour.

Empezó la ceremonia. Estaba presente todo el clero; los curas habían venido de sus parroquias para honrar a su Obispo. En la ola blanca de sobrepellices, que desbordaban a través de las verjas, lucían las capas aureas de los sochantres y las rojas sotanas de los monaguillos. La eterna noche de las naves laterales, producida por el aplastamiento de las pesadas capillas románicas, iluminábase aquella mañana con el límpido sol de Abril que encendía las vidrieras, donde llameaba un tizón ardiente de pedrería. Principalmente brillaba, con hormiguelo de cirios, la sombra de la nave central, con tantos cirios como estrellas en una noche de verano: en medio, el altar mayor ardía: la simbólica zarza, ardiendo con el fuego de las almas; y había cirios en candelabros, en ciriales y en arañas, y ante los esposos relucían, como soles, dos grandes candelabros de brazos redondos. Macizos de plantas verdes transformaban el coro en jardín vivo, en el cual florecían grandes ramos de azuleas blancas, camelias blancas y lilas blancas. Hasta en el fondo del ábside brillaban jirones de oro y plata, colgaduras medio entrevistas de terciopelo y seda. Un lejano deslumbramiento de tabernáculo, entre las masas oscuras de las verduras. Y por encima de todo aquel empujamiento de luz, elevábase la nave; las cuatro o cinco columnas del circuito subían a sostener la bóveda entre la titulación de tantos miles de puntos luminosos, que contrastaban con la luz del día al penetrar por los altos

ventanales góticos.

Había querido Angélica que la casara el buen Padre Cornille, y cuando le vió adelantarse con su sobrepellicz y su estola blanca, seguido de dos diáconos, sonrióse dulcemente. Era, por fin, la realización triunfante de su ensueño: se unía a la fortuna, la belleza, el poder, más allá de lo que soñara. La iglesia cantaba en sus órganos, irradiaba en los cirios, vivía por su pueblo de sacerdotes y fieles.

Jamás la antigua nave había resplandecido con pompa más soberana, como agrandada con una expansión de felicidad, con todo aquel lujo sagrado. Y Angélica sonreía sintiendo que llevaba la muerte consigo, en medio de aquella alegría gloriosa que celebraba su victoria. Al entrar había mirado la capilla de los Hauteceour, donde dormían Laura y Balbina, las Muertas bienaventuradas, arrebatadas muy jóvenes y en la plenitud de su amor. Y en aquella hora última se sentía perfecta, sobre todo vencedora de sí misma, corregida, renoyada, no sintiendo siquiera la pasión y el orgullo de su triunfo, resignada a aquel realzamiento de todo su ser en el *hosanna* de su buena amiga la Catedral. Cuando se arrodilló fue como sierva humildísima y obediente, lavada enteramente la mancha del pecado original; y aquella renuncia que hacía de su ser la puso muy alegre.

El Padre Cornille bajó del altar para hacer en alta voz la exhortación: dió por ejemplo el matrimonio contraído por Jesucristo con la Iglesia; habló del porvenir, de los días transcurridos en la fe, de los hijos que había que educar como cristianos, y entonces nuevamente, ante aquella esperanza, Angélica sonrió, mientras que Feliciano a su lado se estremecía con la idea de toda aquella felicidad que ahora creía conquistada para siempre. Luego vinieron las preguntas consagradas del Ritual, las respuestas que ligan para toda la vida, el sí decisivo que Angélica pronunció, conmovida del fondo de su corazón, que Feliciano dijo en voz más alta, con dulce

gravedad. Lo irrevocable estaba ya hecho: el sacerdote había puesto entrambas diestras, una en la otra, murmurando la fórmula: *Ego conjungo vos in matrimonium, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Sólo faltaba bendecir el anillo, que es el símbolo de la fidelidad inviolable, de la eternidad del lazo: fué cosa larga. En la bandeja de plata estaba el anillo de oro, sobre el cual agitó el sacerdote el hisopo, haciendo la señal de la cruz. *Benedic, Domine, anulum hunc...* Luego lo presentó al esposo para mostrarle que la iglesia cerraba y sellaba su corazón, en el cual mujer ninguna que no fuese la suya, debía entrar en adelante, y el esposo lo puso en el dedo de la esposa para enseñarle a su vez que era el único hombre que en adelante existía para ella. Era la unión estrecha, sin fin, la señal de dependencia, llevada por ella, que constantemente había de traer a su memoria el recuerdo de la fe jurada, y era también la promesa de una larga sucesión de años, vividos en común, como si aquel anillo de oro les uniera hasta la tumba. Y en tanto que el sacerdote, después de las oraciones finales, les exhortaba nuevamente, Angélica, que sabía, sonreía con su clara sonrisa de renuncia de todas las cosas.

Entonces los órganos clamaron con clamor de alegría, mientras el Padre Cornille se retiraba con los diáconos. Monseñor, inmóvil y lleno de majestad, dirigió, á la pareja sus ojos de águila, muy dulces.

Los Hubert, que seguían arrodillados, levantaron la cabeza, cegados los ojos por lágrimas de felicidad. Y la frase enorme entonada por los órganos, rodó y se perdió en una lluvia de notas pequeñas agudas que daban en las bóvedas, como un canto matinal de alondra. Un hondo estremecimiento, enternecido rumor, agitó la masa de fieles apifada en la nave y en las laterales.

La iglesia, adornada de flores, brillante de cirios, irradiaba en la alegría del Santo Sacramento.

Luego vinieron dos horas de soberana pompa, la mi-

sa cantada y los incensarios.

Apareció el celebrante, con la casulla blanca, acompañado del maestro de ceremonias, de los dos turiferarios con el incienso y la naveta, y los dos acólitos con los altos candeleros de oro encendidos. La presencia de Monseñor complicaba el rito, los saludos, los besos. A cada minuto inclinaciones y genuflexiones que hacían batir las alas de las sobrepellices.

En los viejos asientos, llenos de esculturas y tallados, el Cabildo entero se levantaba; otras veces, como un aliento venido del cielo, hacia caer repentinamente de rodillas al clero, cuya multitud llenaba el ábside. El celebrante cantaba en el altar: luego callaba é iba á sentarse, mientras que el coro, á su vez, proseguía lentamente las graves frases empezadas por el chantre, ó las notas finas de los niños de capilla, ligeras y aéreas, como de flautas de arcángel. Surgió una voz muy bella y pura, una voz de joven, delciosa de oír; la voz, decíase, de la señorita Clara de Voincourt, que había querido cantar en aquellas bodas del Milagro. Los órganos que la acompañaban lanzaban sonoro, amplio y enternecido suspiro, algo como la serenidad de un alma buena y dichosa. Luego reinaban repentinos silencios, para que á poco los órganos estallaran en rugidos formidables, en tanto que el maestro de ceremonias guiaba á los acólitos con sus candeleros y guiaba los turiferarios hasta el celebrante, que bendecía el incienso de las navetas. Y á cada momento veíanse volar los incensarios con el vivo rayo y el argentino ruido de las cadenas. Una nube odorífica azulaba el aire; se incensaba al Obispo, al clero, al altar, al Evangelio, á cada persona y á cada cosa á su vez, y hasta á las masas profundas del pueblo, con tres golpes, al frente, á derecha y á izquierda.

Entretanto Angélica y Feliciano, de rodillas, oían con devoción la misa, que es la consumación misteriosa del matrimonio de Jesucristo y la Iglesia. A cada uno les

habían puesto en la mano una vela encendida, símbolo de la virginidad conservada desde el bautismo. Después del *Pater noster* se les puso el velo, signo de sumisión, de pudor y modestia, en tanto que el sacerdote, de pie al lado de la Epístola, leía las oraciones del Ritual. Continuaba con las velas encendidas, que son también una advertencia para pensar siempre en la muerte, hasta en medio de la alegría de la boda. Y se acabó: se hizo la ofrenda y se fué el celebrante, acompañado del maestro de ceremonias, los turiferarios y los acólitos, después de haber rogado á Dios que bendijera á los esposos, á fin de que viesén á sus hijos crecer y multiplicarse hasta la tercera y la cuarta generación.

En aquel momento la Catedral entera parecía conmoverse con aquel triunfo. Los órganos empezaron la marcha triunfal, con un estallido de truenos que hacía retremblar al viejo edificio. Exaltada la multitud, de pie, se empinaba para ver; las mujeres subían á las sillas; había filas apretadas de cabezas hasta en el fondo de las negras capillas de las naves laterales, y todo aquel pueblo sonreía, latiendo los corazones todos. Los miles de cirios, en aquel adiós final, parecían arder con llama más alta y viva, lenguas de fuego que parecían hacer vacilar las bóvedas. Subía al cielo un último *hosanna* del clero entre flores y verduras, en medio del lujo de los ornamentos y vasos sagrados. Y de pronto, la puerta grande, situada bajo los órganos, abrióse de par en par, rasgando el muro sombrío con ancha sábana de luz. Era la clara mañana de Abril: el vivo sol de la primera; la plaza del Claustro, con sus alegres casas blancas; y allí otra multitud que esperaba á los esposos, más numerosa y con simpatía más impaciente, agitada ya por gritos y aclamaciones. Los cirios palidecieron: los órganos, con su clamor de trueno, cubrían los rumores de la calle.

Andando lentamente, entre la doble fila de fieles, Angélica y Feliciano se dirigieron hacia la puerta. Angé-

lica, después del triunfo, salía de ensueño, y andaba hacia fuera para entrar en la realidad. Aquel pórtico de luz cruda se abría sobre el mundo ignorado por ella, que acortaba el paso, miraba las cosas activas, la multitud tumultuosa, todo lo que la reclamaba por suyo y la sonreía. Su debilidad era tanta, que su marido casi la llevaba. Sin embargo, continuaba sonriendo, y pensaba en el palacio de príncipes, lleno de joyas y trajes de reina, donde la esperaba el cuarto de novios, todo de seda blanca.

Un primer ahogo la obligó á detenerse, pero tuvo todavía fuerzas para dar algunos pasos: su mirada, ya apagada, había encontrado el anillo que llevaba en su dedo, y sonreía ante aquel lazo eterno. Entonces, en el mismo dintel del portal grande, en la grada más alta de las que bajaban á la plaza, vaciló. ¿No había llegado al fin de la dicha? ¿No acababa allí la gloria de ser y sentir? Haciendo un último esfuerzo, irguióse, y puso su boca en la de Feliciano. Y en aquel beso murió.

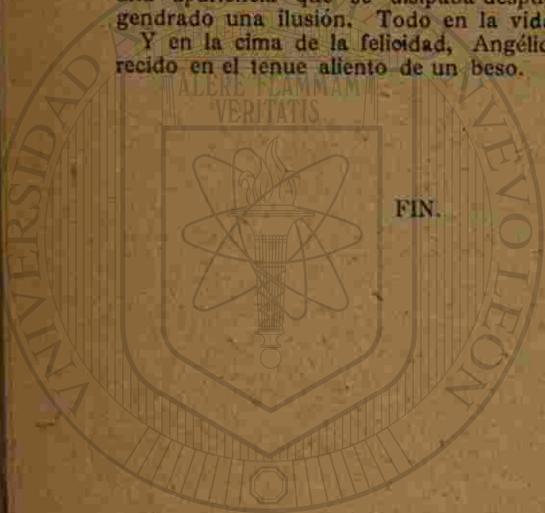
Muerte sin tristeza. Monseñor, con su habitual gesto de bendición pastoral, ayudó á aquel alma á libertarse; calmado él también, vuelto al anonadamiento divino. Los Hubert, perdonados, al volver á la evidencia tenían la sensación extasiada de que acababa un sueño.

La Catedral toda estaba de fiesta. Los órganos rugían más alto todavía; las campanas sonaban á todo volar; la multitud aclamaba á la feliz pareja, en el dintel de la iglesia mística, bajo la gloria de un sol primaveral. Era un vuelo triunfal, Angélica, feliz, pura, arrebatada en la realización de su ensueño, desde las negras capillas románicas con llameantes bóvedas góticas entre restos de oro y de pintura, en pleno paraíso de la *Leyenda*.

Feliciano no sostenía más que una nada muy dulce y muy tierna, el traje de novia, todo de encajes y perlas, puñado de plumas ligeras de un pájaro, tibias todavía. Hacía mucho que veía que no poseía más que

una sombra. La aparición, que había venido de lo invisible, volvía a lo invisible. No había sido más que una apariencia que se disipaba después de haber engendrado una ilusión. Todo en la vida es sueño.

Y en la cima de la felicidad, Angélica había desaparecido en el tenue aliento de un beso.



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TE  
P